

TERESA GUIRADO

La vida soñada de Emma

Una encrucijada vital: seguir renunciando a sí misma
o intentar vivir su vida con todas las consecuencias

 Planeta

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Emma tiene 34 años, es la mujer de Tomás, la mamá de Julia y Marcos y un simple peón en el despacho de abogados de su marido.

Fuera de eso Emma no tiene ni idea de quién es, solo que siempre llega tarde a todas partes.

La rutina la envuelve y la adormece. Su única ilusión es salir de cuando en cuando con su amigo de toda la vida, Javi. Con él puede hablar, relajarse, reír. Se siente persona de nuevo y esos ratos compensan lo demás.

Pero la balanza se desploma cuando Javi le confiesa que debe marcharse porque está enamorado. El golpe resulta demasiado doloroso. Ahora se siente más sola que nunca y ha de reaccionar si no quiere hundirse. Se obliga a recordar, a cuestionarse a sí misma y comprenderse. A salir de su burbuja y a vivir con todas las consecuencias.

A mi hijo, Marc, por su amor infinito y su confianza ciega que me dan alas para creer que todo es posible

No nos contentamos con la vida que tenemos en nosotros mismos y en nuestro propio ser. Queremos vivir una vida imaginaria ideada por otros y nos esforzamos por aparentar que es así. Trabajamos incesantemente para embellecer y preservar nuestro ser imaginario descuidando el auténtico.

Pensamientos, BLAISE PASCAL

Emma es muy alta, flaca, demasiado pelirroja, y no encuentra motivos para salir de la cama y hacer exactamente lo mismo que hizo ayer.

El despertador no cesa de animarla, pero ella lo retrasa diez minutos cada vez. Tres retrasos es media hora. Cuando hace la cuenta, salta de la cama sabiendo que ya nada de lo que haga va a arreglar su apatía inicial.

Ha vuelto a pasar. Día sí y día también a Emma el tiempo se le escurre entre los dedos por las mañanas. Ahora tendrá que levantar a los niños a toda velocidad.

Diseña rápidamente en su mente la estrategia a seguir para ahorrarse carreras inútiles por casa y sacar más partido al poco tiempo disponible. Respira hondo para tranquilizarse y se prepara para comenzar la cuenta atrás.

Al vuelo recoge el pijama y la bata del baño y los deja en su dormitorio antes de correr a la cocina a calentarles la leche. No puede evitar, sin embargo, parar un segundo a alisar las sábanas y medio colocar encima la colcha estirada. Sabe que es un gesto superfluo cuando has de ser expeditiva, pero dejar la cama deshecha le produce una enorme sensación de fracaso. Por el camino recoge, traslada, coloca juguetes, papeles, cromos... Procura hacer ruido para que los bellos durmientes se vayan despertando.

Mientras el microondas realiza su trabajo, Emma sigue con su propia misión de alta precisión: sacar el paquete de madalenas del armario, tomar dos, quitarles el papel, tirarlo a la basura con una mano, coger servilletas, baberos y cucharas con la otra, dejar todo en la mesa. Bip bip. La leche está lista. Colocar los vasos tibios junto a las madalenas con una pajita. Para ella un café solo, de cápsula, sin azúcar. Desayuno preparado. Al ataque, a levantarlos.

Presta atención a los ruidos de la casa. Nada. Silencio. No se mueven. Nunca se mueven cuando tienes prisa. Luego los sábados y domingos a las siete de la mañana están frescos como una rosa.

Subir persiana, consolar, convencer, acariciar, besar. Animar a vestirse a Julia, de cuatro años. Ella sola ya. Un horror. Vestir a Marcos, de dos años y medio. Paciencia, paciencia.

Que si hacer pis, que si lavarse la cara y las manos. Todo les viene mal, todo son quejas. Tirar pañal a la basura, apartar sábanas meadas, hacer coletas, insistir en que coman rápido. Vueltas por la casa, con los chiquillos pegados a las faldas, luchando por terminar de arreglarse.

—Uf, no te pongas delante, por favor, ¡déjame pasar!

La adrenalina a tope, el estómago encogido. El autobús pasa a y media. Son

las ocho y veinte. Las chaquetas, el bolso y las mochilas infantiles en las manos, las camas de los niños sin hacer, la cocina sin recoger. Para almorzar, un pequeño tetrabrik de zumo de piña a cada uno y... otra madalena, qué pena. «Mala madre.»

—Julia, llama al ascensor... ¡Corre, corre, corre!

Julia se despereza aún, se mueve demasiado despacio.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Marcos con interés mientras sube y salta los primeros peldaños de la escalera del rellano una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Julia ya no pregunta, ya se lo sabe.

—¿Que qué pasa?, ¡¿que qué pasa?! —chilla con un hilo de voz tan agudo que corta el aire. Respira, inhala, exhala, respira. Él no tiene la culpa. La culpa es tuya, solo tuya, por no levantarte a la primera—. Nada, cariño..., no me pasa nada..., que llegamos tarde y me pongo nerviosa.

Quita, con el dedo mojado en saliva, los restos de leche en las caras infantiles que le sonríen agradecidas por el gesto tierno. Siente cómo le arde el pecho de amor.

Carrera loca por las calles. El desayuno en la garganta.

—Me duele la tripa, mamá.

—Estoy cansado, mamá.

Dolor de corazón por ellos, pero no hay tregua. Alivio al ver a los compañeros aún en la parada y el bus acercándose a ellos. Besos en la boca, más culpabilidad, abrazos, buenos deseos.

—Os quiero mucho. ¡Que lo paséis bien!

Fase uno superada. Sus hijos van en el autobús camino del cole.

Fase dos en proceso. Alcanzar el metro y llegar medianamente puntual al trabajo.

Las jornadas reducidas están muy mal vistas y tienes que cumplir para que los compañeros no te traten como una apestada. No llegar tarde. No parar a tomar café. No participar en las conversaciones ligeras. Retrasarse un poco a la salida. La actitud correcta es: «En realidad trabajo mucho, más que nadie, aunque haga una hora menos al día».

De pie, en el vagón atestado de gente, Emma se jura y perjura que mañana no va a ser igual. Mañana se levantará antes y tendrá tiempo de sobra. Despertará a los críos con tranquilidad e incluso les cantará una canción mientras se visten, como hacía con Julia cuando era pequeña, cuando solo era una y todavía no eran dos. Les hará tostadas y zumo natural y se sentará con ellos a desayunar. Luego caminarán relajados, sin angustias, hasta el autobús. Sí, mañana será diferente. Sin duda.

Pero de vuelta al presente se pone las pilas para apartar a todos los que no

se han enterado de que, en las escaleras mecánicas, el lado de la izquierda es para los que tienen prisa. «¿A qué hora entra a trabajar esta gente?», es su pregunta habitual cada día al ver cómo a su alrededor la gente pasea, mira el móvil, saluda a conocidos... Emma solo corre y corre, porque el metro llega a la estación a las 8.56, del metro a su oficina hay once minutos andando si pilla el semáforo en verde y ella... ella entra a las nueve.

El resto del personal empieza la jornada a las ocho. Todos levantan la vista cuando llega y vuelven la mirada a sus pantallas con un mohín de disgusto antes de responder a su «buenos días» que, en realidad, es un «¡Buenos días! Sé que llego tarde, pero hago lo que puedo, os lo juro».

Tomás le dice siempre que exagera, que deje de atormentarse, que cada uno se apaña como puede y a nadie le interesa su horario ni su vida. Pero Emma nota que no es así, que la gente no le perdona ser su mujer, la mujer del jefe, y tener jornada reducida. Solo ella tiene ese horario. Privilegiada. Debería sentirse privilegiada. Sin embargo, cada vez que entra por la puerta de la oficina y ve las caras largas a su alrededor, se siente una perdedora.

Ya no sabe si es buena o no en su trabajo. Nunca la despedirían y, por supuesto, nadie va a atreverse a criticar lo que hace. Aunque, claro, ella cree que para hacer nómina tras nómina cada día tampoco necesita tener muchas luces. Aun así, alguna vez se ha colado y ha llamado el afectado echando pestes porque el banco le ha cobrado un descubierto. En esos casos se quiere morir. Todo el mundo se entera. Los rumores corren como la pólvora. Le pitan los oídos. «Para una cosa que hace y la hace mal... Si hiciera sus horas como todos... Si llegara a las ocho como todos...»

Cuántas veces ha pensado en cambiar de empleo, en buscar otra cosa.

—¿Dónde vas a estar mejor que aquí, boba? —le insiste Tomás.

—No sé, en algún sitio donde no me odie todo el mundo.

—No digas tonterías, mujer. No te odia nadie. No les caes bien, pero de ahí a odiarte... —le replica él con la cabeza sumergida en su periódico dominical. Porque esa conversación la suelen tener los domingos, desayunando, cuando Emma no se siente tan cansada y hasta le apetece hablar.

Entre semana su marido, con suerte, aparece por casa a la hora en que los niños terminan de cenar. Ella lo ha dispuesto todo. Los ha recogido del bus escolar, ha estado con ellos en el parque, ha hecho los deberes con Julia, ha jugado con Marcos, los ha bañado juntos para adelantar, les ha puesto el pijama y ha preparado la cena de toda la familia. Cuando llega Tomás, si no es demasiado tarde, es él quien los acompaña a la cama y les lee un cuento.

Emma agradece su presencia. Esas ocasiones se convierten en su gran momento del día. Va a la cocina y saca de la nevera su botella de vino blanco.

Coge una copa alargada, la llena justo hasta la mitad y sale a la terraza.

Pasea observando los balcones y tejados de alrededor, las antenas y cables que rasgan el cielo.

Eleva la mirada y se deja llevar. Le gusta jugar a imaginar el destino de los aviones que ve pasar. En su mente siempre se dirigen a sitios exóticos, siempre en viajes de placer. No quiere suponer otra cosa. Incluso sigue con la vista a las gaviotas. Hasta ellas le dan algo de envidia. «Quién pudiera volar.»

También le encanta mirar la luna si está enorme y, en las noches claras, se hace la ilusión de que distingue la estrella polar.

Cuando le queda poco para apurar su copa es como si despertara. Vuelve a poner los pies en el suelo, la mirada en su propio hogar.

La mesa y las sillas, con su capa perpetua de polvo, ruegan la pasada de un paño. En el suelo siempre hay suciedad que barrer. Los ojos huyen y pasan a revisar las macetas con las plantas que escogió con tanta ilusión cuando, recién casados, se instalaron en ese precioso ático. No tienen buena pinta. Habría que regar, podar, cortar, abonar. En algunos casos directamente arrancar y tirar. «Ya se hará...» Nunca se hace nada.

El vino blanco le deja siempre un sabor amargo en la boca.

Acaba de caer por los suelos la estricta planificación que había ideado en su cabeza.

—¡Jolín, Marcos! ¿Por qué no me has avisado de que llevabas caca?

Emma recorre el camino al baño, indignada a más no poder, para coger el cacito con agua y la esponja con los que limpiar el culo cagado de su hijo.

Hoy no llegan a tiempo al autobús seguro, segurísimo, así que le tocará llevarlos al cole en coche. Le da algo de rabia, pero ¿para qué sufrir? Se rinde a la evidencia: lo mejor es llamar y mentir. Esta vez será Julia la que tiene dolor de garganta. La última vez fue Marcos el que tosía un montón.

La excusa de que llegará más tarde al trabajo porque tiene que llevar los niños al médico es de lo más socorrida. Se relaja. Ya no hay prisa. Comienza a canturrear el hit parade de la semana.

—Estaba el señor don Gaaaato, sentadito en su tejado, marramamiau, miau, miau, sentadito en su tejaaaado...

Imagina cómo le va a contar la mentirijilla a Javi esta noche y ya se ríe por dentro. Le encantan sus cenas mensuales.

Le da vergüenza admitirlo, pero es consciente de que pasa el mes recopilando vivencias solo para poder compartirlas con su amigo. Anécdotas ridículas, claro, porque su vida no es muy apasionante, pero Javi las escucha como si fueran lo más. Siempre las enriquece con algún detalle creativo para hacerlas más divertidas. Cuanto más vino bebe durante la cena, más creativos se vuelven los detalles. Intuye que Javi se da cuenta de sus invenciones pero se las perdona. A fin de cuentas, se ven una vez al mes, más o menos, para pasar un rato agradable, no para juzgarse el uno al otro. ¡Faltaría más! Para sacarse pegas se basta y se sobra ella solita.

Marcos nota el cambio de humor de su madre y se anima a cantar con ella. Julia termina de vestirse y se une a ellos. Esto sí es empezar bien el día.

Llega al trabajo poco antes de las diez controlando que su rostro refleje la angustia supuestamente pasada.

—¿Cómo está tu niña?, ¿mejor? —le pregunta la Seca nada más verla aparecer por la puerta.

—Mejor, gracias a Dios. Solo ha sido un susto, la garganta irritada, nada serio. Ibuprofeno y los he llevado al cole.

Mucha cara de alivio seguida de gran suspiro, con la mano apoyada en el pecho, para dar más fuerza a sus palabras. El «gracias a Dios» va dedicado a la Seca, que es muy creyente.

Tomás asoma la cabeza por la puerta entreabierta de su despacho con gesto serio. Emma corre hacia él para darle explicaciones. Con un nudo en la garganta le suelta la misma trola que a su compañera.

Confía en que Julia y Marcos no olviden lo que tienen que decirle a papá cuando lo vean y espera que su padre, como siempre, no preste demasiada atención a sus palabras. No puede arriesgarse a contarle la verdad. No quiere que él se burle de ella y le haga sentirse peor de lo que ya se siente por no haber sido capaz de llevar a sus hijos al cole a su hora. No, lo sucedido esta mañana es algo que quedará entre ella y sus pequeños.

«De todos modos, lo que ha ocurrido hoy no puede volver a pasar —se jura a sí misma—. El lunes me levanto más temprano.»

Pero eso será el lunes porque hoy es viernes y va a salir. Ese breve pensamiento ya le hace sentirse mejor y una sonrisa pícara se dibuja en su cara, aunque se contiene de inmediato y vuelve al gesto angustioso, no vaya nadie a pensar mal.

A pesar de haber llegado una hora tarde, la mañana se le hace larguísima, eterna. No deja de mirar el reloj. Por fin dan las cuatro y apaga el ordenador en un visto y no visto. Entra en el despacho de su maridito y, sin prestar atención al gesto cabreado con que lee unas hojas amarillentas, se despide de él más dulcemente de lo normal.

—Cariño, recuerda que hoy salgo. Por favor, no llegues más tarde de las ocho —ronronea mimosa.

Le planta un beso intenso en la boca, quizás demasiado intenso para lo que es habitual. Tomás la mira fijamente unos segundos y vuelve la vista a sus papeles asintiendo con la cabeza y murmurando un «sí» gutural de labios cerrados.

Emma nota una punzada de desasosiego en la tripa pero se niega a darle importancia. Hoy es su noche. Su noche del mes. Y nadie se la va a estropear. Ni siquiera Tomás, que acostumbra a ponerle mil pegas cada vez que hace algún plan donde él no esté incluido.

Cuando sale a la calle, recapitula lo que tiene por delante en lo que le queda de tarde. No sabe cómo pero se le ha complicado un poco. Cita en la peluquería a las cuatro y media. Tiempo justo para recoger a los críos a las cinco y media y llevarlos a un cumpleaños en un parque infantil de las afueras a las seis. «No olvidar regalo, no olvidar regalo, no olvidar regalo...»

A las seis menos diez, con el pelo como Rocío Jurado, «asco de peluquería nueva», cagándose en todo y maldiciendo su mala memoria, pone rumbo a casa para recoger el regalo olvidado.

Aparca en segunda fila frente al portal y le surge la gran duda: «¿Dejo a los

niños en el coche? Es solo un minuto», se justifica mentalmente. «¿Y si me pilla la Policía y me quita la custodia?», se reprende a sí misma. Por fortuna, la vecina del quinto pasa por allí con el carro de la compra y resuelve la situación.

—Yo te los cuido, mujer, sube tranquila... ¡Están preciosos! ¡Qué mayores ya!

A las siete y cuarto, aburrída de sonreír al resto de padres del cumpleaños y de fingir interés por sus conversaciones, empieza a dar la murga a los chiquillos. Los va preparando para lo inevitable. Ojalá todos los disgustos en la vida pudieran advertirse así, con tiempo para que te hagas a la idea y resulten menos dolorosos.

—Julia, nos vamos...

—Marcos, cariño, ve despidiéndote.

A las ocho menos diez tiene a un niño de dos años llorando a moco tendido en el coche, a una niña de cuatro enfadada y la mandíbula dolorida de tanto apretar los dientes. Conduce con acelerones y frenazos mientras su conciencia le recrimina no ser más prudente.

Lo mejor es comprobar, al entrar en el garaje, que, tras los llantos y los sofocos, los dos angelitos se han dormido plácidamente en sus sillitas de seguridad.

«Y ahora ¿cómo coño los subo a casa?»

Les habla suavemente primero, les acaricia la cara, las manos, va subiendo la voz... Agita a Julia, la mayor. Ni caso. Prueba con Marcos, que se endereza un poco, parpadea un segundo y deja caer la cabeza a un lado. Emma sabe que están en ese momento del sueño en el que no logran despertar y, si lo consiguieran, sería para echarse a llorar por haberse despertado.

La suma rápida de ambos le da casi cuarenta kilos. Imposible llevarlos en brazos a los dos. Aunque del coche al ascensor no haya más de cinco metros, es tarea de titanes. Y ni pensar en subirlos por turnos. Nunca dejaría a uno de sus chiquitines allí solito.

Así que solo le queda una opción.

Llama a Tomás al fijo de casa. Ya debe haber llegado. Que baje y la ayude.

No lo coge.

Lo llama al móvil.

No lo coge.

Son las ocho pasadas, le ha avisado de que tenía una cita, que lo necesitaba para quedarse con los niños, ¡tendría que estar en casa! De nuevo esa punzada familiar de inquietud le atraviesa la tripa como un rayo. Es la llave para que los nervios que ha contenido toda la tarde se descontrolen y, poco a poco, vayan invadiendo todo su cuerpo.

—Estará en el baño, seguro, al llegar a casa lo primero que hace es ir al baño.

Habla sola y el eco del recinto le devuelve su voz como si confirmase su teoría: «ir al baño, ir al baño...».

Insiste: fijo, móvil, fijo, móvil, fijo, móvil. Ocho y cuarto. Fijo, móvil, fijo, móvil, fijo, móvil. Ocho y media.

Los nervios ya se han apoderado del estómago, los riñones, los intestinos, puede que incluso de los ovarios.

La incredulidad da paso al enfado. Es su noche del mes, el único momento del mes que se concede para ella, y Tomás lo sabe. ¡Debería saberlo! Ha quedado a las nueve y media en el centro. Quería depilarse, ducharse, maquillarse y arreglarse la cofia que le han hecho en la cabeza por treinta pavos, «¡vaya robo!». Todos sus planes por los aires.

Marcos ronca en su sillita, se ha constipado. La luz se apaga cada dos por tres y tiene que salir del coche y darse paseítos a encenderla.

Los minutos se suceden en la quietud del garaje y el enfado se va desvaneciendo para dar paso a la autocompasión. Llamará a su amigo y cancelará la cita, ¿qué remedio le queda? Le duele en el alma porque sabe que, justo para esta ocasión, Javi ha reservado en un sitio que siempre está a tope. Que lo tiene organizado desde hace varias semanas porque alguien le había dicho o había leído en una crítica o algo así, Emma no puede recordarlo, que ese restaurante estaba muy bien. Le hacía mucha ilusión ir.

Pues le dirá que no puede ser, que nadie se preocupa por ella, que su vida consiste en dar y dar y no recibir nada a cambio... Se imagina contárselo por teléfono y las palabras de él brindándole consuelo, diciéndole que es una mujer estupenda y que se merece salir mínimo una vez al mes para desconectar de su papel de esposa, trabajadora y madre. Seguro que le diría que tiene que buscar tiempo para ella, para sus aficiones, para relajarse y, cómo no, para quedar con los amigos.

Emma se deja convencer por su conversación imaginaria y decide no anular la cena. En su interior una breve llamita mantiene encendida la esperanza de que todo acabe bien. Y oye, si llega un poco tarde, pues tampoco pasa nada. Javi, desde luego, no se va a enfadar. Nunca se enfada con ella.

La charla irreal la ha apaciguado. Se ha relajado y la sensación de paz que le ha quedado le provoca sueño. Comienza a adormecerse en el asiento, arropada por su abrigo.

«Pues no se está tan mal aquí.»

Nueve menos cinco y Tomás, al fin, le devuelve la llamada. Emma se despeja de golpe y todo el malestar de la última hora le cae encima otra vez.

Recuerda lo enfadada que está y se obliga a respirar hondo antes de descolgar. No puede hablarle a Tomás en ese estado, su marido no lo toleraría.

—Tenía el móvil en silencio, acabo de llegar a casa, ¿qué querías? —le pregunta como si nada.

—Que me ayudes con los niños, cariño. Estoy en el garaje porque se han dormido.

Se felicita, ha resultado cálida y amigable a pesar de su enojo, pero Tomás no le responde en consonancia a su esfuerzo.

—Uf, está bien —le concede como si esos niños de los que le habla no fueran suyos y le estuviese haciendo un favor.

Esa es la puntilla que remata a Emma. Le da tanta rabia que omite darle las gracias y pulsa con el dedo pulgar el icono de «Finalizar» lamentando con toda su alma no poder colgar como es debido: dando un fuerte golpe con el auricular sobre la base del teléfono.

Al ver a Tomás acercarse a ellos compone un gesto amable que oculte su disgusto. Le gustaría echar llamaradas por los ojos pero se conforma con un beso breve, pintar una sonrisa falsa en su cara y mantener a raya sus renovados nervios a flor de piel.

Ayuda a subir a casa y arropar a los bellos durmientes mientras instruye a Tomás en lo que le ha dejado preparado para cenar y lo que deben desayunar y vestir los niños cuando se despierten por la mañana. Él hace ruidos guturales en cada inflexión de su voz. Parece que la escucha y lo memoriza todo. Emma sabe de sobra que no es verdad, que en realidad no se entera de nada, pero nunca pierde la esperanza.

Se mete en el baño de su habitación antes de que su marido le tome la delantera. Se quita la camisa blanca de raso que ha llevado todo el día, se lava rápidamente las axilas y se pone desodorante. Saca del armario otra blusa. Esta vez rosa palo, de seda.

No se lo ha tenido que pensar demasiado: su vida transcurre en una sucesión de camisas blancas y beige, rosa palo o gris claro, de raso, seda o satén. Sus pantalones son aún más similares entre sí: de vestir, con corte clásico, marrones o negros, como el que lleva ahora.

¿En los pies? Mocasines, sin apenas tacón, también marrones o negros, siempre a juego con el pantalón. Cuando los que usa están demasiado gastados se compra otros prácticamente iguales.

No es que no le gusten los zapatos, es que tiene el pie muy grande y no encuentra modelos bonitos de su número. Tampoco puede usar tacón porque es muy alta, así que prefiere olvidarse del tema calzado, la pone de mal humor.

Para subsanarlo se centra en el bolso. Ahí lo da todo y no le importa

gastarse lo que haga falta. Marrones o negros, cómo no, combinados con los zapatos..., o eso intenta, porque muchas veces no le da tiempo a cambiar todos los trastos que lleva y sale de casa sintiéndose peor que una pordiosera porque no va conjuntada.

Lo bueno de su monótono sistema es que no se tiene que mirar para saber cómo va. Va igual que siempre, ni bien ni mal. Javi le dirá que está muy guapa, como de costumbre, y ella se mostrará halagada, pero sabe de sobra que, si no se conocieran y se cruzasen por la calle, él no le dedicaría ni un pensamiento.

En cuanto a su rostro, ella habría querido maquillarse como es debido, pero no hay tiempo para eso. Se aplica un brochazo de polvos compactos para matar los brillos de su frente y algo de colorete para intentar disimular la cara de cansada. Los labios en el suave tono anaranjado de cada día, no tiene otro. El toque final es un pegote más de rímel, como dice la canción.*

«¿Y el pelo? ¿Qué hago con este pelo?»

Prueba a pasarse el cepillo. Error. Se lo humedece un poco y le intenta dar forma con los dedos. Peor. La laca que le han puesto tan generosamente en la peluquería, mojada, hace que se separe en mechones aplastados de aspecto grasiento.

Tic-tac, tic-tac, los minutos pasan...

«Vale, tranquilidad.»

Se arremanga, mete la cabeza bajo el grifo del lavabo y lo abre a tope. Toalla, secador. Ahora los restos de laca actúan a su favor. Aparece un bonito rizo marcado, un poco pegajoso, eso sí. No se puede hacer más. Se seca la frente, que ya no tiene ni pizca de polvos. Quiere pensar que tampoco se nota mucho. «De noche todos los gatos son pardos», se consuela. Con lo que era ella antes, que siempre iba de punta en blanco. Nadie le podía sacar una falta, o eso pretendía al menos.

Está lista y solo son las nueve y veinte. Se anima, parece que va a conseguirlo.

Julia se despierta.

—Mamáááá..., tengo hambre...

Tomás está repantigado en el sofá del salón, frente a la tele. El mando en la mano derecha en posición de ataque y la izquierda dentro de un paquete de gusanitos blancos que sostiene en el regazo, recuerdo del cumpleaños infantil vespertino.

—¡Eh!, ¿no oyes a tu hija? —le pregunta a Emma cuando pasa por su lado a coger el bolso y el abrigo que ha dejado sobre la mesa del comedor.

Ella, a esas alturas, ni siente ni padece.

«¿Mi hija? ¿Y dices que me llama? Pues no oigo nada.»

—Dale de tu cena —le replica mientras corre en sentido contrario hacia el pasillo y, por este, hacia la puerta de la calle.

Escucha a Tomás a su espalda, incrédulo y enojado.

—¿Cómo dices?!

Emma responde cerrando la puerta con cuidado y bajando las escaleras velozmente mientras busca el número de Radiotaxi en el móvil.

Sabe que esta huida precipitada va a tener consecuencias, pero no quiere pensar en eso. No importa lo que ocurra mañana. Esta es su noche del mes y hoy, ahora, se va de cena.

A veces tiene la sensación de que todo lo que pasa, todo lo que sucede desde una salida con su amigo hasta la siguiente, es solo un impás, un tiempo muerto que abreviaría lo más posible.

Eso la confunde y le hace sentirse culpable porque ese es el tiempo que Emma pasa con sus hijos.

¿No debería desear estar con sus pequeños por encima de todo? Les adora. Le encanta jugar con ellos, conversar, cantar... Son las personas más interesantes con las que se relaciona últimamente, pero, aun así, no puede evitarlo: necesita esas escapadas.

No es que sea algo que eche de menos de su vida de soltera, qué va. Lo cierto es que Emma no ha salido mucho. Siempre fue una chica responsable y estudiosa que sacaba muy buenas notas. Si hubiese sido ambiciosa, podría haber llegado lejos, pero se echó novio pronto y él montó su propio bufete y ella, bueno, se podría decir que Emma se relajó. Se casaron, tuvo a Julia, después a Marcos. Trabajar con él, con su marido, era la opción más sencilla. A fin de cuentas, lo que ella deseaba desde pequeña era formar una familia. Crear un hogar, un verdadero hogar.

¿Ir a bailar y de copas? Solo un poco durante la universidad, hasta que conoció a Tomás. Luego la cosa cambió. Las salidas se convirtieron en quedadas en casa de amigos, veladas tomando cervezas mientras hablaban de política y temas de actualidad, muchas noches de Trivial... Tuvo que tener dos hijos y deprimirse para comenzar a salir de verdad, a salir de fiesta.

Fue tras el nacimiento de Marcos. Repetir otra vez la experiencia de Julia: primero el embarazo angustioso y luego las noches en blanco, los cólicos que duraban horas, pañal, biberón, pañal, biberón... La soledad de la baja maternal, donde nadie reconoce lo que haces y además piensan que te lo estás pasando de puta madre. Todo el día sin salir de casa porque, apenas te vistes tú, consigues vestir al bebé y pisas la calle, se pone a berrear porque ya le toca la siguiente toma o se le ha escapado el pis y tienes que volver a entrar a cambiarle.

Crees que con el segundo será más fácil y la sorpresa es que, con el segundo, de repente, en vez de un niño tienes dos. Emma, al menos, no lo pasó nada bien.

Javi llevaba un tiempo fuera, pero apareció por su casa el día en que Marcos cumplía cuatro meses. Traía un pequeño dinosaurio de peluche que sonaba a cascabeles para el bebé, un puzle de Winnie de Pooh para Julia y una cajita de trufas de chocolate artesanas, las favoritas de Emma, para la orgullosa

mamá.

Pero la orgullosa mamá estaba tan cansada y abatida que se echó a llorar. Lloró tanto y tanto tiempo que Javi tuvo que preparar un biberón y cambiar el pañal a Marcos, a la vez que distraía a su hermana con un sándwich de Nocilla y los dibujos de Bob Esponja, mientras su madre los miraba inconsolable.

—Pequeña, ¿sabes qué vamos a hacer? —le dijo abrazándola cuando al fin comenzó a serenarse—. Tú y yo nos vamos a ir de fiesta. Te vas a poner guapa, vamos a cenar por ahí, a tomar unas copas y luego a bailar.

A Emma aquello le sonó a disparate, pero el siguiente viernes, el último de ese mes, Javi la llamó por la mañana y la obligó a prepararse.

—Esta noche paso a por ti. Arréglalo con Tomás como quieras, no admito un no por respuesta.

Conocedora del medio, Emma preparó el escenario acostando a los niños, dejando en el horno una buena cena y aprovechó para arreglarlo en el momento débil de su marido: deportes en la televisión. Así que Tomás se limitó a asentir ante sus explicaciones para justificar la salida nocturna y se enfrascó de nuevo en el partido de la NBA que estaba viendo. Emma quiso creer que a su marido le parecía una buena idea que saliese a airearse un poco. Probablemente estaba más que harto de contemplar su continua cara de amargada.

No le debió parecer tan bien cuando Emma regresó de madrugada borracha como una cuba. Estuvo recriminándole su mala cabeza durante semanas porque vomitó la bebida y la cena, puede incluso que la comida del día anterior. Sin embargo, a pesar de la tremenda resaca, desde esa noche se sintió mucho mejor, como más ligera. El último viernes del mes siguiente repitieron de forma espontánea, sin planearlo apenas, y así lo convirtieron en una costumbre.

Quizás lo que más le gusta de quedar con Javi es el rato que pasan en el restaurante. Emma puede sentarse y no levantarse durante toda la cena. Comenzar a hablar y no parar hasta que termina de contarle todo. Todo. Nadie la interrumpe ni requiere de sus cuidados. Nadie necesita que le corte la chicha, que le limpie las manos, que lo lleve a hacer pipí... Y Emma habla y habla. Cuenta lo que se le ha pasado por la cabeza durante las últimas semanas, lo que le ha ocurrido, por irrelevante que sea. Y Javi aguanta estoico. No dice ni mu hasta que Emma suelta lo que ha estado pensando, conteniendo, y parece relajarse.

Se mandan wasaps con cierta frecuencia y puede que él ya sepa la mitad de las cosas que le está contando su amiga, pero se cuida mucho de hacérselo saber. Emma se lo agradece en el alma. Su mirada atenta, sus preguntas, sus risas. Esa atención que le presta su amigo vale más que el oro. Le hace sentirse persona de nuevo.

Emma consigue cerrar el pico normalmente hacia los postres. Entonces cambian los papeles y ella le atiende a él. Javi habla muy bien, para algo es periodista. Le cuenta sus aventuras, las de sus colegas, los artículos que ha escrito ese mes, los proyectos que tiene por delante. Emma le escucha con sentimientos encontrados: fascinada y fastidiada a la vez. Fastidiada porque compara la vida de su amigo con la suya propia y no acaba de estar del todo segura de haber elegido bien su camino.

Desde luego, se veía venir. Desde pequeños, cuando fantaseaban sobre su futuro, no podían tener ideas más dispares. Javi siempre había deseado justo el tipo de vida que lleva ahora. Viajar, vivir en otros países, trabajar en grandes periódicos investigando cosas realmente importantes.

Emma odiaba viajar porque lo asociaba a las interminables semanas de intercambio en el extranjero al que la enviaban sus padres. A semanas de soledad y mala comida. Además no tenía ninguna aspiración profesional, nada que le gustase especialmente. Todo lo que él perseguía le sonaba a ella como un castigo; sin embargo, ahora, al oír sus historias, no puede evitar pensar que su propia vida soñada es rutinaria y aburrida.

Pero para olvidar los pensamientos negativos está el vino y, lo que es mejor todavía: bailar.

Quién iba a pensar que a Emma le gustase tanto contonearse bajo las luces multicolores cuando, de jovencita, se sentaba siempre en los sofás de las discotecas porque se sentía desgarrada y ridícula.

Ahora se deja llevar por la música. Cierra los ojos y, alentada por lo bebido en la cena, se convierte en la reina indiscutible de la noche. O eso quiere creer ella al notar las miradas de los hombres que la rodean. Se dice a sí misma que tampoco baila tan mal como pensaba y que esos que le sonrían y se acercan demasiado es porque la desean. De repente es deseable. Deseable y carnal. Le encanta esa idea porque pocas veces se ha visto de esa manera: sensual y atractiva y, desde que nacieron sus hijos, menos todavía.

Es una cura de autoestima y necesita hacerla de vez en cuando, aunque al día siguiente quiera morir. Ya no ha vuelto a emborracharse como aquella primera vez. Aun así, a las ocho los niños andan gritando y pegando golpes por casa y recuperar el sueño perdido resulta imposible.

«Pero no importa, merece la pena», se replica contenta sabiendo de antemano lo que sufrirá mañana. No ve el momento de sentarse a la mesa, estirar las piernas y beber el primer trago de su copa de vino.

Llega solo diez minutos tarde, lo cual es toda una proeza dadas las circunstancias. Javi ya está allí esperándola. Otra de sus virtudes: puntual como un reloj.

Se pone un poco nerviosa cuando lo ve, siempre le pasa. Después de todo, es un hombre y quiere causarle buena impresión, aunque se conozcan de toda la vida. Recuerda sus clases de pilates y recompone la postura se estira y camina erguida a su encuentro.

Él la conoce como si la hubiera parido y detecta el sutil cambio en su forma de andar. Se pone en pie para recibirla, entornando los ojos y esbozando una sonrisa burlona.

Emma sabe al dedillo todos sus gestos, interpreta el mensaje y le hace una mueca rabiosa arrugando la nariz. Ambos ríen justo antes de encontrarse y darse un fuerte abrazo.

Llega tarde como cada semana. Al hombro la bolsa con la esterilla, en la mano izquierda la moto de plástico de Marcos, en la cadera a Marcos y, estirando de su mano derecha en sentido contrario a la marcha, una lagartija pelirroja que se retuerce gritando.

—¡No quiero ir!, ¡no quiero ir! ¡Mamá, no quiero iiiiiir!

Emma se concentra en alcanzar con el codo el timbre sin que se le caiga el peque, los bultos que acarrea, ni se le escape Julia. Cuando oye el clic de la apertura automática se felicita a sí misma. «¡Has vuelto a lograrlo, campeona! Has conseguido llegar a tu clase de pilates casi a la hora.»

Cierra con el pie la puerta a su espalda y, una vez asegurado el fuerte, libera a sus hijos con un gran suspiro de alivio.

En la guardería de su barrio han tenido la estupenda idea de programar unas clases de pilates. En el precio está incluido el cuidado de toda tu prole mientras te permites una hora para ti. Lo vio un día de pasada anunciado en la puerta, en letras enormes y fosforescentes. Le costó horrores tomar la decisión de apuntarse, pero lleva solo dos meses asistiendo y ya se ha convertido en una necesidad. Ha corregido su postura y afirmado su vientre, se encuentra físicamente mejor. Y, aunque no fuera así, por lo menos cambia la rutina de parque y deberes por una tarde.

El grupo de mujeres asistentes son, en su mayoría, mamás que llevan a sus nenes al centro. Marcos ha hecho amistad con los niños de su edad, los más. Julia se aburre porque todos son menores que ella, y cada jueves es una batalla campal arrastrarla hasta la fachada verde ilustrada con osos de colores.

Deja a los críos en el aula con la cuidadora y entra en la sala donde nueve ¿chicas?, ¿mujeres?, ¿señoras? Madres. Nueve madres tiradas por los suelos se concentran en respirar profundamente sin sacar la barriga. Saluda con educación y coloca su esterilla entre una mamá de gesto dulce con mechetas rubias y tetas gigantescas y una mamá castaña con flequillo recto y cara de tener un palo metido por el culo.

Se tumba boca arriba e intenta relajarse. Inspira, espira, inspira, espira, inspira, espira. La voz de la profesora comienza a inducirle una especie de trance. Los nervios de la mañana, las carreras y forcejeos de la tarde, todo va quedando atrás. Inspira, espira. Nota cómo conecta con los latidos de su corazón, cómo se serena. Sus hombros se separan de sus orejas, los brazos pesan a ambos lados del cuerpo, el cuello deja caer la cabeza... Le encanta la sensación de contacto consigo misma que obtiene durante esa hora semanal.

Sigue con cuidado las instrucciones de la monitora para fortalecer espalda, glúteos, muslos y brazos pero, hacia la mitad de la clase, el pensamiento mosca que ha estado zumbándole durante todo el día se hace presente con más fuerza y los nervios atenazan de golpe su estómago por quinta o sexta vez en la jornada. Está visto que no logra relajarse durante más de quince minutos seguidos.

Javi le mandó un wasap anoche pidiéndole una nueva cita a pesar de que no han pasado ni dos semanas desde la última salida. No quiere cenar ni nada de eso. Le ha insistido mucho en que solo van a tomar algo y han quedado a las diez y media para que a ella no se le haga muy tarde después.

Le intriga el encuentro, pero, sobre todo, le preocupa el hecho de llegar a tiempo. Es jueves, y un jueves le resulta complicado hacer que Tomás aparezca por casa antes de las nueve.

—Ahora cogemos nuestra banda elástica y la colocamos en los pies... —La voz de la monitora la devuelve al presente, pero solo necesita unos minutos para evadirse de nuevo en sus propias reflexiones.

Por supuesto, la ansiedad que sufre todo el día no se debe al temor a llegar tarde. Eso es lo que se explica a sí misma, de lo que quiere convencerse. Emma sabe perfectamente cuáles son sus miedos pero no se atreve ni a pensarlos. No quiere ponerlos en palabras, ni siquiera en su mente, no sea que, de ese modo, se hagan realidad.

El resto de la tarde sale a la perfección. Tomás ha llegado tardísimo pero ella ya estaba lista, preparada y esperando, y poco antes de las diez y cuarto está apuntando con el mando a la puerta del garaje. No se ha dejado conmovir por el gesto serio de su marido, ni por sus palabras cortantes al despedirse. Bastante tuvo ya con él la última vez.

Como no piensa tomarse más que un capuchino descafeinado, ha decidido coger el coche y ahorrarse los veinte euros que le costaría la ida y vuelta en un taxi a esas horas, aunque el lugar donde han quedado no está muy lejos. Su asignación mensual no da para tanto.

No tarda nada en aparcar y, además, en un sitio fantástico, de esos que provocan en una la sensación de haber tenido mucha suerte porque eres buena persona y te mereces lo mejor.

Camina animada hasta la elegante cafetería que ha escogido Javi para la cita. Llega cinco minutos tarde pero con la conciencia tranquila. Ha conseguido acostar a los niños pronto y ha tenido tiempo de darse una ducha, lavarse el pelo, maquillarse ligeramente y comerse un sándwich de atún con olivas y mahonesa. Su preferido.

Va de beige y negro, como día sí y día también, pero ha escogido el pantalón más nuevo que tiene y una camisa un pelín más ajustada de lo normal.

Además se ha dejado el botón del cuello abierto y luce un poco de escote. El pelo recogido en un moño en la nuca le ha facilitado las cosas. Se ha mirado en el espejo antes de salir y su reflejo la ha dejado satisfecha. No se puede pedir más a una madre trabajadora, con dos criaturas, en una noche entre semana.

Ahí está Javi, en una diminuta mesa redonda en un extremo de la sala, al lado de un gran ventanal. Está leyendo el tríptico de la carta con gran atención.

Emma va a su encuentro y espera plantada ante él. Le sorprende que no detecte su presencia y tarde unos segundos en levantar la vista hacia ella. No se levanta, solo una sonrisa velada. ¿Qué le pasa? Amplía su propia sonrisa creyendo poder contagiarle. Nada. Javi se recuesta en su silla y le hace un gesto para que tome asiento, manteniendo la expresión amarga. La preocupación golpea a Emma en la cara.

—Estás muy guapa —le dice en tono sombrío como saludo. Pura cortesía, él es así.

—He conseguido ducharme, lavarme el pelo y cenar algo antes de venir. ¡Estoy encantada!

Emma insiste en exagerar su alegría para ver si con ello le cambia el ánimo a Javi. Lo único que logra es que lance la carta sobre la mesa y llame al camarero para pedir una copa. Emma pide el capuchino que llevaba en mente aunque se arrepiente casi de inmediato. En este momento a ella también le apetece un gin-tonic.

—¿Qué tal va todo? —Eso está mejor, aunque sea en tono desganado. Javi siempre le hace la misma pregunta cada vez que se ven o charlan por teléfono. Es el pie para que Emma comience a hablar como una loca de todas las menudencias que se le ocurren.

Olvida la cara agria de su amigo y aprovecha la ocasión que le está brindando para desquitarse de toda la mala leche que lleva dentro. Le detalla el constipado con vómitos de Marcos del fin de semana anterior y la discusión que tuvo con Tomás porque, a pesar de la enfermedad del niño, insistió en mantener sus planes y se fue de caza con los amigos el domingo por la mañana. La dejó sola y cansada atendiendo a sus dos hijos tras dos noches sin dormir. ¿Cómo que la dejó?, ¡la abandonó! Y hoy por hoy aún no se lo ha perdonado. Es una línea más en la lista mental de cosas feas que le ha hecho su maridito.

Se siente mucho mejor tras soltarlo todo y, cuando se queda sin más quejas que exponer, calla y espera el turno de Javi.

Ahora le toca a él decir unas frases sensatas sobre Tomás para consolarla. Por ejemplo, puede recordarle que su marido es una persona que trabaja muchas horas y necesita algo de esparcimiento con los amigos para recargar las pilas. Lo expondrá tan bien que ella quedará convencida de que, efectivamente, Tomás

necesitaba esa aventura campestre.

Luego le tiene que relatar algo divertido para compensar. Tal vez pueda burlarse de que le guste levantarse a las cinco de la mañana para ir a pasear por el monte en pantalón corto y caminar durante horas intentando no hacer ruido, sin hablar con nadie, concentrado en escuchar el movimiento de algún pobre conejo despistado. Lo contará con gracia para que suene ridículo y se reirán juntos de Tomás. Lo que hacen siempre, vaya. De ese modo, toda la rabia, la sensación de impotencia, todo el cansancio acumulado parecerá tener sentido, tendrá una razón de ser.

Pero en vez de eso, Javi la mira fijamente y, sin cambiar la expresión triste de su rostro, le suelta algo totalmente inesperado:

—Tu marido es un gilipollas.

Emma se queda esperando que continúe, que se explique. Su amigo no es como ella, no usa tacos así como así.

Sin embargo, Javi permanece callado sembrando entre ellos un silencio incómodo —«Ha pasado un ángel», que diría su abuela— y, cuando se cansa de escrutar su rostro desconcertado, desvía la atención hacia la copa que ha pedido.

Emma se centra entonces en su capuchino frío. De tanto hablar, se le ha olvidado y permanece frente a ella, tal como se lo ha presentado el camarero, hace más de media hora. Coge la cuchara y comienza a remover el contenido con energía antes de recordar que aún no ha puesto el azúcar. Recorre con la mirada la mesa hasta que encuentra lo que busca y acerca la mano al pequeño recipiente de porcelana donde conviven terrones marrones y blancos en perfecta armonía. Pero Javi no le deja tomar ninguno. Antes de que consiga darles alcance, extiende el brazo y atrapa la mano de su amiga entre sus largos dedos.

—Emma... —le susurra.

Siente un escalofrío y levanta la vista para descubrir sus ojos asustados.

—Yo..., no... no sé por dónde empezar...

Se pone nerviosa de inmediato. Algo va mal y a ella no le interesa saber qué es. Prueba a cambiar de tema. Con Tomás suele funcionar.

—¿Cómo ha quedado eso que estabas investigando? ¿Has descubierto algo más? —le responde en un tono de voz tranquilo y animado, sin saber muy bien de qué habla, aprovechando que Javi siempre anda investigando algo.

Mientras, intenta liberarse de su zarpa para continuar el gesto de coger el azúcar, pero Javi no se lo permite. En su lugar alza la otra mano y retiene firmemente la de Emma entre las dos. Lo que le están diciendo sus ojos está claro: no tiene escapatoria.

De acuerdo, se rinde.

—Está bien. Habla. Dímelo. ¿Te vas fuera? ¿Es eso? —Emma intenta evitar

el tono airado, pero apenas lo consigue. Ha sonado realmente indignada.

Sabía que tarde o temprano pasaría. Lleva todo el día dándole vueltas sin querer reconocerlo. Javi es un reputado periodista internacional y ha vivido muchos años en el extranjero. Al poco de nacer Marcos, se instaló de nuevo en la ciudad. De eso hace unos dos años, pero Emma no consigue evitar la dolorosa sensación de que su estancia aquí es solo temporal. Hace mucho que teme este momento. Se ha vuelto a acostumbrar a tenerlo cerca y contar con él siempre que lo necesita. No se resigna a separarse de su amigo por segunda vez.

—Emma, la semana pasada cumplí treinta y seis años —le dice con serenidad mientras la observa detenidamente, como si quisiera calibrar la reacción de ella ante sus palabras.

«¡¡Mierda!!», se le olvidó. Ojos desorbitados, la mano libre tapando la boca abierta. ¿Cómo ha podido olvidar su cumpleaños?

—Joder, Javi, lo siento mucho. Se me pasó por completo. Marcos estuvo malo y luego la discusión con Tomás... Sé que no es excusa, pero lo celebraremos, ¿vale? Si quieres, este mismo viernes...

Javi niega con la cabeza y Emma no puede evitar sentir cierto alivio. Ve muy muy complicado quedar con él este viernes. Tomás ya se ha quedado cabreadísimo esta noche. No le parecería bien una nueva salida y se lo haría pagar.

Decide cambiar de táctica con su amigo.

—Oye, tú no eres rencoroso. No te enfadas nunca. Te compensaré, en serio... —Una idea surge en su mente, seguro que le hace reír—. ¡Te haré un pastel! —le ofrece con una amplia sonrisa. Ni en sueños querría alguien un pastel hecho por Emma, y él, que los ha probado, menos que nadie.

Javi vuelve a negar con un gesto, sin soltar su mano y sin desviar la mirada. No sonrío, como ella esperaba.

—No estoy enfadado, Emma. No me importa que hayas olvidado mi cumpleaños...

Deja la frase en el aire y sonrío con amargura desviando el rostro hacia la ventana. La gente pasa tranquila por la animada calle. No saben nada del pequeño drama que se cuece allí dentro. Inhala profundamente y expulsa el aire con fuerza antes de continuar.

—Lo cierto es que..., en realidad..., sí me importa. —Vuelve la cara hacia ella con expresión dulce—. ¿Sabes?, recuerdo la primera vez que te vi como si fuera ayer. Estabas sentada en la cama leyendo. Llevabas un pijama naranja y tu cabello se confundía con la ropa. Nunca había visto a nadie con el pelo de ese color, con la piel tan blanca, los ojos tan oscuros... Eras lo más bonito que había visto en mi vida. No podía dejar de mirarte.

Guarda silencio unos segundos y Emma puede ver cómo las pupilas de Javi recorren su rostro intentando, quizás, encontrar en ella a esa niña pelirroja de la que le habla.

—Solo tenías diez años y, aun así, me contemplaste como a un insecto y te levantaste a cerrar la puerta. —Suelta una breve risa dolida al recordarlo—. Me diste con la puerta en las narices y me quedé como un idiota leyendo una y otra vez el cartelito de colores que colgaba en ella. «Habitación de Emma. Prohibido el paso»... Prohibido el paso.

Emma asiente con la cabeza sin darse cuenta. Recuerda ese momento tan bien como él, pero no sabe por dónde va, a cuento de qué viene toda esa historia. Mierda, tenía que haberse acordado de su cumpleaños. Es una amiga pésima, horrenda, espantosa.

Ha perdido el interés por liberar su mano y Javi aprovecha para acariciársela con delicadeza, como si fuera un objeto hermoso y frágil que él acabase de encontrar por casualidad, y quisiera, a través de la piel, descubrir toda su superficie. Recorre lentamente las venas y tendones marcados en el dorso, las arrugas de los nudillos, el contorno de las uñas; le da la vuelta con cuidado y continúa explorando la textura de las yemas, los pliegues en los dedos, las líneas de la palma...

Durante unos segundos todo se detiene, no existe nada más. Solo el revoltijo de manos y ellos dos, como espectadores, observando sus movimientos hasta que, de golpe, Emma se fija en las pequeñas marcas que presenta en la piel y la gira veloz. Se rompe el hechizo, Javi parece despertar y, sujetándola fuertemente, vuelve a mirarla a la cara. Esta vez le habla con viveza, puede que incluso con algo de rabia.

—Emma, tengo treinta y seis años y jamás he tenido una relación seria con nadie. No he encontrado a ninguna mujer que me haga sentir como me haces sentir tú. Que me haga olvidarme de mí mismo y desee hacerlo todo..., darlo todo por ella.

Ladea la cabeza y observa por un instante a una pareja que camina abrazada al otro lado del gran ventanal. Aprieta los labios con ¿disgusto?, ¿pesar?, ¿envidia? Toma aire por la nariz con ímpetu y lo suelta lentamente. Parece decidirse. Clava sus ojos sobre los de Emma, que lo observa atenta, conteniendo la respiración.

—Creo que nunca me he enamorado de nadie porque estoy enamorado de ti, pequeña. Siempre he estado enamorado de ti.

Emma nota los latidos de su corazón dentro del pecho. Incluso los escucha en su cabeza tan alto y claro que le da la impresión de que todo el mundo puede oírlos. Lo mira asombrada. No entiende nada. Esto es del todo inesperado. Javi

se le está declarando. Lo conoce desde hace más de veinte años. Ha estado en casa de sus padres, en su habitación con cortinas rosas y osos de peluche con lazos. Ha intercambiado con él problemas y consejos sobre sus ligues, incluso la animó a seguir adelante con su boda y ahora, ¿ahora?, le declara su amor. Un amor de toda la vida.

Se le hace un nudo en la garganta viéndolo así, con cara de perro apaleado, sujetando su mano como quien agarra un tronco en el mar en medio de la tormenta que acaba de hundir su barco.

Entonces lo comprende todo y la risa deshace el nudo y brota la carcajada de sus labios.

—Estás bromeando, ¿verdad? —Ríe aliviada. Se está vengando de ella por lo de su cumpleaños. ¡Qué cabrón! Casi la convence y todo. Qué susto...

Pero Javi la mira inexpresivo y no se ríe. No sonrío en absoluto.

Emma calla de inmediato y vuelve a sentir el nudo que le impide tragar, casi respirar.

—No bromeas...

Lo ha susurrado y ha sido apenas audible, pero él lo ha escuchado. Niega en silencio una vez más.

—Pequeña..., me voy.

El nudo en la garganta se hace más grande. Se hace enorme y le atenaza también los pulmones, el estómago, los intestinos. Todo en su interior se contrae y se retuerce. Y el corazón latiendo fuerte: bum-bum, bum-bum, bum-bum. ¿Es que no lo oye nadie? ¿Nadie va a venir a salvarla?

Ve cómo a Javi se le humedecen los ojos mientras prosigue con su aberrante discurso.

—Necesito alejarme de ti.

Las lágrimas asoman también a los ojos de Emma pero las contiene. Todo esto es ridículo. Es su amigo, no puede irse.

—Ahora estás bien, Emma. No me necesitas.

«Sí te necesito.»

Puede ver cómo la nuez marcada sube y baja en su cuello: traga saliva para poder continuar. Sus ojos brillantes sobre ella. Dos finas líneas de color acero y breves pestañas castañas.

—Me marchó y voy a desaparecer. Tengo un nuevo número de teléfono, una nueva cuenta de correo electrónico. No podrás contactarme y yo... — Vuelve a tragar saliva y carraspea para aclarar la voz—. Yo no voy a volver a ponerme en contacto contigo.

Emma empieza a tener verdaderos problemas para controlar el llanto y él se da cuenta enseguida, lo intenta arreglar.

—Por un tiempo al menos, hasta que aclare mis sentimientos y mis ideas. —Las lágrimas comienzan a caer silenciosas por las mejillas de Emma y Javi se inquieta todavía más. No quiere hacerle daño, eso es evidente—. A lo mejor estoy equivocado. A lo mejor... no siento eso que creo que siento por ti... Pero necesito alejarme para saberlo, no sé hacerlo de otra manera. ¿Lo entiendes? ¿Me entiendes? —Se ha inclinado levemente hacia delante y el tono de su voz es de esperanza. Debe pensar que, si alguien en el mundo puede entenderle, ese alguien es ella. Emma siempre le entiende y le alienta en sus decisiones.

Esta vez no.

—Te necesito. No quiero estar sin ti. Siento mucho lo de tu cumpleaños. No volverá a pasar, te lo juro. No te vayas... —ha terminado otra vez hablando en un susurro.

Javi se recuesta en el respaldo de su silla y cierra los ojos un segundo. Suspira resignado y fija la vista en sus manos, que todavía envuelven la de Emma. Ella ve un resquicio, una posibilidad y pone su mano libre encima de las demás como si, de ese modo, con ese breve gesto pudiera hacerle cambiar de opinión y retenerlo. Pero él aprovecha para capturar las dos, se las lleva a los labios y las besa. Un beso largo. De despedida.

Esta cita es una despedida y a ella la ha pillado desprevenida. Hace apenas dos semanas no había ningún problema y ahora, de repente, le sale con estas. No comprende nada ni ve motivos para esta escenita absurda. El fin de semana pasado fue espantoso y no tiene ánimo para más sofocos. No quiere seguir con esta estúpida conversación. El dolor da paso al enfado repentino. Se endurece el tono de su voz.

—Oye, si quieres irte, vete. Lo que no sé es para qué hemos tenido que quedar hoy. Me lo podías haber dicho la última vez que nos vimos y me habría ahorrado el viaje. Entre semana me viene fatal, te lo he dicho mil veces.

Habla con seguridad, sabe de sobra que todo eso de desaparecer es un farol, que no va a irse jamás. Javi siempre ha permanecido a su lado aunque estuviese en la otra punta del mundo. Ya se le pasará. Lo conoce bien. En un par de semanas recapacitará y todo volverá a su sitio. Se le olvidarán todas estas bobadas y se reirán juntos de esta noche.

Enamorado de ella. Chorradas. De ser así, ella lo habría sabido, lo habría notado. Han compartido muchas cosas, hasta han dormido juntos y jamás, jamás, le ha puesto la mano encima con intenciones deshonestas ni le ha dicho algo que le haya hecho sospechar. Incluso aquella vez..., bueno, aquella vez que pasó aquello..., nunca, nunca le han dado importancia.

Son amigos, los mejores amigos, y eso no puede cambiar ahora.

Mira por vigésima sexta vez el móvil. Nada. Ni en el icono de llamadas perdidas ni en el de los mensajes. Ni en el correo personal, que apenas usa, ni en el de su empresa, que tampoco tiene demasiado movimiento. Sin vida el WhatsApp. ¡Espera! De repente un precioso número uno se dibuja sobre el cuadradito azul de su correo personal.

Mueve el dedo pulgar rápidamente sobre el dibujito de la pantalla y se abre el buzón. En mayúsculas se anuncia TuBebe.com.

—Su puta madre...

—¿Cómo? —La Seca levanta la cabeza y le dirige una mirada llena de desaprobación. Emma se hace la loca y no se digna contestarle—. Espero que no uses ese vocabulario cerca de los niños. Lo copian todo.

«Y dale, ¿qué más le da a ella cómo de mal hablen mis hijos?»

No aguanta la ansiedad. Le sonrío como si se avergonzara de su comportamiento solo para que se calle y se levanta nuevamente al baño. Décima vez, desde que ha llegado al trabajo, que va a mear. Con el móvil, por supuesto. Por si acaso. No puede con los nervios, siente que va a estallar. ¿Cómo es posible que el mamón de Javi no haya dado señales de vida todavía?

Lleva una semana esperando una disculpa, un email expurgatorio, una carita sonriente en el WhatsApp, una jodida llamada de teléfono diciéndole que ha sido un imbécil y que lo del otro día fue una broma por olvidarse de su cumpleaños. Su maldito cumpleaños. No puede evitar pensar que quizás, solo quizás, si se hubiese acordado, él no habría creído que seguía siendo un insecto insignificante para ella y no habría montado todo ese numerito.

Además, para terminar de arreglarlo, hoy ha quedado con la tutora de Julia.

Es la primera vez que el colegio los convoca de forma excepcional. Desde el lunes que la llamaron para fijar una cita no ha dejado de darle vueltas a cuál será el tema a tratar.

Por supuesto, ha sufrido una nueva decepción. Tomás tenía no sé qué reunión con no sé qué cliente el miércoles, pero, oh, casualidades de la vida, se ha pospuesto justo a ese jueves y, de nuevo la casualidad, a la misma hora que la de la tutora. «Jodidas reuniones de Tomás, debería darle vergüenza.» El asco le sube a la boca solo de pensarlo y cierra los puños para evitar que vaya a más.

Le toca asistir sola, como casi siempre a casi todo, y la sensación de que este asunto no presagia nada bueno —por el modo de hablarle la profesora, la seriedad, el no querer comentar nada por teléfono, la firmeza para conseguir quedar cuanto antes— le hace sentirse vulnerable y asustada.

Si el puñetero Javi diera señales de vida podría contarle sus miedos y él le diría un montón de palabras hermosas que, aunque en el fondo no iban a arreglarle nada, le infundirían algo de valor.

En el baño, dentro del diminuto cuartito del excusado, se decide por fin a llamarlo. Agarrará al toro por los cuernos. Aunque siga molesto con ella no se negará a darle un poco de apoyo a su amiga cuando sepa que está así de nerviosa.

Busca el número de teléfono en la lista de llamadas recientes y lo pulsa con el pulgar. En lugar de la señal normal, un pitido extraño. Tras el pitido una voz mecánica de mujer le suelta la famosa frase rompecorazones: «El número marcado no existe».

Imposible. Ha marcado ese número cientos de veces. Millones de veces. Lo intenta otra vez. Pitido y voz: «El número marcado no existe».

«¿Estás de broma?!»

—Te necesito, ¿entiendes? ¡Coge el maldito teléfono!

Por supuesto, el pequeño terminal de plástico no entiende nada y no responde a sus gritos.

«Vale, estás nerviosa. Muy nerviosa. Tranquilízate.»

Inspira por la nariz hinchando la parte superior de los pulmones, barriga dentro. Espira despacio por la boca, barriga más dentro aún. Repite las respiraciones de pilates e intenta encontrar la paz que siente durante las clases, aunque no dure más que unos minutos. Se relaja. Solo un poco. Vuelve a marcar el número de marras y tampoco hay suerte. Javi le dijo que iba a cambiar de número, pero solo fue una fanfarronada. No es posible que lo haya hecho. ¿Lo ha hecho? Alberga la esperanza de que sea un problema del teléfono. Pone la marcación numérica y escribe la secuencia de dígitos uno a uno. Se lo sabe de memoria. La ilusión se mantiene hasta que escucha el pitido anormal que precede a la ya familiar frase «El número marc...». Cuelga rabiosa. Ahora, además de nerviosa, está muy enfadada. Para desahogarse decide enviarle un correo electrónico de los duros, de los que te dejan machacado durante unas horas al menos.

Abre la aplicación de correo y teclea sin pensárselo mucho:

No sé dónde coño andas pero déjate de tonterías.

Esto es serio. Tengo que hablar contigo.

No me gusta este juego.

Y me estoy CABREANDO!!!

Se queda sentada en la taza esperando una respuesta hasta que oye que alguien entra en los lavabos.

—¿Emma? ¿Te encuentras bien? —le pregunta la Seca.

Como si a ella le importase algo cómo se encuentra. Va a contestarle alguna

tontería cuando en la pantallita del móvil se ilumina otro flamante número uno. ¡Tiene un mensaje nuevo! Se le acelera el pulso. Toca el icono con un dedo índice tembloroso. Es un aviso del servidor de correo acerca del email que acaba de enviar a Javi.

En el asunto pone: «Delivery Status Notification (Failure)».

Vamos, que la dirección de correo no existe.

Parpadea varias veces. Su pulso sigue acelerado, su corazón no da crédito.

Recuerda entonces que también le dijo que iba a cambiar su correo electrónico y ahora sabe que es cierto, que ha cumplido su palabra: Javi ha desaparecido. Vuelve a ver ante ella el rostro triste de su amigo, pero es capaz de identificar algo más: la determinación en su mirada, ahora se da cuenta. Estaba resuelto a seguir su plan, Emma debía haberlo comprendido. Puede oírle respondiendo a las estupideces que ella le soltaba y, en este momento, escucha de verdad lo que él intentaba decirle.

«Si quieres irte, vete», le soltó toda bravucona, segura de que Javi iba de farol.

Él se inclinó hacia ella apoyando los codos en la mesa. Sostenía las manos de Emma entre las suyas, como acunándolas. Le habló despacio, se notaba que pensaba con cuidado las palabras. Quería estar seguro de que ella le entendía.

«Cuando regresé para instalarme aquí, cuando volvimos a vernos a menudo, no sabía que me iba a sentir así, Emma... Cada vez me resulta más duro dejarte en tu casa y alejarme de ti. Saber que no tengo excusa para verte durante un mes..., que te quedas con él en lugar de conmigo... —Se había encorvado y movía la cabeza buscando la mirada huidiza de Emma, como un gato que vigila su presa—. Solo quiero estar a tu lado, y si no estás, me siento perdido... Este sábado me quedé sin fuerzas para hacer nada. No quería celebrar mi cumpleaños si no estabas tú. Si me hubieses llamado, quizás me habría consolado, a lo mejor habría sido distinto, pero ni siquiera me llamaste...»

Emma forcejeó hasta liberar sus manos y, sin saber muy bien qué hacer a continuación, se puso por fin un terrón de azúcar en su capuchino, a esas alturas glacé. Comenzó a removerlo como una autómatas, con urgencia, como si deshaciendo ese pequeño cubito dulce se acabara el problema.

Sobre todo, era muy importante no levantar la vista, no mirar a Javi, que se había erguido para apoyarse en su respaldo. No se daba por vencido, seguía intentando explicarse.

«Todo esto me ha hecho reflexionar. Me hago mayor y estoy harto de sentirme como un insecto. Quiero formar una familia y ser feliz, y creo que es hora de que acepte que eso no va a ocurrir contigo...» Calló durante unos segundos.

¿Le estaba dando tiempo para que le rectificara? ¿Para que ella le contradijera? Si fue así, Emma no lo aprovechó, seguía entusiasmada jugando con su cucharilla y su café.

Javi, mientras tanto, debía estar conteniendo la respiración. Cuando se resignó al silencio de su amiga, soltó el aire muy despacio por la boca antes de continuar:

«Llevan tiempo ofreciéndome un buen puesto en otro sitio. Hace dos días tomé la decisión de aceptarlo y me voy en una semana. Te he llamado porque quería despedirme y decirte la verdad..., mi verdad..., de una vez por todas.»

Y ella removiendo y removiendo. «Boba.» Ella una boba y él un egoísta.

Golpes en la puerta del excusado.

—¿Emma?, ¿estás ahí dentro? —La Seca suena angustiada.

«Perfecto, Javi, que te vaya bien», le contestó mientras seguía removiendo el café. La espuma de leche desbordando la taza hasta el plato. Él se levantó y pasó por su lado. Se detuvo y se inclinó para abrazarla. Hundió la cara en su cabello y le dio un último beso. Un largo beso. Otro beso de despedida.

Se marchó sin decir adiós. Emma no se volvió, pero pudo ver su reflejo en la enorme cristalera, acercando la mano al rostro mientras se alejaba. Quizás, al igual que ella, para secar las lágrimas que humedecían sus mejillas.

Nuevos golpes en la puerta la sacan de su ensimismamiento. Esta vez es la voz de Tomás la que la reclama con ansiedad:

—¡Emma! ¡Emma! ¡Abre la puñetera puerta, Emma, o la echaré abajo!

Emma abre por fin para descubrir a su marido en pose de película: de lado, los brazos recogidos, preparando el hombro para atacar. Casi le da la risa. Si no estuviera tan triste y tan nerviosa, probablemente se habría reído con ganas de verlo así.

Actúa rápido. Recompone el gesto abatido y lo trasmuta en confianza y tranquilidad.

—Magda. —La Seca se llama Magdalena, aunque Emma opina que le va más el nombre que ella le ha otorgado—. No hacía falta que llamas a mi marido. Solo tengo la tripa un poco descompuesta y no necesito más testigos de ello. —Se acerca a Tomás y le da un beso breve en los labios—. Cariño, no hay ningún problema. Son solo nervios..., ya sabes, por lo de esta tarde.

«Por tu hija, por tu preciosa hija Julia. ¿Te suena el nombre de Julia?»

Quizás esto le haga sentirse culpable y cambie su encuentro con el cliente ese, quizás no tenga que ir sola al cole después de todo.

—Tranquila, mujer, no va a pasar nada. Solo es una charla con su profesora, ¿qué puede decirnos de Julia que no sepamos ya?

Le duele el corazón escucharle. Le duele porque la Seca se ha enterado de

que su hija tiene un problema y ahora se lo contará a todo el mundo. Pero le duele más que su padre no se preocupe ni un poquito, que no comparta sus miedos, que hable sobre ella de forma tan irreflexiva.

Asiente en silencio, sonrisa conforme que simula un «Soy una tonta, tú tienes razón, como siempre». Vuelve a su asiento hasta la hora de irse, sin volver a mirar el maldito móvil, haciendo de tripas corazón hasta que, al fin, puede escapar de allí y correr hacia sus pequeños.

Ha quedado a las cinco, así que tiene tiempo de sobra para volver a casa, coger el coche, llegar hasta el colegio y tomar su comida de hoy: un café con leche en la cafetería.

—Descafeinado, gracias.

No necesita más estrés ahora mismo. No deja de elucubrar para qué la habrán citado. Julia es una niña tranquila y sensata, no da muchos problemas. No se le ocurre qué puede preocupar tanto a su tutora.

Los niños salen y ella los recoge en sus respectivos patios. Los cuidadores estaban advertidos. Los encargados del autobús escolar, también. Todo el mundo en el cole sabe ya lo que pasa con su pequeña Julia. Todos menos ella.

Cada joya en una mano. Niña, niño. Pelo rojo a la izquierda, pelo rubito a la derecha. Iris negros a la izquierda, iris azules a la derecha. Blancas sonrisas a ambos lados: están con su mamá y, a su edad, no hay nada mejor en el mundo que ir de la mano de su mamá, sobre todo cuando ella los mira con ese amor absoluto en los ojos.

Marcos no entiende nada pero está feliz. Julia pregunta. Les tenía que haber advertido esta mañana, pero, con las prisas de siempre, se le olvidó.

—¿Dónde vamos, mamá?

—A ver a tu señorita, cariño.

—¿Y por qué vamos a ver a la señorita?

—Porque la seño quiere contarle a mamá lo bien que lo haces todo, cielo.

Niña satisfecha y llena de orgullo. Mamá con corazón encogido.

Tras media hora escasa de conversación con la tutora y la directora del centro, Emma observa a sus hijos, en la sala contigua al despacho, a través del cristal de la puerta. Marcos pinta con ceras, bosteza, se recuesta sobre la mesa y cierra los ojos, está agotado. Si lo dejan ahí un rato más, se duerme. Se dormirá en el coche seguro y luego no habrá quién lo duche y le haga cenar esta noche.

Julia aproxima la cara al libro que tiene delante. Frunce el ceño. Se aleja y se vuelve a acercar.

—¿No será un problema de vista? —sugiere. Seguro que eso ya lo han pensado, pero por si acaso...

La tutora sonrío con pesar y niega con la cabeza.

A Tomás no le va a gustar nada lo que le han contado a Emma de su hija, de su princesa pelirroja. No admite los defectos ni las debilidades. No le va a gustar nada. Nada de nada.

Tomás está indignado. Emma puede entender que esté dolido, preocupado, sorprendido, pero ¿indignado?

—¡Bobadas! ¡Eso es imposible!

—Pues es lo que me ha dicho su tutora. Le van a hacer unas pruebas que permiten confirmar más o menos si...

—¿Si qué? ¿Si nuestra hija es lela? ¿Si es subnormal?

Ganas de partirle la cara. ¿Cómo puede hablar de esa manera de su pequeña? Respira hondo y se contiene. Tomás ha llegado hace solo un rato de su reunión y despide un tenue tufo a alcohol a pesar del chicle de menta que pasea, sin cesar, de un lado a otro de la boca. Sabe que cuando su marido está así es una persona difícil de tratar, pero, a pesar de todo, continúa con su perorata. Necesita defender a su niña.

—La dislexia se supera. Puede llevar una vida normal. —Le viene a la mente una de las frases que le ha dicho la tutora para animarla y la repite con solemnidad—. Grandes personajes de la historia eran disléxicos... —Solo que ahora no recuerda ningún ejemplo. Lo va a buscar en la Wikipedia. Coge el móvil.

—Deja el maldito móvil. Siempre pegada a ese maldito móvil. Hasta al baño te lo llevas. ¿Con quién vas a hablar ahora, eh? ¿Con tu amiguito Javi? ¿Necesitas contarle toda esta mierda?

Punto muerto. Una vez más punto muerto. Emma se levanta de la mesa y comienza a recoger los platos. Ni siquiera está enfadada. Está cansada, muy cansada. Los nervios que ha pasado hasta el momento de la entrevista la han dejado hecha polvo. No puede, no quiere discutir con nadie ahora. Y menos con él, que, como buen abogado que es, siempre consigue darles la vuelta a los argumentos y ganar cualquier batalla.

Tomás coge el mando y enciende la tele. Permanece en su silla, con el brazo extendido, cambiando de canal. Parece que tampoco tiene ánimo de discutir. Encuentra una cadena con baloncesto y muda el gesto. Las comisuras de sus labios se elevan hacia arriba aunque el resto de su rostro permanece huraño. Guarda las apariencias. Tras varios minutos de tíos grandotes dando saltos, anuncios. Cambia de canal otra vez.

Emma ha quitado la mesa, recogido la cocina, preparado su comida de mañana y el almuerzo de los niños: dos panecillos con chorizo y queso con un poco de tomate restregado. Cuando se los coman estarán blanduchos, pero eso es mejor que otra madalena industrial.

No sabe por dónde seguir. No sabe en qué más entretenerse para no tener que continuar hablando, aunque debe hacerlo.

Tomás observa con atención las mejores jugadas de fútbol de segunda división del día. Fascinante. Empieza la publicidad y Emma vuelve a la mesa y se pone entre Tomás y un anuncio de Fairy. Ojalá fuera cierto lo que predicán porque ella usa ese lavaplatos y su cocina reluce como la patena, pero, aun así, su familia no comparte, ni de lejos, las sonrisas de los actores de la enorme pantalla.

—Si tiene dislexia, tendrá que dejar el colegio. No tienen programa especial y no pueden permitir que el resto de alumnos sufra retrasos por su culpa. No... no se hacen cargo del problema... —termina con un hilo de voz. Se le encoge el corazón. Su niña está encantada en el cole, todos sus amigos están allí.

Tomás la mira incrédulo y se pone ligeramente colorado. Comienza a temblarle el labio superior. Oh, lo había olvidado, Tomás ama ese colegio. Es su símbolo de estatus, de poder intelectual, de..., quién sabe de qué más. «Mis hijos van al Colegio Alemán» es su frase favorita si sale el tema. Aunque la gente ya lo sepa, aunque los descendientes de todos sus amigos vayan a colegios privatísimos y carísimos: los suyos, sus hijos, van al Colegio Alemán.

Emma no sabe qué se imagina él que ocurre en ese centro. Ella fue allí y no es tan especial. Salvo por el hecho de que te fríen a deberes y no tienes tiempo ni de bostezar. Por lo demás, pss, a ella no le ha influido tanto. Su madre es alemana, así que lo del idioma no le parece un sueño como a Tomás, que, según sus propias palabras, daría un brazo por hablar tres idiomas a la perfección como ella. Emma habría aprendido alemán de todos modos y el inglés lo habla todo el mundo, ¿no? Ella nunca ha querido ser traductora como su madre y pasarse todo el estúpido día encerrada en una habitación trabajando, así que, total, para lo que le ha servido...

Su marido ladea la cabeza para volver a contemplar la pantalla a pesar de Emma.

—Buscaremos un especialista —resuelve con la mandíbula apretada.

Mira, ahí están de acuerdo. Emma respira al fin, siente esperanza, no está sola ante el problema. Eso ya lo había pensado ella. Alguien que compruebe los síntomas, las carencias, que le haga un estudio para ver si realmente...

—Alguien que le enseñe a pasar esas malditas pruebas para que no la echen del colegio.

Emma abre la boca pero no dice nada. No es capaz de decir nada.

Esto ya lo han hablado en anteriores ocasiones. Muchas veces.

«Tomás, tus hijos no son como tú. Esto no es una competición. Son solo niños. Deberías respetarlos, dejarles su espacio como individuos.»

Tomás siempre se ríe de ella.

«Son chiquillos, Emma. Papel en blanco. Hay que enseñárselo todo. Serán lo que queramos que sean, lo que les digamos que sean..., y yo quiero que sean los mejores.»

Se va a su habitación sintiendo que el mundo se le cae encima. Ahora es cuando, en condiciones normales, repasaría todos los hechos del día para poder contárselos a Javi en su próxima cena. A lo mejor ni siquiera esperaría a eso, le mandaría un mensajito o se encerraría en el baño y lo llamaría ya mismo para hablar con él. Ella pondría de vuelta y media a Tomás, y Javi, primero, encontraría algún motivo increíble para justificarle, y luego, juntos, se meterían un poco con él. Eso siempre consigue aliviar cualquier malestar de Emma.

Pero hasta eso le falla ahora. Hoy no ha logrado contactar con él. No sabe si se lo podrá contar algún día, si volverán a hablar algún día —el corazón le deja de latir varios compases con solo imaginarlo—. Hace ya una semana que le dijo que se iba, que le explicó que estaba enamorado de ella. Qué locura...

Emma se desnuda, se pone el pijama y se lava los dientes. Entre las sábanas, con la luz apagada, da vueltas a la última conversación que tuvo con él. Intenta comprender. Se obliga a recordar el momento al que le hizo referencia Javi: el día en que se vieron por primera vez.

Emma estudiaba en su cuarto, cómo no. Tampoco tenía nada mejor que hacer. No tenía compañeros de cole que viviesen cerca ni amistades por el barrio. Sus padres estaban trabajando: su padre de viaje y su madre encerrada en el pequeño despacho de la entrada, como siempre.

Sentada en la cama, con las piernas flexionadas y el libro de texto apoyado en las rodillas. No recuerda qué llevaba puesto. ¿El pijama naranja que decía Javi? Puede ser.

Oye la cerradura de la puerta: su hermano mayor, Hugo, ha llegado a casa. Escucha a su madre, que ha salido de su templo para saludar al hijo pródigo. Un «hola», dos «holas». No reconoce esa segunda voz. Levanta la vista varias veces conforme las voces se acercan por el largo pasillo. La puerta de su cuarto está abierta, pero su habitación es la última, no le preocupa que pase nadie por delante. Ahora resuena un portazo. El dormitorio de su hermano se ha cerrado. Silencio durante un rato. De pronto música. Algo ruidoso. Silencio. Unos acordes de guitarra. Alguien toca una guitarra con bastante precisión reinterpretando la canción que acaba de escuchar. Suena bien. Silencio de nuevo, y ella que lo aprovecha para intentar concentrarse en su lectura.

Al cabo de unos minutos presiente algo, alza la vista y ahí está él. Un Javi de doce años, delgado, alto, encorvado, con una cazadora nevada de vaquero amarillento, desgastada y un poco grande tal vez, heredada casi seguro, sobre el

severo uniforme del colegio. El largo pelo castaño intentando ocultar los primeros signos de acné juvenil en su cara. Ojos pequeños y claros sobre una nariz monumental.

Emma se lleva un susto de muerte y se avergüenza de estar allí, tumbada en su cama de color rosa, y de que un amigo de su hermano la vea así. Nota cómo empiezan a arderle las mejillas. Aprieta los labios en una mueca severa y le sostiene la mirada para ahuyentarlo, pero él permanece inmóvil en el quicio de la puerta. Ninguno sonríe, nadie habla. Sin desviar la vista, deja el libro sobre la cama y se levanta con parsimonia, disimulando su inseguridad, va hasta la puerta y la cierra con fiereza. ¡Qué vergüenza! No quiere que un desconocido la contemple en pijama.

Lo verá días más tarde por el patio del colegio y en las colas de los autobuses. Lo reconocerá y nunca le dirá nada.

Era nuevo. Venía de otra ciudad. Nuevo y feo. Muy feo y raro. Con el pelo más largo que la mayoría de sus amigas. Se lo recogía en una coleta para asistir a las clases y dejaba ver su cara fina, demasiado delgada para un chico. A ambos lados del rostro asomaban unas generosas orejas que no se molestaba en ocultar y, para rematar la caricatura, estaban el acné y la nariz, la enoorme nariz.

Durante años sufrió porque alguien la relacionara con él y ahora..., ahora sin embargo daría lo que fuera por tenerlo a su lado.

En la mochila del colegio ha llegado un papel que autoriza las pruebas médicas de Julia. Tienen que firmarlo.

—No voy a firmar eso —le suelta Tomás tajante—. Nunca hemos notado nada. ¡Somos sus padres, joder! Si tuviese algún problema, nos habríamos dado cuenta. ¡No puede tener dislexia!

Emma no sabe qué pensar. Ha pasado varios días buscando información en Internet y tiene muchas dudas. Por un lado, parece ser que la dislexia es difícil de diagnosticar tan temprano. Julia tiene solo cuatro años. No tiene sentido preocuparse a esas edades. Mejor esperar. Aunque, por lo visto, si esperan y realmente hay un problema, Julia dejará de estar al nivel de los demás y comenzará a sufrir retraso en los estudios y problemas con su entorno. Mejor detectarla y tratarla cuanto antes.

Tanta disparidad de opiniones es desesperante.

Ha pedido cita con su pediatra para ver si puede aclararle las cosas y acude esa misma tarde.

Tras la charla con la doctora, asiste a pilates y se tumba a respirar como si le fuera la vida en ello. Necesita respirar.

Afortunadamente, Julia ha ido más conforme. Como es la mayor, la cuidadora le ha ofrecido varias responsabilidades y ahora presume orgullosa de que va a ayudar con los chiquitines, de que la necesitan.

Tras unos quince minutos de bendita relajación, de nuevo le vuelve su vida encima. Las frases de la pediatra afloran en su mente a su pesar.

«Es demasiado pronto para establecer un diagnóstico. Hemos comprobado la vista y el oído y todo es normal. Eso es positivo... Lo mejor es dejar pasar el tiempo para ver cómo evoluciona.»

Esa solución no tranquiliza a Emma. Definitivamente, por ese camino no van a ayudar a Julia. Tiene que buscar otra forma.

La chica-señora-mamá de su derecha, la del Palo en el Culo, suelta una imprecación y lleva a Emma de vuelta a la clase. Siguen tumbadas y están levantando la pierna derecha, vertical hacia arriba, apoyadas en la pierna izquierda flexionada y los hombros, la espalda en el aire. Un ejercicio para endurecer el pompis.

Estupendo. De cintura para arriba Emma se ve bien para sus años y haber vivido dos embarazos. Mantiene un vientre más o menos plano y unos brazos firmes. Pero de cintura para abajo..., eso ya es otra cosa. La flacidez se ha instalado discretamente en la parte baja de sus glúteos y en la parte alta de sus

muslos. Vamos, que la zona que tapa la minifalda, la banana, no le gusta nada el aspecto que está adquiriendo.

Insiste en el levantamiento de pierna con más ímpetu. La del Palo en el Culo vuelve a quejarse. Ambas se miran y entre ellas surge una risa espontánea. Emma se sorprende, hacía tiempo que no se reía así, de forma ligera y natural. La risa le sienta bien, la sosiega un poco.

Termina la clase y Emma se recoge el cabello en el moño que llevaba antes de entrar. Se lo deshace para que no le moleste al apoyar la cabeza en el suelo. La del Palo en el Culo le dirige la palabra mientras recoge sus cosas:

—Me encanta tu pelo. Es natural, ¿verdad? —Le sonrío tímida enrollando su esterilla.

Emma afirma con la cabeza y le devuelve una sonrisa forzada.

Se supone que es un halago pero no se lo cree. Tiene el cabello áspero, tieso, perpetuamente encrespado, de color Fanta de naranja. Corte recto por debajo de los hombros porque Tomás le insiste en que una mujer debe llevar el cabello largo y no le importa que Emma gaste en peluquería lo que no está escrito.

Ella simplemente lo odia. Si lo intenta alisar, se le ondula; si lo intenta ondular, se convierte en una cortina lacia imposible de levantar. Cuando se harta de él, se lo recoge en un discreto moño a la altura de la nuca. Habría pagado por tener el suave cabello fino y dorado de su padre y su hermano. Ya puestos, se habría quedado también con sus preciosos ojos azules, pero no, su cruz siempre será parecerse demasiado a su madre. Mismo pelo espantoso, mismos ojos negros asustados, misma piel blancucha, incluso mismo tipo flaco sin demasiadas curvas.

Por lo menos, puede distinguirse de ella en la forma de ser. Eso sí puede hacerlo y lo intenta con todas sus fuerzas.

Las asistentes recogen a sus respectivos descendientes y se despiden en la puerta. Emma se encuentra con la mirada de la del Palo en el Culo clavada en ella. Le hace sentirse algo culpable. Es consciente de que no ha sido simpática, pero es que no da para más. Hace tiempo que no le apetece ser amable con nadie.

Un chiquillo moreno, de unos tres años, tironea de la mano de la del Palo en el Culo y esta le presta atención. Emma aprovecha para escabullirse y llegar cuanto antes a casa. Quiere ayudar a Julia con sus deberes. Se ha propuesto reforzar el trabajo diario con ella a ver si consigue mejorar un poco las cosas.

Por la noche Tomás llega justo a tiempo de leerles un cuento a los niños. Emma ve la luz. Ya ha preparado la cena y la mantiene caliente sobre la placa de inducción, así que aprovecha para su anhelado momento-copa-de-vino y sale con ella a la terraza. Curioseosa a los vecinos de enfrente, una pareja entrada en años

que no tiene descendencia. Lo sabe porque no se han molestado en poner cortinas y toda su vida pasa ante sus ojos cuando oscurece y encienden las luces. Hace días que no ve a la mujer. Ha llegado a temer que se hayan separado. No, hoy tampoco la ve.

¿Y si ella se divorciara? ¿Podría dejar a Tomás?

Tendría que cambiar tantas cosas...

Para empezar, su trabajo. No puede seguir trabajando en su despacho si se separa. Aborrece su trabajo, pero ¿qué podría hacer si no? ¿Quién iba a contratarla a su edad y con dos hijos?

Además, tendría que luchar por la custodia... En este punto decide, para su tranquilidad mental, que con Tomás sería sencillo. Lo más seguro es que, con su horario, ningún juez sensato le diese la custodia de dos criaturas. Siendo así, Tomás le tendría que pasar una pensión, pagar el cole quizás...

¿Y el piso? ¿Quién se quedaría con ese ático enorme en ese barrio tan codiciado? Tendría que negociarlo, pelearlo...

Podría divorciarse, concluye, pero tan solo ese pensamiento, plantearse todos esos cambios para quedarse ella sola con dos chiquillos, ya le produce vértigo.

En ocasiones tiene este tipo de ideas inquietantes. Solo es un juego en su mente. Imaginarse a sí misma con los críos, con otro tipo de trabajo, haciendo turnos de custodia con Tomás... Cómo se organizaría, en qué podría trabajar, qué haría los fines de semana que pasara a solas... Una vida alternativa que se le antoja angustiada y complicada, pero, quizás, una pizquita más estimulante que la que tiene ahora. A lo mejor por eso se asusta un poco y, para acallar su desasosiego, se esfuerza en recordar lo que le gustaba de Tomás y por qué aceptó ser su esposa.

Cuando lo conoció, tenía el kit necesario para ser un príncipe azul. Era todo lo que cualquier mujer podía desear. Alto, fuerte y musculoso pero también muy inteligente y cultivado. Rubio con grandes ojos azules, segundo de su promoción. Se veían cada sábado en el bar donde acostumbraban a ir, o quizás fue al revés, iban a ese bar porque se habían acostumbrado a verse. No paró de insistirle a Emma hasta que accedió a salir con él.

Para ella todo era nuevo y excitante. Solo había tenido algunos rollos de universidad de los que no había salido muy bien parada. Este era su primer novio formal y era muy buen novio. Puntual, siempre limpio y arreglado. Le gustaban los bailes abrazados y la trataba como a una reina.

Le pidió matrimonio en el momento en que su bufete estuvo bien asentado y ella le dijo que sí. Tenía solo veinticinco años.

Lo que peor lleva es que cada vez tiene más dificultades para ver, en el

Tomás actual, lo que admiraba en su «cari» de entonces.

Ya no verá la cabellera espesa y rubia de los primeros años, sino el pelo ralo, color ceniza, con entradas pronunciadas en las sienes por las que él se pasa las manos, una y otra vez, en un gesto de desespero continuo. Tampoco verá los profundos ojos azules de aquella época, sino el reflejo de los cristales bifocales que delatan una vejez adelantada. El cuerpo atlético que arrastraba miradas a su paso tiene ahora formas redondeadas, sobre todo a la altura de la cintura.

Físicamente no es lo que era de joven, eso es normal. También ella ha cambiado, los años no pasan en balde para nadie, pero Emma intuye que su desazón, sus dudas, tienen otros motivos menos corpóreos.

En cualquier caso no le va a dar más vueltas. Tomás es su marido, el padre de sus hijos, y no puede echarle nada en cara. Trabaja mucho, eso es cierto, pero lo hace por ellos. Ya quisiera él poder pasar más tiempo juntos, siempre se lo está diciendo, como hoy, que ha logrado ver despiertos a sus hijos.

Y cuida de su familia como el que más. Se preocupa de que no les falte de nada. Tienen una buena casa y los niños van a un colegio estupendo. Jamás han tenido que pasar ningún apuro. Emma debe sentirse feliz de lo segura que se encuentra a su lado. Ella y sus hijos, sus amores.

Sabe que algún día se normalizará todo, está convencida de que Tomás no necesitará trabajar tantas horas y podrá dedicarse a ella como lo hacía antes. Que es solo cuestión de tiempo el recuperar ese pasado que recuerda alegre y brillante.

Las nubes de borrasca se despejan en su mente y entra en casa con ánimos renovados. Poco le dura. Encuentra a Tomás en la cocina emplatando la cena que ella ha preparado. En realidad, está con su plato y ha puesto solo su servicio en la mesa.

—No sabía si querías cenar ya, pero yo estoy muerto de hambre, así que voy empezando. —Su tono es poco amigable.

—Vale —le contesta Emma con tranquilidad, pero ha captado la indirecta. No necesita más para notar la habitual opresión en el pecho.

Ha vuelto a hacerlo, ha vuelto a decepcionar a su marido.

Hoy que ha llegado pronto podría haberlo tratado un poco mejor, haberle prestado más atención, pero, en vez de eso, se ha embobado con sus tonterías y ha tenido que ponerse él mismo la cena en la mesa. No es capaz de hacer nada bien. Se siente miserable.

Permanece en la cocina un rato hasta que se le pasa el disgusto. Cuando regresa al comedor, Tomás ya está rematando su filete y prácticamente ha terminado con la ensalada. La ensalada que ella ha preparado para ambos. Eso sí que no ha cambiado, su marido sigue siendo capaz de comerse un buey si le

dejan. De todos modos, no le parece mal, quedarse sin ensalada le sirve para expiar su culpa, se lo merece.

Emma aprovecha los anuncios de lo que quiera que ve Tomás en la tele para contarle los detalles de su visita al pediatra.

—Sí, me lo ha dicho Magda —la interrumpe él en tono cortante para mostrarle que sigue molesto.

«¿Magda? ¿La Seca? ¿Cómo narices sabe ella que yo iba al pediatra?»

—¿Cómo ha sabido Magda que yo iba al pediatra? —se escapa de sus labios, y se arrepiente de inmediato. A Tomás no le gustan los cotilleos, los comentarios que pueda hacerle ella sobre el resto de los empleados.

Debería estar calladita. Probablemente solo sea que la Seca ha puesto la oreja mientras Emma llamaba para concertar la cita.

«Asco de tía.»

—Pues no sé, pregúntaselo a ella —le contesta irritado sin preocuparse en ocultar la masa de carne y pan que mastica en la boca.

Emma no puede evitar pensar que eso no lo hacía antes, de ninguna de las maneras. Se habría dado cuenta de algo así. Antes era muy educado comiendo, está casi segura. Quiere creer que son cosas que conlleva la edad y desvía la vista a su plato, aunque ha perdido el apetito.

Ya está. Ha pasado un mes desde su última salida con Javi y no ha tenido noticias suyas. A estas alturas él ya le habría mandado varios wasaps con tonterías variadas acerca de la supernoche que les esperaba, «quemar la ciudad, dejar a los jóvenes por los suelos» y más chorradas por el estilo con la única intención de hacerla sonreír, de animarla.

Durante este tiempo Emma ha intentado contactar con él en innumerables ocasiones, siempre con resultado fallido. Definitivamente ha dado de baja sus contactos.

Incluso ha consultado en Internet buscando artículos suyos recientes. Nada. Debe andar investigando algo y así puede tirarse mucho tiempo. Puede incluso que, para sus nuevos trabajos, esté usando un seudónimo. Definitivamente ha desaparecido.

La dislexia de Julia la ha mantenido muy ocupada las pasadas semanas. Casi se ha olvidado de Javi. Casi. Pero ahora que la novedad del problema de su hija va suavizándose y se ha cumplido el plazo máximo que le concedía a su amigo para reaparecer, el enorme peso de su ausencia le ha caído encima como una losa.

No puede evitar consentirse un vasito de vino en esos diez minutos que tiene de margen antes de ir a recoger a los niños. Esto del vino blanco es un pequeño capricho, algo relativamente nuevo. Es curioso que, hasta que salió a cenar con Javi por primera vez, las bebidas alcohólicas no le gustaban demasiado. Solo se sirve un poco en la delicada copa alargada. Lo suficiente para levantar algo el espíritu. Tampoco puede pasarse, ha de conducir.

Sale a la terraza y se sienta en el balancín de flores moradas. Se asemeja vagamente al estampado rosado de su cuarto de niña. Repasa el dibujo de la tela con el dedo y la memoria la transporta a aquella estancia. Vuelve a ver al Javi larguirucho frente a ella en la puerta de su habitación.

Tardaron meses en dirigirse la palabra. Él acudía varias tardes a la semana a su casa para darle clases de guitarra a su hermano. Aunque hubiese ido catorce horas al día durante mil años, no habría logrado que su tozudo hermano Hugo tocara algo decente en el sufrido instrumento. Se metían en su dormitorio, Hugo ponía alguna canción que le gustaba en el pequeño estéreo que tenía sobre la cómoda y esperaba, pretendía, soñaba que Javi le enseñara a tocarla. Imposible.

Javi le insistía en que siguiera sus instrucciones, que fuera paso a paso, escuchando cada cuerda, sintiendo cada nota, pero Hugo se empecinaba en tocar las canciones desde el principio hasta el final sin prestar atención a sus consejos.

No tenía paciencia ni la ha tenido nunca.

Emma pasaba con disimulo ante la habitación cerrada a cal y canto de su hermano solo para oírlos discutir. Como Hugo le pagaba las clases —bueno, su madre. Al hijo favorito, lo que hiciese falta—, Javi tenía que tragar y hacerle la rosca, pero intentando, en cualquier caso, que aprendiera algo. Se oía lloriquear a la pobre guitarra, gritar asustada por el trato que le daba su hermano. Javi debía llorar con ella casi seguro.

Pero, al rato, el mundo se paraba porque la cosa comenzaba a sonar bien de verdad. Se ve que Hugo, vencido, le cedía el instrumento a Javi, que le mostraba cómo debía tocar. Entonces Emma se sentaba en el suelo a escuchar apoyando la espalda en la madera oscura de la puerta. A veces le gustaba la canción. A veces no.

Si le gustaba, llevaba con ella unas hojas en blanco y pintaba lo que le sugería la música. Hay que aclarar que a la edad de diez años sus dibujos estaban centrados básicamente en hadas y duendes, aunque, según la música, las hadas podían ser más infantiles o femeninas y los duendes más risueños o malignos.

Emma disfrutaba muchísimo dibujando. Pintaba y pintaba sin parar. Sus obras pululaban por cualquier rincón de la casa, desde la cocina hasta el salón. Una vez las concluía, las abandonaba, sin mirar atrás, pues no tenían interés alguno para nadie.

Un día encontró sobre su escritorio un duende diferente. Montaba un caballo negro a carboncillo. El duende a rotulador lo había pintado Emma una semana atrás, pero ¿de quién era el caballo?

No le pareció suficientemente mágico y añadió unas alas al animal rodeándolo, además, de un par de ninfas acuáticas de largos cabellos azules, coloreadas con acuarelas. Lo dejó de nuevo sobre su escritorio.

Un par de días después el duende y las ninfas estaban sitiados por cuatro esqueletos a lápiz. Uno llevaba un arco, otro una espada, el tercero una balanza y el último una guadaña. ¿Los cuatro esqueletos del Apocalipsis? Podía ser. En ese pequeño mundo de papel podían hacer lo que quisieran.

Emma pensó que a pie jamás atraparían al duende, de modo que sentó a cada uno sobre un pequeño dragón alado. Esta vez usó témperas.

La página tamaño A4 no daba para más, así que su siguiente sorpresa fue encontrar, días más tarde, en una nueva hoja, una hermosa doncella entre las fauces de un fiero león. Todo a Rotring.

A esas alturas Emma ya estaba completamente atrapada en el hermoso juego que habían creado. Suponía que su dibujante invisible era el chaval raro y feo que se encerraba con su hermano por las tardes, pero aquella idea la llenaba de inquietud porque era un chico mayor. Por lo menos tenía doce años. Ella no

se relacionaba con chicos mayores aparte de su hermano. Le daba vergüenza.

Los dibujos crecieron, cambiaron desde las ceras al bolígrafo azul de toda la vida o los portaminas que usaban en el colegio. Hasta hubo algún que otro relieve en papel de seda que Emma solo se atrevió a hacer después de pensárselo mucho, no fuera a parecer infantil. Luego desaparecían.

Cae en la cuenta en ese momento, sentada en el balancín morado, de que no conserva ninguno. ¿Cómo es posible que no guardara alguno de recuerdo? Le encantaría volver a verlos.

Una tarde lo pilló. Lo encontró en su habitación dejando su última obra. Él se dio la vuelta en ese instante y ella no pudo huir. Se sonrieron avergonzados.

—Me gustan tus hadas —le soltó él a modo de saludo, tras unos segundos de silencio aterrador.

—A mí tus esqueletos —le contestó ella azorada.

Javi se volvió hacia la hoja que acababa de depositar en el escritorio.

—He probado a hacer un rinoceronte para vencer a tu ogro, pero creo que he perdido la batalla.

Emma se acercó y se colocó a su lado para ver de qué hablaba.

—Es un buen rinoceronte —concluyó muy seria—, tiene muchas posibilidades.

Javi la miró por el rabillo del ojo, como comprobando si se burlaba de él, y ambos se rieron flojito, algo intimidados.

A partir de ese día, cada vez que Javi iba a visitar a su hermano, pasaba unos instantes por la habitación de Emma. Solo si nadie los veía. Solo si nadie se daba cuenta. La excusa solía ser la de ir al baño. También estaba la del vaso de agua y la de llamar por teléfono a sus padres para avisar de que llegaba un poco más tarde. Les permitía unos minutos de charla, de intercambio de monstruos y princesas, de duendes y guerreros.

—¿Has probado con pintura al óleo?, ¿y con ceras Manley? Te tengo que enseñar lo que hice el sábado...

Tuvieron que pasar muchas tardes para que Hugo desistiera de tocar la guitarra y Javi se quedara sin excusas para verla, pero llegados a ese punto, Emma ya lo consideraba su amigo y no quería prescindir de él, aunque tampoco quería que nadie lo supiera.

Zanahoria, Jirafa, Pippi Langstrump, Naranjita, Patilarga, Zancuda... La imaginación de sus compañeros no era nada del otro mundo, pero sí lo suficientemente machacona como para amargarle la existencia a una niña demasiado alta y demasiado pelirroja. Ella solo deseaba no destacar, ser una más, pero eso no podía ser. O eras una chica guay o eras una boba. Ella estaba harta de ser la boba que aguantaba las bromas de los demás. Tímida y apocada,

le había resultado difícil pero al fin había logrado ser admitida en uno de los cerrados círculos de chicas molonas para compartir recreos y cotilleos escolares.

No quería perder todo eso por la amistad de Javi, y él pareció entenderlo sin palabras, pues, en todos los largos años de colegio, jamás la puso en evidencia.

El bueno de Javi...

Siente una pena honda, como cuando recuerdas, de pronto, que alguien cercano a ti está muy enfermo. El tipo de dolor que sufres al saber que algo es irremediable. Inesperado e irremediable.

Suspira y remata el contenido del vaso de un trago. Se lava los dientes con pasión —no desea por nada del mundo que se note el aroma ácido del vino— y conduce a por sus hijos a la parada del bus escolar. Los lleva a casa de sus suegros, hoy tienen cita con una sicóloga.

La idea, por supuesto, ha sido de Tomás. Emma jamás se atrevería a sugerirle a él algo así. Por lo visto, ha comentado con un amigo el caso de Julia y, ¡qué suerte!, este amigo tiene un colega que, a su vez, tiene un primo que conoce a una sicóloga estupenda que puede ofrecerles orientación.

Aunque sabe que la sesión va a centrarse en su hija, esto de la terapia la espanta. Lo de contar intimidades a otras personas no se le da nada bien. Incluso cuando quedan a cenar con los amigos de Tomás, si la conversación se torna un poco personal, Emma enmudece y pasa el tiempo sorteando las cuestiones que le puedan plantear intentando satisfacer a todos y no molestar a nadie con sus respuestas.

Recoge a Tomás en el despacho y llegan juntos a la consulta. La antesala está vacía. A pesar de tratarse de un edificio antiguo, señorial, tiene pinta de haber sido remodelada en los años ochenta, bajando los techos y poniendo un espantoso suelo de terrazo beige. Resulta fría e impersonal. Se sientan a esperar su turno en un incómodo sofá de piel que vivió tiempos mejores, y cada cual alcanza un ejemplar de ¡Hola! atrasado para pasar el rato.

Los minutos se hacen eternos en esa soledad compartida. Por fin les hacen entrar a la consulta, tomar asiento y, tras las presentaciones formales, la oronda señora con traje chaqueta y cabello canoso que los observa tras una gran mesa de caoba les hace una sencilla pregunta:

—¿Qué es lo que os ha traído aquí?

Emma no puede evitar mirar a Tomás. No han hablado de ello en todo el trayecto, ni siquiera el cuarto de hora que han padecido buscando aparcamiento, y no desea contrariarle. La visita la ha organizado él y cree saber lo que espera obtener. Su marido quiere que diagnostiquen que Julia es una niña sana y estupenda y lo escriban en grandes letras mayúsculas en un papel que puedan entregar al cole.

Es él quien toma la palabra. Le cuenta lo que les han dicho en el colegio, la sospecha de que Julia pueda ser disléxica, y luego desarrolla un largo discurso sobre cómo esa posibilidad es absolutamente imposible porque no hay antecedentes familiares y nunca, jamás, nadie, nadie, pero nadie, ha notado que tuviera ningún problema.

La inmutable profesional asiente ligeramente con la cabeza, hace ruiditos guturales que confirman que presta atención al sermón de Tomás y, de vez en cuando, escribe anotaciones en las hojas en blanco que va cogiendo de una pila que mantiene en un rincón de su enorme mesa.

Cuando Tomás da por concluida su exposición, permanecen los tres calladitos durante unos segundos. La sicóloga los mira, revisa sus hojas, los vuelve a mirar.

—¿Qué tal va vuestra relación? —les suelta con voz aterciopelada.

Emma siente una punzada de angustia. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Qué es lo que ha notado? Sus manos hacen el gesto de cerrarse solas. Para disimularlo, aferra con discreción el bolso que reposa sobre sus rodillas mientras intenta formular la respuesta adecuada en su mente, pero no es necesario, Tomás decide contestar por ambos también en esta ocasión.

—No practicamos nada de sexo.

Lo ha soltado tal cual, como si hablara del tiempo. Emma afloja las manos, deja escapar el aire y pone los ojos en blanco. Tomás está siempre igual y la avergüenza un poco, la verdad, aunque no le falta razón. Desde que nació Marcos su vida sexual se ha vuelto casi inexistente y él no deja de recriminárselo.

—Y ¿por qué pensáis que puede ser? ¿Alguno de los dos es más reacio a las relaciones o se trata de algo mutuo? —les pregunta fingiendo interés. Seguro que está aburrída de oír siempre la misma queja. Cualquiera pareja, tras unos años de convivencia, deja de practicar sexo con asiduidad, no es tan extraño.

Tomás aprovecha para lanzar una de sus pullitas con la odiosa risa socarrona que acompaña siempre esos momentos:

—Jejeje, si por mí fuera, tendríamos mucha más diversión en la cama, eso seguro.

Emma escucha el comentario con resignación. Le gustaría replicarle, decirle que la diversión debería comenzar en el día a día, en la convivencia y la ayuda mutua, en la confianza y el respeto, pero Tomás clava los ojos en ella y el miedo al enfrentamiento la hace vacilar.

—Lo que pasa... —hunde la cabeza entre los hombros mientras intenta justificarse— es que siempre estoy cansada. Los peques, la casa, el trabajo..., ya sabe...

Y pasa también, aunque se guarda mucho de comentarlo, que ya no siente por Tomás lo que se supone que debería sentir por su pareja. Sus gestos, su forma de hablarle, su físico, incluso sus ideas, ya no le atraen como antes. No siente ese impulso que nace entre las piernas y te hace desnudar a tu pareja para tirártelo en el sofá mientras los niños duermen. Simplemente, cuando llega el fin de semana, si Tomás se insinúa, ella le deja hacer e intenta complacerlo.

La sicóloga parece recapacitar unos instantes y les sugiere una actividad para esta semana: el sábado deben dejar a los críos en casa de alguien, salir a cenar y tomarse algo por ahí. Han de tratar de simular una cita, que cada uno se arregle y acuda al restaurante por separado.

La idea no pinta mal, puede ser divertido, pero Emma está un poco enojada. Han ido allí a hablar de su valiente niña, no de sus relaciones sexuales. ¿Y qué es eso de «esta semana»? ¿Espera que vuelvan la semana que viene a contarle qué tal les ha ido? ¿Cree que son sus pacientes? Ese no era el plan. Se ofende más aún y se le escurren las palabras de la boca.

—¿Qué tiene que ver nuestra relación con la dislexia de Julia?

La mirada reprobatoria de Tomás le hace lamentar de inmediato no haber mantenido el pico cerrado, pero la sicóloga rellenita se muestra reflexiva y conciliadora. Con voz suave les expone sus razones y convence a Emma de que sí es necesario el esfuerzo.

—Todo lo que ocurre en vuestra relación afecta a vuestros hijos. Debemos intentar eliminar tensiones en el seno familiar, y para ello es esencial que estéis bien como pareja. Probad con una cita a ver cómo se da. Quedad en un restaurante bonito y relajaos durante unas horas.

«Mal vamos, porque siempre llego tarde a todas partes y seguro que Tomás comienza la velada enfadado conmigo.»

Hoy Emma, inexplicablemente, ha llegado cinco minutos antes de la hora y no da crédito. Las chicas-señoras-mamás de pilates charlan entre ellas. Se conocen, pero no solo eso, ¡es que son amigas! Hablan de sus hijos, de sus trabajos. Incluso mencionan algo sobre una cena.

Ella lleva asistiendo al centro varios meses y no ha cruzado palabra con nadie. Se siente confusa, ¿cae mal a la gente y por eso no le dirigen la palabra?

Falso.

«No te engañes, Emma, lo que ocurre es que eres una antipática que ni siquiera contesta cuando te hablan.»

Su conciencia tiene razón. La del Palo en el Culo fue amable con ella y ¿ella qué hizo?, ¿eh? Nada. Ni siquiera el esfuerzo de responderle como es debido.

Tras el éxito de la noche del sábado con Tomás decide que eso también va a cambiar. Hoy va a ser amable y va a conocer a alguien de su clase de pilates.

Estira con decisión su colchoneta entre la Dulce Tetona y la del Palo en el Culo. Esta última le da algo de aprensión, tan seria ella, así que dirige su atención y su cariño a la Dulce Tetona. La revisa de cintura para arriba, ¿puede ser que tenga menos pecho? Aun así, el volumen es considerable. Ella no podría abarcarla con sus brazos, y eso que es muy alta y tiene las extremidades bastante largas.

La Dulce Tetona pero Menos parpadea al verse bajo la mirada atenta de Emma y le sonrío algo confundida.

—Hace calor, ¿verdad? —le pregunta con voz almibarada.

«Vaya, por eso no hablo con nadie, estas conversaciones me matan.»

Pero hoy se ha propuesto interactuar, conocer a alguien, irse a casa habiendo entablado una nueva amistad.

—Sííí —extiende la palabra para que parezca una respuesta más larga. Sonrisas forzadas entre ambas.

Por fin la clase comienza y Emma puede dejar de ser simpática. Se concentra en respirar y apretar el ombligo contra su columna que, como todo el mundo sabe, es uno de los pilares fundamentales del pilates.

Poco a poco las imágenes del sábado vuelven a su memoria. Mira que daba poco crédito a la cita. Pues salió fenomenal.

Tomás se llevó a los niños por la tarde al zoo y ella pudo ir a la peluquería y hasta comprarse un rímel nuevo para resaltar algo sus horrorosas pestañas naranjas. Fue él quien insistió en que se arreglara un poco, quien le reprochó, y

con razón, que últimamente no se cuidaba nada.

—Tómate el tiempo que necesites.

Por el tono parecía una orden, pero Emma lo quiso aceptar como un regalo. Disfrutó de unas horas para sí misma. Se esmeró en maquillarse y, a falta de algo mejor, escogió el mismo conjunto que en la noche fatídica con Javi: sus pantalones más nuevos y su camisa más ajustada.

Cuando llegó al restaurante elegido por Tomás, lo encontró en la barra tomando un coñac.

No se acercó a él. En lugar de eso, se quitó el abrigo, tomó asiento en el otro extremo del mostrador de madera y pidió un Martini. Tomás tardó unos minutos en detectar su presencia y, al hacerlo, se echó a reír.

Ella lo observaba desde la distancia. Vestía la misma ropa con la que lo había visto salir de casa por la tarde, la que solía ponerse cualquier fin de semana en lugar del traje usual para la oficina: unos pantalones chinos en marrón oscuro y una camisa azul cielo. Sin embargo, quizás por la postura —estaba medio sentado en el taburete, con un pie colgando, mientras apoyaba el otro en el suelo—, le pareció más estilizado que la imagen de él que albergaba en su mente. Hasta le veía menos barriga, lo que no dejaba de ser curioso porque no era posible que hubiese perdido peso en unas pocas horas.

Quizás, solo quizás, es que Emma no lo miraba con demasiados buenos ojos habitualmente. Tomás es un hombre alto y fuerte. Recio. Unos kilos de más le hacen parecer más contundente, no más gordo.

La risa hizo que se marcaran los hoyuelos de sus mejillas. Unos hoyuelos que en otros tiempos no se cansaba de besar y, podría jurar, hacía años que no veía. ¿Todavía estaban ahí? ¿Es posible que siguiesen en su rostro? ¿Por qué ya ni siquiera se acordaba de ellos? Esto le hacía dudar ¿Qué más cosas había dejado de ver Emma en su marido? ¿Podía ser que todavía fuera un hombre atractivo y ella ya no lo apreciara? Sondeó los alrededores y, sí, pudo encontrar una mirada de aprobación en una de las mujeres que había por allí que venía a corroborar su nueva teoría: su pareja no estaba tan mal.

La desidia que llevaba encima se esfumó y un ligero interés vino a ocupar su lugar.

Tomás cogió la enorme copa de coñac y se acercó a ella con lentitud, mirándola con intensidad. Emma no pudo evitar ruborizarse. ¡Qué ridículo después de tantos años juntos!

—¿Qué haces, muñeca?, ¿has venido sola? —le preguntó con voz engolada.

La escena les hizo sonreír a los dos y no pudieron continuar fingiendo que no se conocían. Con risitas sofocadas se fueron juntos hacia la mesa reservada.

Tenían prohibido hablar de sus hijos y de problemas cotidianos, solo de

ellos mismos. Ninguno sabía por dónde empezar porque no tenían ni idea de quiénes eran, a esas alturas, ellos mismos. El menú les sirvió de pasarela a una conversación trivial sobre alimentos, comidas y restaurantes. Repasaron la decoración de arriba abajo e imaginaron cómo sería un local de su propiedad. Lo que añadirían, lo que cambiarían, qué pondrían en la carta.

Estuvieron entretenidos durante los entrantes y el primer plato. En el segundo plato, una botella de vino blanco después, se cogieron de la mano sobre el mantel y recordaron los viejos tiempos. Cómo se conocieron, lo que le costó a Tomás conseguir una cita, su primera noche de amor.

Tras la cena caminaron hasta un pub cercano y Emma pidió un cosmopolitan, muestra de elegancia y glamur donde los haya. Tomás, un whisky con hielo, varonil a tope. Cuando cambiaron las luces y la gente salió a la pista a bailar, ellos apuraron sus copas y tomaron un taxi a casa.

Tomás se mostró encantador y muy apasionado. El alcohol desinhibió a Emma y la actitud de su marido la reconfortó. Logró disfrutar del sexo, al fin, después de mucho mucho tiempo.

Por la mañana se despertaron tarde y recogieron a los críos de casa de sus suegros para ir todos juntos a comer por ahí.

Había estado bien. Muy bien, en realidad. Pasaron el domingo dándose besos babosos y lanzándose miraditas lascivas. Habían recuperado algo y les había sentado de maravilla.

Termina la clase de pilates y, despeinadas y somnolientas, todas se ocupan de sus esterillas mientras conversan. ¿Siempre han hablado tanto? Emma nunca se había fijado. Vuelve el tema de la cena.

—Entonces, ¿el viernes os viene bien a todas? —pregunta una mamá.

Se miran unas a otras. Todas van asintiendo. Una mamá, dos mamás, tres mamás miran a Emma. Ella sigue la cadena de cabezas y asiente a su vez. El viernes tiene una cena. ¿Quién lo iba a decir? Dos salidas este mes. Increíble. No se ha enterado de nada. No sabe dónde es ni cuál es el plan.

—Vale, pues reservo en algún sitio barato y cercano y os mando un wasap a todas —resuelve la monitora.

Solucionado. Emma no tiene que preguntar nada. Recuerda vagamente haber dado su número de teléfono al inicio del curso. Confía en que darán con ella y, si no, tendrá la excusa perfecta para no tener que hacer el esfuerzo de asistir.

Camina contenta de vuelta a casa. Un niño alborotado y parlanchín en cada mano. Sus pequeños tesoros.

En un patio unos chavales fuman al ritmo de un rap que emite un móvil. Lucen los pantalones caídos y una expresión demasiado dura para tener solo

trece o catorce años.

Javi tenía la misma expresión a esa edad, recuerda con nostalgia. Si no lo conocías, si lo mirabas desde fuera. Por dentro era un tierno y no escuchaba rap, claro. En aquella época se llevaban otras cosas.

A ella le gustaba Madonna. Javi escuchaba Guns and Roses y Metallica.

Su hermano ya no se relacionaba con él. Como mucho, se saludaban al cruzarse por el colegio con un «ey» y un breve alzamiento de barbilla. Nunca hablaban ni comentaban los bochornosos intentos de Hugo con la guitarra.

Emma lo veía pasar por el patio, camino del bus, con la espalda encorvada y los hombros hundidos. El uniforme escolar se daba de patadas con su aspecto. El pelo, liberado tras las clases de la coleta estirada, le cubría el rostro. La fina cara que, a esas alturas, parecía un paisaje volcánico lleno de cráteres ardientes y montañas nevadas. No tenía amigos en la escuela. Solo compartía el tiempo libre con un par de parias que, como él, evitaban a todo el mundo. Y el mundo los evitaba a ellos.

La adolescencia ya era, de por sí, suficientemente difícil como para complicarla aún más. Emma lo ignoraba por completo. Sus amigas se habrían reído de ella hasta la saciedad si hubiesen detectado que se relacionaba con uno de los frikis de la escuela. Eran los feos, los raros, y a sus doce años las chicas de su pandilla, con tetas incipientes, ya habían determinado que no les llegaban ni a la huella que dejaban sus zapatos. Menos aún a dirigirles la palabra.

Luego, al regresar a casa —si se sentía triste, si le había pasado algo emocionante que necesitara contar o, simplemente, porque le echaba de menos—, tras bajar del bus escolar y despedirse de sus compañeros guais, caminaba hasta el puente peatonal que cruzaba la avenida. Bajo las escaleras del puente, sobre un saliente de hormigón armado, se sentaba a esperar. Por una especie de plan divino, Javi acudía siempre a la cita improvisada.

Durante años Emma creyó que tenían una conexión especial, debido a sus inclinaciones artísticas, que les permitía saber, sin haberse mirado siquiera durante el día, cuándo debían acudir ambos a su escondite. No fue hasta mucho después que él le confesó, de manera casual, que, en realidad, nunca fue coincidencia. Lo que ocurría es que Javi iba cada día, con lluvia, viento o calor de mil demonios, a buscarla bajo el puente.

Han añadido a Emma a un grupo de WhatsApp. Interesante. Ni idea de a quién pertenece ese número.

«¿Y quién es Rebeca? Ah, espera, pone Rebeca Pilates...»

Rebeca debe ser la monitora de sus clases de pilates. Pues sí, parece que se han acordado de ella para la supercena del viernes. Primer pensamiento: «¿Qué me pongo para una cena así?, ¿el chándal?».

—Jajaja... —Se ríe ella sola mientras se dirige hacia la fotocopiadora.

Está contenta. Hace tiempo que no se siente tan bien. Tomás ha estado toda la semana encantador. La ha abrazado en la cocina, le ha dado besos al encontrarla por el salón y le ha tocado el culo en el baño. No ha habido reproches, críticas ni malas caras. Ha llegado antes de lo normal a casa y, que ella sepa, no ha asistido a ninguna de sus asquerosas reuniones de negocios.

Emma, por su parte, ha cerrado los ojos a todas las cosas que él hace y que no le gustan.

«¿Cuántas veces se puede pasar la mano por la cabeza en un minuto? ¿Por qué mira siempre por encima de las gafas? ¿Para qué las lleva entonces? ¿Por qué hace esos ruiditos, gruñidos más bien, mientras ve la tele? ¿Por qué deja aquí en medio su ropa sucia? ¿No puede llevar su plato a la cocina tras la cena?»

Ha recogido su plato, su ropa y le ha puesto ojitos tras cada abrazo, cada beso y cada tocada de culo. Con defectos o sin defectos, es su marido, el padre de sus hijos, y parece que ha sido un acierto lo de la velada en pareja, que todo va mejor.

La Seca la observa con interés. Le debe sorprender su sonrisa.

«Seguro que piensa que estoy tomando antidepresivos.»

Lo que le jode es que esta semana el maridito de Emma, su jefe, está de lo más amoroso y sonrío a su mujercita cada vez que sale del despacho. Ya sabe Emma cómo mira la Seca a su hombre. Con una mezcla de piedad y deseo. Piedad por lo que le ha tocado como esposa, o sea, Emma. Y deseo porque esas cosas una mujer las nota y casi pondría la mano en el fuego asegurando que la pacata de la Seca está por su marido.

Pero eso no le preocupa ahora, lo que le nubla el ánimo a Emma es la visita a la sicóloga que tienen esta tarde. Tendrán que contarle la cita del pasado sábado y seguro que Tomás se extiende en el relato de los momentos íntimos. Le encanta hablar de sexo y ponerla en evidencia.

Llegado el momento, por la tarde, Emma esconde la cara sonrojada mientras su sicóloga los felicita por su cita-cena-polvo desafortunado.

—No hacen falta tantos detalles, Tomás, de verdad, no hacen falta —le insisten ambas algo abochornadas.

El objetivo que les propone esta semana es que cada uno planteé opciones para abordar el problema de Julia. No se trata de dar con la Solución. Se trata de poner sobre la mesa las alternativas y, con su ayuda experta, intentar encontrar un punto intermedio que satisfaga a ambos. A los dos les parece estupendo. La tía se lo está currando.

Vuelven a casa acaramelados cuando suena una alarma en el móvil de Emma. No le apetece rebuscar en el bolso para sacar el teléfono. Sin mirarlo, comienza a enumerar en su mente las alertas que lleva activas en ese momento: pasar la ITV a su coche, comprar cereales, llamar al dentista, comprar Kellogs —esta última es la misma que la de comprar cereales. La creó por error, pero no se atreve a eliminarla por si acaso—. No, no recuerda ninguna que tenga que ver con esta noche.

Recogen a los niños, que ya están cenados, y su suegra, bellísima persona, les entrega con gran ceremonia las sobras de la tortilla de patatas. ¡Bien! Suben a casa, acuestan a los críos, se ponen cómodos y se derrumban sobre el sofá, a comer la tortilla fría y ver alguna película, como si regresaran de cavar zanjas durante todo el día.

Emma siente inquietud. Algo se le ha olvidado. Hace un esfuerzo supremo para levantarse hasta su bolso y comprobar el móvil. En pantalla, una alerta.

—¡Mierda! ¡La cena!

Tomás levanta una ceja y la mira interesado. Emma le cuenta lo de su cita con las mamás de pilates.

—Vamos, cariño, ¿no prefieres quedarte aquí tranquilita conmigo? —Da golpecitos suaves en el lado del sofá donde se sentaba ella hace solo un segundo.

—Uf, es que me parece mal por las chicas. Llevan varias semanas organizándolo... —deja la frase en el aire y mira su móvil con pesar. Ir o no ir, ese es el dilema.

—¿Las chicas? No sabía que habías hecho amigas. Pensaba que solo ibas a ese sitio a hacer deporte.

Se ha enderezado en el sofá de golpe. Mantiene una media sonrisa pero el interrogante ha oscurecido sus ojos. Emma se siente como si tuviera catorce años y les estuviera pidiendo permiso a sus padres. De hecho, sus padres nunca le han puesto ninguna pega para ir a ningún sitio.

—No son amigas exactamente, pero van todas...

—Entonces no tienes que ir, no les debes nada. Pasa de ellas —le aconseja autoritario, recostándose otra vez en el sofá y volviendo la vista a la pantalla mientras cambia de canal. Resultados de la NBA a la vista.

Ahora no le apetece nada emperifollarse para quedar con unas desconocidas que se pasarán el rato hablando de sus hijos y sus maridos, pero la respuesta de Tomás le revuelve algo por dentro. Es como si necesitara llevarle la contraria, retarlo. Quizás se está retando a sí misma.

—Solo..., solo es una cena... Me están esperando... No volveré tarde...

Tomás gira lentamente la cabeza y la mira incrédulo. Su rostro va endureciéndose con cada palabra, cada sílaba de Emma. «No volveré tarde» termina de sellar su suerte.

—¿Me estás diciendo que vas a ir?, ¿que me dejas para irte con esas pavas a las que no conoces de nada?

«Mierda de nuevo.»

—Cariño, tengo que hacerlo —le ronronea mimosa, pero los nervios hacen que le tiemble un poco la voz—. Han... han reservado y... y hemos puesto ya dinero y todo...

Es un buen pretexto, pero Tomás alza una ceja y arruga la nariz en una mueca de asco. Le da a entender que no se lo traga. Emma se arrepiente de inmediato de haber insistido. Tenía que haber pasado de la cena. Si ni siquiera le apeteecía ir... Ha sido una idea ridícula, pero su marido ya está en otro plano, uno al que ella hubiese preferido no llegar.

—Haz lo que creas más conveniente. —Voz de ultratumba y subida del volumen de la tele con el mando. La conversación ha concluido.

Ya no hay vuelta atrás. Haga lo que haga, él va a estar cabreado con ella. Aunque decida quedarse en casa, prepararle un whisky y hacerle una mamada mientras ve el baloncesto, seguirá enfadado. Se correría y, una vez satisfecho, le apartaría la cabeza a Emma con disgusto, como si fuese él quien acabase de hacerle un favor inmerecido. Lo sabe porque es un recurso que ya ha probado.

Solo el recordarlo hace que su revulsión sea mayor. Necesita salir de allí cuanto antes. Aprieta los puños y huye a su habitación mascullando disculpas que, está segura, Tomás no desea escuchar.

Tiene media hora más los diez minutos de cortesía que le cuesta acercarse hasta el bareto cutre que han escogido para el evento.

Sobre la cama está la ropa que se ha quitado al llegar a casa. Recordar lo bien que se sentía hace apenas unos minutos la estremece sobremanera y a punto está de echarse a llorar.

No tiene ningunas ganas de arreglarse, se pone lo mismo: pantalón negro de vestir, camisa blanca de satén, mocasines. Se limpia el rímel emborronado, se aplica algo de color en los labios y se cepilla el pelo sin mirarse demasiado en el espejo. Lo prefiere. Su cara triste la entristece aún más.

Deja a Tomás en el sofá con semblante indignado y camina con fingida

normalidad —a pesar de la opresión en el pecho y el dolor en las palmas de las manos— hasta el bar de barrio, próximo a la guardería, donde han quedado.

Un corro de mujeres oculta la puerta. Taconazos, faldas estrechas, escotes, labios rojos. ¿Un grupo de hembras casquivanas buscando a sus machos alfa quizás?

No. Son las mamás.

Debería haberlo imaginado, no hay nada peor que una treintañera que lleva mucho tiempo encerrada en casa criando.

«Cuando las sueltan, son como lobas.»

Emma se ríe mentalmente de su ocurrencia. Se siente superior. Se siente superior hasta que se da cuenta, perpleja, de que no son como lobas, son como ella cuando sale con Javi. Perdón, cuando salía, porque de Javi no sabe nada desde hace un mes y una semana.

Javi, con dieciséis años, también se burlaba de las chicas que lo rodeaban.

Al principio sus encuentros se centraban en su afición común, en sus dibujos e ilustraciones, pero con el tiempo una cosa llevó a la otra y empezaron a compartir libros, cómics, películas y otro tipo de conversaciones. Con el paso de los años hablaban de todo y de todos. A los dieciséis de él, de todas.

Andaba el pobre como un perrillo sin hueso que roer. Ninguna chica le hacía caso y él, en vez de intentar solucionarlo, se limitaba a encerrarse más en sí mismo. Emma le advertía, cada vez que se juntaban, que si se encorvaba más, acabaría criando una hermosa joroba.

El rostro cubierto de acné era una de las cosas que más le afectaba. Había probado con múltiples cremas y productos naturales. Había dejado de comer chocolate, fiambres y hasta de tomar leche, porque le habían dicho que empeoraba el problema.

Emma tenía muchas compañeras de clase a las que veía sufrir de acné durante un tiempo, pero luego, misteriosamente, los signos remitían. Indagó, preguntó, investigó. No fue tarea fácil pero logró descubrir el Tratamiento. Y ella le explicó el Tratamiento a Javi, que consintió en ir al médico a implorarle las recetas necesarias.

Un montón de pastillas de Roacutan, protector solar, crema hidratante y cacao para los labios después, Javi era un nuevo adolescente. En unos seis meses su cara, durante años sembrada de erupciones, pasó a ser un suave paño de algodón enrojecido al principio, la piel de un campesino curtido poco tiempo después. Le quedaron —le quedaban aún— pequeñas cicatrices donde antes ahondaban socavones, pero ya nadie lo miraba con aprensión.

Y menos aun cuando se cortó el pelo y se dejó una bonita melena castaña en lugar de esas greñas hasta media espalda y sin gracia alguna que paseaba desde

hacía años. Era la época de máximo esplendor de Héroes del Silencio, y Enrique Bunbury había puesto de moda, en los chicos, el cabello largo hasta los hombros.

De improviso a Javi le cambió la vida. Algunas chicas que antes lo evitaban empezaron a mirarlo con un leve interés. Él ganó confianza, se enderezó y mostró al mundo todo lo larguirucho que era. Se compró unas camperas —más acordes con las nuevas tendencias que las deportivas infantiles y enormes que solía gastar— y cambió las camisetas negras con símbolos macabros que tanto le gustaban por ropa algo más comercial.

A lo que se resistió fue a adquirir unos vaqueros de marca, señal de distinción y clase a esas edades, aunque todo el mundo llevara los mismos y vistiese prácticamente igual. Eran muchos en casa, sabía lo que valía el dinero y eso de pagar más por llevar una etiqueta determinada en el culo le parecía una extravagancia.

Para Emma las marcas eran tan necesarias como respirar. Sus padres no estaban especialmente contentos con ello. Era un desembolso económico desproporcionado, pero su hermano le llevaba la delantera y le había allanado el camino. Ninguno de los dos se ponía algo sin cartelitos visibles del fabricante así los mataran.

Los zapatos, los pantalones vaqueros, hasta los suéteres tenían etiquetado de obligado cumplimiento. O los llevabas o no podías pertenecer al club de los elegidos.

Ella había logrado entrar y le hubiese gustado incluir a Javi en ese grupo selecto para poder relacionarse con él sin problemas, pero su amigo se reía de ella, no entendía su necesidad de pertenecer a alguien o a algo.

—Pequeña, eres una ovejita del rebaño, ¡libérate!

Emma se impacientaba con él. ¿Cómo podía no verlo? Tener una pandilla era importante, aunque su papel dentro de ella se redujera a asentir lo que decían los demás y mostrarse de acuerdo en todo. Ella se había esforzado por hacerse un hueco, ¿por qué no hacía él lo mismo?

A pesar de sus diferencias y de la nueva vida que se abría ante él, su amigo siguió acudiendo fiel a sus citas. Incluso cuando comenzó a salir —eso según él; a morrearse, según Emma— con una chica diminuta, un año mayor, que vestía camisetas de ACDC.

Emma agita la cabeza para volver al presente. Está plantada frente al grupo de mamás que conversa animado en la puerta del bar, pero no se atreve a cruzar la calle para unirse a ellas. Se viene abajo en un segundo y se da la vuelta decidida a regresar a casa.

—¡Emma!, ¡eh, aquí!

Hacerse la sorda y huir, primer pensamiento. Relajarse y sonreír, el

segundo.

Gana el segundo, más que nada por la que ha liado con Tomás con la tontería de la cena y además, también hay que reconocerlo, por la grata sorpresa de que conozcan su nombre y tengan interés en relacionarse con ella. Se le esponja un poquito el corazón y se siente más valiente. Vuelve la cabeza y saluda con la mano como si acabara de descubrirlas. Cruza decidida hacia la puerta del bar.

—Hola.

—¿Qué tal?

—¿Lleváis mucho esperando?

—¡Qué va!

—Enseguida nos dan mesa.

Todas hablan a la vez. Las voces se unen, se separan, las conversaciones se cruzan, risas, carcajadas. Emma suspira y fuerza una sonrisa. No sabe si podrá soportarlo.

La cena no va tan mal. El sitio está mejor de lo esperado. Comen bien por poco dinero y beben lo suficiente para que la charla se extienda durante horas sobre los temas más diversos.

Como cabía esperar, la conversación inicial versa sobre la maternidad. Al fin y al cabo, es algo que todas tienen en común. Incluso Rebeca, la monitora, que las hace partícipes esa noche de una gran noticia: está esperando su primer hijo.

Gritos, besos, felicitaciones. Es sorprendente la alegría general. En vez de una criatura, parece que vaya a tener un billete de lotería premiado.

Tras todos los consejos posibles y bienintencionados, llegan las pegas. Que si no vas a volver a dormir bien en la vida, que si no vas a tener tiempo libre, olvídate de ir al cine o a conciertos... La lista es infinita. Todo es cierto y nada es verdad, piensa Emma, aunque no participa en el debate. La conversación la aburre un poco y bebe sangría con lentitud pero sin pausa.

La sorprende la del Palo en el Culo, que, sentada frente a ella, confiesa que Mateo es de Bolivia. Emma no se explica por qué alguien decide ir a dar a luz a Bolivia. Luego, tras recordar al niño de pelo oscuro y gesto adusto que colgaba de su mano el jueves pasado, comprende que Mateo es adoptado.

—Durante años estuvimos buscando y no llegaba. Nos hicimos pruebas, nos medicamos y, al final, decidimos adoptar —cuenta con naturalidad, sin sonreír ni una sola vez.

Se nota que es algo que ha contado muchas veces. Emma decide que no parece tan mayor como para haber vivido todo eso. «Se mantiene bien», concluye para sí, pero no dice nada.

—Pues no pareces tan mayor, ¿cuántos años tienes? —pregunta la Dulce Tetona, que, siguiendo la costumbre instalada en las clases, se ha sentado a su derecha.

«¿Cómo puede ser tan bruta? ¿Tan indiscreta? Tan dulce y tan boba...»

—Cumpló treinta y ocho en agosto —responde la otra con la misma tranquilidad con que ha explicado que no ha podido engendrar un hijo.

Emma está asombrada. No solo no se ha enfadado, es que hasta le ha parecido normal. «Qué curioso.» Y agradable. Ella hace mucho que no se relaciona con otras mujeres, así, como amigas. No sabe muy bien qué ocurrió, pero, poco a poco, se fue alejando de sus amistades. De las del cole, de las de la facultad... Con el paso del tiempo ya no era lo mismo, dejaron de tener cosas en común. «No lo pasaba bien con ellas», se dice a sí misma.

Había olvidado lo fácil que resulta explayarse, contarse los problemas, los secretos. Sobre todo, si lo aderezas con cerveza y sangría como en esta ocasión.

Tras comentar las dificultades de las adopciones, lo caras y costosas que resultan, la conversación gira hacia los métodos anticonceptivos. En la mesa se dan todas las versiones: condones unas, píldora las más, alguna atrevida lleva un DIU. La más admirada y la que más exclamaciones obtiene es la que se ha ligado las trompas, seguida muy de cerca por la que ha conseguido que su marido se haga la vasectomía.

Emma sigue sin comentar nada. Sonríe a la que habla en ese momento, confirma sus palabras con gestos de cabeza y bebe sorbitos de su copa. No puede evitar evadirse del momento presente al recordar su primera visita al ginecólogo para que le recetara la píldora. Tenía dieciséis años y le pidió a Javi que la acompañara.

Por aquel entonces su amigo ya era mayor de edad y su interés se centraba en los estudios. Quería ser periodista por encima de todas las cosas. Salía con una chica algo desproporcionada que le llegaba por la barbilla. Y eso es mucho llegar porque Javi era —es— realmente alto. De todas las novietas que había tenido hasta el momento, era la única que Emma había mostrado interés en conocer.

La influencia de sus amigos y compañeros de clase había menguado un poco y ya no le importaba saludarlo por los pasillos e, incluso, pararse alguna vez a comentar algo con él.

Probablemente tenía mucho que ver con el hecho de que Javi ya no era el Caballero de la Triste Figura, como le habían llamado durante algún tiempo. Ahora, de no ser por su altura, pasaba casi desapercibido entre el resto de los chicos de su edad. El rostro se le había ensanchado, la mandíbula endurecido y presentaba unos rasgos más viriles. Se preocupaba por su imagen y elegía su corte de pelo con atención, cuidando que disimulara las orejas prominentes —objeto de muchas bromas en el pasado— e hiciera juego con la nariz borbónica que le precedía a dondequiera que fuese.

Cuando Javi superó las primeras cuatro semanas críticas, límite máximo en todas sus relaciones anteriores, Emma le pidió que le presentara a la que, ahora sí, podía llamar su novia.

Con melena pajiza, dientes caballunos y gruesos labios, la chica le cayó bien desde el principio. Era sencilla, clara y directa, con una risa sonora y franca, contagiosa, de esas que, como mínimo, te hace sonreír. En una heladería de su barrio, mientras charlaban alrededor de la mesa redonda donde reposaban unos granizados de limón, Emma comprobó cómo interactuaban como pareja y sintió cierta envidia.

Si era Javi el que hablaba, su novia le pasaba, admirada, la mano abierta por la cabeza, dejando deslizar el cabello suave de él entre sus dedos, o le acariciaba el brazo, todavía delgado y sin vello, con devoción, como sorprendida de que le permitiese hacerlo. Lo miraba con ojos maravillados corroborando con asentimientos de cabeza todas sus palabras. Javi, por su parte, si hablaba su novia, le sujetaba la mano con ternura y se la llevaba a los labios, cada dos por tres, para darle delicados besos en el dorso.

Su amigo le confesó que ella iba a ser la primera y, cuando lo fue, tras mucho insistirle, le contó la experiencia. No con detalles físicos, como hace Tomás en cuanto tiene ocasión. No, eso no. Javi siempre ha sabido emplear bien el lenguaje, así que le describió su primera noche de amor como lo habría hecho la mismita Corín Tellado.

—... besos, abrazos, y yo le dije..., y ella me dijo..., y entonces la desnudé despacio, y ella me susurró, y yo le acaricié suavemente la espalda mientras la besaba en la nuca, y cuando ambos estuvimos preparados..., nos fundimos el uno en el otro.

—¿Que qué? —Emma no podía parar de reír—. Pero ¿cómo puedes ser tan cursi? Eres un chico, por favor, Javi, ¡di que te la has follado!

—Emma, con lo fina que pareces y lo bruta que eres cuando abres la boca —le echó en cara molesto. Es algo que le ha recriminado en muchas ocasiones y tenía razón, para qué negarlo, aunque esa libertad de expresión solo la ha sentido con él y consigo misma.

Pero por mucho que se riera Emma, no podía evitar sentir un peso por dentro, como una dolorosa sensación de pérdida, al ver los ojos brillantes de Javi y escuchar sus suspiros ahogados, mientras miraba de soslayo el reloj, esperando que llegara el momento de acudir presto a la cita con su novia.

Así que Emma, para quitarse de encima ese peso que le molestaba, decidió que también estaba preparada para dar ese enorme paso en la vida de una chica: perder la virginidad.

Buscó en su entorno y lo vio bastante difícil. Todos los chicos eran o infantiles o creídos o demasiado cercanos para atreverse a hacer algo con ellos por miedo a que la noticia se extendiera como la pólvora. Y lo que era más insultante todavía, a todos les sacaba la cabeza.

Ante la duda, eligió a un desconocido cualquiera, una tarde cualquiera, en un bar de cubalitos cualquiera, y, a la sombra de un portal cercano a la discoteca donde la esperaban sus amigas, tras dar cuenta de un litro espantoso de vodka malo con limón para infundirse valor, dejó la virtud y un pequeño monedero de Garfield, regalo de su hermano, con quinientas pesetas.

Nunca tuvo claro si fue un extravío o un robo. Eso en cuanto al monedero.

Lo que sí fue obvio, con el tiempo, es que lo de la virginidad había sido una terrible pérdida.

No vivió miradas intensas a los ojos ni caricias en la espalda, a no ser que cuentas como espalda lo que encuentras al sur de la cintura. Fue rápido, grosero e insulso. Sus besos, los primeros besos que Emma recibía, sabían a vermut con Coca-Cola, combinación horrible donde las haya. Sus manos la palparon y estrujaron sin miramiento alguno y se largó a contárselo a sus colegas en cuanto terminó la faena. No se molestó ni en pedirle el teléfono.

Emma se recompuso la ropa y el pintalabios y fue al encuentro de sus amigas como si nada hubiera pasado. No se atrevió a sentarse y bailó bajo las luces de colores, con el vodka flotando en su cabeza y revolviéndole la tripa, procurando no moverse demasiado porque notaba la entrepierna irritada y húmeda.

Jamás le confesó a ninguna de las chicas lo ocurrido.

A Javi se lo contó al día siguiente, entre risas, mientras recorrían el camino embarrado que separaba sus respectivas casas, como si le narrase una gran hazaña. Esperaba que él la viera a partir de ese momento de otra forma, no solo como una amiga, sino como una adulta quizás, como a una igual. Ella también podía ser deseable, encontrar una pareja y practicar sexo. Pero a pesar de que lo adornó con algún detalle tierno para que pareciera un poco mejor de lo que había sido en realidad, Javi no alabó su proeza, como ella pretendía, sino que la miró con pesar y, para su sorpresa, la envolvió en un fuerte abrazo.

—Pequeña —le dijo muy serio, en voz baja, pegando la boca a su oreja—, tú te mereces mucho más que eso. Prométeme que no vas a volver a hacer algo así, que esperarás hasta que encuentres a la persona adecuada.

En la calidez de los delgados brazos de su amigo, Emma comenzó a dudar y la duda la llenó de espanto. ¿Era posible que hubiese cometido una equivocación? De ser así, era algo irreparable. Nunca volvería a tener una primera vez y su primera vez había sido ¿eso? Sintió tal repulsión por lo sucedido y tanta vergüenza de sí misma que asintió a lo que decía su amigo al borde de las lágrimas.

Desde luego no volvió a hacerlo. No hasta que conoció a Tomás. La experiencia le dejó un regusto amargo y un miedo frío al sabor del vermut y a las relaciones sexuales. No quería volverse a equivocar.

Tras calmarse y aclarar los detalles de su escarceo sexual, Javi le exigió ir a un médico de inmediato. Ella se negó a ir sola y acudieron juntos, cogidos de la mano, a un centro de urgencias donde solicitaron, para gran bochorno de ambos, la píldora del día después. El doctor los miró de arriba abajo, les puso cara agría y les extendió una receta con la condición de que visitaran, cuanto antes, un

centro de planificación familiar para que les explicaran un par de cosas.

Alza la vista. Todas la miran. Está cenando con las mamás de pilates, recuerda, y todas tienen la vista puesta en ella. La camarera rusa de grandes ojos azules sostiene una libretita y un bolígrafo Bic. También la mira. Emma hace un ejercicio de agudeza mental.

«Ya hemos cenado, hay una camarera esperando..., hmm... ¿el postre?»

Lanza las palabras al aire a ver si acierta:

—Solo un café, gracias.

Todas respiran satisfechas. Era eso, ha superado la prueba.

La sobremesa se eterniza y, cuando por fin se mueven, alguien sugiere ir a no sé dónde a bailar. Emma acepta sin problemas. Dondequiera que vayan seguro que está oscuro, la música suena fuerte y puede escabullirse sin problemas. Tiene ganas de volver a casa. Total, para lo que hace allí, que ni participa ni se entera de nada...

Sin embargo, el lugar escogido le agrada. Le gusta lo que pinchan. Cierra los ojos y lo mismo se mueve al compás de Boney M que de David Guetta. Diyei ecléctico, que diría Javi. Sonríe al pensarlo, pero se convierte en una mueca amarga al recordar que no es él quien está a su lado.

—Tu hija es preciosa. Se parece mucho a ti.

Se sobresalta. ¿Alguien le está hablando?, ¿a ella, que no ha abierto la boca en toda la cena? Abre los ojos y la Dulce Tetona la mira expectante. Le parece mal no hacerle caso, así que intenta darle un poco de vidilla a la pobre chica.

—Sí, gracias... —Se da cuenta de que no tiene ni idea de quiénes son los hijos de esta mujer. No sabe si se parecen a su madre o no. No se le ocurre qué más decir.

—El pequeño debe parecerse a su padre, ¿verdad? —vuelve a comentar su dulce compañera de pilates.

Verdad.

—Sí —responde Emma con pocas ganas, pero la mirada anhelante de su interlocutora le llega al alma. Se lanza a un breve monólogo para satisfacer su interés—. A mi marido. Se llama Tomás. —«¿Ha sido confuso?»—. Quiero decir que mi marido se llama Tomás. Mi peque se llama Marcos.

La Dulce Tetona le sonrío con ternura y a Emma se le hincha el corazón.

—Yo no..., yo no me he fijado en tus hijos —reconoce con pesar. Es una mierda de persona, desde luego. Ahora su posible nueva amiga la mirará con odio y se irá con otra mamá del grupo. Todo se ha acabado.

En vez de eso, la Tetona amplía la sonrisa y le explica el motivo de su ignorancia.

—Eso es porque todavía va en el carrito y no lo has visto. Tiene solo tres

meses. Se llama Ramón. —«Ahhh, bendita suerte la mía, que todavía va en el carrito y por eso no lo he visto»—. Acabo de destetarlo y tengo las tetas a reventar. Parecía que la leche había disminuido pero, de pronto, ha vuelto a brotar como una fuente. Me siento como una vaca.

Emma no tiene ni idea de qué le habla. Nunca le subió la leche, sus hijos son de biberón, pero, como un flas, le viene a la mente una cosa.

—Yo tengo un sacaleches si quieres. Está sin estrenar.

La cara de la Dulce Tetona se ilumina.

—¿De veras?, ¿me lo dejarías?

—Mejor que eso —le replica Emma henchida de orgullo—, te lo regalo.

«Un trasto menos en casa», piensa alegre. Por un impulso, se ve dictándole su número de teléfono. ¿Está borracha? Sí, eso seguro, está algo borracha.

—Gracias, gracias... ¿Te llamo mañana? —Mientras le habla se abraza ambos pechos con un gesto de dolor. Necesita un brazo para abordar cada teta.

—Claro, llámame mañana y te lo paso.

Emma lleva toda la mañana del sábado castigada. Lo de salir pitando ayer para cenar con las mamás de pilates no le ha sentado nada bien a Tomás.

Y eso que, aunque se acostó pasadas las dos, a las siete ya estaba en pie atendiendo a sus madrugadores hijos. Los ha ayudado a asearse, ha preparado su desayuno y les ha puesto dibujos a condición de que no hagan ruido y no despierten a papá, que sigue en la cama. Concluida la gran hazaña se ha derrumbado en el sofá mordisqueando las sobras de las galletas que han dejado los niños sobre la mesa.

Pero todo eso da igual. Desde que papá se ha levantado no ha hecho otra cosa que ponerle malas caras y lanzarle indirectas.

—Vaya pinta tienes, estás hecha un asco, ya no tienes edad para estas cosas... ¿Todas tus «amiguitas» son de tu edad? Un poco ridículas saliendo a bailar por ahí, ¿no?... ¿No has bajado a comprar el pan? Seguro que tienes cosas mejores en qué pensar... Tendrás que cambiar las sábanas, huelen a tabaco...

En los pubs ya no se fuma pero Emma se guarda mucho de llevarle la contraria a su marido cuando está en ese plan. Cerrar la boca y cambiar las sábanas es mucho más sencillo.

Afortunadamente tiene una comida de negocios con un socio de su bufete y se marcha poco antes del mediodía. Emma vuelve por fin a respirar con normalidad. No es que le sorprenda la actitud de su marido, qué va, está más que acostumbrada a sus ataques de celos. Es solo que la ha pillado con el ánimo un pelín bajo y sus palabras rencorosas le han afectado un poco más de lo normal.

Aprovecha su ausencia para citarse con la Dulce Tetona. Su nombre real, el que le pusieron de pequeña sus padres, es Paula.

Paula llega al punto de encuentro, una cafetería del barrio, empujando un Bugaboo de color negro con capota azul.

Emma lo tiene igual y todavía lo usa alguna vez, aunque primero lo vistió de rosa para Julia, ella es muy mirada para esas cosas. Recuerda cómo al principio siempre lo llevaba todo perfecto, impecable. La mantita, los patucos, hasta el chupete a juego, y ahora sin embargo...

En cuanto se acerca su nueva amiga, le entrega con afectación la caja del sacaleches tal y como ella la recibió, tras el parto de Julia, de manos de la mujer de su hermano durante su estancia en el hospital. Sin duda, una fan de la lactancia materna que le amargó varias semanas de posparto a fuerza de insistir en que lo usara.

Emma ni siquiera abrió el artilugio —que, ya por la forma, se le antojó

demoniaco— para esterilizarlo. Julia escupió los pequeños pezones de su madre desde el primer día y, tras varias largas, larguísimas horas de lloros, aferró la tetina de látex del biberón como si le fuera la vida en ello. Lo cierto es que le iba la vida en ello.

Con Marcos ni se molestó en intentarlo. No estaba muy convencida de las ventajas de darle el pecho, sobre todo si eso significaba terminar con las tetas caídas, como le habían advertido. Aun así, sentía un breve, minúsculo remordimiento por no haber puesto más interés en alimentar con su propia leche a sus hijos.

Le contó todo eso a Paula —todo menos lo de las tetas colgantes, no quiso parecer frívola—, acuciada por la necesidad de justificar la caja precintada, ante ella y ante sí misma. Paula, toda dulzura, le confirmó sus sospechas. Dar el pecho era doloroso, agotador y sacrificado, pero, a la vez, era maravilloso tener a tu pequeño mamando entre tus brazos. Por desgracia, tiene que volver al trabajo, así que ha llegado el momento del destete.

El pequeño Ramón comienza a inquietarse, parece hambriento. Su madre prepara con torpeza un biberón. Termo de agua caliente, unos cacitos de polvo blanco, agitar, agitar, agitar. Ramón está colorado, grita, patalea, los puños apretados. Es él contra el mundo entero. Emma se levanta de la silla y lo coge con cuidado. Inmediatamente cesa el berrinche, sabe que algo bueno va a pasar.

Paula termina el brebaje mágico y le muestra a Emma el envase de plástico con dibujitos de Pocoyó.

—¿Te apetece dárselo?

Emma toma la leche tibia y revive momentos pasados. Se ablanda. Sonríe. Muestra el bebé a sus hijos, que observan maravillados a su mamá y al pequeño mientras sorben un batido de chocolate. Le dice tonterías a Ramón a pesar de que sabe que él no la distingue desde su visión borrosa y probablemente no la oiga mientras succiona.

Ramón termina con la cabeza colgando del brazo de Emma, la boca abierta, los ojos cerrados. Se ha quedado frito, satisfecho con la comilona sintética que acaban de arrearle.

Paula y Emma se despiden. Se volverán a ver el jueves en clase de pilates. Que vaya bien la semana.

De vuelta a casa, Emma se siente tierna, le apetece mimos. Matan el resto de la tarde haciendo puzles y leyendo cuentos hasta que regresa papá. Viene más contento, ligeramente ebrio tras la comida de trabajo. Hace bromas a los niños, los levanta en el aire. Todos ríen y ella se siente agradecida. Espera a que se acomode en el sofá y se acerca a él. Lo abraza por la espalda, lo besa en el cuello. Parece que Tomás se ablanda, cambia su tono de voz.

La perdona.

Cenan todos juntos una pizza barbacoa de las que venden congeladas y, tras acostar a los pequeños, Tomás se acerca a ella. Es sábado por la noche. La noche de la semana que dedican a hacer el amor. La cosa se pone caliente en el sofá y caminan besándose hasta la habitación. Tras varios minutos de escarceos, Emma se da cuenta de que no está ni la mitad de excitada que el sábado anterior. Ni la tercera, ni la cuarta parte. Postrada bajo su marido, analiza las posibles causas.

No piensa que las últimas veinticuatro horas han sido de lo más desagradables a su lado. Emma es mucho más práctica. Su conclusión es que carece de alcohol en sangre. Con una copita podría entonarse y ser de nuevo una esposa solícita y cachonda, como su maridito espera de ella.

—¿Y si abrimos una botella de vino? —sugiere entre beso y beso.

—¿Ahora? —le replica con voz ronca Tomás mientras le lame la línea del esternón, justo entre las tetas.

Emma se revuelve inquieta. No esperaba esto. Creía que todo iba a salir bien, que iba a tener ganas de sexo. Pero no es así. Quería cariñitos pero no le apetece hacer el amor.

Se sumerge en sus pensamientos. Inventa una historia. Fantasea que está en la cama con otro a ver si eso la anima. Va diseñando a su amante mientras Tomás desplaza su lengua de un pecho a otro, se recrea en un pezón un ratito, en el otro pezón otro ratito más. Su amante es alto, esbelto, tiene los ojos rasgados, ¿la nariz grande?... Joder, su amante imaginario se parece mucho a Javi. Se sorprende. Nunca se ha imaginado haciendo el amor con Javi.

Bueno..., en la penumbra del dormitorio debe reconocer, ante su asombro, que eso tampoco es del todo cierto...

A los veinte años Javi había dejado atrás el colegio para estudiar Periodismo. A pesar de no verlo tan a menudo como antes, para Emma seguía siendo su mejor amigo. Contaba con él siempre que necesitaba cualquier cosa: un consejo, un café... Disponía de Javi a su antojo aunque sus encuentros se redujeran a charlas en bares, parques y paseos por el barrio. Nunca se les ocurría ir al cine o alejarse unas calles más allá. En eso consistía su amistad y Emma estaba satisfecha. Él le prestaba la atención que nadie más le daba y eso le hacía sentirse especial.

Tras su novia inicial, la Primera, que le duró seis meses —seis largos meses de risitas tontas, peleas a gritos y reconciliaciones fogosas que Emma escuchó paciente y algo burlona—, las chicas se sucedieron en la vida de Javi como se suceden las estaciones del año. Siempre llegaba una nueva al desaparecer la anterior. Había épocas en que, sin querer, se solapaban dos, como se solapan los días de frío y calor en primavera y otoño.

Emma no era capaz de seguir la secuencia de nombres femeninos que aparecía en sus conversaciones y acabó por no prestar demasiada atención a esa faceta de su amigo. Se imaginaba a todas esas novietas con la misma pinta que la Primera —melena escasa de color pajizo, pantalones ajustados, zapatillas deportivas y camisetas con serigrafías de grupos musicales— e idéntica forma de ser —divertida y agradable en un principio, celosa y posesiva después—. No tenía interés en conocerlas ni sentía nada especial por ninguna de ellas. Sabía que cada nuevo nombre pasaría de largo en poco tiempo, igual que había ocurrido con el nombre anterior.

La única chica que permanecía en la vida de Javi era ella y eso le gustaba.

Con los estudios controlados, la vida sexual satisfecha y cierto dinero obtenido de las clases particulares que impartía, Javi sacó tiempo, por fin, para dedicarse a algo que le pirraba desde niño: la música. Encontró un batería en la universidad con el que coincidía en gustos y una chica-amante ocasional que cantaba bien y sabía llevar el compás con la pandereta. Él tocaba la guitarra. Les faltaba un bajo. Lo encontraron y decidieron formar una banda y llamarse Single in a Couple's World, Soltero en un Mundo de Parejas, vete tú a saber por qué.

Cada vez que tenía ocasión, invitaba a Emma a asistir al concierto de turno.

Emma se negaba cada vez.

Le daba excusas absurdas que no se creía ni ella. Ya tenía dieciocho años y podía entrar en todo tipo de locales. Sus amigas también. Y relacionarse con jóvenes universitarios era guay, muy guay. A pesar de todo eso, jamás de los jamases se le habría ocurrido a Emma proponerles ir a ver a Javi. Que sus amigas intuyeran que trataba con ese chico raro que conocían desde niñas y habían visto cubierto de acné no era lo mismo que ir con ellas a verle tocar en directo.

Si salía a relucir su nombre, siempre recordaban sus gestos tímidos, el pelo deslustrado, la gran nariz y las orejas voladoras. Todas reían y Emma callaba abochornada. Continuaban considerándole ridículo y vergonzoso, y la relación de Emma con él también. Ella merecía otro tipo de hombre en su vida. Alguien apuesto, más interesante, con mejor proyección social. En aquella época y a esa edad lo máximo, pensaban ellas, era un cirujano o un piloto, no un futuro periodista medio heavy que vestía camisetas de los Ramones y The Cure.

Tardó varios meses en decidirse a ir. Ella sola. Ni pensar en contárselo a alguien. Ni siquiera a él, a pesar de que, para Emma, una excursión en solitario a un lugar público era una aventura de lo más estresante debido a su timidez.

Se dijo a sí misma que iba a darle una sorpresa, pero ese no era el motivo. Se negaba a admitir la verdadera razón, ahora está segura de ello: temía sentir vergüenza ajena de su amigo.

Sinceramente, lo que él le contaba sobre sus conciertos le sonaba a ciencia ficción. Imaginarle rodeado de gente que lo miraba con consideración y entusiasmo era algo que no acababa de creerse. Desde luego, no pegaba con el Javi apocado, feúcho y desgarbado que ella conocía. No le gustaba dudar de su amigo, así que necesitaba comprobar, con sus propios ojos, que todo aquello era verdad.

Lo era.

El escenario iluminado. El grupo tocando entendiéndose solo con gestos y miradas cómplices. El público a sus pies. El silencio respetuoso entre canción y canción. La gente tarareando las letras, dando palmas en los estribillos, aplaudiendo encantada tras cada final.

Tocaban canciones conocidas, versionadas a su gusto y adaptadas a una voz de mujer áspera y grave. Y sonaban realmente bien. Desde U2 a INXS, pasando por The Cult o David Bowie, recorrían cada noche los gustos musicales de todos los presentes.

Emma pidió la consumición incluida en la entrada y se escudó tras una gruesa columna redonda en la esquina más oscura del local. Esperó sola y aburrida a que el espectáculo comenzara. Cuando al fin subieron los artistas al escenario, le sorprendió la presencia llamativa de su amigo. Vestía como siempre: unos vaqueros gastados y una discreta camiseta negra, pero, de pronto, parecía más ancho de hombros, más musculado, incluso más guapo. Había algo diferente en él.

¿No era delgado y tímido? ¿Desde cuándo gastaba esa sonrisa de suficiencia?

No supo descifrarlo hasta la mitad del concierto, más o menos: seguridad en sí mismo. Su amigo se mostraba seguro de sí mismo y, literalmente, se crecía ante el público.

Oculto en la sombra, observó los movimientos sensuales de la cantante y, quién lo iba a decir, los gestos más sexis aún de un Javi desconocido para ella que doblaba las rodillas, flexionaba la cintura o echaba el cuerpo hacia atrás, apuntando la pelvis al cielo, para realizar los solos de guitarra que exigía cada canción. Y si no los exigía, él lograba en esos instantes que parecieran necesarios.

Emma solo pasaba por allí y le dolieron en el alma las mil pesetas que le pidieron al entrar. No pretendía aguantar más que un rato y, sin embargo, no pudo sustraerse a la emoción del concierto. Se quedó hasta el final.

Logró despertar de su asombro en la despedida, cuando los músicos comenzaron a hacer sus solos para presentarse al público. Y el asombro dio paso al pudor. Se sentía rara. No le apetecía saludar a ese Javi que parecía dominar el

mundo desde el escenario. Venía preparada para todo menos para eso. Estaba descolocada.

Decidió irse antes de que encendieran las luces y su amigo la detectara. Retrocedió hasta la pared situada a su espalda, giró a la izquierda y se dirigió hacia la puerta, entre la gente, encorvando los hombros y agachando la cabeza para esconder el centelleo de su llamativo pelo naranja.

Estaba en plena huida cuando escuchó al micrófono una voz masculina que reconoció de inmediato y la hizo parar en seco:

—Para terminar, me gustaría dedicar una última canción a una persona muy especial para mí. Alguien que me ha hecho muy feliz viniendo a vernos esta noche.

Dudó, ¿se refería Javi a ella? Sintió un repentino momento de pánico, pero el murmullo de reconocimiento generalizado que inundó la sala le hizo fijarse en los asistentes. Tenía delante a varias chicas que se ponían la mano sobre el pecho, ruborizadas, y sonreían encantadas. Todas creían que Javi se dirigía a cada una de ellas en particular. Emma se sobrepuso y aguantó una carcajada. No se podía perder eso. Se dio la vuelta para regresar a su escondite. Frente a ella, otras tantas ingenuas babeaban de placer. Alucinada, giró la cabeza a uno y otro lado para verificar su descubrimiento. ¿Eran sus fans? ¿Javi tenía fans?

Y eran chicas de todo tipo. Altas, bajas, morenas, rubias, guapas, menos guapas, más elegantes, menos. Nada de pequeñas roqueras con risa fácil y baja autoestima, como creía. No. Chicas como cualquiera de sus divinas amigas, esas amigas que se burlaban hasta de su nombre.

Se quedó plantada entre el público, todo lo alta que era, sin dar crédito a lo que acababa de comprender: su amigo era valorado y deseado. Nadie se reía de él.

Miró una vez más al escenario. Javi se había quedado solo y, sentado en un taburete frente al micrófono con su guitarra, empezó a tocar con energía unos acordes sencillos.

—Hey, hey, hey, hey... Oooh...

Todo el mundo reconoció de inmediato la canción y la recibió con un murmullo de alegría, incluso Emma. Nuevos acordes y Javi comenzó a cantar bien entonado pero sin pretensiones, de modo íntimo, casi susurrante. Como si estuviese de noche en la playa tocando para su novia y no quisiera molestar a los vecinos que duermen.

Lo cierto es que nunca le había oído cantar. Ni tocar, desde que su hermano se cansó de recibir clases. Nunca había estado en su casa ni conocido a sus padres, y él no había vuelto a la suya desde aquellos primeros días enseñando a Hugo. No era cosa de Javi, no. Él no tenía ningún problema, siempre la invitaba

a todo, le hacía saber que sería bien recibida.

Era cosa de Emma. Por culpa suya, su amistad era una amistad con condiciones. Oculta. Vergonzosa. Y estando allí ante él, viéndolo y escuchándolo por primera vez tras ocho años como íntimos amigos, de lo único que sintió vergüenza fue de su propia conducta.

Mientras, Javi parecía animarse, ganaban fuerza sus dedos y elevaba la voz en el estribillo, Don't you forget about me, don't don't, don't, don't..., para volver después a susurrar a Emma, solo para Emma, en una versión perfecta de la canción de Simple Minds.

Le pareció tan hermoso sentado bajo ese foco dorado, mirando las cuerdas de su guitarra mientras tocaba, cerrando los bonitos ojos rasgados al cantar...

Esa imagen perduró en su mente durante mucho tiempo. Aún podía recuperarla, clara y nítida, si hacía un esfuerzo.

Hoy por hoy Emma no sabe descifrar a qué vino todo aquello. ¿Por qué esa canción?

«No te olvides de mí. ¿Estarás por encima de mí? ¿Me mirarás? ¿No me amarás nunca?»

¿Quería decirle algo? ¿Iba dirigida a ella, a alguien en particular o formaba parte del fin de fiesta habitual de cada concierto?

Pero no se quedó para preguntarle a Javi por sus intenciones. Se fue de la sala durante los últimos «la la la la» porque no podía contener más las emociones que la ahogaban. Pasó todo el camino enjugándose, con gestos bruscos, las lágrimas que acudían a sus ojos. Se sentía una basura, una cría inmadura que se dejaba manipular por las opiniones de los demás en lugar de confiar en su propio criterio.

Llegó a casa aturdida y alterada. Dio un millón de vueltas en la cama hasta que, bajo las sábanas, se le ocurrió pasar los dedos índice y corazón suavemente sobre la tela de algodón de sus bragas sin saber muy bien cómo funcionaba el asunto ni qué era lo que podía esperar de ello. Solo intuía que era el único modo de aliviar la extraña tensión, el desasosiego, que se había instalado en su vientre.

Se masturbó por primera vez reviviendo las expresiones de Javi, el triángulo de su espalda, las contorsiones de sus caderas y los morritos que ponía al concentrarse en tocar. Los ojos cerrados, el tono susurrante de su voz...

El placer llegó de forma inesperada: sintió cómo todo su cuerpo se tensaba primero en una mezcla de calor, dolor y gozo, para relajarse después dejando una sensación de plenitud que Emma no había conocido nunca. Acababa de tener su primer orgasmo sin ni siquiera proponérselo y, encima, lo había hecho pensando en su mejor amigo. Hundió la cabeza entre las sábanas, culpable y confusa por su comportamiento, pero no le dio tiempo a pensárselo mucho: se quedó

dormida de inmediato.

Nunca habló de la noche del concierto con Javi ni con nadie. La guarda en su memoria como se guarda un tesoro o se esconde una cobardía y, aunque nunca ha tenido la certeza de que la última canción fuese para ella, siempre ha querido creer que fue así, que Javi la vio entre el público y le rindió un pequeño homenaje.

Tomás nota que ella no responde a sus caricias, que ya no está presente, que, dondequiera que esté, no es allí con él. Se separa enfadado, sin decir nada, y le da la espalda en la cama procurando no tocarla. Emma no es capaz de retenerlo, lo deja estar. Lo único que siente es alivio.

La semana se ha pasado volando para Emma buscando información sobre la dislexia y tomando nota de todas las posibilidades. Todavía no han firmado el permiso para las pruebas médicas del colegio y siente que el papel la sigue por casa como un alma en pena. Allá donde va, aparece la hoja: en su dormitorio, en la cocina, al lado del televisor, sobre el mueble del recibidor... Seguro que cuando quieran ir a firmarla no la encuentran.

Desde luego, algo sí tiene claro. Cristalino. Diáfano. Quiere que Julia vaya a un cole donde sea feliz. Le importa una mierda que no sea el Colegio Alemán. Quiere que la traten con cariño y la ayuden en sus dificultades. Sin presiones ni tormentos.

Apunta y apunta y apunta y, al releer la lista, el viernes en el trabajo, decide quedarse con las siguientes ideas:

Hablar con alguna asociación de personas con dislexia para que les informen bien.

Dejar que le hagan las pruebas que quieran en el cole. Si detectan algún problema y no quieren hacerse cargo, es mejor sacar a Julia de allí cuanto antes.

Tanto si hay un problema real como si no, reforzar el trabajo en casa con Julia para que no se quede atrás respecto al resto de la clase.

El último punto es porque ha leído que la sensación de fracaso genera tristeza y baja autoestima. Ella conoce bien esos sentimientos y no los quiere para Julia.

Cuando llega al gabinete de la psicóloga, Tomás ya está allí. Ha ido directo desde una comida de trabajo. Sentado en el sofá de piel marrón de la deprimente sala de espera, esconde la cabeza tras un ¡Hola! —en la portada Paulina Rubio sonríe alegre. ¿Habrá tenido un hijo? ¿Se habrá casado? ¿Divorciado? ¿Comprado una mansión?—. Levanta la vista hacia ella y, tras unos segundos de mirada intimidante, vuelve a su lectura.

El subidón de su cita romántica de la semana pasada se ha venido abajo tras el fracaso del último sábado noche. Ya no hay tocamientos por los pasillos ni besos con lengua. En la oficina se ignoran salvo para guardar las apariencias. Tomás está serio y ella también. La Seca los observa aliviada, todo vuelve a ser como antes y eso, por lo visto, la deja más tranquila.

Emma coge un par de revistas y pasa las hojas sin detenerse a leer nada. Le importa un pito la vida de Carolina de Mónaco y aún menos la de la Pantoja. Las lanza aburrída sobre la mesa y se dispone a dejarse llevar por sus pensamientos cuando la puerta de la consulta se abre. Dos mujeres de mediana edad salen

mirando al frente sin posar los ojos sobre ellos. «No estamos aquí, no nos hemos visto nunca», parece decir su actitud.

«Por supuesto, nosotros tampoco.»

—Ya pueden pasar.

Emma entra como un cordero al matadero: la cabeza gacha, asustada, con ganas de hacer pis. Tomás, sin embargo, luce más como el matarife: mandíbula apretada, puños cerrados y talante guerrero.

Ambos toman asiento y esperan que la experta sicóloga les indique cómo seguir.

—¿Qué tal ha ido la semana? —frase de rigor para comenzar la matanza.

—Biennnn —susurra Emma arrastrando la palabra.

—Mal —sentencia Tomás.

La sicóloga eleva la ceja izquierda. Eso quiere decir que espera una explicación. Emma mira sus manos, juega con su alianza, repasa con la vista las uñas.

«Demasiado largas», decide. Debe cortárselas hoy mismo si no quiere tener problemas.

Tomás se lanza a describir con pelos y señales su frustrada incursión sexual del sábado.

—... y la estaba tocando así, y no me hacía caso, y le pregunté varias veces si le gustaba y no me contestó...

Emma no recuerda nada de eso.

—¿Qué crees que pudo pasar, Emma? —le pregunta la experta con voz sinuosa, como si quisiera seducirla y tirársela allí mismo, sobre ese enorme escritorio pulido y desangelado.

«¿Cómo diablos voy a saberlo si no recuerdo nada de lo que él ha contado?», piensa agobiada.

—Que estaba cansada —responde sin levantar los ojos de sus manos. Las mismas manos que tomaron un día lo que no debían haber tomado...

«¡¿Cómo?!»

El recuerdo la sorprende, pero no es momento para esas cosas. Se obliga a prestar atención a lo que le dicen.

—¿Te encuentras cansada normalmente? —le vuelve a preguntar.

«Bueno, si por estar cansada se entiende no querer salir de la cama por la mañana, no tener ganas de moverte durante todo el día y desear imperiosamente que llegue la noche para volver a meterte en la cama y no tener que pensar en nada, entonces sí, estoy cansada siempre.»

—No..., imagino que es por el estrés de lo de Julia y eso...

La experta asiente contenta. Ha hecho lo que tenía que hacer, ha preguntado

lo que tenía que preguntar y la respuesta es satisfactoria. Es por lo de Julia, es evidente.

—Bien, pues entonces hablemos de Julia —clama enérgica.

Emma extiende su brazo con su lista de posibilidades. Tomás afirma que lo lleva todo apuntado en la cabeza.

Cuarenta minutos después, al acabar el tiempo que han pagado por adelantado, la conclusión es que están en completo desacuerdo. Tomás desea ir a un especialista que prepare a Julia para que en el colegio no puedan esgrimir motivos que los obliguen a cambiarla. Su único objetivo es que Julia siga yendo al exigente Colegio Alemán y así él pueda seguir levantando la barbilla cada vez que lo mencione delante de sus conocidos.

Emma saca fuerzas de flaqueza para enfrentarse a su marido y expone suavemente sus razonamientos: solo quiere lo mejor para su hija. Tomás opina que lo mejor para su hija es seguir en ese colegio. Ella no está de acuerdo, considera que lo mejor es que no se sienta presionada. Él no está conforme: la presión es saludable, que se espabile, que el mundo es muy duro.

La sicóloga intenta encontrar una causa común pero no lo logra. Solo consigue mal humor y la sensación de que las diferencias entre ellos son insalvables.

Los ejercicios de la semana son, por un lado, que se acerquen el uno al otro de forma más amorosa. Nada de sexo, solo caricias y besos. Además, para mejorar la comunicación entre ambos, deben mirarse a los ojos y contarse todos los pormenores de su día a día, por irrelevantes que parezcan.

Por otro lado, sobre Julia, les sugiere que se planteen la opción de buscar un profesional externo al colegio para que la evalúe.

—Quizás se esté creando un problema donde no lo hay. Pensadlo por separado y el próximo día me dais una respuesta. De estar de acuerdo, yo os puedo recomendar a algunos colegas.

Por lo menos, es un inicio. Un atisbo de esperanza. Es algo en lo que, en principio, no discrepan.

De camino a casa, Emma comienza con sus deberes. Le cuenta a Tomás que ayer por la tarde, tras la clase de pilates, fue con los niños y un par de amiguitos suyos a un sitio de esos de bolas.

—Está al lado de casa, justo enfrente de donde los recoge el autobús del colegio por la mañanas —le explica.

En la puerta de la guardería donde practica pilates, Marcos y el chiquillo ese morenito, el adoptado, ¿cómo se llamaba?, ¿Darío? Lo mismo le da. El caso es que salen brincando y persiguiéndose entre gritos y carcajadas. Julia, muy formal y muy mayor, los vigila y los coge de la mano cuando echan a correr por

la acera. Avanzan los tres como si su ruta estuviera trazada de antemano, con seguridad y sin mirar atrás. Emma y la del Palo en el Culo los siguen confusas. Caminan en paralelo, se miran y sonríen tímidas. No hablan.

Al llegar a la segunda esquina, la del Palo en el Culo se para ante el paso de cebra y se dirige a Emma:

—¿Quieres que vayamos al nuevo parque de bolas? Como parece que se llevan bien los críos... —deja la frase en el aire.

Emma da por hecho que es tan alta, tan seria y tan estirada que a la pobre le debe haber costado un mundo formular la pregunta. Seguro que no le cae bien, que lo hace por los niños, pero estudia la oferta. Son las siete pasadas. Julia tiene que hacer las fichas del cole, los deberes. Deben cenar a las ocho para estar durmiendo a las nueve, si no, por la mañana, no hay quien los saque de la cama. «Imposible», decide.

Sin embargo, llega hasta ellas la Dulce Tetona, Paula para sus padres. Empuja el carrito negro y azul con parsimonia, cansada probablemente de ese nuevo objeto que ha llegado a su vida y que siempre debe ir acarreado allá donde vaya —el carrito, no el bebé que gorgotea dentro—. Ha escuchado a la del Palo en el Culo y abre los ojos.

—¿Queréis ir un rato? —Está visiblemente emocionada—. Me paso el día en casa, sola, me encantaría tomarme un descafeinado y charlar un rato con un adulto.

Es casi una súplica.

Emma mira a la Dulce Paula y luego a la criatura que agita las manitas regordetas y babea sin cuidado la sabanita bordada. Le apetece volver a sujetarlo entre sus brazos y que la babee un poco a ella.

—De acuerdo, pero no nos podemos quedar mucho rato. —Su voz la sorprende. Ha aceptado.

Caminan con nuevas sonrisas forzadas haciendo comentarios banales sobre la clase que acaban de sufrir. Que si tendrán agujetas, que cada vez se pasa más, que si cree que somos atletas...

Al fin llegan a su destino y Emma descubre un local luminoso, amplio, lleno de toboganes con túneles, suelos acolchados y bolas de colores. Dos zonas: para pequeños y para más pequeños. Para los vejestorios, léase padres marchitos y agotados, unas mesitas redondas negras y unas sillas de metal del mismo color de las que te obligan a estar tieso como un poste. Es preferible eso a apoyarte en el respaldo y acabar con una hernia discal.

Los niños lanzan sus zapatos al aire y desaparecen dentro de la red para pájaros que envuelve las llamativas atracciones. Paula, la Dulce, aparca el carrito a su vera y se sienta con evidente placer. Incluso se atreve a reclinarsse un poco

en la silla. Emma y la del Palo en el Culo no son tan valientes. Se quedan con medio trasero en el aire y los hombros tensos, alertas a los ruidos que emergen de la jaula infantil. Necesitan varios minutos para ceder al cansancio y permitir que el cuerpo se relaje sobre el asiento.

La Dulce es la primera que se lanza a hablar. Rememora los mejores momentos de la cena de alumnas. Para asombro de Emma, ella no recuerda ninguno. También le ha chocado encontrar el sitio donde están ahora tan cerca de su casa. Pasa todos los días por allí y no se ha fijado nunca. Si lo piensa bien, le suena que sus hijos han mencionado alguna mañana los grandes patitos pintados en la fachada. Le da rabia. ¿Por qué anda siempre tan ensimismada?

Para evitar que le ocurra lo mismo con el encuentro actual hace un gran esfuerzo por seguir el monólogo de Paula.

—... y me montó un número que no veas porque llegué tarde a casa. ¡Pero si él llega tardísimo siempre que hay fútbol! Para una vez que está en casa y puedo salir yo por ahí... —La queja se extiende en el silencio de sus interlocutoras.

La del Palo en el Culo le pregunta en qué trabaja su marido.

—Camionero —le responde—, pero de larga distancia. Transporta mercancías por Europa y pasa días, incluso semanas enteras, conduciendo de aquí para allá. Así aprovecha más los viajes —explica con cierta tristeza.

En vez de consolarla, la del Palo en el Culo narra su historia. Su marido no trabaja. Es amo de casa. Para lo que ganaba, les sale más a cuenta esa solución que pagar una señora de la limpieza y comprar comida precocinada. Guiso, limpia, pone lavadoras, hace la compra, lleva y recoge a su hijo del cole todos los días.

El único rato que tiene todo para él es este en que su mujer va a pilates y se lleva a Mateo con ella.

«Ah, mira, se llama Mateo», piensa Emma. Ahora que ha entablado relación con su madre va a esforzarse en memorizarlo.

La del Palo en el Culo termina su historia y se calla. ¿Le toca ahora a Emma? Las normas sociales así lo indican. Se prepara e intenta resultar sencilla. No quiere parecer pomposa o engreída.

—Mi marido es abogado y trabaja en un bufete.

Ahí se para, nadie tiene que saber que el negocio es suyo y que gana bastante dinero. Para que parezca peor y no causar envidias innecesarias, añade lo siguiente:

—Trabaja todo el día. Se va a eso de las siete y vuelve casi a las nueve. Algunos sábados también va al despacho o tiene reuniones.

Pues no está tan mal. El suyo tampoco es un estilo de vida muy deseable

que digamos. Ya ha entrado en calor.

—No hace nada de nada en casa. Ni siquiera ayuda a poner o quitar la mesa. Parece que solo le interesa el televisor. —Ninguna le responde, pero la miran con interés y se envalentona—. Solo existo los sábados porque es el día en que se supone que echamos un polvo. Entonces me busca y... —Eleva la voz para mostrar mejor su indignación—. ¡Encima pretende encontrarme!

Emma abre los ojos como platos ante su propio estallido emotivo. Es como si descorcharas una botella de champán: estás herméticamente cerrada, pero, en cuanto mueves el tapón, todo sale disparado y no puedes parar.

La Dulce Tetona y la del Palo en el Culo la miran con pena y comprensión. Asienten con la cabeza. Cada una cubre, con la mano que le queda más cerca, las frías manos de Emma. Paula, la Dulce, le sonrío con ternura. La del Palo en el Culo la deja hundida cuando le suelta bajando la voz:

—Ya notaba yo que estabas muy triste.

Esto último no se lo cuenta a su marido, desde luego. Tampoco le habla de ellas, de la Dulce y la del Palo. Sospecha que a él no le haría gracia enterarse de que ha estado hablando con perfectas desconocidas de sus problemas de pareja.

Tomás ha asentido y posado la vista en ella varias veces aparentando interés, aunque Emma sabe perfectamente que el sitio de las bolas se la trae floja. Llegan a casa y él, como muestra de reconciliación, le pasa el brazo por el hombro mientras se acercan hasta la puerta del supermercado. Emma aprovecha para mirarlo a los ojos, como les ha indicado la sicóloga, pero, aparte de dos iris azules que huyen rápidamente de su encuentro, no consigue ver nada más allí dentro.

Emma vuelve de pasar el domingo en casa de sus padres tras la obligada visita de cortesía mensual. Ha aprovechado que Tomás iba al fútbol.

—Me llevo a Marcos —ha intentado él cuando salía hacia el estadio.

«Ni lo sueñes.»

Primero porque no entiende por qué no se le ha ocurrido nunca llevarse a Julia. Llamémoslo «machismo prosaico». Segundo, porque Marcos apenas mide noventa centímetros y un campo de fútbol no es el ambiente más adecuado para alguien de ese tamaño que se pasa el día tocándose la nariz porque tiene motos.

—Uy, hace mucho frío y está tosiendo. Mira que como se constipe no va a poder ir al cole... —Excusa mano de santo. Tomás cede de inmediato.

Sabe que tiene que hacer la cena, preparar las mochilas para mañana y terminar los deberes con Julia, pero, en lugar de eso, se tumba sobre la alfombra del salón y deja que sus niños se tiren encima de ella. Les olfatea el cuello y el aliento, les muerde la barbilla, les come las orejas. Les hace cosquillas y pedorretas, y ellos le responden con carcajadas locas y patadas al aire que suelen acabar en sitios dolorosos. Los tres sin excepción se llevan algún cabezazo, y Emma termina con una fisura en el labio y un arañazo en la mejilla. Pero no duele. Nada duele cuando se trata de ellos, de sus amores. Los mira y, aún hoy, se sigue sorprendiendo de que sean suyos. De que, al menos, durante unos breves, brevísimos años le pertenezcan.

¿Era así con sus padres? No recuerda tumbarse nunca a jugar sobre su madre, desde luego, y su padre no pasaba mucho tiempo en casa, siempre andaba viajando en aquellos tiempos, cuando ella era pequeña. ¿Y su hermano? Hugo era el ojito derecho de su madre. A él sí le hacía arrumacos y le elogiaba cada vez que hacía la «o» con un canuto. A lo mejor por eso Emma y su hermano nunca se han llevado demasiado bien. Ni siquiera ahora que son mayores y no hay —no debería haber— celos infantiles de por medio.

Puede que, debido a eso, lo que más le asombra, lo que más conmueve a Emma es que sus hijos la prefieran a ella sobre todas las cosas. Nunca ha sido así con nadie de su familia. Tampoco con Tomás, como estúpidamente creyó en su momento...

¿Quizás con Javi? Sí..., puede que también Javi la prefiriese a ella sobre todas las cosas. Pero si fue así alguna vez es algo que cambió con el tiempo.

Probablemente la culpa fue solo de Emma. No llevó nada bien sus emociones tras ir de incógnito a ver su concierto y toquetearse en la cama después. El sentimiento de culpabilidad creció hasta convertirse en aversión.

Comenzó a evitar sus encuentros con excusas baratas y él se acostumbró pronto a su ausencia, repleto como estaba de actividades más interesantes en las que pensar: las clases particulares que impartía para sacarse algún dinero, los ensayos con su grupo, estudiar y preparar trabajos para la facultad, la novia de turno —léase amante ocasional—...

Todos los propósitos de Emma nacidos de la emoción de verlo con su guitarra en el escenario —intención de presentárselo a sus amigas para que vieran lo buen tío que era, de llevarlo a casa de sus padres como invitado, de acceder a conocer a su enorme familia, de acompañarlo a los ensayos, de ser una buena amiga al fin y al cabo— quedaron en suspenso durante meses porque se sorprendía sintiéndose intimidada en su presencia. Sonrojándose al percibir su olor —ligeramente dulce, tenuemente almizclado— al darle dos besos cuando se saludaban, mirándolo de soslayo para investigar el perfil de su nariz y de sus labios, deteniéndose a inspeccionar el color que ese día tenían sus bonitos ojos o admirando el brillo de su cabello dorado.

Nunca se había planteado qué podían sentir por su amigo esas chicas con las que salía. No había visto que el chaval flacucho y desgarbado era ya un tío alto, esbelto y con bastante buena pinta. Que el rostro alargado y difícil había evolucionado a una cara compleja pero, de algún modo, atractiva, donde la llamativa nariz armonizaba con el corte de pelo, los pómulos altos y la forma del mentón. Un guapifeo se podría decir. Un tío interesante que, desde luego, podía dar fe de ello, tenía sus seguidoras.

Emma admiraba los cambios producidos en su amigo, invisibles para ella hasta ese momento, y desviaba la vista irritada consigo misma. No le parecía bien lo que notaba. Esa incomodidad que le hacía estar en vilo con su cercanía y la molestaba tanto que volvía a casa enfadada con el mundo en general y con nada en particular.

Su idea de hombre ideal distaba mucho del chico de espíritu libre con el que tan a gusto estaba. No, lo que ella quería como novio era alguien casero, con un estilo más formal y, preferiblemente, rubio con los ojos azules, como su padre y su hermano. Era una insensatez sentir algo por él, eso se tenía que acabar.

No quería quedar con Javi pero se le hacía muy difícil alejarse de él. El teléfono fue su salvación. Ya no se veían, no se tocaban y no se olían, pero, mínimo una vez a la semana, se pasaban una hora hablando. Emma cogía su cena, se sentaba en el pasillo a los pies de la consola donde descansaba el aparato —un modelo góndola beige con el cable del auricular tan enrollado que apenas llegaba al suelo— y, entre mordisco y mordisco, le contaba las naderías que le habían ocurrido desde su última charla. Él, a su vez, le hablaba de sus sueños, sus aspiraciones, los trabajos que estaba realizando, los viajes que

planeaba...

Emma había comenzado la carrera de Derecho y le parecía tan aburrida como las escenas del vampiro contando sombreros en Barrio Sésamo. Javi le preguntaba por detalles, mostraba interés, le hacía ver lo útiles que podían ser todas las materias que estaba aprendiendo. Intentaba que disfrutara de sus estudios igual que disfrutaba él.

—Lo mío no es vocacional, como lo tuyo —se justificaba ella—. Mi padre dice que es una buena carrera y que luego puedo ser funcionaria. Es lo mejor para mí.

Ese era el motivo para dejarse llevar, para no escoger otra cosa. A fin de cuentas, a lo que aspiraba Emma era muy distinto de lo que proponía su amigo. Ella solo quería formar una bonita familia. Encontrar a alguien que la quisiera más que a nada en el mundo, tener hijos con él y ser una madre fantástica. Esa era su aspiración, lo demás resultaba secundario.

En cualquier caso, sacó buenas notas sin esforzarse demasiado y terminó el curso con el verano limpio por delante. Las primeras vacaciones que pasaría sin el maldito viaje anual de intercambio al extranjero que organizaba el colegio. Estaba harta de esas semanas de clases matutinas, excursiones en manada y aburrimiento general, normalmente con mal tiempo y peor comida. Por primera vez en su vida podía escoger y no tenía ningún plan.

Se sentía ilusionada y lo habló con Javi. Este le echó en cara que ya no se veían casi y le propuso irse juntos de viaje.

—Algo informal y barato. Solo cuatro o cinco días. Podemos ir de camping.

De golpe los nervios se instalaron en su estómago. Eso no se lo esperaba. Jamás se habían aventurado a salir juntos más allá de los confines del barrio. Lo que le proponía era una locura.

—No..., no puedo decirles a mis padres que me voy con un chico que no... no conocen... —tartamudeó. Javi se quedó callado unos segundos eternos en los que Emma dudó de que continuara al teléfono. A lo mejor se había enfadado—. ¿Sigues ahí? —preguntó muy bajito.

—Sí, sí, estoy pensando..., estoy pensando que se podría venir también mi hermana.

Javi tenía una gran familia de cinco hermanos de edades diversas. Con la que mejor se llevaba era con su hermana pequeña, un año menor que Emma y muy parecida físicamente a él. Los mismos ojos claros y rasgados, gran nariz, orejas dumberas. Emma la había tratado solo en dos ocasiones durante todos esos años y no sentía nada especial por ella. Ni para bien ni para mal. No se imaginaba cómo podrían ser cinco días con Javi y una completa desconocida. Dijo que no. Imposible. No era porque no quisiera, le mintió, es que no la

dejarían ir.

Pero luego, cuando vio cómo Javi perseveraba en su idea y organizaba todo para irse con su hermana sin contar con ella, le dio algo de rabia, se lo pensó mejor, y en un arranque de valentía aceptó.

Sus padres, como ya suponía Emma, no ofrecieron resistencia alguna. Lo comentó, como si nada, a la hora de comer:

—Que me voy de camping..., con unos amigos..., unos días a la playa.

Su madre ni siquiera levantó la vista del libro que leía pero asintió con la cabeza, dando su beneplácito, mientras concluía el gesto de llevarse una cucharada de fideos a la boca. Era lo que cabía esperar de una mujer que se había paseado en toples por todas las playas, antes incluso de que se inventara el término en estas tierras. No iba a poner trabas a que, con diecinueve años, su hija hiciera lo mismo que había hecho ella.

Su padre estaba con el periódico. Alzó los ojos y los clavó en Emma.

—Cariño, espero que tomes precauciones. —Le sostuvo la mirada esperando alguna confirmación.

Emma necesitó unos segundos para elaborar un pensamiento sensato. Lo primero que se le ocurrió fue que su padre hablaba del protector solar, pero luego decidió que no, que su padre no se había puesto crema en la playa en la vida. Definitivamente, se refería a otra cosa, y la risa burlona de su hermano se lo confirmó. Solo la imagen mental de un condón ya hizo que se ruborizara. Eso debió bastar a su padre para sentirse seguro porque se sumergió de nuevo en su periódico y no volvió a tocar el tema.

Así que se fueron los tres de vacaciones: Javi, Clara, la hermana menor de Javi, y una Emma nerviosa y arrepentida de su decisión.

Pasaron cinco días bajo un sol criminal. Sin un triste árbol donde refugiarse. Con el agua del mar tan caliente que tenías que salir a la arena a refrescarte, que ya es decir.

Cinco días en los que se rio como no se había reído en su vida.

Clara era la persona más loca y divertida con la que Emma se había cruzado nunca. Con un espíritu rebelde y algo infantil, se le ocurrían las ideas más extravagantes, como la de cobrar por poner crema solar a los turistas para conseguir suficiente dinero para salir esa noche. El juego, que comenzó con reservas, timidez y pocas ganas, se convirtió en una competición febril por la playa para ver quién obtenía más pasta. Ganó ella, sin duda, con su desparpajo y su desvergüenza.

Con Clara cualquier cosa se convertía en una parodia. Por las noches era capaz de subirse al pódium de una discoteca y conseguir que todo el mundo siguiera sus pasos y bailara como ella, de hacerse amiga del DJ y convencerle de

que pinchara a Raphael en mitad de una sesión de música tecno, de caer tan bien a los camareros de cualquier local que casi siempre les salía la segunda bebida gratis... Javi y Emma la dejaban hacer, a la expectativa de que se le ocurriera la siguiente travesura para poder acompañarla y reírse con ella.

Regresaban al camping, tostados por el sol y exhaustos, tras los largos días de playa y las salidas nocturnas de bromas y cervezas, para meterse en la canadiense de tres plazas que les habían prestado.

Y eso que Emma lo pasó fatal al principio. Llevaba muy mal la idea de dormir juntos en un espacio tan reducido. Su plan, que mantuvo hasta el final, era dejar siempre a Clara entre Javi y ella. Acostarse lo más lejos posible el uno del otro para que no hubiese ningún roce ocasional.

Era demasiado consciente de la presencia de su amigo y creía que nunca se acabaría de relajar, pero, tras la primera noche, vio que el sueño los invadía de inmediato y la situación le resultó más cómoda de lo que nunca habría imaginado.

También presentarse ante él en bikini le supuso todo un reto, aunque tolerarle a su lado medio desnudo se le hacía más difícil todavía. Intentaba desviar la mirada de su cuerpo delgado y fibroso, pero le podía la curiosidad.

Los ojos se le salían de las órbitas para descubrir, a hurtadillas, que su amigo apenas tenía un puñado de cabellos dorados en el pecho que descendían ordenadamente por su vientre plano y juvenil para esconderse bajo el elástico del bañador. Observaba el tira y afloja de los músculos en sus brazos cuando se movía cerca de ella, la silueta elegante de su cuerpo al emerger del mar, el modo en que agitaba la cabeza y luego se pasaba la mano por el cabello para escurrirse el agua tras el baño. Le gustaba recorrer con la vista, sobre todo, la curva de sus hombros, que continuaba hasta llegar al cuello mojado. Ahí se perdían sus ojos, en el hueco de su cuello.

Pero era un mirar sin mirar. Nada de mostrar interés. Nada de dejar entrever, igual que Javi no mostraba ninguna atención especial hacia ella. Emma estaba convencida de que lo suyo solo podía ser amistad por encima de todas las cosas.

De haber ido solo ellos dos, la situación habría resultado más incómoda. Afortunadamente, Clara hizo de catalizador maravilloso para que todo fuese como la seda. Sin reparos de ningún tipo, los tocaba y los abrazaba por igual, los llenaba de arena, les hacía ahogadillas y los empujaba a seguir sus juegos en el agua obligándolos a mantener un contacto físico que no hubieran tenido de otro modo y que hizo que todo fuera más fácil de lo esperado.

—Ahora pongo los pies en tus hombros y te levantas y yo salto y luego lo haces con Emma... Ahora abris las piernas y yo paso buceando por debajo y

luego lo hacéis vosotros... Ahora...

Tampoco las salidas nocturnas se prestaban a pensar en Javi como en algo más que un colega. Su hermana seguía sin darles tregua.

—Vamos a la pista..., a por cervezas..., acompáñame al baño...

Nadie osaba discutir sus órdenes. Entre otras cosas, porque no había nada mejor que hacer y lo que proponía siempre resultaba ocurrente.

Todo fue así, natural, sencillo y perfecto, hasta la última mañana.

Si cierra los ojos ahí, sobre la alfombra del salón, con sus pequeños recuperándose de la pelea de besos que acaban de tener, es capaz de volver a revivir ese último día de vacaciones.

Esa mañana Emma se despierta empapada. El interior de la tienda debe estar, por lo menos, a cincuenta grados. La luminosidad que percibe tras los párpados cerrados le molesta y abruma. Debe ser tarde ya. La noche anterior fue intensa y acabaron a las tantas. Clara se ligó a un tío y se lo llevó al camping. Se quedó un rato charlando con él en las sillas de aluminio donde desayunan las magdalenas que han traído de casa, mojadas en batido de chocolate. Javi y Emma, tras darles las buenas noches y meterse en la tienda, estuvieron cotilleando y riéndose de la conversación hasta que el sueño los venció.

Nota las gotas de sudor corriendo por su espalda. Es hora de levantarse y salir de ese horno. Se da ánimos y abre los ojos enrojecidos para explorar el entorno.

Javi está a su lado. Esto no debía haber sucedido, no formaba parte de su plan.

Está despierto con los ojos fijos en ella. Frente con frente. Nariz con nariz. A solo un palmo de distancia. Ambos tienen las piernas encogidas y sus rodillas se tocan. Sus manos, que reposan cerca del rostro, también.

Para ella, decir que se miran es poco. Se ven, se entienden, se conocen. Saben cosas el uno del otro que no sabe nadie más. No hablan. Javi extiende el dedo meñique y abraza con él el meñique de Emma.

Permanecen así lo que parece una eternidad hasta que Clara bosteza en su rincón y se abalanza sobre ellos, como una niña, dándoles besos, mordiscos y haciéndoles cosquillas.

En el destartalado coche de Javi, de vuelta a casa, Emma no puede evitar buscar sus ojos en cualquier ocasión, pero, cuando los encuentra, tras quedarse prendida en ellos durante unos segundos, desvía la mirada despavorida. Lo que ha ocurrido hace solo unas horas ha cambiado algo, no sabe exactamente el qué. Clara habla sin parar durante todo el camino y se nota menos el silencio taciturno de ambos.

Al llegar a su portal descargan trastos y él la ayuda a llevar sus cosas hasta

el ascensor. Ya se ha despedido de Clara en el coche. Ahora tiene que despedirse de Javi y se pone nerviosa. Teme el momento.

Por lo visto, él también ha percibido que están en un plano diferente. Sin enfrentar su mirada le da un largo abrazo.

—Que vaya bien el resto del verano, pequeña —le susurra al oído con los labios ocultos entre las hondas de su cabello naranja.

Emma no se atreve a abrazarlo a su vez. Permanece unos segundos con los brazos caídos, impregnándose de su olor, de su contacto. Cierra los ojos para que no se le escape nada y cuando considera que ya es suficiente, que la intensidad de la situación la supera, pone las manos en su cintura y lo separa suavemente.

—Sí..., adiós... —replica sin alzar la vista, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

Javi aguanta frente a ella unos instantes, a lo mejor dudando qué hacer a continuación, probablemente esperando algo más de lo que ha recibido. De improviso retrocede y se vuelve hacia la puerta de la calle a paso rápido. Emma se siente hueca de inmediato. Le falta un trozo, una parte de sí misma, que se aleja de ella dando largas zancadas y ahora lamenta no haberlo mirado a la cara por última vez.

No volvieron a verse durante el verano. Retomaron poco a poco, con timidez, la rutina en sus llamadas de teléfono hasta que volvieron a lo que, antes de su viaje, había sido lo normal. Pero ya no era igual, ya nada fue igual...

La madre de Emma ha hecho limpieza. Le ha dado unas cajas que tenía por casa.

—Son cosas tuyas. Por favor, llévatelas. Estoy harta de trastos.

Emma se ha cabreado un poco. No entiende por qué a su madre le molesta conservar sus recuerdos. También son recuerdos suyos. Debería atesorarlos como hace ella con los objetos de Julia y Marcos.

Las ha dejado en el maletero del coche. Cuando regresa Tomás, eufórico por la victoria de su equipo, aprovecha su alegría para pedirle, dulcemente, que las suba y las lleve a su habitación.

Con disgusto las empotra en su armario, bajo los abrigos. Ya las mirará otro día en que no le provoquen ese malestar que siente ahora.

Aceptaron el consejo de la sicóloga y llevaron a Julia a un colega especialista en salud mental infantil. Emma palideció al leer todo lo que ponía en su expediente.

Les han confirmado que Julia muestra retraso en el habla, le cuesta memorizar secuencias de objetos e incluso repetir las canciones infantiles. Además, aunque es pequeña todavía para sacar conclusiones de este síntoma, escribe las letras de su nombre al revés, en el sentido de las agujas del reloj.

Todos ellos signos evidentes de una dislexia que nunca han apreciado, cautivados como estaban por esa niña que cecea y tartamudea de una forma tan graciosa.

Ejercicios de soporte y mucha mucha ayuda en casa. Julia y ella pasan innumerables horas releendo los mismos cuentos infantiles deslizado el dedo sobre cada sílaba. Hacen fichas de colores con dibujos sobre objetos cotidianos y pronuncian sus nombres deteniéndose en cada fonema.

Marcos mata el rato lanzando coches de Policía por el salón y chocándolos contra las paredes. Construye enormes torres de cubos que luego aplasta de un manotazo, disfrutando de la visión de verlos caer y esparcirse por el suelo.

—Buuuuumba —grita exaltado.

Tomás sigue llegando tarde y levantándose temprano. No se acerca mucho a su hija, no pregunta por sus progresos ni la anima. Diríase que está ofendido por atreverse a salirse del guion que él había planeado para ella.

En el colegio les han concedido una prórroga valorando el esfuerzo que están haciendo. Si al final del curso su nivel se acerca a la media, podrá continuar allí el año siguiente.

Encauzado el trastorno de Julia, sus sesiones de terapia se han convertido en una pantomima. Emma asiste aparentemente tranquila y conforme. Tomás aprovecha la ocasión para enumerar todas sus carencias y quejarse ante un testigo imparcial. Pasan a centrarse exclusivamente en su vida sexual. Cuando vuelven a hacer el amor todas las semanas, la sicóloga les da el alta.

—¡Me alegra muchísimo que lo hayáis superado! —les dice tan ilusionada que Emma teme que se ponga a llorar—. La familia es lo más importante. Sobre todo, si hay hijos de por medio. Ahora solo depende de vosotros, del esfuerzo que hagáis cada día para que todo siga igual de bien.

Emma al principio se enfrentaba a las noches de los sábados con aprensión, pero, poco a poco, ha conseguido que hasta le gusten un poco. Ha encontrado el modo de disfrutar con su marido.

La botella de vino tinto gran reserva siempre está presente en esa cena

semanal. También algún postre de chocolate. Enturbiada la mente con el alcohol, se lava y espera a su hombre, en la cama, con una sonrisa bobalicona en la cara. En el momento en que él se tumba a su lado, ella busca rápidamente una excusa para apagar la luz. Tomás comienza a acariciarla con suavidad y se entretiene en sus zonas más sensibles, como el cuello o los pezones. Llegados a ese punto, si la mezcla de vino y chocolate no da resultado, Emma sabe en qué pensar para entrar en calor: en lo que sus manos una vez se atrevieron a coger sin pedir permiso.

Es un recuerdo que se ha empeñado en borrar muchas veces. Ahora recurre a él. Lo recrea, lo revive. Le daba vergüenza, pero ha logrado derrumbar sus barreras. Ha reconocido, al fin, que lo que hizo le gustó. Le resultó excitante y tierno a la vez y, total, nadie se va a enterar y, menos que nadie, el que ya no está a su lado.

Se deleita en los detalles, la mayoría surgidos de su imaginación casi seguro, pues no es posible recordar algo tan vívidamente..., ¿o sí?

Todo se remonta al segundo año de facultad de Emma. Consiguió normalizar su relación con Javi y, con el pasar de los meses, dejar atrás las sensaciones que enturbiaban su amistad. Lo mejor, había decidido, era no verlo demasiado, aunque no podía resistirse a seguir hablando con él con cierta regularidad.

No le daba muchas vueltas a lo que había pasado entre ellos durante el verano porque, de manera inesperada, empezó a encontrar a su alrededor tíos que le resultaban atractivos y estaba muy entretenida analizando el despertar de su propia sexualidad. Con veinte años resultaba bastante tarde, en comparación con el resto de amigas, que llevaban años probando diferentes parejas e incluso algunas tenían novio serio ya.

En esa época conoció a Carlos. Carlos era un chico un poco bajo para ella, con el pelo cortado a cepillo y una enorme boca carnosa que Emma no se cansaba de succionar. Coincidían en dos clases y se miraban con interés primero, con intención después. En una fiesta de la facultad de Veterinaria acabaron enlazando sus lenguas como si se conocieran desde siempre.

Esos primeros besos no le resultaron tan embarazosos como había supuesto, pero algunas semanas más tarde, Carlos quiso inspeccionar sus pechos y Emma lo mandó al carajo. Necesitaba algo más de tiempo para superar esa primera incursión horrorosa en el mundo de los adultos que había vivido en un portal.

Tras Carlos llegó Jorge, ¿o se llamaba Jose? En cualquier caso era grande, muy grande, y eso a ella le gustaba. Tenía unas manos ásperas, de jugar al baloncesto y golpear el balón, que refregaba por la cintura de Emma. Le permitió refregarlas también por su culo, pero solo por encima del pantalón.

Fue Enrique del Pozo, nombre inolvidable que siempre causaba risas entre sus conocidos, el primero que llegó a sus tetas. Trabajaba en la cafetería de la facultad como recoge- platos por las mañanas y por las tardes estudiaba Empresariales en la universidad a distancia. Con él estuvo saliendo casi tres meses, principalmente porque apenas encontraban tiempo para estar juntos. Era delgado y ardiente, muy cariñoso y dulce. Le entró por los oídos, la engatusó con su palabrería ñoña, y Emma lo dejó llegar donde nunca había dejado llegar a nadie.

Entre las sombras de los jardines que los rodeaban, en los descansos de las clases matinales, Enrique del Pozo le metía la lengua hasta el gaznate y recorría con la punta de los dedos la areola de su pezón izquierdo mientras con la mano derecha la apretaba contra él y le clavaba su erección en el muslo.

Emma reuló en un momento dado. Decidió que no era su hombre al verle sonreír a una pava de primero igual que le sonreía a ella. No le dolió demasiado separarse de él como no le había afectado tampoco romper con los anteriores. Sabía de sobra que eso no era amor, que solo estaba experimentando.

Sería la primavera, serían los escarceos que nunca terminaban en nada, pero Emma andaba siempre con la sangre alborotada. Cada vez que miraba a alguien, chico o chica, hombre o mujer, le imaginaba desnudo y fantaseaba sobre cómo haría el amor. Qué gestos pondría, qué sonidos emitiría. No es que se sintiera atraída por todos ellos y ellas. No era eso ni mucho menos. Era solo curiosidad por un mundo que apenas comenzaba a descubrir. Puro morbo nada más.

En esas estaba cuando Javi le insistió para que quedaran.

—Vente a mi casa —sugirió ella—, mis padres no están.

Hacía tiempo que no se veían y Emma todavía se sentía culpable por el modo en que le había ocultado a la mirada de sus conocidos durante años. Sus padres iban a pasar fuera ese fin de semana. Su hermano había jurado que saldría y le dejaría la casa para ella sola. Emma había quedado con sus antiguas compañeras del colegio y sus nuevas amigas de la universidad. También algún chaval afortunado estaba invitado. Iba a dar su primera fiesta y pensó que era una buena ocasión para cumplir con Javi, de una vez por todas, y quitarse ese peso de encima.

No es que la situación no le resultara un poco violenta, pero, bueno, a fin de cuentas Javi ya no era el chiquillo feo con pintas raras. Recordaba la noche del concierto de hacía un par de años y concluía que se había convertido en un chaval interesante, feo pero con su punto atractivo y un aire algo roquero. Presentable en cualquier caso. Solo esperaba que ese día no diera mucho la nota y pasase desapercibido.

Su amigo llegó temprano y juntos compraron las cervezas, el vodka y el ron

para acompañar la Coca-Cola y la Fanta de limón. Unas patatas fritas, unos cacahuetes y sándwiches de Nocilla de tres colores completaron el frugal picoteo. Se les olvidó el hielo y Javi se prestó a ir a la gasolinera a por él. Mientras, fueron llegando todas las invitadas. Algunas, acompañadas de novios, amantes o posibles. En total se juntaron, en el enorme salón de su casa, veintidós jóvenes de alrededor de veinte años que exigieron música de inmediato y vasos de plástico con algún tipo de alcohol.

Con la música no había problema, Javi le había preparado varios cedés discotequeros para la ocasión. El hielo llegó poco después. Su amigo regresó habiendo cumplido su objetivo y recorrió el pasillo delante de Emma con una bolsa húmeda en cada mano. Emma entró tras él en el salón con una ensaladera en la que pensaba poner los cubitos. Se quedó parada. Todo el mundo observaba a Javi y, al principio, no supo descifrar el porqué.

Llevaba una desgastada cazadora de cuero marrón oscuro sobre una camiseta gris con el rótulo de Nirvana. Los vaqueros le quedaban un poco cortos, quizás, pero eso dejaba ver mejor las botas de motorista que le conferían una apariencia de tipo duro. A Emma no le pareció mal cómo iba vestido, le sentaba bien. De hecho, al encontrarlo esa tarde en su portal, después de tanto tiempo, le había parecido que estaba muy guapo. Hasta le dio rabia volver a sentir un poco de esa inquietud absurda que creía superada.

Entonces, si no era por su aspecto, ¿por qué lo miraban así? Sacaba la cabeza a la mayoría, ¿podría ser eso? Estaba a punto de enfadarse, de retarlos a todos para defenderlo. Estaba más que harta de tantas tonterías acerca de su amigo cuando, de golpe, lo comprendió.

Reconoció en sus amigas de toda la vida, las Divinas, la sorpresa de tenerlo allí. Vale, era lógico, lo esperaba. En sus nuevas amigas universitarias advirtió el placer de tenerlo allí. Eso jamás se le habría pasado por la cabeza.

—¿Quién es ese? —le preguntaban en cuanto podían—. ¿De dónde lo has sacado?, ¿es tu novio? —Alivio al escuchar la respuesta negativa—. ¿Tiene novia?

—Pues no sé, siempre tiene alguna tía por ahí.

«Ah, cómo no, es todo un macho», parecían decir sus rostros hambrientos.

Sus divinas amigas del colegio tampoco se quedaban atrás.

—Cómo ha cambiado, ¿no? Quién lo iba a decir. Con lo feo que era... — Risitas ahogadas y miradas de aprobación.

Emma no reía, se mosqueaba. Sus comentarios le traían a la memoria cómo lo había tratado ella y le dolía recordarlo.

La fiesta se puso caliente de forma inversamente proporcional al contenido en las botellas de alcohol. Las parejas se besaban por los rincones, los chicos que

habían venido solos atacaban a las presas que habían escogido y el resto, todo féminas, rodeó a Javi, que ocupaba una silla al lado del sofá y bebía con parsimonia un botellín de cerveza tibia.

Emma lo vio sonreír, bromear, pasarse la elegante mano de dedos largos por el cabello, entornar los ojos y poner morritos. Alucinada, comprobó que su amigo era todo un galán. Por su parte, ellas reían tontamente, se mordían los labios y alguna atrevida hasta le ponía bien el cuello de la cazadora.

Emma comenzó a aburrirse. Se preparó un ron con cola flojucho y lo bebió despacio mirando por la ventana. La velada no estaba saliendo como había planeado. Estaba claro que nunca iba a encontrar su lugar entre los demás, ni siquiera en el comedor de su casa.

La bebida se acabó y la última patata frita se cayó al suelo. «La fiesta se ha terminado, chicas, dejad a mi amigo en paz.» Emma sentía celos de todas ellas porque acaparaban el interés de él, y celos de él porque era el centro de atención de su fiesta. Se fue a la cocina con la excusa de ir recogiendo la casa. Nadie se movió para ayudarla.

Tras unos minutos de autocompasión y apertura y cierre de armarios con más fuerza de la necesaria, Javi apareció por allí. Cerró la puerta tras él.

—¿Esto va a durar mucho más? No te lo tomes a mal, pero tus amigas son un poco plastas —le dijo rescatando un cacahuete olvidado sobre la encimera de mármol y llevándoselo a la boca.

Emma sintió alas en la espalda y desahogo en el corazón. Su amigo la seguía prefiriendo a ella. Se echó a reír.

—Eso depende de ti, casanova. Las tienes a todas locas.

Javi se señaló el pecho con los pulgares y elevó las cejas en un falso gesto de sorpresa.

—¿Yo? Pero qué dices...

Rieron juntos y se quedaron un rato cotilleando sobre todas ellas. Ya las conocía de oídas, de lo que Emma le contaba por teléfono. Ahora les ponía cara.

La falta de bebida y comida y el hecho de que Javi no hubiese mostrado predilección por ninguna hembra en particular hicieron que la gente comenzara a moverse. Cuando se iban las últimas invitadas le guiñaron el ojo a la anfitriona con picardía. Se quedaba allí con el Deseable. Qué suerte, pensaban ellas.

Emma volvió al salón y encontró a Javi barriendo. Vivir en una familia tan grande lo había educado en unos modales encantadores: todos debían colaborar en casa.

Se sentaron juntos en el sofá de dos plazas que había bajo la ventana porque el de cuatro plazas que dominaba la habitación les quedaba demasiado grande. Era la primera vez que estaban a solas en un sitio tan confortable. Javi escogió

algo de jazz entre los cedés del padre de Emma y permanecieron en silencio, escuchando, durante un buen rato. Billie Holiday, Dinah Shore, Nat King Cole y Peggy Lee llenando el vacío entre ellos.

De pronto no tenían nada que decirse. Dos personas acostumbradas a hablar durante horas se quedaban mudas sin explicación aparente. Emma no sabía por dónde empezar. Se sentía intimidada al lado de su amigo pero también notaba algo más. Escuchaba a Peggy Lee chasqueando los dedos y cantando You give me fever when you kiss me. «Me das fiebre, me excitas, cuando me besas», y a ella le empezaba a hervir la sangre también. Necesitaba algo para calmar ese desasosiego.

Lo vio allí, sentado a su lado, y no es capaz de decidir si fue el ron o fue el orgullo, el querer demostrarse a sí misma que era suyo, que seguía siendo solo suyo, pero se volvió hacia él y, de manera incoherente, acercó la mano derecha a su cintura. No pensaba lo que hacía, de otro modo no lo habría hecho. Y Javi no supo interpretar sus movimientos porque, de otro modo, seguramente, no le habría dejado hacer lo que se disponía a hacer.

Su manita loca levantó el final de la camiseta de algodón y accedió a la piel lisa y desnuda del vientre de Javi, que se estremeció y se volvió a su vez hacia ella.

—¿Qué haces, Emma? —le preguntó muy flojito.

—Sssh..., no digas nada —le respondió sin mirarlo a la cara.

Sus dedos encontraron el botón de la cintura del pantalón y lo soltaron. Javi alargó la mano para apartarle el pelo de la cara y acarició su mejilla.

—No sé qué pretendes, pero no estoy seguro de que esto sea una buena idea —le susurró.

Ella sonrió ensimismada disfrutando de tenerlo en sus manos. En su mano derecha, mejor dicho.

Siguió con su búsqueda y forcejeó hasta bajar un poco la cremallera. Lo suficiente para acceder a su ropa interior. Ambos se habían ido acercando, inclinándose el uno sobre el otro, y sus frentes se tocaban.

Emma apartó el elástico del calzoncillo e introdujo lentamente la mano dentro. Calor. Un calor delicioso. Pelo, más espeso y duro de lo normal...

Javi tomó su cuello con una mano mientras con la otra le oprimía el muslo. Había cerrado los ojos y respiraba agitado y, aun así, hizo un último intento de detener lo inevitable.

—Emma..., nos vamos a arrepentir de esto.

Pero Emma no escuchaba, no pensaba más allá de lo que estaba ocurriendo en ese instante. Hundió la mano en la cueva de los tesoros y encontró lo que buscaba. La piel más suave del mundo, tensa como un tambor. Los músculos

tirantes a punto de rasgarse sin remedio. Abarcó con la palma todo el contorno del pene y lo levantó para liberarlo de la ropa.

Y Emma es capaz de revivir ese momento como si estuviera allí, sentada, con él a su lado...

Javi ha dejado las manos inertes sobre sus piernas. Están tan cerca el uno del otro que Emma respira con avidez el aliento cálido y dulce de él. Levanta la vista y lo ve extasiado, los ojos cerrados, la boca entreabierta. Se ha abandonado a ella. Sin apartar la mirada de su rostro, recorre con el dedo índice la superficie de piel expuesta. Es un pene grande, como Javi. De un bonito color sonrosado, y húmedo en su extremo. Emma aprovecha esa humedad para deslizar mejor su mano de arriba abajo, de arriba abajo. Deteniéndose cuando supone, por los escalofríos de él, que debe hacerlo, continuando cuando nota que vuelve a quedar en reposo.

Javi abre los ojos y se encuentran de nuevo donde, hace meses, en una tienda de campaña ardiente, se encontraron ya una vez. Eleva la barbilla hacia ella pero Emma se retira muy sutilmente.

—Deja que te bese, Emma, necesito besarte —le implora.

Ella le sonrío negándole lo que pide. Se sabe poderosa, y aumenta el ritmo de su mano. Arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo. Javi se ve obligado a cerrar los ojos y, tras unos segundos, todo su cuerpo se tensa por una fuerza invisible antes de caer desmadejado a su lado. Emma nota el líquido caliente y espeso sobre su piel y vuelve en sí, tomando conciencia de su error. Su terrible error.

Cuando Javi abre los ojos ella ya se está levantando para buscar unos clínex. Se los entrega, tras haberse lavado las manos, sin querer enfrentar su mirada. Mientras, le vuelve a hablar de las invitadas a la fiesta. Que si esta es la que te dije que había vivido en México, que si la otra ha roto hace nada con el novio y parece que esté deprimida... Javi no dice nada. Se limpia, se abrocha el pantalón, se acomoda la camiseta y se levanta. Se queda de pie ante el sofá con los brazos cruzados, muy serio, esperando a que Emma se calle.

Emma se calla y esconde las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Mira al suelo apretando los labios. Javi la mira a ella.

Se oyen tres ruidos sordos al fondo del pasillo. Es la cerradura de la puerta. Al cabo de un momento Hugo entra en el salón con paso torpe. El hermano de Emma se sorprende al ver allí a Javi, pero en su estado no le da demasiada importancia. Levanta una mano inestable a modo de saludo y sale del salón con paso vacilante hasta su cuarto, que cierra de un portazo. Un poco después oyen otra vez la puerta y lo que parece ser una carrera apurada al baño.

Javi y Emma siguen de pie delante del sofá. Javi mirándola a ella, Emma

mirando hacia la salida. De repente, qué suerte, tiene la excusa perfecta.

—Creo que es mejor que vaya a ver cómo se encuentra —le dice sin volverse hacia él siquiera.

Sale, huye más bien, del comedor mientras lanza al aire un horrible «Nos llamamos, ¿vale?».

Puede oír cómo Javi recoge su chaqueta y sale de la habitación tras ella, pero el sonido de sus pasos se aleja en dirección a la calle.

Durante mucho tiempo estuvo negándose el recuerdo, evitando preguntarse por qué hizo aquello. Ahora no se arrepiente de lo que pasó, de lo que se arrepiente es de lo que nunca llegó a ocurrir.

Cuando Emma hace el amor con su marido y atrapa entre sus dedos el fino miembro de él, se imagina de nuevo en el sofá de dos plazas de sus padres e inventa una escena donde sí permite a Javi besarla. De este modo, nada termina igual. Javi la besa, ella lo besa a él, ambos se quitan la ropa y, en ese instante, Emma siente calor, deseo, ganas de amar, y se entrega a Tomás cerrando los ojos.

Evitó sus miradas durante un par de clases. Le daba vergüenza su arrebató emocional en su primera tarde en el parque de bolas, pero, al final, Emma se rindió ante la insistencia de sus nuevas amigas y volvió a quedar.

Ahora lo han convertido en su cita semanal. Entre las tres ponen tibios a sus maridos y a los maridos de las otras. No hay nada que una más a las mujeres que criticar a sus respectivas parejas y, si procede, a los familiares de estas. Vuelven a casa más relajadas, con la satisfacción de haber logrado cierta venganza en ello.

Quizás sea solo que se ríen. Se burlan de sí mismas y de sus problemas, y la risa les infunde el valor necesario para sobrellevar el resto de la semana.

La del Palo en el Culo no se llama así. Emma ya lo suponía pero no quería preguntar. Su resolución de prestar atención a lo que ocurre a su alrededor tuvo al fin su recompensa unas semanas atrás. Escuchó cómo decía de sí misma:

—... y yo me dije, Inés, ¡tú puedes hacerlo!

Inés. Voilà, ya lo tenía. La información que le faltaba. No se puede ir por ahí diciendo a la gente que tienes dos amigas, Paula y la del Palo en el Culo, no estaría bien visto.

Además, Inés no es tan rígida como ella pensaba. Es seria y poco expresiva. Una persona contenida, de esas que se ríen sin emitir sonidos y se tapa la boca con la mano. De las que te hace dudar si se están riendo o aprovechan para eructar la cerveza. Porque ahora, de descafeinado nada. Ahora se piden una cerveza cada una y les ponen un pequeño platito, casi simbólico, de cacahuets blanduchos.

«Esto es vida», se dicen entre ellas mientras Paula menea con la mano libre el Bugaboo, con Ramón llorando a mares porque tiene el culo demasiado meado, y Emma e Inés, como buenas mamás suricatas, se plantan de pie, con las manitas recogidas en el pecho, moviendo la cabeza de un lado a otro y olisqueando el aire cada vez que oyen el llanto de un niño. Cuando comprueban que todo va bien, que la cría no es de su manada, se relajan y vuelven a tomar asiento.

Este jueves Inés les cuenta que ha llegado el momento de buscar colegio y no sabe por dónde empezar. Tiene que rellenar un millar de papeles y elegir, por orden de prioridad, en qué centro prefiere que su hijo pase ocho horas al día durante los próximos quince años. No es moco de pavo, la verdad.

Emma se percata en ese momento de que debería iniciar el mismo trámite que Inés. Si a Julia no la consideran apta para continuar en su cole actual, tendrá que tener una alternativa para el curso próximo. Y también cambiar a Marcos,

para que sigan yendo los dos juntos.

No tiene ni idea de cómo se lo va a exponer a Tomás. Su marido se negará en redondo a participar. Ni soñar con cambiar a la chiquilla de colegio y llevarla ¿adónde?, ¿a uno público? Ni de coña. Maldita sea, Tomás. Maldito Colegio Alemán.

Y eso que fue gracias a ese colegio como conoció a Javi, aunque esa coincidencia tampoco la ha llevado a ningún sitio.

En el parque de bolas, envuelta en la charla de las otras mamás, Emma se abstrae y reflexiona sobre la relación con su amigo. Sigue sin entender qué ha ocurrido con él. En qué ha fallado. Está claro que cometió errores, pero parecían haberlos superado.

Vuelve a repasar los días posteriores al caótico momento que le hizo vivir —desde luego, su más grave metedura de pata— cuando lo invitó a su fiesta en casa y le metió mano de forma inesperada. ¿Qué pensaría él de que su amiga le hiciera «eso»? ¿Cómo se lo tomó? No muy bien, la verdad. Cree recordar lo sucedido al detalle aunque ha pasado mucho tiempo.

Al día siguiente Emma solo quiere olvidar. Se refugia en su habitación la tarde del domingo y escucha cómo suena el teléfono en el pasillo, hasta tres veces, sin decidirse a cogerlo. Sabe que es Javi.

Solo contesta cuando ya es demasiado tarde para quedar.

—Emma, tenemos que hablar —le dice él en cuanto reconoce su voz.

Ella se hace la loca, le responde que ya no son horas, otro día mejor, y le cuelga con promesas vagas de verse pronto. Javi vuelve a intentarlo a las dos semanas. Dos semanas en las que Emma debe soportar, en los descansos entre clase y clase, todas las preguntas que le lanzan sus compañeras sobre él.

Por alguna extraña razón, han quedado impresionadas. Unas más que otras, pero todas parecen haberle encontrado alguna gracia que lo distingue de los demás. Que si vaya tío más majo, que qué bien habla, qué atractivo, que vaya estilazo que tiene...

Ella aprovecha esa admiración y se hace la interesante. Nunca ha estado en ese trance y le halaga toda esa fascinación hacia su persona. En realidad, es hacia la persona de Javi, pero Javi es su mejor amigo y ella es la que mejor lo conoce, la chica más especial para él. O, al menos, lo era hasta ahora, porque la inexperta Emma de veinte años no sabe qué va a pasar entre ellos después de su febril escena en el sofá.

Una de sus compañeras, casi tan alta como ella y con un cuerpo de infarto, insiste, insiste e insiste en buscar una ocasión para reencontrarse. La chica guapa y Javi, se entiende.

Considera las opciones y decide que sería buena idea ir con la Guapa a uno

de los conciertos que Javi sigue dando de vez en cuando. Un terreno neutral, rodeados de gente, donde habrá un testigo delante y no podrán tocar el delicado tema que flota sobre ellos. La Guapa, que no sabe nada de todo esto, da saltos y pega grititos de rata, encantada con la oportunidad que le ofrecen.

—Emma, tenemos que hablar —le vuelve a rogar Javi unas semanas después y ella aprovecha para anunciarle que el sábado irá a la sala donde va a tocar. Él le hace notar que no le parece lo más sensato en sus circunstancias, pero traga. Debe pensar que verla es mejor que nada.

El sábado Emma se arregla ante el espejo con un hormigueo en las tripas y cierta ansiedad creciendo por momentos. La Guapa se presenta francamente guapa, dispuesta a cazar a su presa pase lo que pase. Toman juntas unas cañas antes y entran cuando el espectáculo está a punto de empezar. Disfrutan de un Javi en su salsa, entregado a su público. El concierto no puede salir mejor. La sala estalla en aplausos y reclama un bis tras otro. La actuación se alarga. Emma va a explotar. Los nervios le atenazan el pecho y amenazan con ahogarla.

Por fin cesa la música, la gente empieza a despejar y los músicos a recoger su material. Javi habla con el batería, excusándose, y baja a saludarlas. Emma agradece la semioscuridad que los envuelve y oculta su sonrojo. La Guapa despliega todas sus armas y Javi le presta atención mientras lanza miradas de soslayo a Emma. Emma mira el reloj, tiene que irse, anuncia, mañana debe estudiar. La Guapa sonrío, Javi abre la boca sin poder contestar, Emma se va.

Ha de reconocer que espera que él la siga. Está casi convencida de que va a salir tras ella. Camina pausada, dando tiempo a que le dé alcance, pero llega a la esquina, se vuelve y él no está. Se ha quedado con la Guapa.

Nota cómo algo se le rompe por dentro. Se siente igual de vacía que al regreso del viaje que hicieron juntos, cuando él la abandonó a su suerte en el ascensor con una mochila con ropa sucia a la espalda y una sartén medio rota en el suelo.

Ahí tiene la respuesta que buscaba. Ella no es tan especial. Ya no es especial para nadie, ni siquiera para Javi, debe hacerse a la idea. Ahora que han crecido, él tiene otras prioridades, es obvio. A pesar de lo que hizo esa noche, de lo que le hizo..., para él no significó nada, solo fue una más. A estas alturas parece mentira que aún pretenda ser la persona más importante en su vida. Esa conexión extraordinaria entre ambos se acabó, fue algo de críos. Hace mucho que lo intuye y ahora tiene la prueba.

Ese domingo persiste el dolor interior. Está sola en casa y escucha paciente cómo resuena el teléfono en el pasillo hasta cuatro veces. Emma sale a pasear sin contestar. Ojalá tuviera un perro con el que compartir estos momentos. Un animal dulce que le lama las manos y menee la cola al verla. Así era Javi antes

con ella, recuerda amargada.

El lunes por la mañana la Guapa aparece por clase radiante. Cuenta con todo detalle cómo Javi sucumbió a sus encantos sin ningún problema. Todas la miran envidiosas. Alguna pone gesto de incredulidad, Emma entre ellas. No se imagina a su amigo cogiéndole la mano al salir del local, abrazándola antes de llegar al coche, susurrándole que la desea desde la primera vez que la vio. O tal vez sí, quién sabe. Ahora ya no sabe cómo es su amigo, ya no lo conoce.

Lo que es seguro es que han follado porque la Guapa se jacta de lo grande que la tiene, y eso sí sabe Emma, con certeza, que es verdad. Lo bien que se lo monta, lo mucho que aguanta. Lo cariñoso que es y cómo se preocupó por ella. Se aseguró de que tuviera un enorme orgasmo antes de correrse, presume encantada. Emma no lo soporta más y se larga. Las deja en un banquito, en medio de un pasillo de la facultad de Derecho, discutiendo si el tamaño importa o es mejor una polla pequeña pero que el tío sepa usarla. Ella no tiene ni idea y está segura de que la mitad de las tías que lo están debatiendo tampoco, pero está mal visto ser virgen a sus años y tienen que disimular.

—Emma, tenemos que hablar.

La está esperando en el portal. Que él esté allí le hace sentir que aún lo tiene un poco en su poder y eso alegra momentáneamente a Emma. Por desgracia, también significa que tienen que remover lo que ha ocurrido entre ellos en los últimos tiempos. Ahora que Emma ha comprendido lo que es ella para él, solo una más, no le interesa remover nada, le da vergüenza.

Caminan juntos hasta el parque y eligen un banco alejado de los ruidos de la zona infantil.

—Solo quiero que me expliques por qué hiciste lo que hiciste...

Algo innombrable, por lo visto.

—Oye, no le des tanta importancia, ¿vale? Solo fue una paja. No has sido el primero ni serás el último —le dice con fingida dignidad. Una mentira como un piano: él ha sido el primero, el último y el único por el momento. Ha sido trascendente para ella, aunque para él, visto lo visto, solo haya sido un episodio sexual más.

Javi busca sus ojos pero ella sigue el movimiento de las hormigas por el suelo. «Camina y se mete en su hormiguero, camina y se mete en su hormiguero, camina y...»

—Pequeña, necesito saber que estás bien, que no hay nada que te preocupe... No quiero que lo que ha ocurrido estropee nuestra amistad. ¡No has querido verme y apenas has hablado conmigo en un mes y pico!

«Camina y se mete en su hormiguero, camina y se mete en su hormiguero, ¡mira, esa lleva una hojita en la boca!, camina y se mete en su hormiguero,

camina y se mete...»

Javi la sujeta por los hombros y la obliga a volverse hacia él. Le levanta suavemente la barbilla con la mano para encontrar su mirada. Cuando lo consigue, le lanza su duda con un susurro apenas audible:

—Emma..., necesito saber si sientes algo por mí.

Emma abre mucho los ojos y alza las cejas sorprendida. No está preparada para algo así y le entra miedo. ¿Qué le puede decir?, ¿que siente nervios a su lado?, ¿que le gustaría ser la única chica importante para él? No le gustaría oírlo, tiene un millón de opciones mejores que ella. Que quiere volver a ser su mejor amiga, eso sí puede decírselo.

—Claro, eres mi mejor amigo —le dice con un hilo de voz tan fino que se le queda en la garganta y tiene que carraspear para aclarársela. Fuerza una leve sonrisa para reafirmar sus palabras.

Pero por la expresión de él se diría que se ha reído en su cara y después le ha escupido un poco. Javi retrocede en el asiento y desvía la vista hacia el infinito con el gesto más serio que le ha visto jamás. Emma se siente pequeña, pequeña... Pequeña, como siempre la llama él. No sabe cómo arreglarlo, qué es lo que espera su amigo. No quiere que piense que ella desea algo, una aventura, una relación con él, que es una más de sus fans. Ella quiere ser su amiga, prefiere ser su amiga que pasar a ser nada...

—Escucha, lo que ocurrió el otro día fue una tontería. Estaba un poco borracha. Preferiría que no lo volviéramos a comentar. Dejemos las cosas como están. —Silencio incómodo—. ¿Por qué no me cuentas cómo te va con la chica que te llevé el sábado? Es guapa, ¿eh? —Le da unos golpecitos en el muslo para alentarla, pero le ha dado la impresión de que le temblaba la voz. Espera de corazón que él no haya notado nada. Le ha hablado como una colega. Son colegas, ¿no?

—Es muy guapa, Emma. Gracias por traerme tías, de verdad, eres una buena amiga. —Se levanta de golpe asustando a unas pobres palomas que se han acercado a cotillear—. Pero la próxima vez asegúrate, por favor, de que tengan temas de conversación. Cuando acabamos de follar, me aburrí un montón, la verdad. —Su tono es amargo e hiriente. Nunca antes se ha enfadado con ella. Jamás...—. Me voy, tengo que estudiar. Ya hablamos.

La deja allí, tirada como una colilla, con ganas de llorar.

Esta vez no hay llamadas ni apariciones inesperadas. Esta vez no sabe nada de él durante mucho tiempo. Nunca ha estado tanto tiempo sin saber de él. Las únicas noticias le llegan a través de la Guapa, a la que, por lo visto y a pesar de no tener conversación, no le importa tirarse cada vez que se le antoja. La lleva loca porque la pobre no sabe a qué atenerse. Si está por ella o no. Para Emma es

fácil: si tienes dudas es que no.

El curso se acaba. La Guapa llora desconsolada por las esquinas, enamorada hasta la médula sin ser correspondida. Emma vuelve a aprobarlo todo con buena nota y hace planes con sus amigas para el verano. Un fin de semana en casa de esta, unos días en el apartamento de aquella... En su corazón, una punzada dolorosa cada vez que recuerda los cinco días de camping del verano anterior.

Decide tirar la toalla y llama a Javi. Por primera vez, es ella la que cede. Sorprendentemente, él no le guarda rencor. Está encantado de quedar. La recoge en su tartana, heredada de algún hermano o hermana mayor, y conduce hasta la playa. Pasean respirando el aire húmedo y salado mientras contemplan el brillante mar. Tras las conversaciones banales para ponerse al día de sus vidas, Javi se pone serio.

—Emma, tengo que decirte algo.

Ella está embriagada de felicidad de tener a su lado a su amigo, a su querido amigo del alma. Había llegado a creer que lo había perdido para siempre con su estúpido comportamiento. Lo mira expectante con una sonrisa que muere en cuanto conoce la noticia.

Se va.

Lo han elegido entre cientos de candidatos y puede terminar la carrera realizando unas prácticas estupendas que le van a abrir las puertas a multitud de posibilidades laborales. Lo tiene decidido, se va. A Alemania, ni más ni menos. Como si se fuera al fin del mundo.

El curso que viene, en septiembre, dentro de un par de meses, su amigo se irá y a Emma se le hace un nudo en la garganta que intenta deshacer tragando saliva y sonriendo a la vez. Mantiene el tipo como puede, mostrando ilusión y haciendo preguntas absurdas sobre el clima o el alojamiento estudiantil.

—Tendrás calefacción, ¿no?

Javi ríe.

—Claro, Emma, en invierno están a muchos grados bajo cero. Allí nieva, ya lo sabes.

Ya lo sabe, para algo su madre es alemana y ha visitado su país en alguna ocasión.

La lleva de vuelta a casa y Emma siente un impulso. Olvidando sus recelos, se abalanza sobre Javi y le da un fuerte abrazo. Él se lo devuelve, se aprieta más contra ella y roza con los labios su pelo naranja, encrespado por el salitre. A Emma se le llenan los ojos de lágrimas y, para que él no las vea, hunde la cabeza en su cuello. Permanece así hasta que se serena, escuchando los latidos de Javi, respirando su aroma inconfundible, notando el calor y la firmeza de su cuerpo.

Cuando Emma está segura de que no va a llorar, se separa a desgana y lo mira entre las pestañas mojadas.

Él también tiene los ojos húmedos, más claros que nunca. Una vez más, se lo dicen todo sin palabras. Ella le pide perdón por sus rarezas, por todo lo ocurrido. Él la disculpa, por su parte está olvidado. Ninguno ha abierto la boca pero ambos se sienten mejor. Unidos de nuevo.

Se sonríen.

Y esa sonrisa suya, tan de Javi, hace que durante un fugaz instante Emma desee besarlo con todas sus fuerzas, dejarse llevar al fin por ese desasosiego que padece a su lado. Pero esta vez se contiene. Intuye que él no le perdonaría otra tontería de ese tipo. Que está a punto de lanzarse hacia el futuro que ambiciona y ella no entra en sus planes, para qué complicar más las cosas.

Sale del coche con el corazón encogido, entre promesas de próximas citas que facilitan algo la separación. Sin embargo, no vuelven a quedar durante el resto del verano. Es como si supieran que lo van a pasar mal cuando se distancien y prefiriesen no hacerlo más difícil llegado el momento. A fin de cuentas, ahora se han acostumbrado a no verse tanto. Mejor dejarlo así.

Emma va, la noche anterior al vuelo, a despedirle a su casa. Javi se la presenta a sus padres y hermanos, y le ofrecen un pedazo de tarta en el comedor. Están celebrando que su amigo va a cumplir un sueño. Todos en la enorme familia están felices. Emma se queda con la tarta en la boca incapaz de tragar bocado.

La casa está llena de gente, parientes que han venido a decirle adiós. Imposible que Javi se escabulla ahora. Se abrazan brevemente en el rellano del ascensor mientras los padres, desde la puerta, agitan las manos en señal de adiós agradeciéndole la visita. Emma sale a la calle respirando con fuerza por la boca para evitar llorar, sabiendo que ahora sí, de una vez por todas, debe dejar a Javi atrás.

Emma ha presentado toda la documentación necesaria para que Julia entre en el colegio público del barrio. Le han hablado bien de él y las instalaciones han sido renovadas hace solo un par de años. También ha añadido varios coles más en la preinscripción, aunque están más alejados, por si acaso. Todo sin contar con Tomás, por supuesto.

Su marido asiste como espectador al problema de su hija. Grita y abuchea desde el palco pero no se pone el chándal para sudar con el equipo.

Emma está cansada de su actitud y un día, sin venir demasiado a cuento, le planta cara. Es como el vaso que rebosa. El agua reposa mansa, pero, con solo una gota, se desborda sin control.

La bronca empieza a cuenta de unos macarrones. El sábado hace mal tiempo. Lluve a mares. No hay planes con los abuelos.

—Pues comemos en casa. —Idea de Tomás.

—¿Bajas a comprar algo? —pregunta ella. Los fines de semana recurren a la casa de comidas de la esquina. No le gusta nada cocinar, probablemente porque no obtiene los resultados que le gustaría.

—Está diluviando, Emma, ¿no puedes preparar cualquier cosa?

Es verdad que llueve mucho, pero también podría cocinar él por una vez. Se traga su queja muda, prefiere no entrar en debates que sabe que no va a ganar.

—¿Macarrones? —propone sin ninguna ilusión.

—Vale —acepta él sin reparos. Sin embargo, nada más sentarse a la mesa le pone mala cara—. ¿De atún?, ¿los has hecho de atún?

—¿Qué pasa? ¿No has dicho que cualquier cosa? —Emma se mosquea.

—Ya, pero de atún... —Tomás hace una mueca de asco.

—Nunca te has quejado del atún.

—Me he quejado infinidad de veces. Parece mentira que no lo sepas.

—Pues perdone, su majestad, eso no está en mi lista de cosas importantes —le suelta burlona y arisca.

La mirada asombrada de su marido se clava en ella que, de inmediato, se arrepiente de haberse dejado llevar. Acaba de abrir la caja de Pandora, es una boba.

—Pues deberías saber que no me sienta bien, ¡joder! —Tomás aparta el plato con rudeza. El ruido de la loza sobre el mantel hace que sus hijos brinquen del susto.

—Perdona..., no me acordaba... —intenta aplacarlo, aunque podría jurar que nunca ha tenido problemas con ese pescado enlatado. El corazón se le agita

y su cuerpo se tensa.

—Perdona perdona... —la imita Tomás con el tono que pondría una niña pequeña a punto de echarse a llorar. Gesticula para aumentar el efecto de burla —. Tú qué te vas a acordar si nunca te acuerdas de nada. Estás tonta, Emma, no entiendo qué mierda te pasa, estás ton...

—Era lo más sencillo. —Levanta un poco la voz para impedir que termine la frase, no soporta que la insulte delante de los chiquillos, pero a Tomás no le gusta que lo interrumpen cuando habla. Ha sido peor el remedio que la enfermedad.

—¡Me cago en todo! Estoy harto de tu vaguería, a ver si no puedes ser un ama de casa como Dios manda. —Golpea la mesa con la palma de la mano por si no ha quedado patente su disgusto.

Emma ve cómo sus niños, sus tesoros, vuelven a botar en sus sillas por el ruido del manotazo, cómo abren los ojos asustados. Eso sí que no lo aguanta, esa es su propia caja de los vientos, y su pretendida calma se convierte en tempestad.

—¡Pues yo estoy harta de que eludas los problemas! —le grita soltando el tenedor con furia sobre la mesa—. ¡Necesito que te pongas de su parte!

—¡Pero ¿de qué hablas?! —Ha elevado la voz igual que ella, está cabreadísimo y no tiene ni idea de a qué se refiere su mujer.

Es tanta su sensación de impotencia que Emma se echa a llorar. Huye al dormitorio y se lanza sobre la colcha gris perla, regalo de Reyes de su suegra. Tomás se levanta enérgico y sigue sus pasos.

—¿Me puedes explicar qué coño te pasa?! ¡No entiendo nada! —le suelta a voces desde la puerta.

Emma se sienta en la cama y, entre lloros y gimoteos, le cuenta sus pesares intentando no elevar la voz para que los críos no la oigan.

La pena de ver a su hija sufriendo cada tarde para llegar al nivel exigido, las caras tristes, los llantos a escondidas por las noches. El cansancio que acumula la pobre, la timidez que se va acrecentando. Le duele en el alma lo que está ocurriendo.

—Y tú, Tomás, solo te preocupas por que siga en ese estúpido colegio. ¡Si tiene un problema y no puede seguir allí, pues no va y se acabó!

Tomás la mira como si no diera crédito. Nunca, en todo el tiempo que llevan juntos, Emma le ha hablado como en estos últimos minutos. Se pone colorado, se le ensanchan las aletas de la nariz, aprieta los puños.

—¿Cómo que se acabó?! ¡Pero ¿quién te crees que eres para darme órdenes?! ¡En esta casa se hará lo que yo diga! ¿Me oyes? —Esa última es su frase favorita. Emma ya la conoce, cada vez que discrepan en algo el debate termina así, y también sabe que detrás de esa sentencia va un portazo como el

que pega ahora, al cerrar la puerta de la habitación, dejándolos a los dos encerrados allí dentro. Da un paso hacia ella y le acerca el dedo índice señalando el punto medio entre sus ojos—. No te atrevas a volver a hablarme así delante de los críos —le dice en un susurro que es como una amenaza velada.

La opresión en el pecho golpea a Emma y vuelve a ver las caritas de susto de sus pequeños. Se da cuenta, por primera vez, de que esa emoción tiene un nombre: «miedo», y se sorprende tanto, le parece tan ridículo tener miedo a su pareja, a su marido, que se queda desconcertada.

Deja de llorar y permanece quieta, mirándolo como si fuera un extraño, negándose a sí misma lo que acaba de descubrir, y él debe notar el cambio en ella porque afloja las manos y respira hondo en silencio. Se miden con cuidado, quizás buscando en el otro lo que creían saber de él. Al menos, para Emma es así. Tomás puede que esté valorando hasta dónde lo deja llegar ella.

—Te doy la razón en una cosa —concede con los dientes apretados—, lo primero y principal es que la niña esté bien y sea feliz. Buscaremos un colegio más adecuado.

Emma siente cómo el alivio se expande por su cuerpo y, con él, la gratitud. Su princesa va a estar bien. Todo va a salir bien.

Se levanta y se echa sobre su marido. Le da un abrazo de agradecimiento, de cortesía. No es el abrazo de una amante ni de una mujer enamorada.

Él sí la abraza con fuerza y hunde la cabeza en su cuello.

—Yo te quiero, Emma, ¿no te das cuenta? Sois lo que más quiero en el mundo... —gime acercando la boca a su oído. Busca sus labios y la besa apasionadamente.

Emma intenta corresponderle, siente que se lo debe, pero debe admitir que ya no le gusta el sabor de sus besos.

Vuelven a la mesa con las manos enlazadas y sonrisas tímidas de reconciliación. Sus hijos comen callados. Emma les pide perdón por la escena. Considera que a los niños hay que tratarlos con respeto y explicarles los arrebatos. «Inteligencia emocional» se llama a esa aptitud, y desea que ellos la adquieran cuanto antes para ahorrarse sufrimientos innecesarios. Tomás ríe burlón y agita una mano en el aire para restar importancia a la discusión.

—Bah, bah, todo el mundo se enfada, no pasa nada.

Puede que tenga razón, que no sea para tanto. Los críos se animan poco a poco y hablan, los padres logran distraerse y reír con sus ocurrencias, el ambiente se relaja. La tarde lluviosa también es tarde de peli de dibujos y palomitas.

Emma pasa el resto del curso escolar buscando colegios, preguntando, visitando, comparando, pero Tomás se decanta por uno privado, bilingüe en

inglés, cómo no, del que tiene buenas referencias.

Llega julio y las clases de pilates se interrumpen, pero los jueves siguen siendo la tarde de las bolas. Emma y sus amigas comparten confidencias al fresquito del aire acondicionado del local. Luego viene la despedida. En agosto cada cual hace su vida.

Emma traslada su hogar a un apartamento en la playa donde hace lo mismo que siempre con el inconveniente de que es más pequeño que su casa, los electrodomésticos son más viejos y las camas chirrían.

A cambio se puede dar el lujo de echarse una breve siesta en las horas de más calor porque los niños están reventados de tanta agua y arena y conceden a sus padres un respiro. Come helados por las tardes y se lleva el momento-copa-de-vino hasta la terraza sobre el oscuro mar, tras acostar a los peques, mientras Tomás repasa los resultados de la Fórmula 1.

Emma sondea el horizonte recordando y haciendo balance de su vida. Está a punto de cumplir treinta y cinco años. Más o menos ya ha recorrido la mitad y es consciente de que los mejores momentos que ha tenido últimamente van ligados a sus hijos y a un salón con bolas de colores y toboganes. A menudo se descubre pensando en lo que va a contar a sus nuevas amigas cuando las vuelva a ver. Las echa de menos, pero, a pesar de que tiene sus números de teléfono, no se atreve a llamarlas. Emma piensa que la amistad es muy frágil y es mejor no abusar de ella.

Recuerda cómo son las vidas de esas dos mujeres y las compara con la suya. Ya se conocen bastante bien. Se han contado sus embarazos y sus partos en primer lugar. Es lo que tienen en común. Luego han ido hurgando en recuerdos más antiguos. Su infancia, los problemas típicos de la adolescencia, han enumerado a sus ex.

Emma no les ha hablado de sus primeros escarceos amorosos ni de su detestable primera vez. Le da vergüenza. En vez de eso les ha dicho, con cierto orgullo, que Tomás, su marido actual, ha sido el primer y único novio de verdad que ha tenido. Añadiendo la coletilla «de verdad» ha dejado en el aire que hubo alguno más, tampoco quiere que piensen que es una pacata y una ñoña.

Les ha explicado cómo lo conoció y a ellas les ha parecido una historia muy romántica. Y lo fue en realidad.

Tomás formaba parte del equipo de rugby universitario y se paseaba por el edificio de Derecho, junto a otros compañeros de juego, como si el mundo estuviera a sus pies.

Emma lo tenía calado desde que entró en la facultad. Era demasiado alto, demasiado rubio y demasiado guapo para pasar inadvertido. Pero a ella no le gustaban ese tipo de chicos tan tan llamativos. Le parecían engréidos y

superficiales.

Durante su segundo curso coincidió con él en alguna fiesta loca de mucho alcohol y poco sentido común. Emma nunca bebía de más. Se quedaba con el vaso de plástico en la mano hasta que el contenido adquiría la misma temperatura que su piel, alrededor de unos imbebibles treinta y seis grados. No es que no le gustase el sabor de las bebidas alcohólicas, es que detestaba la pérdida de control propia de la embriaguez. Ya la había experimentado en una ocasión, en un portal, y no provocaba en ella más que malos recuerdos.

Con la cabeza despejada, tomaba nota de las barbaridades que se producían a su alrededor y aprendió a clasificar qué tipo de borrachera llevaba cada cual y cómo iba a terminar. Estaban los que acababan vomitando, los que lo hacían llorando por un desengaño amoroso reciente o pasado, los que se dormían en cualquier lugar de paso y servían de cobayas a las bromas más pesadas de sus amigos, los que acababan enrollados con cualquiera que pasara por allí... Emma, impasible, observaba y aprendía.

En una de esas fiestas vio, por ejemplo, cómo los colosos del equipo de rugby se turnaban para morrearse con dos chicas delgaditas y poca cosa. En un corro bien formado, que para algo practicaban el deporte de la melé, las chicas iban dando tumbos de uno a otro completamente ebrias. Si un gigante la cazaba, la chica se reía y le ofrecía su boca. Emma seguía el juego interesada, apostando en su mente sobre quién se llevaba la bocanada de vómito. Porque si de algo estaba segura era de que esas chicas iban a vomitar tarde o temprano. Entre esos depravados estaba Tomás, aunque no fue él quien se llevó el premio casi de milagro. Le tocó al siguiente jugador.

Emma no les cuenta todo esto a sus amigas, claro, no es nada romántico ni hace a un tipo deseable como marido. Empieza a contar la historia a partir de su tercer curso en la facultad, cuando Javi ya se había ido a Alemania y ella se sentía más sola y perdida que nunca.

Le faltaba su amigo para hablar. Usaban un programa informático con el que mantenían largas charlas en modo texto en una mezcla de castellano y alemán con abreviaturas de su invención para poder contarse más cosas en menos tiempo. Aun así, no era lo mismo que escuchar su voz, sus silencios, su respiración. Las palabras escritas estaban huérfanas de emociones y, por mucho que pusieran puntos y comas con paréntesis sonrientes o tristes, siempre faltaba algo. Su risa. Eso es lo que más añoraba Emma, escuchar su risa.

Y entonces, como caído del cielo, aparece Tomás. En un pasillo, una tarde de invierno cualquiera, entre clase y clase, Tomás se coloca ante ella y le corta el paso. Emma camina ansiosa abrazando una carpeta roja forrada con fotos de sus ídolos del momento: Brad Pitt peleando en El club de la lucha y Keanu Reeves

con su mítica gabardina negra ondeando gracias a un viento inexplicable.

Llega tarde a clase de Penal porque ha perdido el autobús debido a que se le ha estropeado el secador de pelo y se lo ha tenido que secar con el calefactor del baño que —menos mal— expulsa aire caliente. Lleva el cabello hueco y encrespado alrededor de la cabeza, como una buena cupletista, y las puntas húmedas, lisas y tiasas como estalactitas debido al frío. Ella va siempre..., intenta ir siempre impecable y ese día no luce su mejor aspecto, la verdad. Sin embargo, a Tomás no parece importarle porque, sin desviar la vista de sus tetas, la invita a un café.

La pilla desprevenida. Solo se le ocurre envolver su vergüenza en soberbia y, rodeándolo para seguir su camino, le suelta: «No, gracias». Se siente poderosa y femenina a pesar del pelo que lleva. El payaso ese del rugby que se cree superior la ha invitado a un café. Luego se lo cuenta a sus compañeras de clase de modo que parezca que no le da la más mínima importancia, pero intentando, a la vez, que parezca muy muy importante.

—Pss, pues iba yo tan tranquila y se me planta delante. ¿Qué se habrá creído el bobo ese? —«Qué se habrá creído, qué se habrá creído...», repiten todas igual de ofendidas e interesadas.

A partir de ese día no puede evitar buscarlo con la mirada cada vez que divisa a un tío más grande de lo normal. Se toma más tiempo para arreglarse y hasta se compra algo de ropa nueva. No es que esté interesada en él. Lo que busca y necesita y desea ahora mismo es que él se interese por ella.

Los días pasan sin volverlo a ver, pero, cuando menos se lo espera, cuando ya se ha apagado el furor inicial de su triste primer encuentro, coinciden, ella y sus amigas, con todo el equipo celebrando una victoria. Están en un pub nuevo y ya no beben garrafón en vasos de plástico. Mucho más elegantes que hace solo un año, todos van bien vestidos y beben whisky con hielo en vaso de tubo que sujetan con la mano derecha. En la izquierda, una botella pequeña de agua mineral.

El estómago le da un vuelco al distinguirlo en medio del grupo. Sus amigas se acercan enseguida a saludar.

—¿Qué tal, chicos? ¿Habéis ganado? ¡Estupendo! ¡Esto hay que celebrarlo!
—Buscan una copa gratis cueste lo que cueste.

Los jugadores se animan y piden jarras de sorbete de cava. Tras las dos primeras rondas las bocas se sueltan y el equipo y las forofas hablan y ríen con confianza. Un par de rondas después resulta que son amigos de toda la vida y se quieren todos un montón.

Emma se mantiene al margen con una copa en la mano, la primera que le han servido. Le sorprende comprobar que Tomás tampoco se une al grupo

entusiasta que a esas alturas canta en voz alta, todos a una, lo que pincha el disc-jockey. La mira de hito en hito pero no le dice nada. Ni ese ni los siguientes cuatro fines de semana que coinciden, ¡qué casualidad!, en el mismo pub.

Tanto ellas como ellos han encontrado alguien afín a sus gustos dentro de la pandilla y se empiezan a formar parejas poco duraderas. Vaya, que encontrarse en cualquier momento de la noche a una amiga enrollada con alguno de esos tipos enormes se convierte en algo corriente.

Emma sigue guardando las distancias y comprueba, con cierta sorpresa, que Tomás también. Y eso que Tomás es uno de los elegidos. Para sus amigas el orden suele ser así: «Me mola el rubio de ojos azules, el Tomás ese, y si no...». Y si no, pues otro, que es con el que acabará liada el fin de semana siguiente.

Emma lo mira y lo remira y no le parece tan guapo. Tiene el pelo rubio y espeso, cortado como Tom Cruise en Top Gun, y los ojos de un azul intenso entristecidos, quizás, por unas pestañas demasiado claras. Se le forman hoyuelos en las mejillas cuando ríe. Los hoyuelos sí le gustan. Le gustan mucho.

Él la observa y bebe despacio. Harán falta cinco encuentros para que se aproxime a ella y le ofrezca una copa.

—Tiene que estar caliente —le dice señalando el vaso que Emma sostiene desde hace una hora en la mano—. ¿Quieres otra?

Emma no quiere otra copa, pero está orgullosa de obtener su atención.

—Si me invitas...

Se aproximan a la barra y ella pide otro Licor 43 con piña. Es tan dulce que marea. Se quedan allí, con las espaldas apoyadas en la barra, alejados del resto de su gente. No hablan, solo se miran y se sonrojan con timidez.

Emma no sabe qué hacer con su nueva copa. Si se la bebe, se emborrachará, pero si no se la bebe, parecerá una desagradecida. La deposita en la barra y, tras un ratito, de forma disimulada la hace volcar. Tomás se empeña en pedirle otra, ella le repite que no quiere más.

—Entonces déjame que te invite a cenar.

Emma niega con la cabeza pero con una sonrisa sugerente. Esto de ligarse a uno de los elegidos le parece excitante y divertido, quiere que dure. Si le deja claro ahora que no tiene ningún interés por él, se acabará la fiesta.

La fiesta duró casi dos meses más, en los que Tomás insistió, noche tras noche de cada fin de semana, en tomar algo con ella, cenar, ir al cine, al teatro, a los toros, «¡¿a los toros?!», de compras, a estudiar a la biblioteca... Hasta que se le acabaron las ideas y la paciencia y se plantó ante ella cuando cerraban el pub.

—Nena, dime si te gusto. Dímelo ahora y ya, porque si no te gusto, no te vuelvo a molestar.

Emma odiaba que la llamaran «nena», pero no supo qué contestar. Se había

acostumbrado a tenerlo alrededor, era un joven atractivo y deseado, aparentaba estar muy interesado por ella y durante dos meses no le había visto hacer ninguna cosa que le pareciese mal. No se había emborrachado, no había ligado con otras, siempre iba limpio y olía bien. Le gustaba su perfume de maderas nobles con matices cítricos. Y sus hoyuelos, le gustaban mucho sus hoyuelos. Tampoco había conocido a ningún otro, en todo ese tiempo, que le gustase más.

Así que le puso una mano sobre el vientre, en aquella época duro como una piedra de tanto abdominal y tanta dominada que hacían en los entrenamientos. Él acogió el gesto como un «sí» y se lanzó febril a abrazarla y darle su primer beso. El resto de amigos aplaudió y vitoreó a la nueva pareja. Alguna de la pandilla hasta lloró y todo de la emoción, puede que también debido al desengaño.

Se convirtieron en la pareja por excelencia. El resto del grupo giraba a su alrededor. Las novias y novios de los demás cambiaban, pero ellos seguían juntos. Se llevaban bien.

Tampoco tenían motivos para llevarse mal. Tomás venía de una familia acomodada y disponía de recursos para ir al cine el viernes, salir a cenar y bailar el sábado —si es que lo que hacía Emma con su cuerpo se podía llamar bailar— y a la bolera el domingo. Siempre con amigos, siempre un plan diferente y entretenido.

Llevaba un buen coche, impecable por dentro y por fuera, y cada dos por tres le compraba un detallito. Algún regalo lujoso de vez en cuando.

Tenían en común los estudios, cierta cultura general y el mismo gusto por las películas ñoñas. Ambos creían en el matrimonio y deseaban tener hijos. Era divertido y sencillo. A su lado, Emma se sentía como una princesa de cuento de hadas. No se podía pedir más.

Tras el esfuerzo inicial, a Tomás le costó seis meses más que Emma se dejara meter mano y tuvo que entregarle un anillo de compromiso para poder llevársela a la cama. No es porque Emma deseara casarse, que también, es que necesitó verse en ese trance para decidirse a probar de nuevo lo que la primera vez le había salido tan mal.

Buscaron un hotel romántico, compraron velas aromáticas, ropa interior sexi e hicieron el amor como lo haría una pareja de octogenarios reumáticos operados de la cadera. Él creía que ella era virgen y ella se sentía peor que si lo fuera.

—¿Te duele, cariño? ¿Voy más despacio? ¿Te lo estás pasando bien?

De muerte, se lo estaba pasando de muerte.

No sintió ningún placer especial de esos que describen los folletines de novela rosa. Eso llegó después, en ocasiones, con el tiempo y la práctica. Esa primera noche solo sintió ternura y cariño por ese chico-hombre, porque la trató

con mucha dulzura y respeto.

A sus amigas del parque de bolas tampoco les ha dicho eso. Les ha contado que se lo pasó de lujo y que el tío se lo montaba fenomenal. Tampoco hay que ser tan realista, jolín.

—Mamá, me he despertao.

Sssh... No ha oído nada. Esto no va con ella.

—Mamááááá.

Tiene cinco minutos. Sabe que tiene cinco minutos antes de que Marcos se ponga a llorar y despierte a Julia, que duerme a su lado en el diminuto apartamento de verano. Resignada, Emma sale de la cama procurando que los muelles del colchón no delaten sus movimientos. Tomás ronca como si se hubiera tomado una Dormidina con infusión de valeriana. Qué envidia le da. «El sueño de los justos» lo llaman, de los que no tienen mala conciencia, será posible...

Va a trompicones hasta la habitación de color verde desleído chocando con una pared antes de llegar.

—¡Joder! —exclama en voz baja mientras se acaricia el hombro golpeado.

Han bajado las persianas para mantener la casa como un zulo y ocultar la salida del sol, pero su hijo es como un reloj. A las ocho en pie todos los días.

Y eso que anoche se acostaron a las tantas. Cenaron en el bar de la urbanización, dieron una vuelta por el paseo marítimo y hasta montaron a los niños en las atracciones de feria.

Julia subió por primera vez a los coches de choque con su nueva amiga Sara. Una niña de su edad que se aloja en el mismo bloque de apartamentos con la que ha congeniado. También ellos han entablado buena relación con los padres. Tomás disfruta las canchas de tenis con el papá de Sara mientras Emma y la madre vigilan a los críos en la piscina. Comparten las bolsas de patatas fritas y los plátanos a media mañana y los batidos de la merienda.

Es una pareja más mayor que se plantó en el primer retoño.

—Queríamos más, pero ¡no podíamos permitirnoslo! —les confían entre risas.

Se nota que Emma y Tomás les han caído bien. Hablan incluso de repetir el verano próximo en el mismo lugar. A Emma no le excita la idea. Se aburre allí. Piscina, playa, piscina, playa, pasear por el paseo, volver a pasear por el paseo... Periódicas reuniones de vecinos que se venden como el no va más: esta noche oferta de dos por uno en el bar, esta noche la dedicamos a Los Cantajuegos, esta noche verbena popular...

Emma asiente conforme y letárgica a todo lo que proponen. Tomás, sin embargo, está radiante con tanta actividad. Ha dado paseos en una lancha Zodiac, pescado en los muelles con una caña prestada y hasta se ha atrevido a

salir a bucear. Con gafas y tubo, desde luego. Lo de las botellas le queda grande.

Incluso ha jugado al fútbol con otros papis. Resollando tras la pelota, ha dejado patente que debería hacer ejercicio más a menudo. Emma lo anima desde los bancos de piedra que rodean el campo mientras sus hijos hacen castillos de arena a sus pies. Sin entender nada del partido, escuchan a su madre y ellos también ovacionan a Tomás.

—Como tore papá, ¿eh?

—Sí, cariño, cómo corre.

«Da pena verlo.»

Sudando, fatigado, pero con una enorme sonrisa en la cara ajada, donde apenas se aprecian ya los hoyuelos que a Emma tanto le gustaba mirar, se mesa el cabello con ambas manos y, cada dos por tres, se recoloca el paquete. Escupe en el suelo terroso.

—¿Qué hace papá?, ¿eh? ¿Qué ha hecho papá?

«Mierda, vaya ejemplo para un niño, y eso que dicen que el deporte es cultura.»

El verano discurre sin sobresaltos. Tomás está más ardiente de lo habitual y se presenta templado y fogoso en una habitación sin cuadros y con cortinas de tergal. Emma lo lleva peor que nunca. No le apetecen sus besos ni sus caricias. Sus fantasías ya no le parecen suficiente, están gastadas de tanto usarlas. Tendría que echar un polvo loco por ahí para renovarlas.

No sería tan difícil. Hay un par de padres con buena pinta que la miran con cierto interés. Después de todo, conserva un cuerpo bonito, delgado y fibroso, como el de su madre. Eso de que todas las alemanas son grandotas es una mentira como una catedral. Ella ha ido a Alemania para ver a la familia y ha podido comprobarlo con sus propios ojos.

La última vez fue dos años después de acabar la carrera cuando, al poco de cumplir los veinticinco, Tomás y ella acordaron la fecha de la boda.

Tuvo que volar a Berlín a entregar el tarjetón a los parientes con los que mantenía cierta relación. Una hermana soltera de su madre, más mayor, y unos primos que venían siempre en verano a verlos y a disfrutar del calor.

A Javi. También le tenía que dar el tarjetón a Javi.

Seguían usando el ordenador para comunicarse y habían pactado un día de la semana para chatear. Por medio de frases breves le había explicado que tenía un amigo especial primero, que salía con él después. Que ya se habían hecho novios formales se lo dijo en una llamada de teléfono desde un locutorio. Necesitaba escuchar su voz cada cierto tiempo.

Él, a su vez, restándole importancia y dándole un toque de humor, le daba cuenta de todas las alemanas, polacas, inglesas y hasta noruegas que pasaban por

su vida. No le duraban más de unas semanas. Cada una tenía algún fallo terrible que no podía soportar. Emma se burlaba de él y de sus manías: le rechinaban los dientes mientras dormía, al reír hacía ruidos extraños con la nariz, se le iba un ojo para un lado cuando lo miraba... La lista era interminable y extravagante.

Que iba a casarse se lo tenía que decir en persona. Intuía que debía ser así.

Habló con su familia alemana a la que iba a visitar y escogió un fin de semana que les viniese bien a todos. En el último momento le tocó ir sola por problemas de agenda de Tomás. Tampoco le pareció mal, más sencillo quizás.

Se presentó un viernes en el aeropuerto de Tegel, esperando ver pancartas a su llegada, pero no fue así. Tuvo que coger el tren para llegar al centro de Berlín y un taxi para encontrar la dirección de su tía.

Necesitó unas horas para adaptarse al nuevo entorno y, a partir de ahí, se sintió como en casa. El carácter alemán era mucho más afín a sus gustos que la inexactitud y la exuberancia del talante español. Serenos, serios, estrictos y puntuales. Le encantaba. Quién le iba a decir que, poco tiempo después, llegaría tarde a todas partes...

Su tía la recibió como a la hija que siempre había deseado y le costó mucho dejarla salir con ese chico alto, con un aro en la ceja, que vino a llevársela a pasar el sábado por ahí.

Tras cuatro años en el extranjero, Javi se había acostumbrado al país y su estilo se había adaptado a los nuevos tiempos y a lo que se podía esperar de un moderno periodista alemán.

Llevaba ropa de segunda mano comprada en tiendas de los años setenta que olía un poco a desinfectante, había añadido un piercing a su ya de por sí llamativo rostro y tatuado una especie de dios Sol inca en el antebrazo izquierdo.

—Menos mal que no es una esvástica —le dijo Emma cuando se lo enseñó, para intentar aliviar con humor los nervios que le producía estar de nuevo a su lado.

—No bromees con eso aquí, por favor. Es un tema muy doloroso. —A pesar de su aspecto algo irreverente, se había convertido en un hombre serio.

En el tiempo que llevaba fuera había vuelto a casa en varias ocasiones, normalmente coincidiendo con las vacaciones de verano y Navidad. Habían tenido encuentros breves y un poco frustrantes. Siempre había alguien esperándolo, tenía que hacer algo después o, simplemente, la alegría del reencuentro se marchitaba enseguida porque Emma recibía una llamada de Tomás.

Le hacía gestos de «Tengo que irme» si ella, tras dudar unos instantes, decidía contestar. La novedad del teléfono móvil era demasiado fuerte para poder ignorarla.

—Parece que lo hace aposta —le decía risueña, feliz de poder darse importancia ante su amigo—, sabe que estoy contigo y que te vas enseguida y si eeeeempre me tiene que llamar.

Tomás lo hacía aposta, ahora está segura.

Y, si lo piensa bien, puede que ella también.

Puede que calmara el dolor de su ausencia con la venganza en sus reencuentros. Puede ser.

Javi componía una sonrisa forzada y se levantaba de la mesa, del banco del parque, de donde estuvieran sentados, le daba un breve abrazo de despedida y la dejaba hablando.

Emma lo veía alejarse y se sentía triunfante. ¿No había decidido marcharse? Pues se lo tenía merecido. No podía esperar que todo siguiera igual. Ahora ella tenía novio formal y se debía a él. Ser amigos estaba bien, pero debía entender sus prioridades...

Sin embargo, bastó un único día juntos en Berlín para que volvieran a intimar. Caminaron hombro con hombro mientras él le enseñaba la ciudad. La llevó a su museo favorito, el Berggruen, donde Emma pudo extasiarse brevemente con las obras de Klee, Matisse y, quién se lo iba a decir, Picasso; comieron una salchicha por la calle, recorrieron la Unter den Linden de arriba abajo y tomaron una merienda-cena en el bohemio barrio de Prenz.

Él le sugirió rematar la jornada mostrándole un pub bastante popular, pero Emma tuvo que rechazar la oferta. Sus primos la esperaban temprano al día siguiente —le explicó—, tenía obligaciones familiares que cumplir, así que debía regresar a casa de su tía. Pero conste que se lo había pasado fenomenal.

Fue solo unos minutos antes de separarse cuando recordó lo que la había llevado hasta allí. Nunca olvidará la expresión de Javi tras decirle que esperase un momento, ponerse a rebuscar en el bolso y tenderle la invitación.

Se sintió algo ridícula, para qué negarlo.

—Esto es para ti. He venido a dártelo en persona.

Saca el sobre color salmón con un lazo de raso blanco, que ella misma ha anudado, y lo agita ante él, que permanece quieto sin reaccionar.

Emma con el sobre en el aire. Javi mirando el sobre. Emma mirando a Javi. La sonrisa a Emma se le cae hasta los pies.

—Esto no va a cambiar nada —le aclara con un timbre de voz tan agudo como el del Pequeño Ruiseñor—. Para mí eres y siempre serás mi mejor amigo.

Javi eleva las comisuras de los labios pero el resto de su rostro permanece en tinieblas.

—De verdad, Javi, para mí tú eres la persona más import...

No la deja terminar. Le da un abrazo tan fuerte que le corta la respiración.

—Emma, me alegro mucho por ti. Te deseo que seas muy feliz —le dice junto al oído mientras la sujeta así, oprimiéndole los pulmones.

La sostiene entre sus brazos durante un tiempo infinito y ella se recrea una vez más en los latidos agitados de su pecho, en su olor dulce y almizclado al que se une ahora un leve aroma a desinfectante. En la sensación de tener pegado a ella ese cuerpo firme y delgado que se acopla al suyo tan bien.

Cuando se separan, Javi parpadea un par de veces y se pone sus gafas oscuras aunque el sol ya se ocultó hace rato.

Emma sabe que su amigo se ha emocionado y ella se emociona con él. Después de todo, una boda es algo emocionante, ¿no?

Bueno, eso pensó la estúpida Emma de veinticinco años, que Javi se había conmovido con el anuncio de su boda, pero ¿qué sentido tendría si a Javi todas esas ceremonias de compromiso —bodas, bautizos y comuniones— jamás le han importado un carajo? ¿Fue ilusión o tristeza? ¿Sería cierto que sentía algo por ella y le causó dolor que fuera a sellar un pacto de amor con otro? Y si era así, ¿por qué no le dijo nada?

Nueve años después, Emma recuerda y reflexiona y no es capaz de resolver el misterio de qué pensaba Javi acerca de ella.

Lo que sí sabe es lo que pensó ella de él. Lo vio diferente, ajeno al principio, casi un desconocido. Un hombre interesante, bohemio, cariñoso, atento y cultivado. Alguien a quien le apetecía conocer mejor, con el que hubiera pasado más horas, más días juntos. Alguien de quien se tuvo que separar esa misma noche para regresar a casa y continuar con su vida normal, su vida soñada.

No había primos ni había madrugón, solo había miedo por parte de Emma. Miedo de continuar a su lado, miedo quizás a reconocer que se estaba equivocando...

Emma está convencida de que ciertas cosas deberían estar penadas. Por ejemplo, deberían pensar en algún castigo para aquellos que deciden celebrar su boda en el mes de agosto, como un primo de Tomás, que ha elegido casarse el último fin de semana del mes.

Le fastidia tener que ponerse medias y tacón tras un mes de pareo y chanclas. Ir a la peluquería y aguantar una hora de secador tras cuatro semanas de lavado y listo. También le da rabia tener que abandonar a sus hijos, aunque sea por unas horas, justo cuando le ha cogido el tranquillo a escuchar «mamááá» de la mañana a la noche.

Además, todo el mundo sabe que esos son días de regreso a casa tras las vacaciones con un montón de tareas que organizar a la llegada: deshacer maletas, poner lavadoras, guardar bultos...

Ahora están obligados a volver antes y eso es una faena para los peques, que se quedan sin playa y piscina a cambio de un ardiente parque urbano. Deciden apurar su estancia al máximo y el programa del día les ha quedado muy ajustado: cargar en el coche todos los trastos que han llevado al apartamento, dejar a los niños en casa de sus suegros, descargar el equipaje en su propia casa después. Por último, y no menos estresante, arreglarse ambos para la celebración.

Emma se pone un conjunto que compró antes del verano cuando les anunciaron la boda: un vestido palabra de honor en color salmón y unas bonitas sandalias, con un poco de tacón, con las que se siente esbelta pero fuera de lugar porque se ve aaalta aaalta y sabe que todo el mundo la mirará al pasar.

Ha ido a la peluquería a primera hora de la mañana, pero del elaborado moño que le han hecho, tras las carreras y las cargas y descargas de equipaje, solo queda un despojo sobre la cabeza con una espantosa corona de pelos sueltos y ondulados a su alrededor.

Tras varios intentos de recomponerlo, se angustia. Está cansada, sudorosa, y se le hace una montaña rodearse de gente feliz y tener que mostrar felicidad ella también. Antes adoraba las bodas y ahora solo siente amargura cuando la invitan.

Decide optar por la solución más sencilla.

—Tomás, creo que no me encuentro bien. ¿Te importa si no te acompaño?

La cara de él le dice, sin ninguna duda, que sí le importa.

—¿Ya estamos con las gilipolleces? ¿Siempre me tienes que hacer lo mismo? Siempre me dejas tirado en el último momento y me haces pasar

vergüenza. ¿Qué coño te pasa ahora, eh? —le contesta enojado.

Emma pone los ojos en blanco y niega con la cabeza mientras vuelve al baño cabizbaja.

Dice «siempre» porque le ha fallado una vez. Una única vez. Julia tenía fiebre y no quiso dejarla con nadie, no le parecía bien. Así que no asistió a la boda del hijo menor de un cliente importante de su bufete. No conocía al novio pero a su hija sí y eligió a su hija.

Por lo menos, no le dejó tirado el día de su boda, de su propia boda. Y mira que se lo pensó... Tomás no tiene ni idea.

Con el piso puesto y decorado, incluidos por supuesto el centro de mesa del comedor y un cajón para guardar la cubertería de plata perfectamente organizada. Trabajo seguro en el bufete de él con el horario a su medida. La vida resuelta. Un vestido blanco de diseñadora especializada y carísima esperando en el comedor de casa de sus padres. Un Cadillac rojo descapotable alquilado, adornado con rosas blancas, en la puerta. Los invitados en la iglesia.

Emma, en pijama y con el maquillaje estropeado por las lágrimas, escondida en el baño.

Tuvo esperanzas hasta el último momento, pero se rindió al dar las cinco. La última vez que habló con él, hacía solo dos días, le había prometido que iría a su casa. Pues no había aparecido y, tratándose de una persona tan puntual, para Emma fue evidente: Javi no iba a asistir a su boda. Al momento más importante de su vida. Los nervios la vencieron en ese instante y se le vino el mundo encima.

Recordó el rostro turbado de su amigo al recibir el tarjetón, las últimas conversaciones que habían tenido cargadas de silencios incómodos, la absurda cabezonería suya de que viniera a verla salir de casa de sus padres. ¿Por qué le había insistido tanto? ¿Qué más le daba? ¿Qué necesidad tenía de verlo antes de la ceremonia? ¿Qué buscaba?, ¿su bendición?

A lo mejor tenía miedo de perderlo para siempre...

Luego pensaba en Tomás y se le partía el corazón. ¿Cómo podía desear ver a otro hombre ahora que iba a casarse con él? ¿No era el marido perfecto con el que siempre había soñado?

Llevaban meses planeando su gran día y todo era tal y como Emma deseaba. ¿Por qué entonces ese malestar?, ¿todas esas dudas?

Puede recrear su angustia, sentirse como en aquellas horas previas...

Emma no sabe qué le pasa pero no puede dejar de llorar.

Su madre enfadada con ella, queriendo entrar al baño porque no entiende nada. Emma que no cede. Ni a las palabras consoladoras de sus padres, ni a las súplicas del fotógrafo que quiere hacer su trabajo y cobrar el tiempo invertido, ni

a los intentos por parte de las amigas más cercanas, que han ido a verla vestirse, para que entre en razón.

No cede hasta que oye unos golpes suaves en la puerta y escucha su voz. Abre, al fin, para encontrarse a un Javi vestido de traje gris oscuro italiano, con pantalón de pitillo y zapatos negros terminados en una fina punta. Se lanza a sus brazos riendo, dejándole la camisa negra, llena de rastros brillantes de lágrimas, mocos y carmín.

Javi la reconforta, entra con ella en su habitación infantil de cortinas rosas y pide a todo el mundo que los dejen a solas unos minutos.

—Sin presiones —exige—, por favor.

Se sientan ambos en la cama de colcha floreada.

—Ey, pequeña, ¿por qué lloras? —le pregunta mientras le seca las mejillas con sus bonitas manos.

—Creía que no ibas a venir —le contesta entre hipos y suspiros.

—¿Y eso por qué? Nunca te dejaría, ya lo sabes.

«¿Cómo puedes ser tan ruin? Claro que me has dejado, te largaste a Alemania.»

—Te fuiste a Alemania... —le recrimina flojito, después de seis años, sorbiendo las lágrimas que le caen por la nariz.

—Emma, solo tienes que chasquear los dedos y yo aparezco. Siempre ha sido así y siempre lo será. Somos los mejores amigos, ¿no?

Su seguridad le da seguridad a ella. Se siente fuerte de nuevo. Ríe, llorando un poco aún.

La toma por los hombros y le habla con seriedad:

—¿Estás completamente convencida de que quieres seguir con esto?

Emma respira hondo. Javi está a su lado. Le ha dicho que siempre lo estará. Aunque se case. Los invitados están en la iglesia. Tomás, el paciente y comprensivo Tomás, la espera ilusionado. Sus padres parecen estar felices con ella por primera vez. El precioso vestido blanco de una diseñadora famosa aguardando en su percha. El trabajo fijo. La vida resuelta.

Asiente con la cabeza poco convencida al principio y, cuando él alza las cejas en señal de duda, lo hace con más firmeza.

—Entonces, ¡vamos allá!

Javi abre la puerta de la habitación y habla con la madre de Emma, que mira el reloj incrédula y corre hacia ella arrastrando el traje y a la maquilladora. La preparan y pasa el fotógrafo y, tras él, el padre de Emma y las amigas presentes. Todos revolotean sobre la novia con sonrisas forzadas por miedo a que se eche atrás.

Pero eso no va a pasar. El Cadillac rojo parte hacia la iglesia media hora

más tarde de lo previsto. Un retraso que entra, más o menos, dentro de lo normal. Emma sale del enorme coche con cara de no haber roto un plato. Una sonrisa tenue y los ojos brillantes. Cualquiera puede pensar que es de felicidad.

Camina por la alfombra color granate del brazo de su radiante padre hasta los escalones del altar. La iglesia está atestada de familiares, amigos e invitados relacionados con el bufete. Huele a flores que marean y el Ave María de Schubert se impone a los murmullos de admiración ante su vestido. Caras sonrientes a ambos lados del pasillo y ella responde a todas con la misma ilusión.

En el lateral izquierdo, en la cuarta fila contando desde atrás, en el tercer asiento empezando por la derecha, Emma ha divisado a Javi a través de su finísimo velo de encaje. La mira con emoción en los ojos y una sonrisa dulce en los labios. Sigue allí, sigue estando allí. Se lo ha dicho y es verdad.

Alcanza el pie del altar despacio, cuidando de no pisarse la larga cola y tropezar. El cura es un hombre de edad indefinida con poco pelo y gesto bondadoso. A su derecha hay un tipo grandote. Ha estado allí todo el rato pero ella apenas ha tenido tiempo de fijarse en él. Le siente a su lado, observándola, pero no se atreve a mirar. Luego él le contará, mientras bailan su vals, que ese detalle, el hecho de que ella se mostrara tan tímida, le pareció encantador.

No era timidez, Tomás, lo que Emma sentía era vergüenza por haber dudado. Por haber estado a punto de faltar a su palabra y dejarte solo en el altar.

Tras la ceremonia ofrecieron un banquete por todo lo alto, acorde al estilo opulento que pretendían darle al nuevo bufete que su marido había creado, con varios socios, para huir del control asfixiante de su padre.

Emma apenas pudo probar los fantásticos platos de la cena, entregada a saludar y atender a los invitados, pero sí se bebió varias copas de vino y, de un trago, la copa de cava del brindis nupcial.

Bailó con todos los invitados sin excepción y eso incluyó a Javi en el momento en que sonaba la mítica Caballo viejo, de Julio Iglesias. Se dejó llevar por la pista envuelta en sus brazos, ligeramente ebria de nervios y alcohol, hasta que otras manos la arrancaron de su cómoda pareja para bailar con ella una nueva canción...

Emma vuelve al presente y comprueba en el móvil que se ha hecho tardísimo. A regañadientes se deshace el moño, se empapa el pelo bajo el grifo de la ducha y se aplica mucho fijador. Con el difusor del secador intenta marcar unos rizos que se empeñan en alisarse. Se vuelve a mojar el pelo y esta vez emplea el secador con la punta estrecha para dejarse el cabello liso.

La humedad del baño, del verano, de la vida en general le estropea el alisado y solo consigue una ridícula melena enmarañada. Pelos por aquí y por allá sin ningún estilo definido.

A punto de echarse a llorar, con el sudor empapándole el vestido salmón que solo admite lavado en seco, se cepilla el cabello y se hace un recogido en la nuca igualito al que llevaría cualquier primera figura de un ballet. Aunque le disgusta verse con la cara así de despejada, da por bueno su arreglo.

Tomás le grita desde el recibidor. Llegan tarde. Emma coge el rímel, el pintalabios y una sombra clara. Se maquillará en el coche. Nada de base, hace demasiado calor, las horas en la playa le han dejado la piel sonrosada, con eso bastará.

Ha decidido ir al médico. Lleva desde antes del verano con bastante dolor de espalda. También nota molestias abdominales y, ahora que han vuelto del apartamento, ha comenzado a sufrir jaquecas, algo que nunca antes había padecido.

Tampoco le gusta el aspecto que están tomando sus heridas. Tanto tiempo juntos, en un apartamento tan pequeño, es lo que tiene. Demasiado roce, demasiados nervios. Solo que aún no sabe cómo lo va a explicar.

La doctora que la examina le formula las preguntas clásicas: ¿alergias?, ¿fumabas?, ¿deporte?, ¿fueron cesáreas?, ¿antecedentes familiares?

La ilusión de Emma se desvanece enseguida. Sabe que no va a sacar nada en claro de esta visita, ha sido una pérdida de tiempo...

—¿Cómo gestionas el estrés? —le pregunta mientras recorre con las yemas de los dedos las heridas de sus manos.

—¿Estrés? Pues no sé... —La sorprenden las lágrimas que acuden a sus ojos sin poder evitarlo.

Siente la mirada profesional sobre su rostro y se asusta del diagnóstico que le pueda dar.

—¿Tienes pensamientos negativos durante el día?

«Jajaja..., jaja... —Se ríe por dentro—. Continuamente, ¿por?»

—No, ¿por?

—Me gustaría saber si estas heridas... ¿puede que te las provoques tú misma cuando estás nerviosa? Sin querer..., que te dañes sin darte cuenta.

Emma siente la tentación de soltar las manos que sostiene la médica y apretar fuerte, muy fuerte, tanto que a veces brota la sangre de su piel pálida de moribunda. De dejar que mane el líquido rojo y caliente y sentir que, al fin, hace algo bien.

—Puede que me lesione sin querer... Soy muy nerviosa —contesta, e intenta cambiar de tema con disimulo—: ¿Eso tiene que ver con el dolor de espalda?

—Por supuesto. Seguro que todo está relacionado. ¿Estás últimamente más alterada de lo normal?

—Sí, la niña tenía problemas en el cole y hemos pasado por unos meses muy angustiosos.

Hecho. La doctora libera sus manos y se pone a teclear compulsivamente en su ordenador.

«Ya debe tener la solución», adivina Emma. No necesita entrar en detalles.

Si se entretiene un poco más con esta paciente, retrasará a los siguientes.

—Te voy a recetar unos relajantes musculares para el dolor de espalda que te ayudarán a tranquilizarte un poquito en general. Ten en cuenta que dan mucho sueño. Para el estómago: un protector antes de las comidas. En las palmas de las manos, antiséptico y procura no mojarlas.

La hoja sale disparada de la impresora y la médica ha de cazarla al vuelo. Ante Emma, un papel con tres líneas que le van a resolver todos sus problemas.

Abandona conforme la consulta pero se encamina hacia el trabajo sin ganas. La vuelta a la rutina otoñal la ha desmoralizado. Las prisas, las carreras, la sensación de que todo lo hace tarde, a destiempo y mal. Ahora echa de menos la aburrida monotonía de las vacaciones.

Además, se siente un poco insatisfecha. Le hubiera gustado hacer algo más. Haber viajado a algún sitio, visitado alguna ciudad...

El único viaje realmente lejano que ha realizado fue con motivo de su luna de miel. Resultó muy divertido y se propusieron repetir, pero luego llegaron las deudas, los pagos, ahorrar para posibles problemas, para ampliar el despacho, para mejorar la casa...

Las excusas han sido muchas desde entonces. La realidad es que a Tomás nunca le ha gustado demasiado explorar nuevos horizontes. No es que ella haya puesto mucho interés, pero le habría gustado que él se hubiese esforzado más porque, con los niños, se le hace un mundo preparar nada. Parece mentira todo lo que hay que llevar y, luego, todo lo que hay que recoger. Tronas, carritos, cunas, pañales...

Y el caso es que en la luna de miel lo pasaron de miedo. Conocieron de inmediato a otras parejas que, como ellos, acababan de casarse. A todos les habían dejado una cesta con frutas tropicales y una pequeña botella de ron de producción local en la habitación.

Dedicaban los días a realizar excursiones o a tomar el sol acodados sobre la barra del bar de la piscina, con el cuerpo sumergido en el agua, agradeciendo su buena suerte. Incluso Emma, que no bebía casi nunca, durante esos días hizo una excepción. Los combinados locales parecían batidos de frutas con la única salvedad de que llevaban ron. Entraban como el agua.

Recuerda haber vencido la vergüenza y soltarse a probar también el folklore local. A Tomás le gustaba bailar y le gustaba, más aún, bailar agarrado. Era un rasgo de carácter muy envidiado. No todos los flamantes nuevos maridos se lanzaban, cada noche, a la pista al aire libre del hotel para menear las caderas con cualquier canción.

Tomás la llevaba de un lado a otro marcando el compás. Se le daba bien, tenía ritmo. Emma era más patosa. Criada en el blues y el jazz, sus orejas

parecían perder la mitad de los sonidos por el camino y no alcanzaban a llegar a su cerebro. Era incapaz de prever cuál iba a ser la siguiente cadencia. «Ah, ahora de nuevo lento. Vaya, parece que hay que girar.»

—Ups, lo siento, te he vuelto a pisar.

Con todo, debían verse muy lindos, como dicen por esos lares. Los dos tan jóvenes, tan altos, tan guapos, desplazándose suavemente, abrazados. Dándose besos por el cuello, en los labios.

Creían firmemente que tenían toda una vida juntos por delante y que esa sensación de unión tan maravillosa que sentían en ese momento nunca se iba a acabar.

Pero volvieron de su viaje y llegó el invierno. El frío y la rutina. Los madrugones y los enfados. Compartir una casa no es nada fácil, necesitaban un tiempo para aclimatarse. Emma no esperaba, desde luego, tener que hacerse cargo de casi todo en el hogar, pero él era quien soportaba el peso del negocio que les daba de comer y ella trabajaba menos horas.

Cada vez que discutían sobre el reparto de las faenas domésticas, Emma acababa perdiendo la batalla. Contrataron a una chica para que hiciera las tareas más arduas y el resto recayó en Emma, quien, no le quedó más remedio, se tuvo que acostumbrar.

Seguían saliendo siempre con amigos hasta el punto de que, si no quedaban con nadie, preferían ver una peli en el sofá. No es una queja, tampoco estaba tan mal. La suya era una vida segura, tranquila y previsible. Según las expectativas de Emma, seguía sin poder desear nada más.

Les costó un año decidirse a tener descendencia y otro año engendrarla. Julia nació cuando Emma ya había cumplido los veintinueve. Los primeros meses fueron realmente duros para ella, aunque le consta que Tomás no los sufrió igual. El trabajo le absorbía ya, como ocurre ahora, y apenas se acabaron sus tres días de baja paternal volvió al tajo. Tenía una empresa propia y un ejemplo que dar a sus empleados.

Javi cumplió su promesa de estar siempre a su lado y corrió a verla tan pronto como ella le dijo que estaba en estado de buena esperanza. A pesar de la distancia y las diferencias, ella casada y con un hijo, él un viajero y un casanova empedernido, seguían unidos por un vínculo muy especial.

Volvió un par de veces más para comprobar cómo se hinchaba su barriga. Ponía la mano encima con delicadeza y temor, como si tocara una frágil pieza de cristal de Murano, y la quitaba rápidamente cada vez que notaba el contorno de un pie o un codo de Julia, recorriendo galopantes su tripa bajo la superficie tensa de la piel. Parecía el mismísimo Alien de la primera película.

Julia se movió tanto durante el embarazo que llegó al parto con dos vueltas

de cordón umbilical, una en torno al cuello y otra en el pie. Emma padeció contracciones durante horas, anestesiada con la epidural, hasta que le anunciaron que le iban a hacer una cesárea. Lo recuerda todo como un viaje onírico al que no le importaría regresar.

Volver a escuchar al médico las benditas palabras «Es una niña perfecta», y recibir en sus brazos un cachito de sí misma, vestida ya, no se fuera a resfriar. Nada de sangre en el parto, nada de dolor. Solo la alegría de conocer por fin a su pequeña.

Porque, ¡joder!, los dolores llegaron después, al pasarse el efecto de la anestesia. Y la sangre entre sus piernas también, aunque fuese una cesárea. Y Julia lloraba y lloraba porque no se cogía al pecho. Y al agarrarse al biberón comenzaron los cólicos. La cuestión era no dejar de llorar. Fueron incontables las noches en vela, el agotamiento perenne durante el día, los enfados entre ella y Tomás.

Tuvo que tener otras razones para volverse a embarazar. Pero eso es algo que no le gusta recordar.

Sus hijos parecen contentos con el cambio de colegio. Es «chuli» para Marcos, «muy guay» para Julia. Han congeniado rápidamente con los nuevos compañeros y parece que ambos se sienten menos presionados. Lo más increíble es que la vuelta a los horarios les hace felices. Se ve que es algo que ha arraigado en su bulbo raquídeo como el respirar.

Para Emma es todo lo contrario. Los relajantes musculares que ha comenzado a tomar la adormecen, pero, probablemente, lo que más sueño le da es su trabajo. Le aburre de solemnidad. Quizás debería haber puesto más empeño en ejercer su profesión. Ve la pasión de los verdaderos abogados del bufete, el interés que ponen, lo apasionante que parece todo lo que hacen: papeleos, juzgados, llamadas...

Bueno..., todo menos eso en lo que Emma se obliga a no pensar.

El caso es que, a lo mejor, debería haberse esforzado más en lograr un puesto acorde a sus capacidades, en lugar de seguir a pies juntillas el camino marcado por Tomás, que prefería verla en casa con la pata quebrada y se empeñó, desde el principio, en que realizara tareas fáciles, sin repercusión ni consecuencias.

—Así tendrás más tiempo libre, cariño. Cuando tengamos críos, lo vas a necesitar. —Fue el argumento que acabó de convencerla cuando el tedio la invadió e intentó cambiar un poco su vida.

Con esos pensamientos está a punto de pasar por delante de la guardería. Se anima. Recuerda ilusionada que las clases de pilates deben estar a punto de comenzar. El cartelito para las inscripciones cuelga en el panel de corcho de la puerta. Le hace una foto con el móvil para no olvidar la fecha de inicio antes de salir pitando a coger el metro. Hoy llegará tarde también, pero cada vez le importa menos.

A mitad de la mañana su móvil lanza dos pitidos tipo beep beep. Le cuesta identificar que sea algo que le concierne a ella. Recibe muy pocos mensajes y la mayoría son de publicidad. Mira la pantalla entusiasmada y comprueba que ha recibido un wasap. Increíble, qué emocionante. ¿Javi quizás? No se le ocurre ninguna otra persona.

Pulsa el icono de la aplicación y se muerde los dedos hasta que aparece en pantalla el origen de su excitación: «Rebeca Pilates». «¿Quién? Ah, sí, la monitora del año pasado.»

√ Os aviso a todas que se ha abierto el periodo de inscripción para este curso.

Emma ya lo sabe. Se enorgullece de sí misma, en esta ocasión se ha adelantado a las demás.

Al ratito la misma ilusión. Dos nuevos beep beep le hacen perder la concentración en su aburrido y repetitivo trabajo. Antes de poder ver quién los produce suena beep beep otra vez. Madre mía, parece una quinceañera con tanta actividad en el móvil. Está encantada.

Comprueba alegre que son sus nuevas amigas.

√ ¿Qué?, ¿nos apuntamos?

«Claro.»

√ Claro.

Se le ocurre que alguna vez podría invitarlas a cenar. Conocer a sus maridos y que ellas conocieran a Tomás. Lo considera durante unos minutos y lo descarta. La sola idea de organizar algo se le hace una montaña. Quién diría que antes, al poco de casarse, siempre hacían reuniones en casa. Los amigos pasaban por allí como si fuera su segundo hogar.

Recuerda con nostalgia las preparaciones, el plan del menú, ir juntos a comprar. Ella y Tomás, chocando en la cocina, repartiéndose el trabajo como camaradas. Se escapaba algún beso, una palmadita en el culo. Había complicidad.

No era lo mismo que con Javi, desde luego. Diferente, como si Tomás no la acabase de captar. No siempre pillaba sus ironías ni entendía sus gestos, se los tenía que explicar. Pero fueron tiempos felices con solo algunas sombras. De los peores recuerdos, el que más ilusionaba a Emma: la primera y única vez que invitó a Javi a cenar.

Fue meses después del nacimiento de Julia, cuando ya dormía casi toda la noche seguida y pudieron volver a disfrutar de una discreta y sencilla vida social. Sus dos hombres favoritos no se conocían demasiado y a Emma le apetecía que se relacionasen más.

Aprovechando que había llegado a la ciudad a hacer una visita rápida a sus padres, Javi fue invitado a cenar. Se le hizo un poco tarde, Julia ya estaba acostada y en la casa se respiraba paz y un ligero olor a pañal.

Emma estaba radiante, feliz de tener a ambos a su lado. Se había pasado la tarde preparando una receta de pollo exótica y no le había salido nada mal.

Tomás hizo una ensalada y puso la mesa para una cena normal, pero Emma quiso darle más pompa a la visita de su amigo. Cambió los vasos por unas copas grandes de vino y los cubiertos de diario por la cubertería de plata, regalo de boda, que solo usaban en Nochebuena. Tomás se dio cuenta y arrugó la nariz.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma.

—Nada, que no sabía que estábamos en Navidad —le respondió mordaz.

Emma le restó importancia, estaba demasiado contenta para que nada le molestara. Sin embargo, su marido estuvo irritable desde el principio y el abrazo lleno de candor de Emma a Javi pareció cabrearle aún más.

—Venga, venga, que vas a ahogar a mi mujercita —le soltó en plan broma, pero con mala leche, mientras le daba una palmadita de colega en el hombro.

Era Emma la que estrujaba a Javi sin miramientos y su amigo, el pobre, el que intentaba zafarse de la incómoda situación en la que ella le estaba poniendo. Estiró el brazo como pudo para estrechar la mano de Tomás.

Cuando Emma al fin lo dejó libre, le entregó a él la carísima botella de vino que traía consigo. Parecía una ofrenda de paz: te cambio un abrazo de tu mujercita por un buen caldo gran reserva especial.

Tomás recibió el regalo como si se tratase de un Don Simón de tetrabrik y volvió al comedor con cara de pocos amigos.

—No le hagas caso, Javi, lleva rarito toda la tarde. Habrá tenido problemas en el trabajo —le dijo confidente una Emma perpleja y un poco abatida. No era lo que deseaba para recibir a su mejor amigo.

Tomás siempre se mostraba amable con todo el mundo, incluso excesivamente cordial, como un buen comercial de sí mismo que intenta venderse al mejor precio a toda costa, en cualquier ocasión. No entendía qué mosca le había picado esa noche.

Pero se forzó a animarse y entró en el comedor con alegría y decisión. Había dispuesto un pequeño picoteo sobre la mesita auxiliar, frente al sofá, para abrir boca. Se imaginaba a los tres en amena conversación. A Tomás le encantaba hablar de política y para Javi esa era su especialidad laboral. Seguro que encontraban algo que debatir. Sin embargo, los tres tomaron asiento y el silencio se alzó sobre ellos como un manto oscuro.

—¿Algo de beber? —Excusa perfecta de Emma para romper el hielo. Una cerveza por aquí, un vaso de vino blanco por allá.

Pero una vez servidos, pegan un sorbo, alaban la bebida y vuelta a empezar. Silencio.

—¿Pongo música?

Sin esperar respuesta, se acerca decidida hasta el equipo que se encuentra, a nivel del suelo, en el mueble del comedor. Rebusca un cedé cualquiera, el primero que pilla, y lo mete en la ranura. Modula el volumen para no despertar a Julia. Se levanta y va a sentarse nuevamente en el sofá mientras suenan los primeros e inconfundibles chasquidos de dedos de la versión de Fever de Peggy Lee.

Se para en seco. La vergüenza la invade. Mira a Javi, que eleva en ese momento la vista hacia ella. Él abre los ojos con sorpresa e interrogación. Ella

nota la sangre acudiendo a sus mejillas.

«¡Seré idiota!»

Javi analiza sus gestos y adivina sus pensamientos. Aprieta los labios esforzándose para no reír.

«¡Será imbécil!»

Su marido no se percata de nada pero la mira perplejo. No sabe qué hace Emma ahí, de pie en medio del salón, con cara de susto sin decir nada. Eso es porque ella jamás le ha contado ningún detalle íntimo de su vida pre-Tomás y no sabe lo que ocurrió, hace unos años, escuchando esa misma canción, sintiendo esa misma fiebre, en casa de sus padres, en un pequeño sofá.

Su marido es muy celoso. Si llega a intuir que pasó algo con el mismo que tiene sentado enfrente conteniendo la risa, se puede liar.

Javi se mueve un poco y saca un cedé de la bolsa de cuero que ha traído consigo y que ha dejado en el suelo a su lado.

—¿Queréis que escuchemos este? Es lo último de Fink. Lo he comprado esta misma tarde.

Tomás pone mala cara porque no le suena ese nombre, pero a ella el gesto rancio de su maridito le da igual. Acepta el comodín musical con alivio y corre a cambiar el cedé, no sin antes cruzar una mirada con Javi que la hace estremecer.

Por supuesto que él se acuerda.

Eso le hace sentir un poquitito de orgullo porque, por muchas pajas que le hayan hecho, y conociéndole seguro que han sido muchas, la suya no la ha podido olvidar.

Escuchan durante unos minutos la guitarra y la voz profunda y rasgada del Fink ese que ha traído Javi. Emma aprovecha para relajarse y volver a su ritmo cardiaco normal. Suena realmente bien. Al menos a Emma le gusta, es original y emotivo.

Tomás no debe pensar lo mismo. Se levanta del sofá con energía. De pronto le urge la necesidad de enseñar su piso. Debe creer que Javi escribe para Nuevo Estilo o Elle Decor porque le empieza a enumerar, con todo detalle, la procedencia y el precio de cada mueble, de cada cortina, de cada somier.

«Te estás pasando, Tomás», piensa Emma mientras recorre tras ellos la ruta turística de su hogar. Javi asiente a todo y ratifica la opinión del guía diciendo que es bonito, muy original, buena calidad, bien aprovechado el espacio. Le importa una mierda, ya lo sabe Emma que para él los objetos de marca están de más. Que gastarse una fortuna en un mueble le parece ridículo. Él es más de reciclar, lijar y volver a pintar.

Por fin Tomás se da por satisfecho, ya le ha mostrado todas sus valiosas posesiones y pueden empezar a cenar. Todos ensalzan el guiso durante unos

minutos y, una vez más, silencio. Emma observa atónita las miradas que se lanzan Javi y Tomás. Es como si quisieran hablarse y no se atreviesen a empezar. Se llevan el tenedor a la boca, alzan los ojos, se miran, vuelven a bajar los ojos, vuelven a pinchar con el tenedor y llevárselo a la boca, alzan los ojos, se miran..., el ciclo parece no tener fin. Emma intenta sacar temas, entablar conversación, pero todos sus intentos mueren tras unas pocas palabras dichas a regañadientes.

Lo intenta primero con Tomás, su marido, el padre de su hija, la persona con la que vive, con la que comparte su tiempo libre, su trabajo, casi todas las horas del día. Pero él no se entera de nada. Entonces prueba con Javi. Mucho más fácil. A la primera capta su atención.

«¿Qué coño pasa? —le pregunta ella con la mirada—. ¿Esto va a seguir así mucho rato?»

Javi suspira y cede.

—Pues... ya que estamos, podríais contarme algo sobre vuestra luna de miel. Tengo que ir por allí a hacer un artículo que me han pedido. ¿Os gustó el país? ¿Lo pasasteis bien? ¿Qué tal la gente?

Lo ha preguntado mostrando verdadero interés.

«Gracias, Javi —le dedica una sonrisa de oreja a oreja—, eres un sol.»

La propuesta le encanta a Tomás, que puede volver a vanagloriarse de sí mismo.

—Un viaje fantástico, lo tenemos que repetir cuando Julia sea mayor. ¿Verdad, cariño?

Todo lo eligió él. El vuelo, el alojamiento, las excursiones. Todo de maravilla. Una pasada de hotel, sí, señor. Nuevecito, solo llevaba dos años en funcionamiento. Lo suficiente para que ya ruede todo bien. De lo bueno, lo mejor. En una zona virgen. Dentro de un parque natural. El único establecimiento con permiso para instalarse en él. Algún tipo de acuerdo comercial. En primerísima línea. A solo unos metros de la playa había arrecifes de coral. Te insisten mucho en que no te pongas protector solar para no hacer daño a los animalitos, pero te tendrás que proteger, ¿no? No te vas a quemar... ¿La gente de allí? Ni idea, ellos solo hablaron con el personal del hotel.

—¿Verdad, cielo? —Tomás cubre con su mano la mano de Emma que le queda más cerca y le dedica una sonrisa llena de devoción. Parece una escena familiar de El show de Bill Cosby.

Emma escucha los detalles que ya conoce pero a los que, hasta ese momento, no había prestado demasiada atención. Ahora, en el rostro de su amigo intuye cuán dañinas fueron sus vacaciones.

Es como si Javi tradujera lo que va diciendo Tomás y cada palabra se

convirtiera en un alfiler clavado alrededor de sus ojos: probable violación de ley de costas, segura destrucción de parajes naturales, claros delitos ecológicos, apostaría que cohecho y prevaricación... Poco a poco se van achicando, hasta casi desaparecer, a la vez que se endurece su expresión cuanto más aprieta la mandíbula para evitar replicar.

Sabe que a Javi lo que le gusta es el viaje de integración, que no le van los hoteles megapijos. Prefiere mezclarse con la población local y alojarse en casas de particulares. Que todo eso de los complejos hoteleros le parece una aberración contra el medioambiente.

Se abstiene, sin embargo, de hacer crítica alguna ni comentarios hirientes. Emma ve cómo los tiene en la punta de la lengua y traga para no dejarlos salir.

«Gracias de nuevo, Javi, por mantener la paz.»

Se da cuenta, en ese instante, de que ambos hombres no pueden ser más radicalmente distintos. Si lo hace a propósito, no lo consigue. Por supuesto tampoco han hablado de política porque habrían acabado a gritos, ahora lo entiende. Están en extremos opuestos. Ambos han estado buscando algún punto en común y no lo han encontrado. Ella es lo único que tienen en común.

No sabe en qué estaría pensando cuando decidió juntarlos. Tras esa noche no vuelve a intentar nada parecido. Cada uno en su casa, y si ella invita a Javi a la suya es porque sabe que Tomás no estará cerca.

Lo malo es que esa experiencia ha prendido algo nuevo en ella. Una ligera alarma, una sombra de duda de que, a lo mejor, la conducta de Tomás no sea exactamente la más correcta. De que, quizás, su príncipe no sea de color azul cielo, sino de un gris oscuro un poco más tenebroso.

La vida vuelve a girar sobre su eje según su curso habitual. El cole de los críos, el trabajo, Tomás, el pilates, las tardes de bolas y sus nuevas amistades. El único inconveniente de esto de seguir viviendo, que está muy bien, es que por el camino te vas haciendo vieja, que no se agradece tanto.

Emma va a cumplir años de nuevo, treinta y cinco esta vez, y no lo lleva. Ni bien ni mal. No lo lleva. Ha decidido que envejecer no va con ella. El resto de la gente que haga lo que quiera, pero ella no va a cumplir años nunca más.

No dice nada a nadie, no hace planes, solo espera que pase la fecha lo más rápidamente posible. No siente que haya nada que celebrar. Si acaso, que tiene salud y unos hijos maravillosos, que no es poco, pero por lo demás... No, no se siente con ánimo, la verdad.

Llega el día de su cumple y sus niños ni lo saben. No hay felicitaciones ni besos especiales. Tomás tampoco le ha mencionado nada durante los breves minutos que han coincidido en la habitación mientras ella se levantaba y él, a punto de marcharse, ha entrado a coger su reloj.

Hace los desayunos, lleva a los chiquillos al bus y corre al trabajo como cualquier otra mañana. Tampoco allí le hace nadie ninguna mención. Eso es justo lo que quería, se dice para sí, tragando a pequeños sorbos su amargura.

Que sus padres y su hermano la hayan llamado para felicitarla no le cambia el humor. Eso no lo puede impedir: la familia, ya se sabe, es algo inevitable. A todos les ha dicho que está estupendamente y, sí, ya lo celebrarán.

Será por la noche cuando Tomás se presente, más tarde si cabe de lo habitual, con un par de dormilones de oro blanco a juego con el par de dormilones de oro blanco que le regaló el año anterior.

Los niños ya están acostados y Emma lo espera leyendo, hecha un ovillo en el sofá. No puede evitar emocionarse al ver un envoltorio de regalo en sus manos, así que su decepción es todavía mayor.

—En serio, Tomás, ¿no recuerdas que me regalaste unos muy parecidos el año pasado?

—Mujer, igual igual no serán. A ver si eso te anima a ponerte algo en las orejas, que pareces una pobretona.

Emma le agradece el detalle y le pone la cena recalentada delante. Se acabó el tema, no hay nada más que hablar. Sabe que los lucirá unos días para darle el gusto a su marido y luego las pequeñas joyas acabarán encerradas en su cajita dorada en el primer cajón de su tocador.

No le gusta llevar pendientes. Le molestan al dormir y no tiene tiempo ni

paciencia para ponérselos cada mañana. Es algo que Tomás pelea en ocasiones, cuando se acuerda. Ella ya sabe que solo tiene que esperar a que se le vuelva a olvidar.

Se acuesta orgullosa. Lo ha logrado. Ha superado su cumpleaños sin pena ni gloria. Tal vez un poco de autocompasión al comprobar que Javi no se ha acordado de ella. Se lo merece, desde luego. Por lo de diente por diente, olvido por olvido...

Sin embargo, el sábado Tomás le pide que se arregle. Le ha surgido una cena de negocios imprevista y tiene que acompañarle. Dejarán a los pequeños con sus padres, ya está hablado. Emma se sorprende un poco, pero no se huele ni por lo más remoto que sea una trampa. Su marido es incapaz de planear algo así.

Aparece en el comedor con su ropa de diario pero Tomás la envía a su habitación.

—Cámbiate, Emma —le dice por encima de las gafas, levantando la vista del suplemento semanal.

Emma lo mira perpleja. Últimamente tiene pocas ocasiones de salir sin niños y arreglarse. No se le ocurre qué otra cosa se puede poner.

—En mi armario hay un par de bolsas para ti.

Duda pero no percibe la broma en su tono de voz, así que desanda los pasos al dormitorio y abre, de par en par, el ordenadísimo armario de Tomás. Es cierto, sobre la madera superior de la cajonera hay apoyadas dos bolsas de traje plegadas por la mitad para que quepan.

Las saca con ingenua ilusión. Hace años que no viste más que sobrios pantalones de vestir y suaves blusas sedosas. Fue su marido quien comenzó a llevarla por ese camino que tan bien le sienta y que tan poca planificación necesita.

«Prendas con clase, cómodas y de buena calidad, Emma. Eso es lo que significa ser elegante», le dijo hace mucho Tomás.

Ahora, ante ella, las dos bolsas opacas, rotuladas con una firma cara.

—Qué será será...

«No es necesario enseñar carne ni marcar formas. Resulta de lo más vulgar», añadió.

Pues la primera bolsa contiene un vestido con clase y de buena calidad, pero no tiene ninguna pinta de ser cómodo y sí de enseñar carne y marcar formas...

Cena de negocios, le ha dicho, y por eso no entiende el motivo del modelo escogido. Ni el profundo escote en pico ni la sexi abertura lateral en la pierna izquierda. Tampoco el color negro.

«Beige, gris, crema, salmón... Esa es tu gama de colores, Emma —

sentenció Tomás al poco de casarse—. Nada de oscuros, y el negro, el peor. Te sienta fatal. Pareces una muerta resucitada.»

Sin embargo, ahora que está enfundada en ese regalo, no acaba de ver el problema. Se mira y le parece que el contraste con su piel blanca y el fuego de su cabello es... espectacular.

Le queda clavado, perfecto, y no es tan incómodo como cabía suponer. El tejido es elástico y flexible para moverse con facilidad, pero lo bastante grueso como para que no se marque la ropa interior. Su marido ha acertado de lleno. La conoce bien, desde luego. Eso la anima, le calienta un poco el corazón.

Con alegría abre la segunda bolsa para descubrir que es el mismo vestido pero una talla mayor. Tomás ha querido asegurarse el acierto y no dejar nada a la elección de su esposa. Eso la decepciona, debe admitirlo. Su corazoncito se entibia otra vez.

—¿Qué tal te queda? —la asusta él desde la puerta del dormitorio.

No hace falta que diga nada, sus ojos lo delatan. Suben y bajan y vuelven a subir. La desea desde el cuello hasta la punta de sus deditos descalzos, es más que evidente.

—¿Te has probado la otra talla? —«¡¿Cómo?!»—. Parece que te marca demasiado las costillas. Pruébate la otra talla, anda.

A Emma le toca deshacerse de ese guante con el que se siente tan compenetrada y meterse en la otra prenda, que tampoco le queda mal, pero ya no es lo mismo. Se observa en el espejo y comprueba que Tomás se ha colocado tras ella. Parece que duda. Hace uso de su intuición.

—Este mucho mejor, ¿verdad? Con el otro me siento desnuda, prefiero ir con este.

Acompaña la mentira con gestos de aceptación mientras se da la vuelta y comparte con él la visión del reflejo de su trasero.

—No, para nada, con este pareces un saco. Mejor el otro. Cámbiate y trata con cuidado el que no te quedas, no vayas a estropearlo con esas manazas que tienes.

Emma se guarda mucho de mostrar su triunfo y presta atención a sus gestos. Como le pase algo al vestido, la que le puede montar Tomás.

Él sigue allí, controlando sus movimientos, atento al más mínimo fallo. Cuando la operación de riesgo concluye, vuelve a centrarse en la apariencia de su mujer.

—Tenías unos zapatos negros, ¿no? Esos de tacón que te compraste para una boda y al final no te pusiste.

Esos que él la obligó a devolver porque «parecía una buscona», pero ella perdió el resguardo y la castigó a tres meses de recortes en su asignación

mensual para recuperar lo que le habían costado.

—Sí..., pero no te gustaban.

—Póntelos, que los vea.

De salón, nada originales pero con ocho centímetros de fino tacón. Para ella, con su altura, una brutalidad.

Tomás asiente conforme y se larga, al fin, con una última orden: que se ponga los pendientes que le regaló.

Ya está sola y puede valorarse con tranquilidad. Labios nacarados, cabello brillante y ondulado como pocas veces consigue dejarlo. Hace tanto que no se arregla, que no cambia, que no arriesga, que lo que ve le gusta. Decide que, a pesar de cumplir años, está estupenda. Si tuvieran que compararla ahora mismo con alguna actriz, sería la viva imagen de la conejita pelirroja de Roger Rabbit, se dice a sí misma aprovechando que nadie la escucha. No tan voluptuosa, claro, pero dejémoslo en similar.

De camino al garaje percibe cómo Tomás la contempla admirado aunque no dice ni mu, incluso simula desinterés entrando antes que ella al ascensor.

—Creo que te he acertado el modelito, cariño. Tienes suerte de tenerme, ¿eh? —se vanagloria mientras sujeta el volante con la mano izquierda y, entre cambio y cambio de marchas, le mete la derecha por la abertura lateral del vestido para acariciarle el muslo.

A Emma le reconforta esa atención. Es la mayor muestra de afecto que ha tenido en toda la semana. Está contento y eso está bien, pero hay algo que no acaba de encajarle. Ese interés porque luzca atractiva, saltándose por los aires sus preceptos, la confunde y no puede evitar sentirse cautelosa.

Él le vuelve a demostrar su agrado sujetándola fuertemente por el hombro mientras caminan desde el coche hasta el elegante restaurante frente al mar en el que han quedado. Es su modo de hacer saber a todo el mundo que Emma es suya y de nadie más. Ella lo deja hacer, ya conoce sus fanfarronadas. Las poses que se gasta cuando quiere impresionar. Al principio le parecían románticas. Por desgracia, ya no.

En cuanto entran y nota el calor, Emma aprovecha para abrirse el abrigo. El camarero la mira de arriba abajo varias veces sin poder moverse. Se diría que se va a marear. Emma se crece y se crece. Hoy es su noche. No tiene ni idea de dónde se dirige, pero le da bastante igual. Mientras la sigan mirando así y la hagan sentir atractiva, todo le parece bien.

Siguen al gentil camarero hasta la espaciosa sala donde van a cenar. «¡Qué casualidad!», piensa al distinguir una cara conocida entre la gente.

En un lado de una gran mesa todo son hombres, frente a ellos sus respectivas parejas y, mira tú por dónde, la mujer de la esquina que se vuelve

ahora hacia ella es Inés, la del Palo en el Culo. ¡Anda! Si la de al lado es Paula, la Dulce Tetona. Ambas le sonríen.

Emma, sorprendida y encantada, también les sonríe alegre, pero luego por su mente cruza la terrible idea de que han quedado a cenar sin ella. No la han invitado a unirse a su grupo. La han dejado fuera. No le extraña, ya pasaba en la peli: a Jessica Rabbit no la quiere nadie.

Mira a Tomás en busca de consuelo. Él la mira con una gran sonrisa llena de soberbia. Poco a poco los engranajes de su cabeza empiezan a encajar. Crac, crac, crac. Pero es que resulta bastante difícil de creer. Su marido no es capaz de encontrar sus propios calcetines en el cajón, ¿cómo va a organizar un cumpleaños sorpresa con unas amigas de las que no conoce ni su existencia? Porque Emma está segura de que, por mucho que ella le haya contado algunas cosas de sus tardes de bolas, Tomás no se ha enterado de nada.

Y entonces su corazón se desboca, sube por la garganta e intenta salir de su cuerpo a través de la boca. Intenta llegar antes que Emma a ese hombre alto que se levanta, en ese momento, del extremo más alejado de la mesa para acercarse a ella.

No lo consigue. Emma se adelanta, lanzándose a sus brazos, poniendo en riesgo su vida y la de varios comensales de las mesas de alrededor.

Por fin está ahí, donde lleva meses queriendo volver a estar. Abrazada a Javi, a su cuerpo fuerte y delgado, a su calor, respirando su olor inconfundible que le hace sentirse segura y en casa. Los latidos de ambos unidos en un ritmo descomunal.

Necesita varios vergonzosos minutos para ser capaz de separarse de él. Aun así, no puede dejar de sujetar sus manos ni apartar los ojos de esa cara que conoce tan bien. Está muy guapo. ¿Cómo no se ha dado cuenta antes de lo guapo que es? Bueno, sí lo sabía, pero es que ahora está mucho más guapo.

Tiene un nudo en la garganta y no puede hablar. Es consciente de que está dando un espectáculo y que debe parar si no quiere que Tomás... Uf, lo de Tomás ya no tiene solución, tiene que estar cabreadísimo. Con todo el esfuerzo que ha hecho para lucir a una Emma atractiva y sugerente, con todo el empeño que ha puesto en demostrar que es suya y, ahora, mira, ella está en los brazos de ese periodista medio hippy...

Busca ayuda en Javi mirándolo con expresión angustiada. Él asiente y comienza a saludarla con naturalidad. Todavía la entiende sin necesidad de palabras. A pesar del tiempo transcurrido, separados, sin contacto entre ellos, su compenetración sigue igual. Su espíritu se eleva al cielo lleno de gozo.

—Hola, Emma, feliz cumpleaños —le dice sin aspavientos ni exclamaciones. Parece saber que ella no lo quiere celebrar.

Emma solo consigue esbozar una sonrisa boba dándole pie a continuar. Javi se aclara la garganta antes de dar un paso atrás:

—Quiero presentarte a alguien.

Emma ve una cabeza morena, pelo largo, que retira su silla y se incorpora despacio. «Javi ha traído una chica», concluye. No es lo normal.

«Tranquila, no pasa nada —le responde al pálpito que le golpea el pecho—. Yo sigo siendo su pequeña, la prueba es que está aquí conmigo, ¿no?»

No.

Si en alguna ocasión Emma, durante lo que lleva de noche, en lo que lleva de vida tal vez, ha pensado que es una mujer guapa es porque no había conocido todavía a la chica de Javi.

Tiene el rostro más hermoso con el que podría nadie soñar. Un óvalo y una piel de muñeca de porcelana. Unos preciosos ojos almendrados enormes, una nariz diminuta y perfecta que envidiaría la mismísima Barbie y unos labios carnosos en forma de corazón que hasta a Emma le apetece morder. El oscuro cabello negro le cae como una suave cascada alrededor de la cara con la única finalidad, seguro, de resaltar la blancura inmaculada de su tez.

Emma ya no es Jessica Rabbit, ahora es la versión femenina de Bugs Bunny. Debería pedir una zanahoria e irse a su casa.

Javi pasa un hombro alrededor de su chica, la Perfecta Bella, con toda la intención de presentársela.

—Emma, esta es Mila.

«Mila, qué original. Hasta el nombre es bonito.» Emma recuerda el protocolo a seguir y lo ejecuta con dificultad: primero apretar el centro de la boca y, al mismo tiempo, elevar los músculos de las mejillas. Las dos mejillas a la vez, por favor, si no, queda raro. Intentar achinar los ojos para que parezca sincera. Ya la tenemos: una sonrisa.

—Hola, Mila.

Se resiste a darle dos besos y le extiende la mano, pero choca con algo. Y entonces, como si estuviera en una película de las hermanas Wachowski, recrea en su mente el último minuto a cámara lenta.

Vuelve a ver a la Perfecta Bella empujando la silla para separarse de la mesa. Cómo se apoya en el tablero con ambas manos para, con algo de esfuerzo, poderse levantar. Y cómo se acerca a ella con andares de pato.

Emma baja la vista hasta donde ha tropezado su mano y se siente morir. Ahora ya no le interesa cumplir más años. Que le den su zanahoria y apaguen la tele ya.

Javi va a tener un hijo.

A Emma le resulta difícil explicar qué ocurrió esa noche, qué secuencia de hechos la llevaron a hacer lo que hizo. No es que se arrepienta, no. Es solo que no lo sabe exponer con claridad.

Tuvo que ver, casi seguro, con el hecho de que Javi estuviera embarazado.

Cuando se dio cuenta de que su chica, Mila, la Perfecta Bella, tenía una barriga de al menos cinco meses, se le ocurrieron dos posibilidades: o bien su amigo se había lanzado a la paternidad o bien era un idiota que se había liado con la primera preñada que se le había cruzado por delante. Se aferró a la segunda.

Miró a Javi buscando la confirmación a sus pensamientos. Él le sonrió con timidez y asintió con la cabeza. El contenido del bombo era suyo, claro. Qué tontería pensar otra cosa.

Emma notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y comenzaba a temblarle el labio superior. Se llevó ambas manos a la cara para taparse la boca. Sabía perfectamente lo que se esperaba de ella. Ahora tenía que dar gritos y saltitos alborozados. Celebrar con todos el billete de lotería premiado. Solo que no podía moverse, concentrada como estaba en no echarse a llorar. La Bella Mila debía pensar, a esas alturas, que la amiga de Javi era gilipollas...

Javi le pega un achuchón a Mila, a la que sigue rodeando por los hombros con el brazo, y le dice a Emma con alegría:

—Y ¿sabes qué más?

«Son gemelos», imagina Emma de inmediato. Mila mira a Javi con expresión dudosa. Emma sigue luchando consigo misma para no lloriquear, pero empieza a prestar atención a lo que su amigo le explica.

—¡Nos hemos comprado un coche! —exclama en voz demasiado alta, elevando los brazos.

«¡¿Cómo?!»

Emma está anonadada. En ese momento está segura de que el gilipollas es él. ¿A cuento de qué viene ahora lo del coche? Javi le asesta un breve beso a su chica en la cabeza y le suelta en perfecto francés un «Ahora vuelvo, cariño».

—¡Vamos, Emma, que te lo voy a enseñar!

Antes de que pueda oponerse, la toma por el brazo y la arrastra hacia la calle.

En cuanto cruzan la puerta del local, Emma se libera de su garra de un tirón. Le medio grita indignada a más no poder:

—Pero ¿de qué vas? ¡Me importa una mierda tu coche nuevo!

Javi permanece plantado ante ella, mete las manos en los bolsillos de los pantalones y la mira a los ojos sin necesidad de contestar. Emma vuelve en sí de golpe. Echa un vistazo a su alrededor. Está en la calle. Están en la calle los dos solos. Javi la ha sacado del restaurante.

Respira hondo. Ya no hay testigos, solo él. Por fin puede dar rienda suelta a sus emociones. Rompe a llorar. Javi saca las manos de los bolsillos y, con gesto compasivo, las tiende hacia ella. Quiere consolarla, pero Emma se da la vuelta y echa a correr. No quiere que la vea así. Sabe que es ridículo por su parte ponerse así. «Más ridículo es echar a correr, Emma.» Además, sus zapatos con taconazo no son lo más apropiado para una escenita como esta.

Deja de trotar pero sigue andando rápido por la acera. Se dirige al paso de cebra. No hay ni un alma en todo el paseo marítimo, ni un solo coche con faros iluminados en el horizonte, pero ella necesita cruzar por un paso de cebra. Las cosas se pueden hacer bien o mal. A ella le gusta, desearía, hacerlas bien.

Cruza la calle hasta donde el cemento y la arena están separados por un murete de hormigón de un metro escaso de altura. Emma puede intuir las olas en la oscuridad golpeando contra los suaves chinarrros de la orilla. Aminora el paso para escucharlas mejor.

Javi, que ha ido tras ella todo el rato, se pone a su altura.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —le recrimina sin dejar de andar ni de mirar hacia la orilla del mar. «¿Por qué te fuiste de ese modo y me dejaste sola y ahora, justo ahora, apareces con otra?»

—He necesitado mi tiempo, Emma. Te lo estoy diciendo esta noche.

—¿De cuánto está? ¿Cinco meses?

—Casi seis.

Emma asiente. La Perfecta Bella es delgadita, por eso parece menos preñada. La situación es dolorosa, pero los zapatos la están matando, no puede más. Se detiene y se acerca al murete. Apoya el culo lo suficiente para descansar pero lo mínimo posible para no mancharse el abrigo. Javi se sienta a su lado.

—¿Os conocíais ya? —Se refiere a si se conocían antes de irse Javi, de dejarla tirada.

—No. La conocí meses después. Ha sido todo muy rápido.

«¡Y tan rápido!»

Emma lo mira por primera vez desde que ha salido huyendo. Su amigo está realmente guapo. No sabe qué es lo que ve de especial en él esta noche pero parece brillar bajo el cielo estrellado.

Para limpiar la mente de pensamientos turbios pasea la vista por la carretera vacía.

—¿Has organizado tú la cena de mi cumpleaños? —Se le ocurre de golpe.

Tomás no ha sido seguro.

—Mmm, sí —le confirma con modestia.

—¿Desde....? —Se queda en blanco. No sabe dónde vive ahora Javi—.
¿Desde dónde has organizado mi cumpleaños?

—Desde París. Ahora vivo en París.

«Ah, ha hablado con la Perfecta Bella en francés porque ella es francesa.»

Tiene su lógica.

—Y ¿cómo...? ¿Cómo has dado con mis nuevas amigas?

Sigue sorprendida, la verdad.

—Soy un periodista, Emma. ¡No puedo desvelar mis fuentes! —le replica con humor.

Ella eleva una ceja. Está esperando una respuesta y la quiere ya.

—Está bien. Si me presionas así... Llamé a tu madre.

—¿A mi madre? —Ahora sí que no entiende nada. A su madre como mucho le ha contado que va a pilates un día a la semana. Desde luego, no la ha aburrido con historias sobre sus nuevas amigas.

—Sí. Llamé a tu madre y le expliqué que Tomás y yo queríamos darte una sorpresa por tu cumpleaños. Le dije que la llamaba yo porque Tomás estaba muy liado...

Emma asiente. Su madre ya conoce a su marido.

—Le pregunté si sabía a quién más podíamos invitar, con quién salías últimamente. Lo único que supo decirme es que ibas a pilates, los jueves por la tarde, a una guardería del barrio. Entonces me acordé. Yo sabía dónde era, me lo explicaste una vez. Así que lo busqué en Internet y llamé. En la guardería me dieron el teléfono de vuestra profesora, que me contó que siempre te ponías en medio de dos chicas, que eran con las que parecías tener más relación. Me dijeron sus nombres y sus teléfonos. Todo ello vulnerando por completo la Ley Orgánica de Protección de Datos. —La mira entrecerrando los ojos y se inclina hacia ella—. Que sepas que esa guardería no es de fiar. —Logra que Emma sonría un poco; está impresionada—. Sé que era dar palos de ciego pero tuve suerte, resulta que os lleváis bien, que habéis formado un pequeño grupo, ¿no? Hablé con ellas, convencí a Tomás, busqué un sitio bonito y... ¡aquí estamos!

«Sí, aquí estamos. Tú, tu preñada, mi marido y yo.»

La tristeza la vuelve a invadir. De pronto se cabrea con él y el numerito que ha montado. Habría preferido mil veces que se hubiesen citado primero a solas y le hubiese contado en la intimidad todas sus novedades.

—¿No te bastaba con llamarme y quedar a tomar un café? ¿Por qué lo has hecho tan complicado?

Está enfadada y quiere que él lo sepa.

Javi le sostiene la mirada, le cuesta unos segundos decidirse. Al final respira hondo y se mira los zapatos antes de lanzarse a hablar:

—No sé la razón. Estaba feliz y me pareció buena idea darle a nuestro reencuentro un aire de festividad. Imaginé una cena, con amigos... Tu cumpleaños estaba próximo y lo empecé a idear. Ahora veo que ha sido una solemne estupidez, que he metido la pata.

Sigue mirándose los zapatos mientras niega con la cabeza. Emma se entenece y lamenta su salida de tono. Se lo ha currado tanto para organizarle esta sorpresa que no se puede disgustar con él.

—¿Cuál es mi regalo? —le pregunta dispuesta a hacer las paces.

Javi levanta la vista. Se anima y ríe antes de preguntar a su vez:

—¿Cómo?

Su risa suena a música en los oídos de Emma. Traga saliva antes de responderle:

—Bueno, si te has tomado tantas molestias en organizar mi cumpleaños es porque me has comprado un buen regalo.

Javi vuelve a reírse. «Está bien, te lo diré», parece conceder con un gesto.

—Es solo una caja de colores.

—¿Una caja de colores?

¿Para qué quiere ella una caja de colores? Hace años que no pinta. Milenios que no coge un triste lápiz de mina blanda.

—Sí —le confirma muy serio moviendo la cabeza arriba y abajo, arriba y abajo.

Si Javi se lo dice así es porque tiene razón, seguro. Aunque ella misma no lo sepa, lo que necesita en este preciso momento de su vida es una caja de colores.

Emma vuelve a mirar el asfalto solitario. Respira intensamente un par de veces para serenarse del todo. Llevará la cara hecha un asco. Para una vez que el maquillaje le queda bien...

Pasa el envés del dedo índice por debajo del párpado inferior. Primero del ojo derecho, luego del izquierdo. Mira la superficie del dedo para comprobar el estado de su rímel. Si está muy muy negro es que la cosa está muy muy mal.

—A ver, déjame a mí —le dice Javi mientras saca un clínex milagroso de su cazadora de cuero negro. La obliga a volverse hacia él y con la punta del pañuelo, mojada levemente en saliva, le limpia los rastros de la pintura que ha desbordado de sus pestañas con las lágrimas vertidas.

Emma se estremece con su cercanía, con el contacto de su mano sujetándole la barbilla con suavidad para que no se mueva. No puede evitar intentar respirar su aliento ahora que está tan próximo, pero él da por concluido

su trabajo y se separa de ella sin piedad.

Se recompone, no le queda más remedio, y se pone en pie. Es hora de regresar. Hay gente esperándola. Ella puede con esto. Con todo esto y más. La vida la ha puesto a prueba en otras ocasiones. Le ha dado otros motivos para hacer lo que hizo esa noche.

Probablemente lo que sucedió esa noche tuvo más que ver con la actitud de Tomás que con ninguna otra cosa.

Tras la charla junto a la playa, Emma volvió al restaurante sin saber qué esperar. Todos se levantaron a recibirla y felicitarla como es debido, como si nada hubiera pasado. Sus amigas la abrazaron quizás un poco más fuerte de lo necesario.

La colocaron entre Mila y Paula mientras ella analizaba el rostro de su marido con cierta aprensión. Estaba segura de que no debía estar muy contento con su comportamiento. Sin embargo, Tomás se sentó frente a ella relajado y sonriente. Estaba en modo «captación de nuevos clientes» y le salía fenomenal. Talante irreprochable y simpatía a raudales.

Sus amigas y los maridos de sus amigas parecían seducidos por los gestos y las palabras de ese hombre alto y rubio poseedor de esos hoyuelos tan expresivos. Incluso Mila, la Perfecta Bella, lo observaba con interés.

—Qué noche más agradable ha salido... Tenía muchas ganas de conoceros... Este sitio es estupendo... ¿Tú te dedicabas a...? Cierto, sí, no estaba seguro... Nuestro bufete para lo que queráis... —Con reparto de tarjetas incluido.

«¿Nuestro?» A Emma no se la daba con queso. Tenía claro que el reproche estaba al caer. Rezó para que fuese en casa, pero los gestos ansiosos de él al pedir la carta de vinos la puso en estado de alerta. «Espérate que empiece a beber.»

Como era de suponer, el restaurante escogido por Javi parecía excelente. Rompieron el hielo decidiendo qué pedir y los entrantes llegaron pronto evitando silencios incómodos. A fin de cuentas, el setenta por ciento de los comensales no se conocía antes de juntarse a cenar.

Su agradable marido y los maridos de sus amigas fueron repasando temas futboleros, moteros, baloncesteros e incluso hablaron de balonmano hasta que encontraron uno en común: la pesca. Curioso, todos pescaban o habían pescado alguna vez. Eso los tuvo entretenidos un rato mientras Emma indagaba en la vida de Javi y su chica.

Para empezar, como ella esperaba, sabiendo de sobra lo reacio que era su amigo, todavía no habían contraído matrimonio. Aunque nunca lo admitiría, eso le causó cierto alivio.

Se habían conocido por medio del periódico.

La Perfecta Mila toca en una gran orquesta en París y él va a contemplar un

ensayo y hacer una entrevista al mundialmente famoso director. Se observan a distancia y ambos caen rendidos a los pies del otro. Javi no se corta ni un poco y, al divisar que ella ya ha recogido su instrumento y se va a marchar, deja al director plantado en medio de un monólogo vanidoso sobre sí mismo y se acerca a pedirle una cita. Ella acepta.

—¿Y qué instrumento tocas? Aparte del de Javi, quiero decir... —le suelta Tomás dejando la frase en el aire.

Ha usado su mejor tono embaucador y el comentario despierta en la mesa algunas risas contenidas y sonrisas vergonzosas.

A Javi no le ha hecho gracia y a Emma tampoco. «Pero ¿tú no estabas hablando de peces?, ¿por qué te metes en esta conversación?»

Para su bochorno, la Perfecta Bella entiende sin problemas el castellano y lo habla con bastante corrección. Es lo que tiene un trabajo donde cada compañero viene de un país distinto y te pasas la vida viajando de un sitio a otro: que puedes comprender las estupideces que te suelta el marido de la mejor amiga de tu pareja.

—El violonchelo —le explica con una voz tan cálida y sensual que desearías que fuera una crema para refregarte con ella el cuerpo entero.

Emma no puede evitar imaginársela desnuda con el instrumento entre las piernas. El chelo, no el de Javi. Aunque esa imagen le llegue después y la aparte de su mente como si espantara una mosca, con un manotazo al aire que deja a todos un poco sorprendidos.

Los primeros platos llegan a la mesa. Mmms y más mmms por doquier. Todo el mundo está encantado con su comida.

—¡Buena elección, Tomás! —le dicen los maridos, que no se han enterado de nada y, por supuesto, creen que ha sido el amante esposo el que ha organizado el evento.

Tomás levanta la barbilla, sonrío con ambos carrillos llenos asintiendo con gesto firme y vuelve a hundir la cabeza en su plato. No les corrige su error, así de soberbio es él.

Emma lo mira frunciendo el ceño, dudando si dejarlo o no en evidencia. Echa una ojeada a Javi, que se ha percatado también de las alabanzas infundadas, a ver qué opina. Javi le guiña el ojo sonriendo y sigue masticando con elegancia. «Déjalo estar, que disfrute. ¡Qué más da!» «Está bien, tienes razón, no saco nada de avergonzarlo en público.»

Todavía no.

A los postres, también fantásticos, el vino ya ha hecho su efecto y son todos buenos amigos. A Tomás las ocurrencias le salen cada vez más bobas y groseras, pero la alegría general difumina su mal gusto. Entre copa y copa, cuando se

acuerda, aplica sobre Emma una mirada de «Ya te vale, luego hablamos». Ella las siente como latigazos en el hígado, pero se niega a prestarle atención y desvía la vista hacia el resto de invitados. Esta es su noche, la que ha organizado su amigo, y no se la va a amargar nadie.

La conversación se centra en el embarazo de Javi y Mila. Los consejos contradictorios pasan de boca en boca. Que si el pecho es muy esclavo, que si es mejor que el biberón, que si lo de dormir con ellos es un rollo, que es mejor que levantarse cuarenta veces a su habitación...

—¿Ya sabéis si es niño o niña? —les pregunta Paula, la Tetona.

—Todavía no —responde Javi por los dos—. Mila prefiere que sea una sorpresa.

Todos aclaman la iniciativa, qué original, una sorpresa, qué buena idea.

—Pues espero que tengáis suerte y sea un chico porque las niñas solo dan problemas, ¿verdad, Emma? —escupe Tomás por encima de todas las voces, sonriendo feliz y arqueando las cejas en un gesto de complicidad con su esposa. Según su criterio, acaba de gastar una buena broma.

A Emma el chocolate que tiene en la boca se le vuelve amargo. ¿Está diciendo que su hija, su preciosa, amada por encima de todas las cosas, inteligente, fuerte, valiente y estupenda hija es un problema? Mira a Tomás inexpresiva, pero él no se da cuenta. Está rematando otra copa de vino y estira el brazo hacia la botella para servirse más.

Javi intercambia una mirada con Emma. No sabe nada de lo de Julia ni su amiga se lo va a contar ahora, no es momento ni lugar, pero comprende que Tomás la ha herido de alguna forma, y comparte con ella el gesto huraño a pesar de que, si le preguntaran por qué se muestra enfadado, no tendría ni idea de qué contestar.

Durante los cafés cada uno le entrega su regalo. La Dulce Paula y su marido han escogido un bolso marrón enorme.

—Para que te quepa la ropa de cambio de los niños cuando os vais por ahí —le dice su amiga con ilusión infantil. Emma da dos besos a cada uno y se lo agradece en el alma. De verdad le gusta, es bonito y le viene muy bien.

Inés y su esposo han sido más clásicos. Le han comprado un pijama de franela de talla gigante en color gris con pequeñas fresas rojas.

—Como dices que siempre tienes frío en la cama... —le explica Inés, la del Palo, casi disculpándose.

Que recuerde ese nimio detalle sobre ella le calienta el corazón más que la franela. Es precioso. Le encanta, muchas gracias. Besos a los dos.

Ahora es la Bella Mila quien le ofrece un precioso paquete de esos que da pena desenvolver. Emma, con dolor en el alma, deshace el lazo perfecto, rasga el

papel delicioso y rompe el precinto de la divina caja de cartón con motivos modernistas. Dentro hay un estuche de madera, de buen tamaño, que abre con extremada precaución.

Decir que es una caja de colores es como decir que la Tierra es un planeta. Sí, es verdad, pero la Tierra es mucho más, es su planeta como la rosa de El principito era su rosa.

Pues ese estuche de madera que tiene delante es su estuche. Es lo que hace mucho tiempo soñó tener. De lo que hablaron durante años mientras Javi y ella compartían las hojas del mismo bloc de esbozos. Contenía de todo: lápices de diferentes durezas, barras de grafito, gomas, rotuladores, acuarelas, pintura al óleo, pastel, acrílicas. Todo de marcas de primera calidad y bellamente organizado.

Es tan bonito que aunque odieras pintar desearías tener un estuche como ese solo para poder contemplarlo.

Emma siente de nuevo las lágrimas aflorando a sus ojos. No se atreve a levantar la vista hacia Javi y mucho menos a darle dos besos —sabe que si lo hace romperá a llorar—, así que se gira a su izquierda y abraza con fuerza a Mila, la Perfecta Bella, en señal de agradecimiento. La sensación es igual de apetecible que abrazar a un gran algodón de azúcar. Deseas seguir acariciándolo aunque también te lo quieres comer. Le cuesta despegarse de esa belleza que huele tan bien.

Comprende muy bien lo que Javi puede sentir por ella. Cualquier remota esperanza de seguir siendo «su pequeña» ha desaparecido esta noche. Los ha visto mirarse a los ojos durante la cena y la ternura con que la ayuda Javi a explicarse en castellano. Se ha dado cuenta de que se daban la mano por encima del mantel, como si el hecho de estar separados por una mesa el tiempo que dura una comida fuera demasiado difícil de soportar. Ahora esa chica absolutamente cálida y preciosa lo es todo para él.

—¿Una caja de pinturas? Oh, venga, ¿para qué quiere Emma una caja de pinturas? Jajaja. —Tomás ríe socarrón despertando a Emma de su ensueño.

Debe sentirse superior. Él le ha comprado a su esposa unos carísimos pendientes y el pavo este va y le regala un estuche de pinturas. No imagina que esa caja también debe valer un pastón y, conociendo lo celoso que es, mejor que no lo sepa.

—Para pintar —contesta Javi sin levantar la vista del café que remueve pausadamente. No se molesta en ocultar el tono agrio de su voz.

Uy, Tomás aparta su taza a un lado para poder apoyar los codos y acercarse a ella sobre la mesa. Le muda el gesto de burla a otro mucho más serio.

—Jamás te he visto coger un lápiz. ¿Escondes algo que yo no sepa, cariño?

—Sonríe y suena banal, indoloro, pero Emma sabe que ese es el modo en el que acosa a sus testigos.

—¿Yo... yo? —Se siente pillada en una falta. Aún no sabe qué falta es pero ya nota la sangre circulando más rápido por su cuerpo.

—Le gustaba mucho dibujar cuando era pequeña. —Javi sale en su defensa sin perturbarse ni dejar de girar la cucharilla en una cadencia perfecta.

Casi es peor. Tomás recupera su copa de vino donde, asombrosamente, aún queda líquido. Pega un trago, lo saborea. Parece reflexionar su estrategia.

—Ah, ¿sí? Fíjate qué cosas sabéis el uno del otro que yo no sabía... —Pasea sobre ambos sus iris claros rodeados de vasos sanguíneos rojos e hinchados.

—Es una amistad de toda la vida —insiste Javi con parsimonia, y Emma empieza a sospechar que le está buscando las cosquillas a su marido.

Y él, su marido, por la cara que está poniendo, se está prestando a ello.

«Por favor, está demasiado bebido, no es un buen momento», le pide mentalmente a su amigo, implorándole con todo el cuerpo en tensión. Él cruza la mirada con ella. «¿Por qué aguantas esto?», parece decirle. Pero se resigna, suspira. «Ya me callo.»

Desafortunadamente, Tomás no.

—¿Y de verdad crees que este es un regalo adecuado para una mujer de su edad? Uf... —Sonríe con las comisuras de la boca, como un mal payaso, y mira a su alrededor buscando comprensión y negando con la cabeza. El resto de la mesa no le ve la gracia. Nadie lo secunda y decide dedicarse un nuevo sorbo de vino para ahogar su soledad. Traga y prosigue—. Que son treinta y cinco, chaval, treinta y cinco... —Golpea la mesa con la mano e insiste en sus razones. Vuelve a buscar complicidad en los invitados. Al no lograrlo, se crece en la ofensa con más crueldad—. Casi menopáusica ya, jajaja... —Pero nada, no hay manera, ni una risa floja. Estos no son sus colegas del bufete. Debe serenarse y recapitular su exposición. Lo intenta con otros fundamentos. La cuestión es poner en ridículo a su mujer o el regalo o..., quién sabe en realidad qué busca Tomás—. No sé qué puede querer pintar Emma, pero aceptaré ese trasto en casa mientras no me cuelgue dibujitos de soles y pajaritos en el comedor, jajaja —se mofa una vez más. Una carcajada que muere en una risa gutural que lo lleva hasta la botella de vino más próxima y le hace centrarse en ella. Vierte el contenido y golpea suavemente el cuello en el borde de su copa. Ni una gota ha dejado.

Se le ve decepcionado. Seguro que no entiende qué ha podido fallar en su alegato, por qué no ha obtenido consenso. Ni siquiera ha valorado que se ha pasado un poco con la cumpleaños.

Emma se siente humillada pero intenta restarle aspereza a la escena. Se le

ocurre proponer un brindis. Se pone en pie y levanta su copa casi llena. Desde luego, la bebida no es una excusa para lo que va a pasar, porque apenas ha dado unos sorbos al estupendo tinto que ha escogido Tomás.

—¡Espera, espera! —le exige su marido resurgiendo de sus cenizas—. Falta mi regalo.

Emma no da crédito. Se ve que, como metió la pata con los pendientes, lo ha querido arreglar. Coge el paquete que le tiende con su enorme brazo y se vuelve a sentar. Arranca el papel del centro comercial y encuentra un nuevo envoltorio, más grueso, estampado con una famosa marca de lencería fina. Se queda mirando e, imaginando lo que es, toma la decisión de no continuar.

—¡Un conjunto de ropa interior! Gracias, Tomás —exclama mostrando una alegría que no siente.

La lencería le recuerda al sexo y el sexo es un tema que, delante de amigos y con su marido borracho, prefiere no tocar. Se dobla sobre la mesa para darle un beso, pero él no se incorpora del asiento y ella no puede llegar.

De todos modos no ha habido suerte, Tomás quiere más.

—Pero ábrelo, ¡ábrelo! —le insiste.

—Ya lo abriré en casa, cariño —le responde sonriendo intentando parecer sugerente.

«En casa lo abro, ¿lo pillas? Que igual, si te callas ahora, tienes premio y en casa te enseño cómo me queda puesto.»

—Oh, vamos, Emma. Sabes de sobra que en casa no va a pasar nada. Cuando tienes hijos, se acabó lo de follar, así que aprovecha ahora que aún puedes disfrutar algo, ¿me oyes? —le aconseja Tomás a Javi asestándole un codazo demasiado fuerte en el brazo que le queda más cerca.

Javi da un respingo y casi se vuelca encima el café que está tomando.

Tomás percibe la cara seria del amigo de Emma. No ríe sus gracias y parece incómodo, pero, en su mente nublada por el alcohol, la causa de su disgusto, por lo visto, no es debida a su última salida de tono sino a las burlas de antes sobre su regalo.

—Eh, tío, no te enfades —le dice poniéndole una mano sobre el hombro en plan colegas. «Vaya, volvemos a tener quince años»—. Oye, que lo de la caja de colores es una broma. Me parece un regalo cojonudo, de verdad. —Javi parece que se relaja un poco, la mesa entera en general. Pero Tomás no es capaz de cerrar la boca a tiempo, su cháchara de comediante barato debe continuar—: Lo que me temía yo es que hubieras aparecido con un bono hotel o algo así, jajaja... —Escalofríos corren por la espalda de Emma. «Cállate, por favor, ¡cállate!»—. Como siempre habéis parecido amantes más que amigos...

Tras esa última lindeza sigue riendo, pero más flojito. Coge de nuevo su

querida copa para apurarla de un trago. Mientras, Javi se ha vuelto para encararlo y parece pensar cómo proceder a continuación. Seguramente valora si merece la pena acabar la cena que tanto le ha costado organizar dándose de hostias con el marido de la homenajead.

Es evidente que a Tomás le ha molestado cómo ha recibido Emma a Javi, que su abrazo y su emoción le han sentado como un tiro, que la ausencia de ambos fuera del local le ha puesto el indicador de los celos al rojo vivo, pero todo eso no es excusa para su comportamiento.

Quizás, hace un tiempo, Emma se hubiese sentido culpable. Habría pensado que se lo merecía porque se había portado mal. Hoy algo ha cambiado en ella. Lo único que siente es que está asqueada. Nota cómo las palabras reptan hasta su boca y, por fin, tras tantos años de ocultárselas a todo el mundo, se decide a dejarlas salir.

En la mesa se hace un silencio rotundo. Javi coge la servilleta de tela y empieza a retorcerla con los puños crispados y las mandíbulas apretadas, sus ojos dos ranuras que emiten chispas y viajan de Emma a su marido una y otra vez.

Sus amigas la miran con asombro, ternura y compasión. La Bella Mila y los maridos de sus amigas que acaban de conocerla, también. En solo dos horas ya se han dado cuenta de lo que tiene que aguantar.

—¿Qué? —pregunta Tomás anonadado, sin dar crédito a lo que acaba de escuchar.

—He dicho que por qué hablas de amantes si tú te vas de putas cuando te da la gana.

Tomás lleva días sin dirigirle la palabra. Solo lo necesario para mantener cierto orden en casa, es decir, para poder encontrar sus cosas.

—¿Has visto mis llaves? ¿Sabes dónde he dejado mi chaqueta? ¿Tengo calcetines limpios?

Él le habla como si le estuviera haciendo un favor y Emma contesta a todas sus inquietudes con parsimonia mientras evita su mirada.

Anda con expresión huraña también en el trabajo, donde los empleados agachan la cabeza cada vez que lo ven. No quieren llamar su atención y que les dedique una exigencia airada.

—¿Has terminado ya ese informe? ¿Están ya las fotocopias que te pedí hace una hora? —Hace solo diez minutos que se las pidió. Él lo sabe y el empleado también, pero nadie se atreve a contradecirle.

A Emma le gustaría ponerle los puntos sobre las íes. Decirle, a ser posible gritarle en público, que la gente que lo rodea no tiene la culpa de lo que ocurre. Solo él. Que se lo tenía que haber pensado mejor antes de engañarla. Aunque seguro que él le replicaría, como buen abogado que es, que la verdadera culpable es Emma por haberlo descubierto. Si nadie se entera, no hay delito.

Fue casual. Emma no tenía ni la más mínima sospecha de una traición así. Creía a pies juntillas que el amor de Tomás era incondicional. Por eso lo eligió. Por eso se casó con él. Porque, para él, ella era la primera. Y quizás fuese la primera, eso sí puede que fuera verdad, pero parece ser que no era la única.

Empezó el proceso gripal con Julia, aún bebé. Fiebre alta, visita a urgencias con el corazón en un puño. Paracetamol y paños fríos. Luego le toca a Emma. Uno de los peores catarros de su vida sin lugar a dudas. Más fiebre, escalofríos, dolor de garganta que le impide tragar. Las anginas como puños. Le duele hasta respirar.

La cría, que ya ha pasado lo peor, está en casa de los abuelos paternos para que su pobre madre moribunda pueda descansar un poco y padecer en soledad todas las molestias de la enfermedad. Emma, en la cama, suspira aliviada y está a punto de quedarse dormida cuando algo viene a turbar su tranquilidad.

Un ruido sordo que llega desde el baño contiguo al dormitorio. En su atontamiento le cuesta identificarlo. Está febril y desvaría un poco. Los objetos se mueven solos a su alrededor pero sabe que su teléfono móvil está quietecito en su mesita de noche. Su suegra, bendita mujer, se ha asegurado de que sea así, por lo que descarta esa posibilidad. Su teléfono no puede ser.

Se incorpora entre escalofríos y camina inestable hasta el origen del sonido.

Qué alivio, no está tan mal, no oye cosas inexistentes. Sobre la cisterna del retrete está el móvil de Tomás vibrando. Se lo ha debido olvidar. Antes de que llegue a darle alcance se queda quieto. Emma olvida de inmediato su objetivo y decide mear, con cuidado, apoyándose en la pared. Ya que ha llegado hasta allí, con lo que le ha costado, va a aprovechar el viaje.

Está limpiándose cuando vuelve a vibrar. Se lava las manos escuchando el molesto zumbido. Mientras se seca, se asoma a la pantalla y lee entre brumas, en el display digital, el nombre de Ricardo, uno de los socios de Tomás. Socio y amigo. Compañero del equipo de rugby y de facultad. Han sido pandilla y salido muchas veces juntos. Conoce a su mujer, Alicia, y a sus hijos, Ernesto y Manuel. No le sorprende la llamada, será un tema del trabajo, es algo normal.

Coge el aparatito epiléptico con una mano todavía algo húmeda y pulsa con el dedo gordo el icono de «Aceptar». Solo entonces se da cuenta de que no puede hablar. El dolor es atroz. Solo se atreve a lanzar un leve susurro al aire confiando en que el que llama lo oiga.

Ricardo escucha el soplido de Emma y se lanza a hablar con alegría.

—Ey, tío, ¿qué pasa? ¿Cómo estás?

La pobre enferma intenta emitir un nuevo sonido, pero el pinchazo en la garganta la deja extenuada. Imposible, no se puede esforzar más. Va a colgarle y mandar un SMS. Pero entonces, conforme se aleja el auricular del oído, lo que escucha la hace dudar. Vuelve a colocárselo firmemente pegado a la oreja.

Ricardo está cambiando los planes que había trazado con su marido Tomás.

—Chaval —le está diciendo—, ya he hecho las reservas para esta tarde. Al final, vamos al que está frente a la estación. Es más barato y esta gente no piensa gastarse un duro, ya verás, nos va a salir por un ojo la reunión, jajaja. —¿De qué coño habla? Emma no entiende nada, pero no hace falta que se moleste en preguntar, Ricardo continúa con su perorata sin necesidad de que nadie lo anime—. ¿Sabes qué sitio te digo? El de la morena esa que te la chupa en la barra... ¿Sabes ya cuál es o no?

La situación es tan irreal que Emma está segura de que se trata de una broma. Ríe como Buster Keaton ante el aparato, con mímica y sin sonidos. Pero en su mente ardiente se empieza a formar una idea. Ricardo nunca bromea con ella, no es de esos. Más bien es callado y soso. ¿Por qué iba a llamarla para gastar una broma de ese tipo? Además, recuerda con un vuelco en las tripas, el móvil que sujeta en la mano es el de su marido.

—¿Tomás? ¿Estás ahí, tío? ¿Por qué no contestas? —Emma percibe la alarma en su voz. Ricardo prueba por última vez bajando el volumen hasta casi lo inaudible—. ¿Tomás?

Emma espera unos segundos antes de escuchar los pitiditos inconfundibles.

Han colgado.

No supo calcular después el tiempo que permaneció de pie en el baño, tiritando, castañeteándole los dientes, con la frente perlada en sudor y las manos heladas, mirando el teléfono fijamente. Sí recuerda las náuseas que la atacaron y cómo lanzó el aparatito diabólico al suelo antes de agarrarse a la taza para vomitar lo poco que había logrado comer. Y después de la comida, vomitó la bilis. Y tras la bilis, sufrió tales arcadas que durante días tuvo dolor de cervicales.

Su suegra aparece para devolver a Julia y nadie le abre la puerta. Trae consigo una copia de las llaves con las que entra en la vivienda con un palpito en el pecho. Encuentra a Emma tirada en el suelo de su habitación con más de cuarenta de fiebre, desvariando, la camiseta del pijama vomitada y los pantalones meados. Llama a urgencias y le envían una ambulancia.

Emma pasará dos días ingresada por deshidratación y fiebre alta. Dos días en los que se niega a ver a Tomás. Al fin cede y lo deja entrar en la habitación. Lo primero que le dice, con la poca autoridad que da estar en una cama con una bata de hospital verde descolorido, es: «Lo sé todo».

Ni siquiera ella cree que eso sea cierto. Probablemente no sabe ni la mitad.

Tomás ha llegado con un enorme ramo de rosas y una Caja Roja de Nestlé. Se queda plantado ante ella con cara de pocos amigos.

—Estás montando un numerito, Emma —le suelta para empezar.

Emma no da crédito a lo que oye. Pero esto ¿de qué va? ¿No debería estar pidiéndole disculpas? ¿Arrepintiéndose ante ella?

—No sé qué crees que ha pasado, pero te estás equivocando por completo —continúa él en un tono que no admite réplica.

Vaya, ¿será cierto eso? Quizás la fiebre la hizo desvariar. ¿Es posible que lo haya imaginado todo? ¿Que lo que recuerda haber escuchado solo haya sucedido en su mente? Su expresión enfadada debe haberse suavizado porque Tomás también se relaja. Se acerca a ella y deja las flores sobre una silla.

Emma comienza a sentirse mejor, a notar cierto alivio. Han sido figuraciones suyas. Menos mal que no es verdad. Sería asqueroso que fuera verdad... Pero hay algo que no encaja. Si todo se lo ha inventado ella y ella no le ha dicho nada a nadie, ¿a qué se refiere entonces Tomás? No hace falta que pida explicaciones, con un tono de voz mucho más dulce su marido se lo aclara:

—Es una cuestión de trabajo, cariño. De relación con los clientes. Que yo vaya a esos sitios no quiere decir que haga uso de los servicios que ofrecen —le dice con calma mientras se pelea con el envoltorio de la caja de bombones. Cuando logra vencerlo, se mete uno en la boca y le muestra la caja a Emma—. ¿Quieres?

Javi ha vuelto a París. Tras unos días visitando a su prolífica familia para presentarles a una bellísima Mila, agotada y sonriente, ha puesto rumbo —en el flamante coche nuevo que Emma nunca llegó a ver— hacia su lejano hogar.

La cena de cumpleaños que tanto le costó preparar terminó con un «Creo que es mejor que nos vayamos a casa» que soltó Tomás, muy serio, antes de lanzar su servilleta sobre la encantadora tacita de café que tenía delante y levantarse con furia de la mesa. Emma, a pesar de que el resto de comensales intentó convencerla de lo contrario, «Quédate, vente a dar una vuelta, no te vayas así a casa, no seas tonta», decidió seguir a su marido. No tuvo ánimo para nada más.

Al despedirse, vio en los ojos de Javi la reprimenda.

A la mañana siguiente aguarda su llamada con resignación.

—¿Por qué no me lo has contado? —le toca ahora preguntar a él.

—Es un asunto de familia —responde Emma con tranquilidad.

—¿De familia? ¿Bromeas? Soy tu mejor amigo. Te conozco mucho mejor que ese tío con el que te casaste. Habría ido a partírsela la cara. Iré a partírsela ahora mismo si me dejas.

Esa no es una buena idea. Tomás tumbaría a Javi con un golpe de su meñique. Bueno, quizás ahora no, ahora le pesan los años y la barriga. De todas formas, ya da lo mismo.

—Déjalo, Javi, en realidad he exagerado un poco. Fue algo que pasó hace mucho tiempo —le ruega con voz cansada.

—¿Mucho tiempo? ¿Cuánto tiempo, Emma? ¿Cuánto tiempo hace que pasó? —le dice muy sorprendido. «¿Es posible que yo estuviera a tu lado y no me haya enterado de nada?» Eso es lo que le está preguntando en realidad.

Julia era muy pequeña. Fue poco después de la lastimosa cena que vivieron los tres en su casa. Hace casi cuatro años ya.

—Eso da igual, ¿qué más da eso a estas alturas?

Su amigo guarda silencio. Ahora se sentirá dolido además de enfadado. Uf, a Emma todo esto no le apetece nada, no tiene ganas de seguir hablando. Ojalá se cabrease con ella y le colgase el teléfono. Pero no, Javi continúa con su interrogatorio unos tensos segundos después.

—Dime solo una cosa, Emma, ¿por qué sigues con él?

¡Ja! La pregunta del millón de dólares. ¿Por qué sigue con él? No es necesario que reflexione demasiado para responder. Pues porque Tomás la convenció de que no había pasado nada. De que en su trabajo visitar esos clubes

era algo habitual pero eso no quería decir que él le fuera infiel. Ni mucho menos. A él esas cosas le daban el mismo asco que a ella. Ni qué decir del riesgo de contraer una enfermedad. No estaba loco.

Él solo acompañaba a los demás y se tomaba una copa mientras los clientes se divertían un poco. ¿Su socio Ricardo? No, por supuesto Ricardo tampoco hacía nada malo. Se quedaba con él tomando algo.

«Solo los clientes, cariño, solo los clientes.»

Luego era mucho más sencillo cerrar cualquier trato. Una inversión, se trataba únicamente de una inversión.

¿Qué podía decir ella ante todo eso? Que quiso creerle. Era más fácil y agradable creer a pies juntillas su versión. Se repetía a sí misma, como si de un mantra se tratase, las mismas frases atemporales que cualquier madre anticuada le habría dicho a su hija para confortarla y animarla a continuar con su matrimonio:

«Tenemos una hija en común. No ha pasado nada, él me lo ha asegurado. Y aunque hubiese pasado algo, tampoco sería tan raro. Ya se sabe cómo son los hombres. El sexo al final es solo sexo. Lo importante es la familia.»

—Cuando tienes una familia, Javi, hay que saber dar otra oportunidad.

Él ya está en ello, está a punto de formar su propia tribu. Ya aprenderá que una vez te subes al carro no es tan fácil bajar.

De nuevo su amigo se lo piensa. Emma intuye que está haciendo cálculos. Seguro.

—¿Ya había nacido Julia?

—Sí.

Sabe cuál va a ser la siguiente pregunta. Nota que Javi teme hacerla.

—¿Y Marcos? ¿Había nacido Marcos?

Por mucho que lo intentase, Emma no podía olvidar. Andaba absorta y despistada. Dejaba las cosas en cualquier sitio y luego no las podía encontrar, descuidaba las tareas cotidianas, cometía una y otra vez errores en el trabajo, dejó de comer y dormía fatal.

Fue a ella a quien se le ocurrió la brillante idea de que lo que necesitaban era otro hijo.

Julia era la niña de sus ojos. Sus intentos de empezar a andar, de sujetar ella sola la cuchara, su gateo incesante de aquí para allá eran lo único que le proporcionaba alegría de verdad. Otro bebé sería la solución a sus problemas, a su tristeza. Como volver a empezar.

Tomás no puso reparo alguno ni buscó los motivos. Para él aumentar su descendencia era lo natural y, además, disfrutó de tener a su mujer receptiva en el lecho como antes. Desde el incidente, Emma no podía evitar tener reparos,

sentirse incómoda en la intimidad, pero si quería preñarse no le quedaba otra que aprender a superar sus aversiones.

Y se quedó preñada en poco tiempo, pero tuvo un embarazo difícil. Los puntos de la primera cesárea la obligaron a mantener reposo meses antes del parto. Encerrada en casa, tumbada en la cama, el mundo se le caía encima.

Contrataron a una chica ecuatoriana para ayudarlos con el cuidado diario de Julia. Tomás seguía alargando las jornadas en el trabajo y no se podía contar con él. Emma notaba las caras de incredulidad de la chica cada vez que su marido regresaba tarde a casa, oliendo a alcohol, con las excusas más peregrinas. Tampoco ella se creía sus mentiras, pero que alguien más fuera testigo de su miseria la hacía enrojecer de vergüenza.

El día que Marcos da muestras de que está preparado para llegar al mundo Emma no logra localizar a Tomás. Es la asistenta quien llama a un taxi y le da instrucciones para que lleve a la parturienta al hospital mientras ella se queda a cargo de la pequeña Julia. La segunda cesárea la obliga a estar ingresada durante cuatro días.

Tomás aparece al día siguiente del nacimiento, a la hora de comer. Se le hizo demasiado tarde anoche y esa mañana tenía un juicio, imposible faltar. Trae consigo un ramo de rosas rojas y una Caja Roja de Nestlé.

Entre las brumas de la anestesia y el cambio hormonal, la imagen de su marido le hace revivir a Emma la terrible conversación que removió los cimientos de su matrimonio años atrás como si solo hubiesen pasado unas horas. Se siente desfallecer. Con la manita del pequeño y recién estrenado Marcos aferrada a su dedo, se dice a sí misma que todo ha sido un error, un grandísimo error.

—No, Javi. Marcos aún no había nacido. Decidimos darnos una nueva oportunidad y tuvimos a Marcos. Eso es todo, final de la historia.

Esta vez Javi no tarda nada en responder.

—Si lo tienes tan claro y de verdad le has perdonado, ¿me puedes explicar a qué vino la escenita de anoche?

¡Ey!, ahí ha atacado como si fuese un buen periodista del corazón. Hurgando en la herida. ¿Por qué ahora? ¿Por qué tantos años después? Buena pregunta.

Tras las carreras matutinas acostumbradas, Emma llega a tiempo a la oficina para ver salir a Tomás. Lleva un traje nuevo y deja un rastro de perfume caro al pasar. Le da un beso ligero.

—Tengo una reunión en el banco —le explica ante su mirada inquisitiva.

Emma deja el bolso en su mesa, enciende el ordenador y echa la silla hacia atrás, pero no se llega a sentar. Agarra de nuevo el bolso y se encara a la

secretaria de su marido, la señora Pilar.

—¿A qué banco iba Tomás? Tengo que darle una cosa.

La secre revisa la agenda de su amado jefe y da con el lugar de la cita.

—Al que está en la calle de atrás.

Emma le agradece la molestia y sale de la oficina siguiendo los pasos de su marido.

Llega a la entidad bancaria y escudriña el interior a través de la fachada de cristal. Distingue la espalda de Tomás dentro de un despacho, también acristalado, sentado ante una mesa enorme. Enfrente lo atiende un señor con pelo escaso y gafas con montura al aire.

Emma regresa al trabajo sintiéndose una boba. Marcos solo tiene cuatro meses y desde que nació no ha podido dormir una sola noche de un tirón. Todos en casa andan sonámbulos, pero ella, además, ahora tiene una misión: pillar a Tomás con las manos en la masa.

Lo que se imagina ella que pasa en uno de esos puticlubs es horripilante. A lo mejor, como él le explicó la única vez que Emma se atrevió a sacar el tema, no es para tanto y está haciendo una montaña de algo sin importancia. A lo mejor es cierto que él se mantiene al margen y mira con disgusto y compasión los vicios de los demás. A lo mejor. Pero como no se lo cree y la incertidumbre no la deja vivir, necesita comprobarlo. Necesita verlo con sus propios ojos, verlo en acción.

Así que, entre el objetivo que se ha puesto y el juicio nublado que tiene ahora mismo debido al cansancio, se pasa el día haciendo tonterías. Le cotillea el móvil, entra sin permiso a su correo personal, revisa con cuidado las facturas del teléfono fijo.

A veces se siente tan ingeniosa y valiente como el agente Bourne; a veces, como hoy, se siente una completa idiota. Lleva así desde que agotó la baja maternal. Ver a Tomás tan dispuesto, siempre bien arreglado, saliendo y entrando de la oficina a su antojo, sin dar explicaciones a nadie, es algo que desde el último embarazo no lleva bien. ¿Dónde va?, ¿qué va a hacer?, ¿a quién va a visitar? Le encantaría poder seguirlo a todas horas, saber lo que hace cada segundo del día, solo que Emma tiene un pequeño hándicap. Bueno, en realidad dos: una preciosa niña de dos años y un bebé a los que cuidar.

La pena es que está convencida de que «lo feo», como Emma llama en su mente a las insólitas reuniones de negocios de Tomás, se lleva a cabo por las tardes. Primero, supone ella, una buena comida regada de vino y rematada con whisky o coñac. Ahí es, casi pondría la mano en el fuego, donde los clientes entran en calor. Y luego, hala, a tomar la última copa al club.

A los socios y a los clientes del bufete les viene bien ese horario de oficina.

Cuando vuelven a casa, sus mujercitas ya han terminado la faena y pueden atenderlos como es debido, compadeciéndolos por haber tenido un día tan largo y duro de trabajo. A ella, por el contrario, ese horario le viene fatal. Debe atender a sus dos criaturas y sacar adelante una casa.

Quizás por ese motivo no hay ninguna socia en el bufete: no podría llegar tarde y bebida a casa día sí, día también. Su familia se desmoronaría. Que nadie se lleve a engaño: lo de la incorporación de la mujer al trabajo ha sido un timo. La mujer más activa, profesional e importante del mundo sigue llevando a sus espaldas el peso de su hogar. A lo mejor no tiene que hacer las camas porque puede pagar a otro para que las haga, pero lo que es seguro es que será ella, y no su maridito, la que supervise que las camas estén hechas.

En la calle transitada divisa un bar. No le vendría mal tomar algo, decide. Regalarse unos minutos. Debe recapacitar sobre lo que acaba de hacer. No es la primera vez que escapa tras él y la señora Pilar ya no se cree sus absurdas excusas. No le gustaría dar que hablar en la oficina.

En la barra pide un cruasán y un café con leche y toma asiento en un rincón. Ya ha desayunado en casa, pero no le importa engordar. No ha perdido aún los kilos ganados durante el embarazo, un poco más de azúcar tampoco se va a notar demasiado. Empapa el extremo del bollo en la leche y se lo lleva a la boca con voracidad. Últimamente está algo ansiosa y, si se pone a comer, no puede parar.

Está dando cuenta del último bocado cuando, por la ventana, ve pasar a Tomás. Va sonriente. A su lado, el tipo del banco y otro señor más. La mente creativa de Emma enseguida ve las posibilidades. Se dirigen hacia la parada de taxis. Algo se cuece.

Se levanta con rapidez dejando unas monedas sobre la mesa para pagar lo que ha tomado. Llega a la parada justo a tiempo de ver a su marido entrando en un taxi. Los otros dos señores están dentro ya. Deja tiempo para que el vehículo se ponga en movimiento y corre hacia el siguiente de la fila.

—¡Siga a ese coche! —grita exaltada mientras toma asiento.

El taxista alza las cejas y la mira por el espejo retrovisor. No se mueve.

—Lo digo en serio, siga a ese taxi, por favor.

Ese tono más reposado termina de convencer al buen hombre a ponerse en marcha, no sin cierta reticencia.

—¿A quién seguimos?, ¿a un mafioso? Jejeje.

—A mi marido. Creo que se va de putas —le responde tranquila, erguida, asomándose entre los cabezales de los asientos delanteros para no perder de vista el vehículo que los precede.

Al taxista se le borra la sonrisa y no vuelve a abrir la boca en todo el trayecto.

Tras una breve carrera, el taxi de Tomás se acerca a la acera y se para.

El taxista de Emma la interroga con la mirada a través del espejo retrovisor.

—Siga hasta la siguiente esquina, por favor.

Emma está nerviosa y excitada, puede que hasta un poco alegre. Lo que está viviendo es realmente emocionante. Es lo que deseaba desde hace tiempo. Qué bien, por fin lo ha conseguido.

Desde el taxi sigue con la mirada los pasos de Tomás y sus acompañantes. Los tres permanecen unos minutos en la acera y, cuando la calle se vacía por completo, cruzan al otro lado y abren con seguridad la puerta de un local en el que Emma no se ha fijado hasta ahora. El rótulo en la entrada indica que el lugar donde ha ido Tomás, a las diez de la mañana, un día cualquiera entre semana, no con clientes potenciales a los que hay que engatusar, sino con la gente del banco con la que trabaja a diario, sin vino ni licores previos, sin excusas baratas, se llama El Edén. Por si alguien tiene dudas de lo que ocurre allí dentro, una silueta de mujer desnuda parpadea en rojo al lado del nombre.

La alegría de la búsqueda se convierte en la decepción del encuentro. En realidad, eso no era lo que ella esperaba. En el fondo deseaba llevarse un chasco. Que Tomás fuese a cualquier otro sitio que no fuese un burdel. Volver a sentirse idiota y poder recordar luego esta mañana con una sonrisa.

Una espesa bruma le cubre el ánimo. Ya no hay vuelta atrás. Si se va ahora, siempre le quedará la duda. Abona el importe que le pide el taxista e intenta ignorar su mirada de compasión. Se acerca despacio hasta la gran puerta negra, pero aún debe esperar un ratito para que se calmen los latidos de su corazón y armarse de valor suficiente para entrar.

El Edén. Paraíso, gloria, nirvana... Será para ellos. Las que están ahí dentro casi seguro que deben sentirse mucho más cerquita del infierno que de ningún otro sitio.

El local es oscuro como boca de lobo, la música suena fuerte y todo el mobiliario es negro y de metal. Las luces rojizas pretenden incitar pensamientos obscenos. Huele a alcohol, humanidad y humedad. A rancio. No le sorprende demasiado, es justo como sospechaba. Lo único que le extraña es que en la puerta nadie le haya bloqueado el paso. Creía que iba a tener más problemas para entrar.

Observa la sala que se abre ante ella y cuenta más trabajadoras que clientes, muchas más. En la barra del fondo se apoya Tomás.

Está tomando una copa, solo.

Pues quizás sea cierto. Tal vez sea verdad. A lo mejor él solo es el que paga los servicios para poder obtener algo a cambio.

Una mujer alta y rubia, del este de Europa casi seguro, se acerca a él y se

ponen a hablar. Tomás le dice algo, ella ríe a carcajadas balanceándose exageradamente hacia atrás. Se inclina sobre él, le pone la mano en el hombro con confianza y se aproxima a su oído para contestarle.

Y ahí paramos de contar porque un tío gigantesco, con aspecto de comer barras de hierro para almorzar, se ha plantado delante de Emma. Ya no le deja ver.

—Porrr favorrrr, acompáñeme a la salida —le dice con acento extraño. ¿Ruso? ¿Rumano quizás?

Emma se mueve un poco para seguir divisando a su marido, pero él ya no está en la barra. Le duele la tripa de golpe. ¿Se habrá ido a una habitación con la rubia?

El mazas se coloca otra vez ante ella para ocultarle lo que ocurre detrás. Emma se vuelve a mover, quiere encontrar a Tomás. De nuevo el mazas da un pasito al compás de Emma y pone mala cara, parece que se empieza a cabrear.

—Déjalo, Mihail, ya nos vamos.

Tomás está al lado del cachas. Es tan grande que, a su lado, su enorme marido parece un ratoncito enclenque.

Emma se sobresalta, pero no sabe si sentirse molesta o aliviada. Molesta porque la han pillado espiando, aliviada porque Tomás no está en una habitación. Agacha la cabeza ante la mirada helada que le lanza él y da media vuelta en busca de la salida.

Caminan por la calle sin dirigirse la palabra. Emma va un pasito por detrás, como una geisha siguiendo a su cliente. Tampoco hablan en el taxi que los lleva hasta su casa.

Nada más entrar en el recibidor, Emma se pone a temblar. No tiene ni idea de cuál va a ser la reacción de Tomás. Intuye que está muy cabreado y va a ser complicado calmarle. Lo descubre enseguida, en cuanto entran en el salón, deja el bolso sobre el sofá y se vuelve para mirarlo.

—¡Pero ¿de qué coño vas?! —explota él. De pie ante ella, aprieta los puños con fuerza y su tez rubicunda empieza a adquirir un tono colorado.

Emma se encoge y mira al suelo. Cruza los brazos sobre el pecho para sentirse más protegida.

Se ve que su pasividad le inflama aún más.

—Puedes haber estropeado un buen negocio con tus tonterías. Eres una estúpida —le escupe con arrogancia.

Emma levanta la vista y posa los ojos sobre su marido. ¿El amor de su vida? No da crédito a lo que está pasando. Gracioso que sea él quien esté enfadado. Despreciable que encima se atreva a insultarla. Su rostro debe reflejar sus pensamientos porque Tomás toma aire y suaviza su expresión airada, incluso

afloja los puños. Intenta relajarse, se da cuenta de que se ha excedido.

—Es solo parte del negocio, Emma. Jamás te he puesto los cuernos. Debes creerme. —Más sosegado, pero, aun así, le habla con los dientes apretados.

—¿Por qué? —le dice al fin—. ¿Por qué debo creerte?

Se muestra serena, no quiere pelear, tan solo quiere entender qué es lo que ocurre en esa faceta oscura de la vida de su marido.

Tomás vuelve a la posición de ataque, cierra los puños y su cara pasa al tono violáceo. Emma no puede evitar acobardarse un poco y se echa ligeramente hacia atrás.

—¡Porque sí, Emma, porque eres mi mujer! Estoy harto de tanta tontería. Siempre con malas caras. Ya no te cuidas, no te arreglas. ¡Mira qué pinta llevas! ¿Qué quieres, eh? ¿Hacerme sentir culpable? ¿Acaso no os doy todo lo que necesitáis? ¿Os falta algo? Pues para eso es necesario hacer ciertos sacrificios, ¿sabes? ¡A ver si te enteras de una vez! —le grita.

La situación vence al fin a Emma y las lágrimas acuden a sus ojos. Ni una palabra tierna, ni una muestra de comprensión. Solo un porque sí. Se siente tan sola y tan triste... Rompe a llorar y se tapa la cara con ambas manos.

Tomás parece deshincharse. Un globo violeta que sale disparado por el cielo del comedor mientras se va arrugando y quedándose pequeño.

—Vamos, cariño... —Se acerca a ella y la abraza con delicadeza—. Te juro por lo que más quieras que nunca me he acostado con ninguna otra. No podemos seguir así, tienes que olvidarte de todo esto.

Emma sigue llorando y se estremece entre sus brazos. Él hunde su cara en el cuello de ella y permanecen así unos segundos. Emma se tranquiliza un poco. Miles de preguntas rondan su cabeza. Necesita más respuestas. No lo comprende y, sin comprender, no puede pasar página.

—¿Y la rubia? —le dice entre hipos.

Tomás levanta la cabeza y la mira con expresión confundida, no sabe a qué se refiere. Emma cesa en sus lloros y se lo aclara con cierta tensión en la voz.

—La rubia esa que se te ha acercado al final, ¿qué quería?, ¿la conocías?, ¿qué te decía?, ¿por qué se reía?

No ha terminado de hablar y ya vuelve a ver la ira en sus ojos. Rompe su abrazo y se aleja de ella.

—Emma, tendrás que confiar en mí cuando te aseguro que no te engaño ni te he engañado nunca. Esa es la puñetera verdad.

Se da media vuelta y sale del salón dando por concluida la conversación.

Ella se queda allí plantada durante unos minutos dudando si seguir a su marido o simplemente dejarlo estar. Se siente culpable y boba. Debía haber cerrado la boca antes. Haber dejado que Tomás la meciera y la consolase.

Habrían terminado mejor y el resultado sería el mismo. Él, está segura, no le va a explicar mucho más.

Que no quiera involucrarla en esos temas turbios no quiere decir que haya hecho algo malo. Obviando, por supuesto, lo desagradable que es imaginarte a tu marido en un puticlub. Eso no significa que le haya puesto los cuernos. Le ha jurado que no lo ha hecho. No tiene por qué no creerle, ¿verdad?

Y es cierto lo que dice. El negocio es el negocio. Un negocio que a menudo parece un iceberg: la zona oculta es mucho mayor que lo que deja ver. Funciona así y hay asuntos que no son de su incumbencia.

A ellos no les falta de nada. Tienen un buen piso, los niños van a un buen colegio, se pueden dar cualquier capricho. Todo tiene un precio.

Necesitarán unas semanas para que pase el mal trago, para que las cosas se suavicen entre ellos. Semanas de nervios, lloros y pesares. Todos a escondidas, por supuesto, no vaya a enterarse Tomás de que sigue dándole vueltas a su infidelidad y se vuelva a enfadar.

En esas se encontraba Emma cuando Javi reapareció en su vida, la vio llorar como si se acabara el mundo y le propuso salir a bailar.

Marcos lleva varios días con terrores nocturnos. Habla en voz alta mientras duerme, en ocasiones pega algunos gritos asustados y, la mayoría de las veces, termina llorando con auténtico pesar.

Emma se levanta sigilosa. Se acerca a la cuna, que flota en medio de la habitación de color azul con vinilos de Pocoyó, haciendo tenues ruiditos con la boca y chasqueando la lengua. Ssssh, chuchuchu, ssssh. Marcos sigue llorando y su mamá se inclina sobre él. Le pasa la mano por el cabello suave y un poco sudado, recorre con ella su espalda y la deja apoyada sobre el bulto del pañal. Repite la caricia varias veces mientras pronuncia los sonidos mágicos. Los llantos cesan y Marcos vuelve a respirar tranquilo. El miedo ha pasado y no se ha llegado a despertar.

Emma no puede evitar sentirse culpable por los malos sueños de su hijo. Sabe que está en la edad, que es lo normal, pero no deja de pensar que él percibe su pena y la expresa por las noches a su manera.

Julia está demasiado cansada para enterarse de nada. A pesar del cambio de colegio, tiene que seguir esforzándose cada día para poder estar al mismo nivel que el resto de alumnos de su edad. Así que entre el cole, el logopeda, el sicopedagogo y la biblia en verso, la pobre niña no da para más. Emma la contempla mientras hace sus fichas de refuerzo, con la punta de la lengua asomando entre los labios en gesto de pura concentración, y el corazón se le llena por completo de una ternura cálida que la mece y reconforta por dentro.

Así y todo, aunque sus hijos son lo más, por lo visto, no es suficiente.

Haber sido testigo durante la cena de su cumpleaños de cómo se trataban las demás parejas, cómo se hablaban —el cariño en los ojos, las palabras juguetonas en la boca, los gestos amables—, le hizo vislumbrar lo que podría ser y no es. Lo que ella tiene, lamentablemente, no se parece a eso en nada.

El hecho de que su marido, el hombre que ha escogido para compartir su vida, se comportara como un verdadero gilipollas esa noche tampoco ha ayudado demasiado a aumentar su felicidad.

Quizás por eso montó el numerito en su cumpleaños. Porque está hasta los ovarios de estar siempre triste y ensimismada, siempre fuera de la realidad. Emma al fin se ha cansado de no ser feliz y está preocupada. No sabe qué hacer al respecto.

Otro que está preocupado es Javi. Desde que ha vuelto a reaparecer en su vida están hablando por teléfono cada día. Incluso ahora que él ha vuelto a París la sigue llamando aunque sea solo para charlar unos minutos y preguntarle cómo

le ha ido el día.

Emma lo ha pensado mucho y ha tomado una decisión muy difícil y dolorosa para ella. Le ha pedido a Javi que no la vuelva a llamar. Le ha jurado que se encuentra bien y que cada uno debe hacer su vida. Que es lo mejor para ambos.

Él debía pensar que su bonita relación de pareja y su evidente preñez los ponía en la misma situación, que por fin estaban a la par. Nunca se equivocó tanto. La familia de Emma se hunde mientras la suya está empezando a volar.

—Pero explícame el motivo, dame una razón —le ruega al teléfono.

La única causa de la determinación de Emma es que cree que es mejor para él. Lo ha analizado en profundidad, incluso ha hecho una lista con los pros y los contras. Entre los primeros está el hecho de que él, por fin, se ha enamorado y ha comenzado una nueva y radiante vida. Solo cuando se han distanciado el uno del otro.

Lo cierto es que teme que sus problemas lo salpiquen. Lo quiere demasiado como para hacerle el más mínimo daño. Ahora en lo que tiene que concentrarse Javi es en su chica y en su bebé. Su vieja amiga ya se las apañará por su cuenta.

Sin embargo, eso no es lo que le dice a él, claro, si no, no se lo quitaría nunca de encima.

—Javi, quiero aprender a hacer las cosas yo solita. Me lo debes. Ahora lo necesito yo, te estoy pidiendo mi espacio.

Eso también es verdad. Es hora de que Emma empiece a poner orden en su vida y debe hacerlo sin ayuda de nadie.

Otra ventaja, mucho más egoísta, es que de ese modo ya no pasará toda la tarde esperando su llamada. No mirará el móvil cada dos minutos para comprobar que todavía no ha sonado. No se sentirá hecha polvo, echándolo de menos, en cuanto cuelgue el teléfono tras una conversación banal. Prefiere cortar por lo sano, no le quedan fuerzas para sostener esa angustia que no la lleva a ningún sitio.

Su amigo se despide intranquilo y a los pocos días vuelve a llamar por teléfono pero Emma no se lo cogerá más. No es tan extrema como lo fue él. No cambia su número de móvil ni sus direcciones electrónicas. Simplemente le pide a su operadora que bloqueen sus llamadas entrantes y en paz.

Los contras de distanciarse de Javi es que se ha apoderado de ella la melancolía. En apenas dos semanas se ha vuelto a acostumbrar a su presencia, a ese contrapeso que la ayuda a mantener el equilibrio en ese balancín en que se ha convertido su vida. Sin él, su estado de ánimo sube y baja, cada día, un millón de veces.

Por ejemplo, llega el jueves y ni siquiera tiene energía para ir a su clase de

pilates, a su desahogo emocional. Ya se la saltó la semana pasada y esta hará igual, qué más da. Se quedará en casa haciendo deberes. «Lo hago por Julia», se dice, aunque sabe que no es verdad. «Así aprovecho y recojo la cocina.» Otra mentira piadosa. La joven que ayuda en casa ha pasado esta mañana y está todo niquelado. Tras meter cuatro vasos en el lavavajillas se le acaba la faena. «Preparo una cena rica, para variar.» Pero no tiene nada especial en la nevera, tendría que bajar a comprar y eso ya se le hace una montaña.

Plantada en mitad del comedor, buscando una excusa para no asistir, mira a su alrededor. Marcos juega tranquilo con su maletín de doctor, Julia traza letras en un cuaderno Rubio y ella... ¿qué narices hace Emma en casa un jueves a esas horas? ¿Por qué se castiga? ¿Acaso se lo merece? ¿Ha hecho algo malo? De pronto el balancín sube hasta el cielo, se anima.

—¿Os apetece ir a pilates y luego a jugar? —les grita a los niños con tanta ilusión que ambos levantan la cabeza y la miran dudando de su cordura.

Se ve desde el aire vistiéndose de prisa y corriendo, cambiando a los chiquillos la ropa de casa por la de salir, llevarlos al vuelo por la calle y llegando a la guardería-gimnasio sin espejos solo diez minutos tarde. Por fin está ahí, tumbada, mirando los dibujos infantiles de las paredes, entregada únicamente a inspirar y espirar.

Termina la clase y las amigas se dirigen hacia el local de bolas sin siquiera tener que mencionarlo. Es algo que ya está consolidado, siempre se va a las bolas tras el pilates. Faltaría más.

Apenas hablan, solo algún «¡Marcos, no corras!, ¡Mateo, dame la mano para cruzar!, ¡Julia, coge a tu hermano!» El pequeño Ramón no hace nada malo en su carrito por lo que le tengan que gritar.

—¿Cómo estás? —le pregunta Inés, la del Palo, en cuanto toman asiento en las ortopédicas sillas del local.

—Igual que ayer y que la semana pasada y que el mes pasado...

Emma gira la cabeza como si le preocuparan sus retoños y los estuviera buscando. Está haciéndose la loca, dando a entender que no quiere hablar de asuntos personales, pero se queda observándolos un rato con una sonrisa maternal en los labios.

Los dos están luchando por quitarse los zapatos antes de entrar en la jaula de colores. Admira cómo Julia ayuda a su hermano. El pecho se le ensancha para que le quepa tanto amor.

—Pues espero que estés animada, porque vamos a hacer una cena de Navidad —le suelta la Dulce Paula, que ha captado la idea. No vamos a hablar de puticlubs ahora, este es nuestro momento especial.

—¿Una cena de Navidad?, ¿ya? ¿En noviembre? —pregunta Emma.

Le explican que lo han comentado antes de que llegara. «Ahora es más fácil quedar. Luego es un lío con tantas celebraciones.» Algo sencillo y barato, como la última vez. En un par de semanas. Cuentan con ella.

Salir. Salir estaría bien. No sale ¿desde cuándo? Ah, sí, desde su cumpleaños la semana pasada. Pero esa ocasión no vale porque entre Tomás y ella abortaron cualquier posibilidad de diversión. Pero ¿cuándo fue la vez anterior?, ¿la última vez que de verdad salió? Le cuesta recordarlo. Ah, es verdad, fue también con las chicas-mujeres-mamás de pilates. Cierto. No estuvo mal. Sí, podría repetir.

—Está bien, saldremos de cena —concede.

Al resto de la velada le sigue la charla usual sobre hijos, trabajo, maridos... Aunque este último tema no se desarrolla demasiado debido a que aún colea el incidente. ¿Cómo puede una criticar a gusto a su hombre porque nunca cambia el rollo de papel higiénico sabiendo que el marido de la mujer que escucha se va de putas? La queja pierde toda la gracia, la verdad.

Pero Emma lleva un rato sin participar en la conversación. Contempla a las otras, eso sí, con una sonrisa en la boca, como si estuviera de acuerdo con ellas y todo le pareciese ligeramente divertido, pero ya no está sentada en esa mesa. Ha hecho tal esfuerzo por recordar sus últimas salidas que la memoria le ha devuelto imágenes de la primera vez que quedó a cenar con Javi. Hace ya casi tres años de eso. Cuánto tiempo...

Marcos acababa de cumplir cuatro meses y Javi fue a su casa a conocerlo. Emma estaba tan tan tan triste que él le propuso salir los dos solos a cenar y tomar algo.

Y ahora está de nuevo allí. Nerviosa porque nunca antes han salido una noche a solas y la situación le resulta algo intimidante. Teme que salga mal. ¿Y si se aburren? ¿Y si después de todo no saben de qué hablar? Llevan años sin pasar demasiado tiempo juntos. Él viviendo fuera, ella con Tomás. Se telefonean a menudo, se lo cuentan todo, pero no es igual.

Bueno, tampoco se lo cuentan todo todo. A Javi no le ha dicho nada acerca de la discusión con Tomás por su visita al prostíbulo. Se siente algo falsa, pero le da tanta vergüenza lo que hace su marido que le echó la culpa de sus lloros inconsolables a la depresión posparto. Al estrés de tener dos hijos. Tampoco era una excusa tan alejada de la realidad.

—Tranquila, pequeña, aprenderás a manejarlo. Los principios son siempre lo más duro. Todo va a ir a mejor, ya lo verás —le escucha decirle por teléfono, compasivo, y Emma se siente asqueada por no atreverse a confesarle la verdad.

No le ha dicho que ha metido la pata con su vida. Que se siente una mierda y que, si no fuera por sus niños, querría morirse ya mismo.

Y ha preferido permanecer callada porque Javi la mira como siempre. A pesar de estar gorda, llorona y descuidada, él la mira con el mismo cariño y la misma naturalidad. Por eso decide no contarle nada. No quiere que la vea como se ve a sí misma. A su lado, Emma vuelve a sentirse importante, interesante, divertida. Es mejor así.

Se ha puesto para esta ocasión un vestido gris claro. No lleva mangas, cuello barco, un dedo por encima de las rodillas, le cae por el cuerpo como un blusón. Está demasiado gorda para cualquier otra cosa. Se lo compró al quedarse preñada por primera vez y le ha servido hasta los cuatro o cinco meses de ambos embarazos. Debe reconocer que fue una buena inversión porque lo sigue usando mucho tiempo después de haber dado a luz.

Para compensar el volumen excesivo decide estirar las piernas poniéndose un dedito de tacón.

Recorre el pasillo arriba y abajo, con pasos largos, pensando lo peor. «Ahora se despiertan los niños, Javi se ha olvidado de mí, estoy gorda, se ha olvidado de mí porque estoy gorda...»

Lo cierto es que esta noche se ve bien, mucho mejor que últimamente al menos. Aunque su marido no haya hecho ningún comentario. Tomás descansa en el sofá con su adorado mando en la mano. A Emma le parece escuchar que habla con él, tanto es el cariño que le tiene.

Es la hora estipulada. Pasan cinco minutos, luego diez. Emma no puede con los nervios. Coge el móvil para llamar a Javi y ponerlo de vuelta y media. Para qué tanto insistir si luego la deja tirada. Ve dos llamadas perdidas. ¡Joder!, entonces se acuerda, habían quedado que no podía llamar al telefonillo para no despertar a los críos, que la llamaría al móvil. Por eso ella le ha quitado el sonido...

Baja en el ascensor sintiéndose muy rara. Hace tiempo que no se arregla y va a salir con Javi en lugar de con su marido. No sabe qué esperar de la noche. Recuerda aquellas vacaciones juntos, con un Javi de veintiún años balanceando el cuerpo hacia delante con cada golpe de batería de cualquier canción medianamente roquera en los garitos de playa. ¿Y si sigue haciendo lo mismo? En un chico joven puede estar bien, pero a su edad... ¿Y si la deja en evidencia?

No sabe en qué persona se ha convertido su amigo. Ha pasado muchos años fuera del país. Acaba de regresar, como quien dice, hace cuatro días.

Él la espera delante del portal. Se saludan felices y se encaminan hacia la avenida más próxima mientras Emma le cuenta con detalle sus últimos minutos de angustia.

—¿Que estás gorda y por eso no iba a venir a por ti? —Ríe ante las ocurrencias de Emma.

—Mira qué brazos se me han puesto de levantar bebés... y qué barriga...
—Emma presiona la tela del vestido contra su cuerpo para que Javi pueda apreciar mejor los volúmenes que ha adquirido su silueta.

—Vamos, Emma, hace nada tenías a Marcos y toda una fábrica de producción de alimentos y reciclaje ahí dentro. Es alucinante. Deberías estar orgullosa de ti misma. Disfruta de tu pequeño. Ya tendrás tiempo, si quieres, de adelgazar. Así como estás ahora eres igualmente una mujer bellísima. —Le pasa el brazo por el hombro y le da un breve apretón de ánimo mientras le estampa un beso en la sien.

Emma se derrite. ¿Cómo ha podido dudar que la noche fuera a salir mal con este hombre que siempre sabe decir las palabras adecuadas? Sonríe de verdad, por primera vez, desde hace mucho tiempo.

Javi levanta la mano para parar un taxi.

—¿Un taxi? —se sorprende Emma. El despilfarro nunca ha sido el lema de Javi, más bien lo contrario.

—Sí, porque vamos a beber —contesta él abriendo la puerta del vehículo.

—Yo no bebo, podía haber cogido mi coche —le replica ella ingenuamente.

—Hoy todo va a ser diferente, Emma, ya lo verás.

Con ese inicio tan prometedor, Emma se deja llevar. Él ha escogido un restaurante normalito pero de buena calidad. Pide un vino blanco suave que a ella, contra todo pronóstico, le entra bastante bien. Hablan, ríen, recuerdan, vuelven a reír. Conforme baja la botella, más se ríe Emma. «Curioso esto del alcohol —piensa—, pena de no emplearlo más a menudo.»

La noche está en marcha. Javi se ha estado informando sobre los locales de moda. Le han hablado de varios que están bien. Se decide por uno y Emma no pone reparos. Todo es superdivertido esta noche y la gente muy amable, qué cosas.

Cuando entran en la pequeña discoteca, parpadea maravillada. Desde que era jovencita no iba a un sitio así. Le gustan las luces, el sonido, el ambiente que ya no huele a tabaco. El sitio está animado pero sin llegar a agobiar. Javi la dirige a una barra con un letrero de neón que anuncia «Gintonería». Impresionante. En su vida ha probado el gin-tonic. Qué pena, por favor, cuántas cosas le quedan por hacer.

Javi pide solo una copa pero de las buenas, de las de Hendricks, y bien mezclado, por favor. Emma paladea el trago. No está mal. A cada sorbito, le gusta un poco más.

Las luces son más brillantes, la música suena más alto, la gente le sonrío con cariño y alegría. El momento temido de ver a Javi bailar ha llegado ya. Se aleja un poco por si acaso, para dejarle espacio, pero él la sorprende siendo

discreto y recatado. Se colocan cerca de una pared y él no pasa de golpear con el pie en el suelo al ritmo de la música, de agitar los hombros y la cabeza un poco a la vez. Lo cierto es que tiene gracia, le queda bien.

—Me gusta esta canción —le grita al oído.

Él se aparta dolorido y risueño.

—Es Vitalic —le anuncia.

«Ah.»

Emma se deja envolver por los sonidos electrónicos, las cadencias le agradan, la voz. La siguiente también le gusta.

—¿Y esta?

—Son Django Django —aclara él.

«Ah.» Otra cosa a lo mejor no, pero de música Javi sabe un montón.

La siguiente le gusta mucho, mucho más, pero qué bonita es. Sorbitos al gin-tonic.

—¡Uy!, se ha acabado ya. Pedimos otro para compartir también, ¿sí? Esta la pago yo. ¿Que ya he pagado dos? Pero no puede ser, no llevamos tantos. ¿Sí? ¿Este es el quinto?

Y Javi bailando y cantando las letras, suavemente todo, con estilo y saber estar. Y ella como una loca, con el pelo en la cara, agitando los brazos en el aire, gritando más que cantando los estribillos que acaba de aprender.

Los hombres la rodean, piensan que es presa fácil. Javi se mantiene al margen y la deja disfrutar de las palabras bobas y de las galantes, de los piropos. Si alguno se pone grosero, solo tiene que acercarse un poco y mirarlo mal. Es demasiado alto para no hacerle caso.

Lo verdaderamente doloroso llega cuando encienden las luces porque cierran el local. Bueno, y la mañana siguiente tampoco se queda atrás cuando, aferrada a la taza del váter con ambas manos, observa con asco cómo toda la ginebra ingerida sale disparada por su boca camino del mar.

El mal cuerpo le dura casi hasta la cena, pero de verdad que no le importa, el resumen de la noche anterior es que se lo ha pasado genial.

Se lo ha pasado tan bien que algo en ella ha empezado a cambiar. Se ha visto como una mujer joven, deseable, con muchas cosas todavía por hacer, por probar. Su vida no se ha terminado, aún puede ser divertida, interesante. Va a empezar a cuidarse. Perderá el peso que ha ganado y se va a arreglar un poco más. Con tranquilidad, como le ha pedido Javi, pero sin pausa. No se puede abandonar.

Y va a recuperar la alegría. Ya está bien de caras tristes. Lo que haga su marido bien está. Lo que ella tiene que hacer es confiar en él. Por supuesto que no la engaña ni la ha engañado nunca. Ella es una mujer preciosa, lo comprobó

anoche. «¿Por qué va a querer él estar con otra? Todo va a salir bien, ya verás.» Se siente con fuerzas de lograr que todo cambie.

Y, sobre todas las cosas, va a luchar por reconstruir su familia. Si ella ha tenido algo de culpa en esta crisis que están pasando está decidida a hacer lo necesario para superarla.

Qué ingenua fue, recuerda ahora en el local de bolas, mientras calza a un Marcos agotado y nervioso que no para de moverse. Qué pérdida de tiempo intentar arreglar algo que estaba hecho añicos.

Se despide de sus amigas y camina de vuelta a casa con un niño quejica en cada mano. Ella les contesta, les calma, les regaña si se pasan de la raya, pero la cabeza no para de darle vueltas. «Qué pérdida de tiempo.»

Diciembre se acerca y con él las Navidades y eso es algo para lo que Emma no está preparada. Tiene miedo de las reuniones familiares, de las posibles escenas que puedan montar.

En casa andan todos de puntillas. Tomás sigue enfadado y se niega a hablar. Llega demasiado tarde la mayoría de los días. Los niños suelen estar durmiendo ya. Casi mejor, se dice Emma. No le gustan nada los ojos enrojecidos de su marido, el olor que despide a triste bar, pero por otro lado también le duele que les dé ese trato a sus hijos, que los ignore así.

Emma siempre está seria, con la mente dispersa. Le cuesta entrar en contacto con la realidad. Los pequeños perciben la tristeza a su alrededor y se portan mejor que de costumbre. No gritan, no corren, obedecen a la primera. Su comportamiento es ejemplar aunque algo inquietante en dos chiquillos de tan corta edad.

Mientras tanto, la vida sigue. Los escaparates empiezan a mostrar árboles con adornos de colores y figuritas de Papá Noel. Marcos está encantado con la novedad. Por supuesto, no se acuerda del año pasado, era casi un bebé. Julia le canta villancicos y ahora los recitan juntos sin cesar. Emma se mantiene al margen, sin fuerzas para participar de esa alegría facilona.

Las mamás de pilates organizan la cena. Hablan de modelitos y discotecas. Emma no va a comprarse nada nuevo. Se pondrá lo mismo que cada día. No le apetece marearse más.

Llega el viernes, la noche indicada, y ni siquiera lo ha comentado con Tomás. Le prepara la cena como de costumbre y se la sirve en el salón.

—Esta noche salgo —le dice misteriosa al dejar su plato en la mesa.

Supone que él, como mínimo, le preguntará adónde o con quién va, pero se contenta con mirarla con desprecio de la cabeza a los pies.

—Haz lo que te dé la gana —le escupe desviando la vista al televisor.

Emma se arregla con tranquilidad. Han quedado tarde a propósito. Los niños se han dormido a su hora sin demasiados problemas. Tiene tiempo de sobra para ella, algo que pocas veces sucede. Llega en taxi al lugar elegido. No quiere molestarse en tener que aparcar, en controlar cuánto bebe. Hoy ha decidido consentírselo todo, a ver si puede, aunque sea por un rato, quitarse esa amargura que lleva encima como una faja apretada que no la deja respirar.

Las organizadoras de la cena han elegido un restaurante remilgado, de esos que pretenden pero no llegan. La comida es floja, los fritos aceitosos y andan escasos de pan. Punto fuerte: la sangría. La sangría está divina. Entre eso y que

la comida no es la bomba, todas beben de más. Las Mamás Casquivanas están desatadas. Levantan la voz, se ríen a carcajadas y, poco a poco, los temas de conversación van subiendo de tono.

Emma sigue un poco en Babia pero le empiezan a llamar la atención palabras malsonantes como «polla», «tetas», «follar» y «culazo», y frases como «quién lo pillara», «peazo tío» o «me lo comería enterito». La sangría va haciéndole efecto. Están hablando de tíos buenos que salen en la tele, en series, en realities que ella desconoce porque el mando es de Tomás. En la gran pantalla de casa solo se ven dibujos y deportes.

Emma es más de leer. Y de eso también charlan. Ahora se llevan los libros eróticos. Sus amigas hablan del bondage, las bolas chinas y el sexo anal con desenvoltura. Cualquier comentario obsceno es acogido con risas exageradas, y Emma, que por fin se ha enterado de qué va el rollo, también empieza a participar.

Se encuentra formando parte de un grupo, un poco vergonzoso en este momento, pero un grupo al fin y al cabo, y eso le gusta. Se anima a hablar y a soltar alguna barbaridad. Las Casquivanas se tronchan. Emma se crece, ya casi se siente como una más.

Tras un plato de tristes pastelillos de postre, a repartir y rebañar entre todas, se largan pegando gritos hasta un pub cercano. Arman tal jaleo que a punto están de que no las dejen entrar. «Que ya sois mayorcitas, por favor, comportaos un poco.» Emma está en el límite entre la aceptación y el rechazo. Al menos sus íntimas, la Casquivana Dulce Tetona y la Casquivana del Palo en el Culo, son ligeramente más comedidas que las demás.

Según pasan las horas, la masa crítica se va deshaciendo. Que si mañana los críos se levantan muy pronto, que si tenemos cursillo de natación a las diez, que si comemos en casa de mis suegros y no puedo llegar hecha polvo... El caso es que un buen rato después, tras tantos planes ideados, tantos cuentos de la lechera sobre discotecas desde las que ver amanecer y tanto hablar de desayunar antes de volver a casa, solo quedan cinco mamás. Entre ellas Emma, que aguanta estoica. No tiene ninguna gana de regresar a casita con Tomás.

Siguen la programación original de la noche y, de improviso, se ven inmersas en un local abarrotado de veinteañeros con música repetitiva y estridente. Las miran como a ancianas. No saben de quién fue la idea de ir allí, pero esto no es lo que necesitan para mejorar su autoestima. Prueban en otro lugar. El local de enfrente, por ejemplo.

Es un garito amplio y mal iluminado. Suenan grandes éxitos en castellano de todos los tiempos. La gente canta a viva voz. Este sitio sí es apropiado para una cena de Navidad. Enseguida entran en calor. Hacen un corrito. Corean los

estribillos, bailan las coreografías de la época y, si no las había, se las inventan.

Los tíos de alrededor empiezan a tomar posiciones. Saben que en un grupo de mujeres bebidas hay más posibilidades de ligar. «Aquí hay cacho», deben pensar.

Al cabo de un ratito todas tienen un admirador particular, alguna incluso más de uno. Les ríen las gracias y los piropos, se hacen las interesantes y, si el tipo es agradable, hasta se dejan invitar.

Una hora después se descuelgan dos mamis más del grupo. Solo quedan ya las tres mosqueteras: Emma, Paula e Inés. Debe ser que el rodaje de cada jueves en el sitio de bolas las hace aguantar.

A Emma lleva un rato achuchándola un tipo normalito. Bajito para ella, algo rechoncho. Le suelta bromas insulsas y le ha dicho tres veces que tiene un pelo muy bonito. Previsible. De tan previsible que es, le resulta aburrido. Se plantea recoger ya. Mañana tiene pendientes un par de lavadoras y, si no las pone temprano, no se le van a secar.

De golpe presiente algo y sus ojos se mueven solos hasta la barra. Hay un tío mirándola fijamente. Levanta su copa en el aire en señal de saludo y sonrío a Emma. A ella le parece atractivo de inmediato, qué cosas. Es raro, a Emma los calvos nunca le han llamado la atención, pero este en concreto le parece sexi. La forma rasgada de los ojos, los labios gruesos, el contorno del cráneo quizás. Curioso. Está bien el tío. Y él la mira. La mira y mucho.

Emma le devuelve la sonrisa sin darse cuenta y, avergonzada de su atrevimiento, se pone a bailar. Suavecito, como quien no quiere la cosa. Muy consciente de sus gestos y sus movimientos. No puede evitar mirar de reojo para comprobar si él la sigue vigilando. «¡Mierda! —Ya la ha pillado de nuevo—. ¡Joder, otra vez! —No sabe disimular.»

Diez significativos y ansiosos minutos después el Tío Calvo se aproxima a Emma. Ni siquiera le dirige la palabra, se coloca tras ella y le pasa la mano libre de cubata por la cintura. Emma se queda rígida como un poste. Valora los pasos a seguir. ¿Primero codazo y luego bofetada? ¿Quitarle ofendida la mano y salir corriendo? Pero tras el pánico inicial reconsidera su actitud. El caso es que es una sensación agradable. Se está bien así.

Intercambia una mirada con sus amigas. Ambas le sonrían. «¿Por qué me sonrían? Espera, ¿me están animando?» Así es. A las mamis de pilates les parece bien que Emma, casada y con dos criaturas, se pegue unos refregones con un completo desconocido que aún no le ha dirigido la palabra. Pues si ellas lo dicen... Emma se siente en cierto modo liberada y consiente en seguir bailando con la mano del desconocido en su cintura.

El local ya no acompaña. Las luces son tenues, eso es cierto, pero ahora

está sonando Hombres G. Con esta música nadie puede ponerse cariñoso. El Tío Calvo debe pensar lo mismo. Se acerca a su oído y le susurra el típico:

—¿Nos vamos a un sitio más tranquilo?

¡Madre mía!, el corazón de Emma se va a salir de su pecho. Lo nota golpeando fuerte fuerte. Le tienta lo nuevo, lo desconocido, de la misma forma en que lo teme. No sabe qué hacer. El chico es sexi, pero ni siquiera está segura de haberlo visto bien.

Tiempo, necesita unos minutos.

—Tengo que ir un momento al baño.

Huye a los servicios y sus amigas corren tras ella como colegialas.

—Chica, date el gusto —le exige la Dulce Paula.

—Así estaréis en paz —la justifica la rígida Inés.

No es mala solución. Así estaremos en paz. Diente por diente, cuernos por cuernos... Pero es que ella ni siquiera está del todo segura de que su marido la haya engañado. ¿Y si no es así?

Le parece que sus amigas hablan por hablar. No saben nada de su historia, pero es evidente que no tragan a Tomás.

—¿Estáis locas? No puedo irme con ese tío. ¡No lo conozco de nada! — Aunque no cabe duda de que lo está valorando.

Inés se retoca el pintalabios en el espejo que cubre la pared frente a los excusados.

—No sé, Emma. Haz lo que quieras, tampoco nos conocemos tanto pero, así, ya de lejos, se nota lo triste que estás. No tienes que acostarte con él, solo pasar un rato divertido. —Se vuelve hacia ella para concluir su arenga mirándola a la cara—: ¿Qué hay de malo en pasarlo bien una noche?

Pues así planteado, no parece tan desleal. Sentirse bien durante unas horas sería estupendo. No tiene que acostarse con él, no, claro que no. Solo dejarse mimar, quizás abrazar, por un tío atractivo que le diga cosas bonitas. Y puede irse cuando quiera. Algo de emoción en su vida no estaría mal.

Sus amigas la miran expectantes.

El caso es que le apetece probar. Nunca le llama nadie la atención y ese hombre le ha gustado. ¿No se lo iba a consentir todo esta noche?

—¿Y seguro que con ese?

—Es monísimo —le dice Paula.

—Está muy bueno —confirma Inés.

Pues hecho, aceptamos pulpo. ¿Cuernos por cuernos? Quizás. Los nervios le muerden las tripas.

El primer miedo de Emma es que para cuando salga del baño el Tío Calvo ya no esté. Pero no, sigue ahí plantado, justo donde lo ha dejado. Él le sonrío, ella le sonrío a su vez. El trato está hecho. ¡A jugar!

Salen cogiditos de la mano y todavía ni se han presentado. Caminan sin rumbo aparente para Emma, pero la ruta parece evidente para él. Dondequiera que vayan, el Calvito sabe bien cómo llegar a su destino.

—No me has dicho cómo te llamas —le pregunta con voz seductora. Por lo visto, todo en él es sexi.

—No me lo has preguntado. —¡Ja!, si pensaba que Emma era una chica fácil se está equivocando. A lo mejor se besa con él de inmediato, pero que le diga su nombre le va a costar mucho más.

Se ríe de forma sugerente y deja libre su mano para cogerla por la cintura. La sujeta fuerte. Cadera con cadera. La aprieta contra él. Es igual de alto que ella con su poco de tacón, lo cual es un alivio. Hasta ese momento no estaba del todo segura pero de estatura le va bien.

—Bueno, señora misteriosa, ¿me vas a decir tu nombre? —le ronronea junto a su mejilla. Uf, qué voz más sensual y la mano en la cintura con dedos que se abren y se cierran sobre su piel.

—Emma, me llamo Emma —le responde algo turbada. Le ha gustado el aroma de su aliento. Su corazón se dispara y la sangre empieza a circular más rápido por sus arterias. Sus sentidos se exacerban.

—Emma... —Deja su nombre deslizarse por el aire—. «Emma» significa «mujer con fortaleza», ¿lo sabías?

—Pues no..., pero me gusta.

Mujer con fortaleza. Es bonito. Ojalá la tuviese ella para deshacer todo lo que ha hecho mal.

—Estás muy seria. —Inclina un poco la cabeza y le da un beso con mordisco final en el cuello.

A Emma se le eriza la piel y sonrío un poquito. Le gusta este tío. Ha elegido bien. A pesar de los nervios, la está poniendo a cien.

Sin embargo, su valentía se desmorona al verse en la puerta de un hotel. No es exactamente lo que quería. Sí y no. Le apetece y no le apetece. Bueno, para su sorpresa, sí le apetece, pero no sabe si será capaz de llegar hasta el final. Si no se arrepentirá de su decisión y querrá escapar cuando ya no sea cortés decir que no.

Ya lo vivió una vez, estas prisas con un desconocido, y acabó siendo una experiencia triste y sórdida en un portal. Pero eso lo piensa su cabeza. Su cuerpo

anda en otros menesteres, bombeando sangre y hormonas por doquier. El Calvo Sexi la abraza y la besa suavemente en los morros. «Hmm, besa bien.» Emma abre la boca, le gusta su sabor. Entrelazan las lenguas. Se está poniendo cachonda. ¿Qué hacer? ¿Seguir o no seguir? Esa es la cuestión.

—Escucha —le susurra él a un centímetro de sus labios—, podemos subir, tomar algo del minibar, tumbarnos en la cama y besarnos un rato. Cuando quieras parar, paramos. Tú mandas.

Seguir besándose y abrazándose así un ratito más no estaría mal. La oferta le resulta más que aceptable. Emma le muestra una sonrisa tímida de confirmación. Está en el bote y él, que da muestras de ser experto en estas lides, debe saberlo.

Le ve pagar en recepción por adelantado. Eso la deja más tranquila, por lo menos no se va a despertar desnuda, sola y teniendo que hacerse cargo de la cuenta. Es una escena que ha visto en muchas películas y siempre se ha burlado de la necia mujer engañada.

El hotel es nuevo. La habitación es grande y agradable, en colores grises y verdes. Una cama, una cómoda, unas mesitas de noche y baño completo. La neverita con el minibar debe andar oculta en algún rincón.

El Calvito Sexi lanza su chaquetón de estilo marinero sobre una silla y se acerca a ella, la abraza y la besa otra vez. Tiene unos labios gruesos que se mueven como si se la quisiera tragar. Le desabrocha con calma el abrigo y lo desliza por sus hombros hasta que cae al suelo.

—Eres guapísima —murmura—, realmente guapísima.

Emma se ablanda a pesar de que quiere mantenerse digna. «Seguro que le suelta lo mismo a todas —se dice para intentar controlarse—. Pero qué coño, es que es verdad que soy guapísima. Estoy fenomenal.» Se concede un poco de autoestima, que falta le hace en este momento, con un desconocido sobre ella deseando verla desnuda.

El Calvo Sexi continúa con sus besos, le acaricia las sienes, le pasa los dedos entreabiertos por el cabello, desliza las manos por su espalda, sube de nuevo a su nuca... A Emma le gusta su delicadeza y se lo demuestra aferrándose a su cuello y arrimándose más.

—¿Te gusta? —le susurra al oído produciéndole un agradable escalofrío.

Ella asiente y es como la palabra mágica que él ha estado esperando. Poco a poco va pasando a mayores. Le está acariciando el culo, las caderas, pasea sus manos por la cintura, las costillas, los pechos. Con suavidad primero, imprimiendo más fuerza después.

—Tienes un cuerpo increíble, ¿lo sabías?

—Algo he oído...

El Calvito sonríe y sigue con su exploraci3n. Emma se deja hacer pero no mueve ficha. Se ha quedado con los brazos inertes alrededor de su cuello.  l le toma ambas manos y con ellas recorre su propio cuerpo. Las pasa por sus pectorales, que no est n nada mal, por el abdomen, que tampoco tiene pega alguna, baja a las ingles y,  sorpresa!, sobre una magnífica erecci3n. Las oprime contra él mientras la vuelve a besar.

Emma despierta de su letargo, se libera y se centra en desabrocharle la bragueta para liberarle a él. Sin embargo, el Calvo Sexi tiene otros planes. Le sujeta las manos y tira de ella hasta acercarla al borde de la cama. Se sienta en el colch3n y comienza a quitarle la ropa. Este cambio de escena la pone nerviosa. Ahora están separados.  l puede mirarla a ella y ella a él. No es lo mismo que el batiburrillo de brazos y besos, pene, pechos y piel. De nuevo son dos personas que no se conocen.

« Qu  vergüenza! Y... —se sorprende a sí misma— qué morbo.»

El Calvo Sexi le pide permiso con un gesto y ella concede. Le desabrocha la blusa sin prisas y la ayuda a quitársela junto con el pantal3n. Admira su cuerpo en ropa interior, un sencillo conjunto de color negro, sin encajes ni estampados. Sus ojos le dicen que se la quiere comer. La empuja con delicadeza para que caiga sobre la cama.

Ahora es ella quien lo observa mientras se abre su camisa gris, se baja poco a poco los vaqueros azules y deja a la vista un bonito cuerpo y unos boxers negros con la marca Calvin Klein en la cintura.

Emma est  a punto. La situaci3n la estremece y el tío está bueno de verdad.

Se coloca encima de ella y la vuelve a besar. Se acarician, se van conociendo, un leve mordisco aquí, un besito por all . Se terminan de quitar la poca ropa que les queda.

Han dejado la luz encendida sobre sus cabezas. Emma cierra los ojos. Nota los poderosos labios del Calvo Sexi recorriendo su cuerpo. El cuello, los hombros, se entretiene en las clavículas, baja por sus senos, recorre con la lengua sus pezones erectos. Sigue bajando por su vientre y se deleita un rato en el ombligo. Emma escucha unos ruidos que al principio le cuesta reconocer. Son jadeos.  Sus jadeos! Sus propios suspiros la excitan aún más.

El Calvito ha llegado a su monte de Venus y la obliga a separar las piernas. Emma se opone un poco. Solo Tomás ha estado antes ahí. Eso es lo que más vergüenza le da. Pero la resistencia le dura poco tiempo, le puede la necesidad. Abre los ojos un momento pero le molesta la luz y los vuelve a cerrar. Nota c3mo él le lame las ingles, la vulva. Las piernas se le abren solas hasta límites imposibles, como si tuvieran voluntad propia.  l aprovecha y le atrapa el clítoris con la boca, tira de él, lo absorbe, lo chupa, lo vuelve a soltar. Emma ha llegado

al límite y no aguanta más. Quiere su pene dentro de ella. Lo quiere ya.

Lo agarra por los hombros pero él no se deja avasallar. Tiene un objetivo y no se va a detener, ahora lo sabe Emma, hasta que la oiga gritar. Nota cómo su cuerpo se tensa. Curva su espalda, levanta la pelvis. El orgasmo al fin llega liberándola. Le clava las uñas en los costados hasta que la sensación pasa. Se queda espatarrada sin poder reaccionar, como una muñeca de trapo a la que acaban de lanzar sobre el colchón. Pero todavía no ha terminado la fiesta. Lo mejor está por llegar.

El Experto Calvito se pone de rodillas sobre la cama con Emma entre sus piernas. La toma por la cintura y la vuelve boca abajo sujetándola por las caderas para que permanezca a cuatro patas. Se oye un chasquido, algo que se rasga. La funda del condón sale volando por los aires.

Emma sufre un instante de turbación y culpabilidad. Eso de protegerse no se le había ocurrido a ella.

Acerca su pene vestido de gala al sexo palpitante de Emma y la penetra con facilidad. Entra y sale de ella despacio y, poco a poco, va ganando velocidad. Emma flexiona los brazos y oculta la cara en la sábana. Está extasiada. Las sensaciones la abruman, la enloquecen. No quiere ni puede parar. Pero él sí para. Se detiene para darle la vuelta y ponerla boca arriba y la vuelve a penetrar. Empuja y empuja y empuja y empuja hasta que Emma vuelve a sentir esa oleada demencial. Grita y se aferra a su espalda, le muerde los labios y, por fin, se deja caer sobre la cama.

Se siente en la gloria. No ha tenido una experiencia igual jamás. O al menos, si la tuvo alguna vez, hace tanto que no se puede acordar. Ahora entiende perfectamente la expresión «le hace falta un buen polvo». Este ha sido sin duda un buen polvo y se siente muchísimo mejor. Desde luego, le hacía falta.

El Calvo Sexi deja el condón usado en el suelo y se tumba a su lado respirando con dificultad. Le cuesta un poco reponerse. Se vuelve hacia ella y le pasa el dedo índice por las costillas, por la cintura.

—¿Lo has pasado bien? —le pregunta.

«¿Cómo?, ¿ahora hay que hablar?» Emma no entiende de esto. Creía que en estas situaciones él se levantaría para irse a su casa y aquí paz y después gloria.

—Sí, gracias.

Hay que ser educada, para eso ha ido a un buen colegio, pero él se echa a reír.

—¿Gracias? ¿Me das las gracias? Creo que te hace falta salir más. —Tiene una risa bonita.

«Eso seguro», piensa Emma, pero no le contesta. Observa las marinas de la pared. Dos láminas de Sorolla. «Qué originales.»

—¿No me vas a decir nada?, ¿no me vas a contar nada de ti? —le vuelve a preguntar.

—No hay mucho que contar...

«No sueñes con que te explique mi vida. Esto es solo sexo.»

¿Qué hará Tomás en el burdel? Le gusta charlar con las chicas. ¿Charlará después de follar? ¿Les hablará de ella, de su mujercita? ¿Les contará Tomás historias de sus retoños? Casi seguro que sí. Ahora mismo pondría la mano en el fuego por que su marido la ha engañado. Es imposible que vaya cada semana a uno de esos clubs y no haya pecado alguna vez. Con esas chicas preciosas acosándolo e insinuándose. Tomás no tiene tanto carácter. Si el sexo puede ser así de bueno y él lo ha probado, ha tenido que volver a por más.

Emma intenta sentir la rabia que debería, pero mira en su interior y no hay nada. Solo vacío.

—Estoy casada y tengo dos hijos —le suelta sin haberlo pensado siquiera.

Él se incorpora un poco y se apoya en un codo.

—¿En serio? Tienes un cuerpo increíble. Nadie diría que has estado embarazada. —Recorre con su dedo índice el vientre donde un día anidaron Julia y Marcos—. ¿Y por qué te has venido esta noche conmigo?

«Pero ¿esto qué es?, ¿un interrogatorio?»

—Porque quería saber lo que se siente con otro hombre. Solo he estado con mi marido.

Las palabras le salen solas. No se le había ocurrido hasta ahora ese motivo. «¿Es cierto?, ¿ha sido por eso? Bueno, ya qué más da. A lo hecho, pecho.» Eso debe pensar Tomás, que duerme como un tronco por las noches y no ha perdido el apetito jamás.

El Calvo Sexi se levanta y consulta la hora en su móvil. Parece calcular. Le salen las cuentas y se acerca a ella con mirada viciosa. Emma se excita, consiente y vuelven a follar.

Esta vez Emma es la que da. Explora su cuerpo, lo mima, lo chupa. Se mete su pene en la boca y observa el placer en su rostro. Se coloca sobre él y lo posee con autoridad. «¿No mandaba yo?» Ambos llegan al orgasmo casi a la vez. Se quedan tumbados enroscados, brazo sobre brazo, pierna sobre pierna, esperando a que su respiración se normalice.

Él le hace alguna otra pregunta banal:

—¿Vives en la ciudad? ¿Sales mucho? ¿Sueles ir a ese local?

Sí, no, nunca. Se han hecho las tantas. Emma se empieza a adormecer. En ese momento él se pone en pie.

—Me tengo que ir ya —le explica. Ella asiente. Pss, le da igual—. ¿Quieres que te acerque a algún sitio?

—No, no es necesario, gracias.

Él vuelve a reírse. Le da un beso tierno de despedida en los labios.

La deja en la habitación. Emma se mete bajo las sábanas y disfruta de la idea de poder descansar sin que nadie vaya a turbar su sueño. Ni su marido ni sus hijos. Hoy dormirá hasta que le venga en gana.

Se queda frita en un segundo.

Despierta con la luz del sol entrando a raudales a través de los visillos verdes. Le cuesta ubicarse. Se sorprende de su atrevimiento y se siente audaz.

Cuando salió de casa, no llevaba la idea de nada parecido. La ha pillado desprevenida este súbito cambio en su vida, este desparrame.

Se levanta con tranquilidad y va al baño a mear. Llena la bañera y vierte el contenido del pequeño frasquito de gel verde que hay en una bandeja sobre el lavabo. Hace mucha espuma, pero cuando se sumerge en el agua cálida, se queda en nada. Solo ha sido una ilusión, como su pasada noche.

Permanece dentro de la bañera hasta que comienza a sentir frío. Se seca con cuidado y se vuelve a vestir. No ha querido lavarse el pelo y su rostro parece un mapa. El rímel corrido, los labios hinchados, marcas en la piel. Se adecuenta como puede, mojando con agua y jabón un poco de papel higiénico y frotando el cerco oscuro que sombrea sus ojos.

Deja la habitación con cierto pesar. Hacía tiempo que no había disfrutado de tanto relax, dormido tan profundamente.

Sale del ascensor y encuentra en el vestíbulo del hotel a un grupo de jubilados hablando holandés. Pasa por su lado poniendo cara de niña buena, disimula mirando al suelo. Casi choca con el tipo de recepción que los atendió al llegar al hotel. La mira de arriba abajo. Emma teme que vaya a ponerla de vuelta y media. «Qué vergüenza, a tus años, y follando con cualquiera que te acabas de encontrar.» En lugar de eso, el amable señor le recuerda que el precio de la habitación incluye el desayuno bufé.

Emma le sonrío agradecida y desvía sus pasos hacia el restaurante. Escoge unos pastelillos con cabello de ángel con buena pinta y un zumo de naranja de tetrabrik camuflado en una bonita jarra de porcelana. Toma asiento en una mesita aislada. Se come los pastelillos y descubre que tiene más hambre, un hambre voraz. Repite el paseíto por la barra y añade a su desayuno dos ensaimadas y un café con leche. Saciada su ansiedad, vuelve a atravesar el vestíbulo y sale a la calle para coger un taxi.

De vuelta a casa.

Abre la puerta y sus hijos corren a recibirla.

—Ha vinío mamá, ha vinío mamá —grita Marcos alegre.

Julia la abraza en silencio, quizás temía que su mamá no volviera más. Ella les devuelve los abrazos y los llena de besos. Sus tesoros. Lo que más quiere en el mundo.

Sale a la puerta Tomás. La mira inexpresivo y vuelve al comedor. Emma lo

sigue y se sienta también en el sofá, pero en el extremo opuesto.

Los niños corretean contentos y aliviados, le cuentan cosas intrascendentes y se las repiten una y otra vez para asegurarse su atención.

Tomás le pide a Julia que se lleve a Marcos a su cuarto.

—Cielo, mamá y yo tenemos que hablar.

La sonrisa de los pequeños se nubla. Agachan la cabeza y obedecen sin rechistar.

Una vez a solas, Tomás encara a Emma.

—¿De dónde vienes? —le pregunta con voz pausada, contenida.

Emma ha estudiado Derecho, sabe que es mejor callar.

—Hemos ido a desayunar.

—¿A desayunar? Es media mañana ya. ¿Seguro que no ha pasado nada?

A pesar de las preguntas, su tono es más relajado. La excusa le parece admisible.

—Solo hemos ido a desayunar.

Emma está tranquila. Concentrada en dar buena imagen. Es consciente de que cuanto más explique, peor impresión va a dar.

Por fin él asiente. Ha sido tan rápido en aceptar sus excusas que Emma se siente un poco decepcionada. Esperaba una escena más desagradable, terminada en gritos y una confesión por parte de ella. Herirlo con sus palabras como él la ha herido a ella en tantas ocasiones. En vez de eso, Tomás mira su reloj y se levanta.

—Pues date prisa porque mis padres nos esperan a comer —le ordena.

«¿¡Cómo?!» Si se supone que ni siquiera ha dormido, ¿cómo va a irse por ahí a comer? ¿De verdad cree que va a seguirlo allá donde él vaya, que va a hacer lo que él diga sin rechistar?

«Y ¿por qué no, Emma?, siempre lo has hecho. Has bailado al son que él tocaba desde el principio. Decidió cuándo y cómo debía ser vuestra boda, organizó sin contar contigo la luna de miel, eligió el piso donde vivís, en qué ibas a trabajar y de qué manera. ¿Cuándo fue la última vez que te permitió decidir algo? Incluso el nuevo colegio de los niños lo ha escogido él...»

Emma se deja caer sobre el respaldo del sofá. Mira a Tomás y no da crédito. No es para tanto ese hombre que tiene delante. No se merece tanta abnegación. ¿Cómo ha llegado a esta situación tan degradante? Hasta se atreve a poner límites a lo que debe y no debe saber de él.

La bola de rabia que lleva dentro va subiendo por sus intestinos, su estómago, su esófago y se le queda atascada en la garganta. Abre la boca a ver si sale pero no, no emite ningún sonido.

—¿Qué? —le pregunta Tomás, que no le ha quitado los ojos de encima y ha

notado el movimiento de sus labios.

—Dime la verdad.

Hasta ella misma se sorprende. La bola ha salido por fin. Con voz firme, alta y clara.

—¿La verdad de qué? ¿Qué quieres que te diga? —Tomás no tiene ni idea. No sabe por dónde van los pensamientos de Emma. Vuelve a mirar el reloj.

Ella se endereza y se pone también de pie.

—Dime si te has acostado con alguna otra mujer. Con una de esas chicas de los clubes en los que os reunís. Dime cuántas veces ha pasado. ¿Llevas la cuenta?

Ahora es Tomás el que abre la boca sin soltar prenda. Está perplejo. Niega con la cabeza y resopla resignado. «Qué pesada es esta tía», parece decir con el gesto.

—Emma, no es momento para esto. Déjalo estar, vamos a llegar tarde —le contesta al fin disponiéndose a salir de la habitación.

—Yo no voy a ningún sitio, Tomás. Dime de una vez por todas si te acuestas con otras. —Su voz ha sonado realmente firme. Más firme de lo que se siente por dentro.

Él se enciende en un momento. El rostro rubicundo en llamas. ¿De vergüenza o de enfado? No sabría decirlo.

Emma se acerca a él. No le va a dejar escapar. Esta es la definitiva, no se van a mover de ese comedor hasta que le diga todo lo que quiere saber.

—Contéstame, dime de una maldita vez si te tiras a otras —le exige con rotundidad.

Tomás agacha la cabeza, parece que medita su respuesta. Respira hondo antes de lanzarse a hablar:

—Emma, no voy a darte ninguna explicación ni te voy a contar nada. Lo que yo haga no te incumbe. Disfruta de lo que tienes, de la vida que te doy, y no me amargues con tus historias. —Le da unos segundos para que asuma lo que le acaba de soltar y continúa con su aberrante discurso—: Ya eres mayorcita, sabes lo que te conviene. Sé buena chica y arréglate, anda, mis padres nos esperan.

Emma parpadea varias veces. De tanto abrir los ojos por el asombro, nota que se le han secado un poco. Él no le va a explicar nada más porque no se siente en la obligación de hacerlo. Ella es solo su mujer y debe permanecer ajena a ciertas cosas.

Retrocede en el tiempo, busca un punto de inflexión. ¿Cuándo cambió Tomás? ¿Siempre ha sido así, un arrogante machista autoritario? ¿No se ha dado cuenta hasta ahora? ¿Cómo es posible? ¿En qué estaba pensando? No..., no puede ser.

A falta de otra opción mejor, intenta darse respuesta ella misma a las preguntas que asfixian su mente.

«¿Cómo pudo perseguirme durante tantos meses para luego tratarme así? Tenía que estar muy enamorado de mí. ¿Qué ha ocurrido?, ¿qué es lo que he hecho mal para que eso cambie?»

«No ha cambiado nada. Nunca se enamoró de ti porque las personas como él solo pueden enamorarse de sí mismas. Tú fuiste su gran conquista, Emma, la única que se le había resistido hasta el momento. Está acostumbrado a conseguir lo que quiere y tú no ibas a ser diferente.»

«Pero aguantó mucho mucho tiempo antes de llevarme a la cama. Debía sentir algo por mí.»

«Lo más probable es que en eso no tuviera ningún problema, que no le importara hacer tiempo con otras mientras tú te decidías.»

«Eso es muy cruel. Aún no es seguro que me haya puesto los cuernos alguna vez. No ha confesado nada.»

«Ni lo va a hacer, tenlo por seguro, pero podrías poner la mano en el fuego por que visita algún puticlub, al menos, una vez a la semana. ¿Qué más necesitas saber?»

El hecho es que ya no le importa si su marido va a esos clubes a tirarse a alguien o no. El mero hecho de imaginarlo allí, apoyado en la barra, tomando una copa mientras inspecciona el género y alienta a sus clientes a hacer uso de él, le parece de lo más repugnante.

«Pero él no era así. Me compraba regalos, me llevaba a todas partes, me presentaba a todo el mundo..., estaba orgulloso de mí.»

«Su trofeo, Emma, eras su trofeo. Te regalaba ropa y alhajas para que causaras mejor impresión ante sus conocidos. Te obligó a cortarte y peinarlo a su gusto. Insistió e insistió hasta que lo consiguió. Un bolso por aquí, una chaqueta por allá. Dejaste de ser Emma para convertirte en la mujer de Tomás.»

«Teníamos muchos amigos. No podía ser tan malo si todo el mundo quería estar con él.»

«Solo quedaron sus colegas. Seleccionó a tus amigos y ninguno le pareció adecuado. ¿Te preguntas por qué ya no tienes amigas? Te separó de ellas y te dejó sola. Estaba probando hasta dónde podía llegar y llegó donde quiso.»

»Con lo único con lo que no logró acabar fue con tu relación con Javi. Y no es porque no lo intentara. Lo intentó, lo sabes bien. Sabes de sobra cuántas veces te habló mal de él, te tiró de la lengua para sacarle defectos, para ponerte de su parte. Con tus amigas hizo lo mismo y lo consiguió, pero a Javi lo tienes en un altar. Nunca escuchas nada malo de él. Con él no pudo.»

»Se ponía enfermo cada vez que salíais. Por eso llegaba tarde a casa cuando quedabas con él, hacía todo lo posible para que los niños se despertaran temprano al día siguiente y les proponía actividades ruidosas que no te dejaban descansar... Era su pequeña venganza a tu atrevimiento.»

«No tiene sentido. Me quería, tuvo que quererme en algún momento. Si hasta me preparó un puesto en la oficina a mi medida. Lo hacía todo por mi bien.»

«Para tenerte controlada, Emma. Sometida, anulada. ¿Por qué no ha querido nunca contratar a alguien para llevar la casa a tiempo completo? Puede permitírsele pero no le da la gana. Prefiere que seas tú quien le planche las camisas, la que le haga de comer.»

Todo esto que debate para sí le recuerda mucho a alguien, aunque le cuesta admitir las similitudes con ella misma. Siempre le ha parecido una persona dulce y cariñosa, pero sumisa y sin personalidad alguna. Le consta que tiene un marido que la domina como pretende dominar todo lo que toca. Pero ella no es así, de ninguna de las maneras. Emma no es como su suegra.

«Mierda.»

Su nivel de alerta se pone al rojo. Ve a su suegra y se ve a ella dentro de veinte años. Muda, ausente, apocada, dedicada con devoción a sus nietos porque rebosa amor y no puede expresarlo de ningún otro modo. Con los ojos tristes y los hombros hundidos al lado de un hombre que la mira con el ceño fruncido cada vez que comete una torpeza, que solo le dirige la palabra para ordenarle cosas o burlarse de ella. Su suegro, igualito que su marido dentro de veinte años.

—¿Qué?, ¿te mueves o vas a venirte a comer con esas pintas de golfa?

Tomás está tranquilo, cree que tiene amansada a la fiera. Que aunque le abra la boca con las dos manos y le meta la cabeza dentro nunca se atrevería a morderle. Para él Emma ya está perfectamente domada.

A ella, sin embargo, le queda aún por responderse una última pregunta.

«¿Deseo esta vida, ese futuro, para mí y mis hijos?»

La respuesta está clara.

—Tomás —le dice intentando mantenerse serena, haciendo un gran esfuerzo para no llorar—, quiero el divorcio.

Emma está en una habitación blanca, muy iluminada, casi deslumbrante. Se contempla a sí misma como si fuese su propio ángel de la guarda.

Aprecia el pelo naranja sobre la piel blanca y desnuda de los hombros. Parece que no lleva nada de ropa. Desde su posición elevada ve asomar sus manos y piernas. Sus muñecas están ligadas con cuerdas a lo que podría ser el reposabrazos de dondequiera que esté sentada.

Lentamente la cabeza de Emma, la Emma que ella está observando, empieza a moverse hacia el hombro derecho y, venciendo la resistencia del cuello, gira unos imposibles 180 grados como si se tratase de una muñeca en manos de un niño descuidado. De improviso levanta el rostro hacia ella.

Emma mirando a Emma. Una Emma atada, sujeta, inmovilizada, que la observa con las cuencas oscuras y vacías.

Se incorpora en la cama envuelta en pánico y permanece sentada un largo minuto hasta que su pulso se normaliza. Solo ha sido una pesadilla.

En la oscuridad de la habitación percibe que hay algo diferente a lo habitual en sus noches. En la mesita a su izquierda un despertador anticuado le indica la hora con saetas verde fosforito. Son las tres de la mañana.

También le hace saber dónde está.

Un golpe profundo, un dolor hondo, le ataca la boca del estómago. Está en casa de sus padres y acaba de recordarlo todo.

La fiesta con las mamás de la guardería, el polvo improvisado con el desconocido del pub que aún le provoca cosquilleo entre las piernas, el sueño reparador en el hotel, el agradable desayuno y, tras todo eso, el horror.

La vuelta a casa, la discusión con Tomás y el diálogo consigo misma. Esa voz sensata que por primera vez no pudo acallar, que le concedió todas las respuestas que le faltaban desde hacía años. La decisión de divorciarse y todo lo que ha ocurrido después, hace solo unas horas.

Tomás mostrándose escéptico al principio ante su petición de divorcio. Luego se ha puesto como un gallito en el corral.

—No tienes ni idea de lo que dices, no juegues conmigo, que me vas a cabrear.

También lo ha intentado más suave:

—Venga, cariño, sabes que te quiero, estás loquita por mí, dejemos esta pelea absurda.

Ella se ha mantenido en sus trece y él, en cuanto ha sido consciente de que la voluntad de Emma era férrea, ha vuelto a cambiar de actitud. A grandes

zancadas por el comedor ha empezado a proferir tacos y amenazas.

—¡Soy abogado, Emma! ¡Te voy a dejar en la calle! —le ha gritado.

Eso es cierto. Él tiene un bufete que le respalda, su bufete, y Emma no tiene nada. Por no tener, ni siquiera tiene dinero propio. Todo lo ganado durante sus años de matrimonio ha ido a parar a una cuenta común de la que ambos disponen para los gastos de la casa.

«¿Qué hace él con mi dinero?», se ha preguntado en ese momento. No lo sabe y no le ha preocupado hasta ahora. Un escalofrío le ha recorrido la espalda. ¿En qué régimen se casaron? Tampoco logra acordarse. ¿Están en separación de bienes? Joder, ni idea, lo va a tener que mirar.

Pero esas no son razones para aguantar, el dinero no puede ser un motivo para seguir con un matrimonio que no funciona. Aunque tengas dos criaturas que cuidar, ¿verdad?

—Me da igual, Tomás. Haz lo que tengas que hacer —le ha respondido fingiendo una entereza que empezaba a flaquear.

Y el toro bravo ha vuelto a escarbar en la arena. Las fosas nasales abiertas hasta lo inimaginable, los ojos fuera de las órbitas.

—Te voy a quitar a los niños, Emma. Me voy a quedar con la custodia y solo los vas a ver dos fines de semana al mes —le ha escupido con una sonrisa bravucona.

Emma ha notado el golpe en el pecho, justo en el corazón. La bala ha debido atravesarla y quedarse alojada en un ventrículo. La herida ha empezado a sangrar. Se ha mareado, no podía respirar bien. Las ideas en su cabeza se han vuelto confusas.

Pero no, no ha sido un disparo de verdad, ha sido el gilipollas de su futuro exmarido, que la ha amenazado con quitarle lo que más quiere en este mundo.

«Ni lo sueñes, cabrón.»

Se ha levantado del sofá controlando el temblor de sus piernas.

—¿Y cómo piensas cuidar de ellos? ¿En los veinte minutos que te tomas para almorzar? ¿A qué hora se bañan, Tomás? ¿Y cuándo cenan? ¿Sabes qué está haciendo Julia en el cole? ¿Vas a repasar con ella las lecciones por las noches? ¿Los vas a llevar al parque cada día? Mientras, puedes hacer amistad con otras mamás.

Le ha hablado con paciencia, como se hablaría a alguien un poco torpe. No quería retarlo, sino ganar la batalla. Sus hijos son lo primero.

—Contrataré a alguien para que haga todo eso —le ha replicado como si le hablase de regar las plantas.

Emma ha visto a su paciencia saliendo de su cuerpo y escapando por la ventana.

—¿Y cómo vas a defender eso en un tribunal? «Señoría, me encanta ir de putas y llegar tarde a casa. He puesto los cuernos a mi mujer durante un montón de años. Ella ha parido y cuidado de nuestros hijos y, justo ahora, la muy desagradecida dice que se quiere divorciar. Ruego a su señoría que se apiade de mí y me conceda la custodia de mis retoños. Contrataré a una buena chica para que cuide de ellos las veinticuatro horas del día mientras yo hago mis cosas.»

Emma no ha podido evitar hablar con ironía. Incluso ha ahuecado la voz y ha puesto los brazos en jarras para hacer más irónica la escena. Error, eso le ha cabreado mucho más.

Él le ha contestado con los dientes apretados, como una serpiente de dibujo animado que susurra los peores males, sin mover los labios ni alterar la voz, aunque Emma podría jurar que ha visto asomar la lengua bífida.

—No tienes pruebas, Emma. No puedes demostrar nada. Nadie va a apoyarte en esto. Estás sola. SOLA. Si me dejas, te vas a quedar en la calle sin un duro y no vas a ver el pelo a los críos.

«Pues entonces me quedo, no te jode.» Pero el miedo le ha calado hondo.

Si de algo tenía ganas Emma es de que Tomás saliera de su vida para siempre a sabiendas de que es imposible que eso ocurra, que los hijos te ligan a esa otra persona aunque la aborrezcas. Y, en ese momento, ella aborrecía, odiaba a Tomás sobre todas las cosas.

A partir de esa amenaza, Emma le ha otorgado la callada por respuesta. No ha vuelto a dirigirle la palabra, y él se ha cansado de mal hablar a una pared y se ha largado del salón a buscar a los niños.

—¡Le he dicho a mi padre que íbamos a comer y vamos a ir a comer! —ha sentenciado con un último grito de despedida.

Emma ha oído los gemidos asustados, los llantos ligeros que ganaban fuerza. Se ha asomado al pasillo para intervenir, pero la mirada de su todavía marido ha sido muy clara: «No te atrevas a impedírmelo». La ha amedrentado.

Ha tenido que morderse los labios y apretar los puños, llegar a sentir las uñas atravesando su piel, hasta que la casa se ha quedado en silencio.

Tomás se ha ido dando un portazo con los niños detrás, agarrados por los brazos, llorando a moco tendido. Sus pequeños, sus amores. No ha podido hacer nada para evitarlo. Ni siquiera la ha dejado despedirse de ellos.

Recuerda haberse hecho un ovillo en el sofá intentando respirar pausado para dejar de temblar. La soledad, la terrible soledad que ha sentido le impedía moverse.

No sabe cuánto tiempo ha permanecido así. Debía ser media tarde cuando el hambre le ha provocado náuseas y ha tenido que levantarse a comer algo aunque, luego, en la cocina, al abrir la nevera solo sintiera más ganas de vomitar.

Con la puerta abierta, las tripas rugiendo de hambre, la garganta cerrada sin poder tragar, las manos temblorosas, los nervios llenando cada una de sus células de los pies a la cabeza... Emma estaba perdida, completamente perdida y comenzaba a dudar de todo lo que había provocado.

Deseaba poder dar marcha atrás y tener con ella a sus hijos, abrazarlos, besarlos, pero tampoco quería volver a lo que tenía con Tomás. Para colmo, sin venir a cuento, se ha acordado de Javi y de lo mucho que lo echaba de menos. Se ha dado cuenta de que desearía estar con él y, entonces, ha visto a Mila, la Bella, la perfecta Mila, con su enorme bombo, el bombo de Javi, y esa ha sido la gota que ha derramado sus lágrimas.

Se ha puesto a llorar, pero a llorar con gritos. Con esos gemidos que no acostumbras a escuchar en un adulto. Esos llantos de cementerio, de cuando entierran a alguien. Quizás porque Emma se sentía muerta por dentro.

La terrible llorera ha calmado sus nervios y ha podido comerse una manzana y centrarse un poco y contar las horas. Darse cuenta de que ya pasaban de las ocho de la tarde y por allí no aparecía nadie. A las nueve seguía igual, acurrucada bajo una manta en el sofá llorando a poquitos y sonándose los mocos, autocompadeciéndose y maldiciendo su suerte por haber elegido tan mal.

A las nueve y media ha sonado el teléfono y ha volado a cogerlo. Una voz adulta, cascada, ha carraspeado un poco y le ha susurrado:

—Emma, están aquí, están bien, no te preocupes. Han comido helado y visto dibujos. Ya están acostados.

Ni siquiera ha podido darle las gracias a su querida suegra, que se la ha jugado en esa casa patriarcal porque sabe, como madre que es, lo que estará sufriendo Emma.

Eso le ha recordado a su propia madre y le ha hecho marcar su número. Por eso ahora está en esa habitación-mausoleo de cortinas rosas y fotos de Brad Pitt y Tom Cruise pegadas en el espejo, mirando un despertador con saetas verde fosforito que le avisa de que ya son las cinco de la mañana.

Porque se ha presentado en casa de sus padres pasadas las diez de la noche. A esas horas ellos casi tienen un pie en la cama. Aun así, su madre le ha abierto tan estupenda como siempre. Unos vaqueros juveniles y una camiseta de algodón sobre un cuerpo alargado y un culo bien formado. Si alguien la viese alejarse, pensaría que solo tiene veinte años.

Eso mismo es lo que ha pensado Emma cuando, tras abrirle la puerta, su madre no se ha fijado en sus párpados hinchados y sus labios secos, sino que se ha dado la vuelta de inmediato para ir a atender no sé qué a la cocina.

Ha tenido que ir su padre a recibirla como es debido. Ha sido su padre ausente de lunes a jueves durante años —todos los que ella recuerda, al menos

—, ahora afortunadamente un jubilado vigoroso, el que se ha acercado a Emma para ofrecerle el abrazo que necesitaba.

Ha entrado en casa sujeta a su brazo, como si de una anciana se tratara, y se ha desplomado en el sofá al llegar al salón.

Su madre ha aparecido entonces con una servilleta de tela y un plato humeante. Le ha colocado la servilleta sobre las rodillas y en los morros una sencilla tortilla francesa con algo de pan tostado.

—Tenemos restos de comida india, pero como a ti no te gusta el picante...

Y ahí ha sido cuando se ha puesto a lloriquear. Ver que su madre se preocupaba por ella ha superado sus expectativas.

—Pero ¿qué ha pasado, cariño?, cuéntenoslo —le ha preguntado su padre sentándose a su derecha.

Su madre, por lo visto es más lista, ya lo sabía.

—¿Te ha dado alguna explicación? —le ha soltado mientras ponía su culo perfecto de casi sesenta y cinco años a la izquierda de Emma.

«¿De qué coño habla?»

—¿De qué hablas, mamá? —le ha preguntado entre sollozos.

—¿Sabes por qué? ¿Te ha dicho por qué se iba? —le ha insistido muy tranquila. Le faltaban las palomitas para disfrutar al completo de la teleserie de su hija.

De pronto Emma lo ha visto todo en color rojo. Toda la rabia que sentía hacia Tomás ya tenía donde volcarla. Sobre su madre, que no se ha planteado, ni por un momento, que pueda ser ella la que haya abandonado a su marido. Que no ha creído que tenga capacidad de decisión ni coraje para hacer algo así.

Se ha levantado con la energía insuflada por el enfado para escuchar un sonido inconfundible: la tortilla y el plato desparramados por el suelo en diminutos fragmentos, pero eso le ha dado igual. Incluso le ha parecido una forma de vengarse de su madre.

—¿Por qué piensas que ha sido él? ¡¿Eh?! ¿No he podido ser yo la que ha dejado a Tomás? ¡¡Pues he sido yo!! ¡¡Yo!! —le ha chillado retándola, agitando los brazos y pegándose golpes en el pecho con cada «yo» que pronuncia—. ¡¡Yo!! ¡¡He sido yo!! ¡¡Yo!!

Su padre se ha puesto en pie y le ha tomado las manos con suavidad invitando a Emma a mirarlo a la cara.

—Porque nos has llamado llorando y lo único que nos has dicho es que Tomás se había llevado a los niños muy cabreado y aún no habían vuelto, que no querías estar sola en casa... —le ha explicado con calma.

Emma ha cesado sus lamentos y desviado la vista a su madre. Ella, la acusada, la miraba hermética. Su perpetua e invariable mirada inexpresiva que

solo muda, cuando se dirige a Emma, en unos ojos de absoluta decepción. No sabe qué ha unido a esas dos personas tan distintas que tiene delante. No lo alcanza a comprender.

De nuevo lloros. Esta vez de vergüenza.

Si está claro que lo hace todo mal. Siempre lo hace todo mal. Siempre mete la pata y consigue que todo el mundo la aborrezca. Tomás tiene razón, solo es una boba inútil a la que nadie quiere.

Por fin amanece. Está harta de dar vueltas en la cama aunque le cuesta muchísimo despejarse. No tenía que haberse tomado el Valium, solución milagrosa para todo de su madre.

—Emma, te veo muy nerviosa. No sé qué te ha podido pasar pero creo que necesitas comer algo y tomarte un tranquilizante —resolvió anoche mientras se alejaba a por una escoba para barrer el estropicio de tortilla y cristal.

De nuevo fue su padre quien le brindó consuelo frente a sus sentimientos de culpa, a su frustración. La abrazó y la arrulló hasta que Emma dejó de temblar.

Ella le contó cosas sueltas. Detalles inocuos de su relación.

—Siempre llega tarde, nunca me ayuda en nada, no presta atención a sus hijos... Me voy a separar.

No se atrevió, no está preparada aún para admitir lo que de verdad siente por él.

«Me trata como a una mierda, me tiene controlada, no soy feliz.»

Su padre le justifica y le culpa, se alinea con ambos bandos, no se quiere pillar los dedos.

—A veces hay que tener paciencia. Él tiene mucha presión. La convivencia no es fácil, ya lo sabes, pero si lo has intentado y no ves mejoría...

Su madre recogió, con mala cara, hasta que el salón quedó impoluto. Terminó y volvió a la cocina a prepararle una nueva tortilla que Emma se comió sin rechistar, aunque le costaba masticar y tragar. Mientras, ella se sentó en una silla frente a Emma. Por lo visto, ya no deseaba su contacto en el sofá. Había vuelto a desilusionarla seguro.

«Su hija la bien casada, lo único que ha hecho de forma ejemplar. En todo lo demás es una inútil que no hace nada a derechas...»

—Nosotros te apoyamos en lo que decidas hacer —le soltó seria y erguida, como es ella—. Si quieres divorciarte, haremos lo posible por ayudarte.

A punto estuvo de escupir el trozo de cena que masticaba. Estaba confundida. ¿Su madre la apoyaba?

—Así es, Emma —confirmaba su padre, a su lado, tomando su mano—. Aquí estamos para lo que necesites.

Cuando los llamó, cuando recurrió a ellos, no esperaba algo así. A decir verdad, no sabía qué esperar.

—Emma —continuó su madre inclinándose hacia ella—, tu marido es un hombre muy dominante. Se nota a la legua. Nunca he comprendido qué es lo que veías en él, pero siempre os hemos dado libertad para elegir vuestro camino. A ti

y a tu hermano. Nunca nos hemos entrometido en vuestras decisiones.

Ese discurso le trajo recuerdos a Emma. Era continuo. «Eres libre de decidir, tú verás», le contestaba cada vez que acudía a ella con alguna duda. Jamás se sintió arropada.

—A veces es necesaria cierta ayuda, mamá. Me podías haber aconsejado — le recriminó. Puede que fuera la primera vez que lo hacía.

—Pero si nunca has aceptado consejos, Emma. Has sido siempre doña independiente.

—¡Eso no es verdad! —se exasperó—. ¡Tú, que no me has prestado atención! ¡Siempre estabas en tu despacho trabajando!

—Sí, pero estaba en casa y lo organicé así para poder atenderos a vosotros. Podías recurrir a mí cuando quisieras y no lo hacías. Eras tan controladora, tan perfeccionista..., nunca te has permitido cometer ningún error. Jamás viniste a contarme tus dudas o tus miedos, no querías que conociéramos tus flaquezas.

—¡Sí que lo hice!

—Dime cuándo, Emma. Dime una sola vez en la que hayas solicitado mi ayuda y yo te la haya negado.

La forma brillante en que se expresa y los modos calmados de su madre siempre enervan a Emma. Es tan... tan... tan perfecta...

Enmudeció. ¿Será que siempre ha querido ser tan perfecta como su madre? ¿Es cierto que nunca le ha pedido ayuda? ¿Que no ha querido mostrarse débil ante ella?

¿Ha competido con su madre todos estos años?

Pensó y pensó y no encontró nada concreto que pudiese echarle en cara, nada que reclamarle. Quizás más ternura, más abrazos...

—No eres nada cariñosa —le soltó medio gimoteando.

—Así es, Emma. —Se enderezó, más si cabe, en su silla—. Y lo siento. No soy de abrazos ni de mimos. Nunca lo he sido, pero eso no significa que te quiera menos.

Emma puso pucheros y a punto estuvo de echarse a llorar ante esa declaración tan inesperada como deseada: su madre la quiere.

Pero espera, no, a su hermano sí le hacía mimos y carantoñas.

—A Hugo sí le dabas besos. Eras dulce con él. ¿Qué pasa conmigo? ¿Me quieres menos que a él?

¡Toma! Toda la vida guardando el disgusto y anoche lo soltó todo, se liberó al fin. Estaba desbocada. En veinticuatro horas iba a poner patas arriba su vida. Se le aceleró el pulso, la adrenalina dispuesta para el combate.

—Mira, no sé qué decir. Tú siempre has parecido tan fría, tan fuerte... Tu hermano, sin embargo, ha sido más dependiente de nosotros. Todo el día pegado

a mis faldas, encima de mí, dándome abrazos y besos... Imposible no corresponderle.

Emma se desinfló. Deseaba un reconocimiento formal de que era menos querida, peor aceptada, de que no le caía tan bien como su hermano. Quería luchar más, hacerle ver, con dolor, el dolor que le había causado a ella con su falta de atención.

Su madre debió notar su decepción porque añadió en un tono ligeramente más inseguro:

—Siento si te has sentido menos amada que Hugo. No ha sido mi intención..., los padres también cometemos errores.

Por primera vez su madre le había pedido perdón. Se sintió muy conmovida. La lástima es que ninguna de las dos fuese capaz de vencer esa barrera invisible que habían formado con los años, de levantarse y abrazar a la otra para sellar ese momento de reconciliación.

Fue su padre quien decidió darle otro abrazo, cortar la escena y mandarla a dormir arropada con esa nueva verdad: su madre la quiere.

Salir de la cama se convierte en un esfuerzo enorme. Le pesan los brazos, las piernas y, sobre todo, le pesa muchísimo la cabeza.

En la cocina ya está su padre preparando café. Desayunan en silencio con miradas de comprensión y palmaditas cariñosas en las manos. «Te comprendo y estoy contigo», viene a decirle él.

Se quita el pijama prestado para ponerse la misma ropa de ayer y acomoda un poco las sábanas revueltas. «He de regresar a casa —piensa mientras palmea la almohada para redondear su forma—. Afrontar la decisión que he tomado y llevarla hasta sus últimas consecuencias —decide mientras estira la colcha rosa.»

Por el pasillo encuentra a su madre, que ya se ha levantado. Ambos progenitores la acompañan a la puerta y le dan un abrazo. Sorprendentemente su madre también, y Emma no puede evitar emocionarse ante su contacto, su olor, sentirla pequeña y frágil entre sus brazos.

No le piden que se quede. No le dan su opinión. No critican a Tomás ni se meten con ella. Están ahí como siempre han estado, respetando su libre albedrío.

Es ella quien toma las decisiones sobre su propia vida.

Joder, ¿por qué le ha costado tanto entenderlo? ¿Por qué ha buscado siempre la aceptación de quienes ya la aceptaban tal como era, hiciese lo que hiciese?

Porque nunca lo ha visto así. Nunca se ha considerado suficientemente buena, lista, capaz de hacer nada. Siempre ha ido a remolque de lo que creía que elegían para ella.

Pues esa dejadez se va a acabar. Va a tomar las riendas de su destino aunque

se equivoque. «Si cometo un error, rectificaré, pero ya no voy a tener miedo», jura en silencio mientras un taxista medio dormido la lleva a su casa.

La puerta se abre con facilidad. O no pasó las dos vueltas de llave cuando salió aturdida anoche de casa o Tomás ha vuelto. Su corazón comienza a tamborilear.

Lo encuentra en el salón, en el sofá, con la tele apagada y la cabeza entre las manos, que levanta para mirarla mostrándole unos ojos con un rojo distinto al habitual. No es debido al alcohol.

—¿Dónde estabas? —le espeta con voz ronca, angustiada pero ruda.

Emma se lo piensa. No le apetece darle detalles, no se lo debe. A fin de cuentas él nunca le cuenta nada.

—Por ahí —le contesta intentando mostrarse firme.

—¿Por ahí? ¿Llego a casa a las ocho de la mañana y no te veo y me dices que has estado por ahí? —Se pone en pie y avanza hacia ella—. Pero ¿de qué vas? ¿Quién te crees que eres, eh? ¡Eres mi mujer!

Ella le sostiene la mirada y alza un poco la barbilla. Él frunce los ojos y mueve los dedos de las manos como si quisiera estrangular el aire.

Emma respira hondo y da un paso hacia él. Sabe que se está exponiendo físicamente, que él está muy cabreado y ella se ha puesto a su alcance, pero también sabe que esa es una línea que no está dispuesta a cruzar de ninguna de las maneras. Que si él la agrede, va a ir de cabeza a comisaría y perdería todas las posibilidades de quedarse con sus hijos.

«Atrévete.»

—Ya no. Perdiste el derecho a llamarme así cuando me mentiste, me empezaste a tratar como una posesión tuya, como a una mierda —le dice despacio, muy calmada. Su madre estaría orgullosa de ella—. Ya no soy tu mujer y no tengo que darte explicación alguna.

Tomás se agarra la cabeza con ambas manos como si fueran garras. Aprieta los dedos y se lanza a dar vueltas por el comedor como una fiera recién cazada, apresada dentro de un pequeño cajón. Sus mejillas lanzan llamaradas violáceas y sus ojos, tan claros, inyectados en sangre, se asemejan a los de un ser espectral.

Emma siente miedo, para qué negarlo, pero no se va a dejar avasallar.

—Vamos a ser civilizados. Por los niños. Te lo pido por favor —le ruega.

Tomás para de dar vueltas y la mira con furor.

—¿Civilizados? Vas a saber tú lo que es ser civilizado...

Da media vuelta y sale disparado hacia su habitación, la habitación de Emma, la de los dos.

Abre el armario de ella y comienza a lanzar las perchas cargadas de ropa sobre la cama. En mitad de esa acción decide vaciar los cajones. Abre el primero

y saca un montón de ropa. Abre el segundo y saca otro montón.

Emma lo ha seguido y se sienta en la cama a tomar nota de su proceder. Le ve cerrar ese segundo cajón con un fuerte empujón. Se oye un crujido seco de madera rota.

—Emma, no puedes dejarme, ¿me oyes? ¡No puedes dejarme!

Se arrodilla y, para gran sorpresa de Emma, se echa a llorar. Lloros secos, sin lágrimas, solo un ruido grave, sordo, como de ahogo y angustia a la vez, acompañado de movimientos espasmódicos en todo el cuerpo.

Su enorme marido, en el suelo, llorando por ella...

«No te dejes engañar, Emma. Lloro por él, porque te has salido de tu papel, porque no ha sabido dominarte. Se ha equivocado contigo, por eso llora.»

Toma aire con fuerza y se arrodilla frente a él. Tiene que negociar, basta de patrañas.

—Tomás, lamento mucho todo esto pero no soy feliz a tu lado y creo que tú tampoco eres feliz. Siempre llegas tarde, los fines de semana buscas excusas para no estar aquí... Creo que no te apetece estar con nosotros, que esto es lo mejor para todos.

Tomás se seca la cara con las manos a pesar de que no parece haber derramado ni una sola lágrima. Levanta los párpados y la mira con asco, con desprecio. Se pone en pie y pega una patada a las prendas de Emma que han caído al suelo. A punto está de recibirla ella, que ha de alejarse del golpe y cae de culo a sus pies. Debe estar encantado de verla de esa guisa.

—Está bien, Emma. Custodia compartida. No vas a ver ni un duro. El piso está a mi nombre, tú te largas de aquí, así que empieza a hacer las maletas.

Emma se incorpora algo dolorida.

—Julia y Marcos. ¿Te acuerdas de ellos? Tus hijos.

—¿Qué pasa con ellos?, ¿eh?, ¿eh?, ¿eh? —más que hablar, ladra.

—Que mañana tienen cole. Hay que prepararles la mochila, la ropa, quizás poner una lavadora...

—Vale, vale —no la deja terminar. Bufa por la nariz y se mesa los cabellos —. Pero esto no va a quedar así, que lo sepas. —La amenaza con un dedo en el aire—. Vamos a juicio y tú te vas a la calle en cuanto contrate a alguien para cuidar de los críos.

Da por concluida la conversación y sale de la habitación a la misma velocidad a la que ha entrado.

Emma vuelve a seguirlo. Mientras recorren el pasillo Tomás parece recordar algo. Se gira y desanda sus pasos chocando con ella con excesivo vigor, pero, esta vez, es su armario el que abre para coger algunas prendas suyas. Emma lo observa unos minutos y decide largarse y dejarlo en paz.

Regresa al salón para esperar a que termine. Más de media hora después lo oye salir de la habitación y va a su encuentro. Ya en el rellano, mientras él abre la puerta de la calle, le pregunta:

—Tomás, ¿y los niños? ¿Puedo ir a recogerlos? —le ha hablado con humildad, con dulzura. Entiende que tampoco tiene que ser nada fácil para él, que ceder así es una muestra de que todavía hay algo cálido dentro de ese corazón helado.

—Están en casa de mis padres. Llama a mi madre y queda con ella.

Se ha calmado un poco. Le ha hablado huraño pero parece más sensible.

Emma no lo dice pero se lo intenta transmitir con la mirada.

«Gracias, Tomás, gracias.»

El inicio de la semana lo ha llevado más o menos bien. Como ya no puede ir a trabajar al despacho por las mañanas, deja a los niños en la parada del autobús y pasea, pasea y sigue paseando mientras intenta ordenar sus ideas. Tiene mucho en qué pensar y poca experiencia para hacerlo.

Permaneció bajo el ala protectora de sus padres hasta que pasó a estar bajo el cobijo de su marido. Nunca ha pagado una casa, ni luz, ni agua. No ha hecho un currículum ni se ha presentado a una sola entrevista laboral. No sabe lo que es abrir una cuenta en el banco. Solo ha firmado los papeles que le daba Tomás.

Ahora debe revisar cada paso erróneo que ha dado y ponerle solución. No sabe por dónde empezar.

La hora de la comida siempre la pilla desprevenida. No percibe la sensación de hambre hasta que oye rugir sus tripas. Come cualquier cosa en cualquier bar que admita el pago con tarjeta. Lo hace con el estómago encogido por si Tomás ha decidido cortar el grifo. Todo su dinero, su salario, es compartido, y teme no ser ni cotitular en la cuenta, solo una simple autorizada a quien se puede descartar sin más miramientos.

Ni siquiera tiene activa su tarjeta para sacar efectivo del cajero. Con la excusa de que es de crédito y le iban a cobrar, Tomás le ha estado administrando el dinero desde que comenzaron a vivir juntos. Una cantidad fija mensual, el resto con tarjeta y los gastos cotidianos domiciliados. Todo controlado.

Emma no es capaz de decir lo que cobra y le da vergüenza admitir que nunca ha sido independiente ni en una sola cosa.

Regresa al barrio a recoger a sus hijos con la cabeza gacha. Afortunadamente, a partir de ese momento, su día vuelve a la rutina normal. Sus pequeños la obligan a levantar el ánimo y lo cierto es que, a su lado, no nota demasiado la separación. En cualquier caso, a su marido apenas le veía el poco pelo que le queda.

Llega el jueves y Emma sabe cómo debe actuar. Aparece en clase de pilates a la hora justa para evitar miraditas cómplices y, al terminar, se encamina con sus amigas hacia las bolas como un día más. Nadie hace comentarios sobre la noche de la fiesta de mamis que acabó con Emma junto a un calvo muy sexi, pero, al final, Inés, la del Palo, no puede aguantar más la incertidumbre.

—Venga, ¿qué?, ¿cómo acabó la cosa? ¿No nos vas a contar nada?

—Uf... —Se hace la agobiada—. No hay nada que contar. El chaval era un muermo. Dimos un paseo y le dije que me encontraba mal. Cogí un taxi y me fui a casa.

Lo ha soltado de carrerilla, dándole entonación, poniendo los ojos en blanco, moviendo los brazos. Ha sido todo muy real. Está satisfecha con su actuación.

En sus circunstancias no se puede permitir que haya testigos de su noche loca. Su mejor baza para ganar la custodia en el juicio es la infidelidad de Tomás. Sabe que, si él puede demostrar que ella ha hecho lo mismo, lo utilizará en su contra y se lo hará pasar mal.

Sus amigas agitan las cabezas conformes. Si ella lo dice, será verdad, deben pensar. Cambian de tema, beben sus cervezas y picotean el platito de frutos secos regalo de la casa.

Al cabo de un rato, entre un cacahuete blanducho y un garbanzo seco, Emma lo suelta. La gran noticia.

—Me voy a divorciar.

Palabras de sorpresa, de apoyo, suspiros, un par de abrazos espontáneos. A las dos les cae fatal Tomás, así que mucha pena no les da. Lo que las entristece es que sea tan cerca de las Navidades. Se imaginan por lo que Emma va a tener que pasar ahora, en estas fechas, jolín qué mala pata.

—Podemos ir al circo —«¿Cómo?»—. Con los peques —sigue explicando la Dulce Paula, la promotora de la idea—. Mi marido curra todo el fin de semana y tengo descuentos. Podemos ir juntas al circo con los chiquillos.

Emma mira al pequeño Ramón. Justo en ese momento eructa algo de leche y la bocanada blanca se desliza por su barbilla y se cuelga por el cuello de su jersey. No cree que el pobre bebé vaya a disfrutar mucho del espectáculo y no entiende que un adulto pueda querer ir a escuchar canciones de los payasos y ver actuar a osos drogados, pero acepta la sugerencia. Sus hijos lo pasarán bien y ella agradecerá no tener que ir sola.

—Claro, ¡vayamos al circo!

El sábado siguiente están todas en la cola del circo cagándose en el que haya tenido la brillante idea de llenar el suelo polvoriento de minúsculos y atractivos chinarrros grises. «Los críos se están poniendo perdidos, jolín, y eso que acabamos de salir de casa.» Marcos y Mateo están tumbados boca abajo deslizando piedrecitas de un lado a otro. Las lenguas sonrosadas cuelgan de sus labios apretados. Están muy concentrados en su ardua e interesantísima tarea. Julia los vigila de cerca y, tras hacerse la mayor un rato, acaba también con el culo en el suelo. «Pena de leotardos blancos.»

Emma ha tenido que comenzar a negociar con Tomás. Este fin de semana le corresponden a ella los niños. No puede concebir el que viene, sin ellos, qué es lo que hará.

Las Navidades se las han repartido por semanas. La primera con Emma y la

segunda con papá. Son fechas muy complicadas para una separación. En cada reunión familiar van a tener que dar explicaciones. No es lo mismo que haberse separado un mes antes, por ejemplo. El correveidile ya habría hecho su trabajo y nadie preguntaría nada, solo pondrían caras compasivas y les tratarían mejor que de costumbre. Ya imagina a sus parientes y los consuelos que le esperan. «¿Más gambas, chicos?, ¿no quieres el langostino que queda, Emma? Hemos comprado las trufas por ti, Emma, porque sabemos que te gustan.»

La cola empieza a menguar, han abierto las puertas del circo por fin. Recogen a los niños del suelo, les sacuden el polvo de la ropa de salir y les apañan un poco el cabello. Las toallitas húmedas corren de mano en mano. Ellos se resisten y los convencen con argumentos definitivos:

—¿Qué va a pensar Fofito si te ve así?

Emma percibe algo que no sabe explicar. Por inercia, mira a su alrededor y el corazón le da un vuelco. El Calvo Sexi está allí.

«¡¿En el circo?!»

Está en la cola, mucho más atrás, con una pareja más mayor y dos chavales preadolescentes. ¿Sus padres y sobrinos quizás? Por pensar algo saludable, por no querer creer que son hijos suyos esos muchachos tan mayores. Él la reconoce y le sonríe. Emma abre los ojos asustada y se da la vuelta rápidamente, ya no quiere saber más.

Entran en la carpa y sus amigas sugieren comprar palomitas. Emma les estampa un billete de diez euros y les dice que compren lo que quieran, que ella va delante a buscar los sitios que indican claramente las entradas, no sea que no los vayan a encontrar. Está aterrada. No quiere quedarse allí por si el Calvito la saluda. Luego, mientras espera impaciente sentada en su incómoda silla de plástico, se da cuenta de que lo mismo da. Él está también bajo esa lona y puede estar en cualquier lugar. Por ejemplo, se podría sentar detrás y ella tendría que aguantarse. Haga lo que haga, no puede escapar.

Afortunadamente no es así. El circo es enorme y lo ha perdido de vista. Comparte las palomitas con sus hijos y disfruta de una velada a su lado. Canta, da palmas, ovaciona al pobre oso yonki. A partir de ahora tendrá menos momentos como ese, nada va a ser igual.

Llega el descanso y se resiste a abandonar su silla. Allí escondida está bien, pero Marcos tiene pipí. Con resignación, los coge de las manos y abandona su zona de confort. Sale al espacio de cafetería y baños intentando controlar todo lo que ocurre a su alrededor. Los sensores en estado de alerta. «No hay señal de vida calvita alrededor, puedes continuar con la misión.»

Aprovechan el viaje al baño y todos hacen uso de los váteres portátiles que han instalado. Para Julia y Marcos, una experiencia fascinante.

—¡El agua es aful, mamá!

—Sí, y el papel transparente, porque no hay.

Le toca sacar unos clínex. Emma se vuelve a cagar en todo. Esto del circo es una incomodidad. Sale del claustrofóbico cubículo recomponiéndose la ropa, con un ojo en cada niño, no se le vayan a escapar.

Solo tiene que dar unos pasos para encontrarse de morros con el Calvo Sexi. Le da un vuelco el estómago.

«Mierda, ¿cómo se atreve? Le dije que era una mujer casada. Tengo dos hijos. Están aquí presentes.»

—Perdona, se te ha caído esto.

El monedero. Al sacar los clínex, se ha dejado el bolso abierto y se le ha caído el monedero.

—Gracias —le contesta en un susurro, mirando al suelo.

Toma el monedero huidizo de la cálida mano del Calvo Sexi y el contacto hace que acudan a su memoria un montón de ardientes imágenes de la noche vivida a su lado. Nota cómo se instala el rubor en sus mejillas.

Le parece que él sonrío ante su sonrojo, pero no lo puede jurar. Ella, por si acaso, no levanta la vista. Busca a sus hijos, que permanecen quietecitos a su lado observando al desconocido y los coge de la manita para regresar a la seguridad de la carpa. Ya no lo vuelve a ver.

No será hasta que llegue a casa y saque del bolso todas las cosas útiles que ha llevado consigo —los plátanos, el agua, las galletas...— cuando descubra que el Calvito Sexi le ha dejado un recuerdo. Una tarjeta de visita sale disparada y cae sobre la almohada.

Un logotipo de una empresa, su nombre, Vicente, con sus apellidos. Un teléfono móvil, una dirección comercial y el puesto de trabajo: asesor familiar.

«Vaya con el asesor, desde luego le ha dado un gran vuelco a mi familia con solo una noche de tratamiento.»

Ha llegado el primer fin de semana sin sus hijos y Emma está descompuesta. La soledad se le hace una montaña.

Tomás se presentó el viernes a las ocho y pico para llevárselos.

—Están cenando, Tomás. Tenías que haber llegado un poco antes o vuelve mañana a por ellos. A primera hora si quieres, pero no te los lleves ahora, hace frío. Por favor —le suplica.

Él cede a desgana. Regresará mañana, ¡a primera hora!, promete. Emma disfruta de estar con ellos un poco más.

El sábado aparece alrededor de las doce. Se le ha complicado la mañana, le explica. Emma no pregunta, tiene otras preocupaciones. Tiene el corazón encogido porque no sabe lo que van a vivir sus pequeños durante las próximas horas. ¿Qué van a comer?, ¿a qué hora los va a acostar? Un interrogante mayor surge en su mente en ese instante: ¿dónde van a pasar la noche? No sabe dónde se está alojando su futuro exmarido.

—¿Qué vas a hacer con los niños, Tomás? ¿Dónde van a dormir? ¿Necesitas la cuna de viaje?

Tomás abre los ojos como platos, ni se le había ocurrido. La cuna de viaje. Emma tiembla, si no ha pensado ni siquiera en eso... Está a punto de echarse a llorar.

Van a dormir en el pequeño apartamento de dos habitaciones que ha alquilado al lado de casa de sus padres. La cuna es una buena idea, mejor se la lleva. «Sí, mejor. Y los empapadores, los pañales, las sábanas, la ropa de repuesto...»

Mientras Emma lo prepara todo, Tomás se entretiene en revisar el correo que ha recibido durante su ausencia y le aguarda apilado en una montañita sobre el mueble del recibidor. No le echa una mano ni se interesa por nada, como siempre.

Los críos han salido obedientes a saludarlo y han vuelto a su habitación. Están tan acobardados como su madre. Emma les ha explicado que ahora van a pasar más tiempo a solas con papá. No saben qué esperar de eso. Papá es ese señor que los acompaña al parque los domingos antes de comer, pero se sienta en un banco y mira el móvil. El que les da un beso de buenas noches y les cuenta un cuento con la luz apagada cuando los ojos ya les pesan. El que los deja sin su sesión de dibujos semanal si hay motos en la tele. ¿Más rato con papá? No se imaginan qué harán y su triste mamá tampoco.

Se ha hecho casi la hora de comer cuando Emma cierra la puerta de casa

mostrando alegría para animarlos a ellos pero conteniendo un sollozo. Corre a su dormitorio y se tumba sobre la cama. Ya puede llorar.

Le lleva un buen rato tranquilizarse. Está triste y desganada pero tiene que alimentarse. Recupera el ánimo y se prepara unas lonchas de jamón york a la plancha, que traga sin hambre, con un poco del pan que sobró ayer.

Recorre la casa sin rumbo. Intenta echar una cabezadita en el sofá sin éxito. Al fin se impone una misión: ordenar los armarios. Comienza con el suyo, que está fatal. Aparece desde ropa sucia a antiguallas de tallas imposibles que nunca volverá a usar. Va separando las prendas, llenando bolsas para la beneficencia, echando algunas al cesto de la ropa para lavar, apartando las que necesitan una segunda pensada. Las que le gustan, al cajón, bien plegadas. A ver lo que duran así.

El armario de los abrigos alberga una sorpresa. Las cajas que le dio hace algún tiempo su madre siguen donde ella las dejó. Las saca con esfuerzo porque las metió a presión.

En la primera encuentra sus notas del cole, los trabajos de Literatura y Sociales, una careta hecha con vendas de yeso pintada de purpurina y carmín... Lo mira todo con ternura y una punzada de rabia. Sus padres jamás mostraron el menor interés cuando llegó a casa con todas esas cosas, ¿por qué aparecen ahora allí?, ¿por qué las conservaron si no fueron capaces de dedicarle ni una sola alabanza sobre ellas? Bueno, se refiere a su madre, claro, porque su padre nunca estaba.

Abre la segunda caja con cierto recelo. No sabe si quiere revivir más momentos de su pasado. Sin embargo, le puede la curiosidad y acaba levantando la tapa para contemplar aturdida toda la colección de dibujos que pintaron entre Javi y ella. «Yo pinto un dinosaurio y tú lo conviertes en un dragón.» Emma no sabía dónde acababan aquellos papeles. Por lo visto, su madre los guardaba.

Se le hace un nudo en la garganta. Tal vez no hayan sido unos papás tan ausentes y lejanos como ella recuerda, a lo mejor le han prestado más atención de lo que creía. ¿Sabrían ellos que estaban pintados a cuatro manos? ¿Conocerían el vínculo especial entre los dos amigos? Es posible que sí lo supieran, y por eso no le decían nada cuando llegaba tarde, cuando pasaba horas al teléfono, cuando hicieron su viaje. Porque se trataba de su amigo Javi y sabían que estaba segura con él. Tendría que preguntárselo a ellos. Quizás algún día.

Toma las pinturas en sus manos y las mira, las remira y las vuelve a mirar. Todo lo que representaron esos dibujos reaparece ante ella y la emoción le hace volver a llorar otra vez. «Ojalá estuviera Javi conmigo ahora. ¡Ojalá! Pero Javi está con otra...» Con esas ideas los lloros no cesan, empeoran.

Caen las gotas sobre los dibujos y Emma los extiende sobre la cama para

que sequen bien y no queden marcas.

Ante su vista aparece un paquete y su sola visión provoca que cese el llanto y se le revuelvan las tripas. Todavía está envuelto en una hoja de periódico que hace las veces de papel de regalo.

Como un flas recuerda el momento en que Javi se lo entregó en el aeropuerto, en Berlín. Emma había viajado hasta allí para repartir su cursi tarjetón de boda entre sus familiares y ya regresaba a casa. Había disfrutado con Javi de un día estupendo y se habían despedido la noche anterior con mucha emoción. A pesar de ello, él apareció por sorpresa en el aeropuerto cuando ella ya se disponía a entrar en el área de embarque.

Rasga el papel y comprueba que es un cedé usado. La caja no tiene embalaje de celofán y está algo rayada. Entre la tapa transparente y la carátula con la portada hay un trozo de papel en blanco con un grueso número cuatro pintado en rotulador. Lo rodea una especie de círculo o, tal vez, un sutil corazón.

En su mente flotan las palabras de Javi al entregarle el paquete.

—Emma, me gustaría que escuchases la cuarta canción.

—¿Cómo? —le preguntó ella aún conmovida.

Su amigo ha ido a despedirla. Está ante ella con gesto tímido y mirada lastimera. A Emma también le duele separarse de él. Quizás demasiado, y por eso mismo comienza a sentirse irritada.

—Antes de casarte me gustaría que escucharas la cuarta canción, la número cuatro. ¿Lo harás?

El sábado estuvo tan a gusto a su lado que se sorprendió varias veces buscando aumentar su proximidad, su contacto. Cualquiera cosa la hacía sonreír y se sintió algo boba. Tras la cena, antes de darle el maldito tarjetón, los silencios y las miradas se hicieron más intensos y Emma le dijo que tenía que irse a casa.

Le costó conciliar el sueño recordando los momentos vividos durante el día y en todo el domingo no se pudo quitar a su amigo de la cabeza.

Era ridículo. Iba a casarse. Había ido hasta allí porque iba a casarse con otro. Estaba deseando llegar a casa para volver a la rutina y seguir con su vida soñada. No quería dudas ni miedos. Solo seguir adelante con su plan.

—Sí, Javi, sí, te lo prometo...

Hizo un amago de abrazo pero luego rectificó. Prefirió no tocarlo más. Miró el reloj, levantó la mano con urgencia y le hizo un gesto de «Uy, qué tarde». Todavía con el cedé en la mano, recorrió el sendero marcado por las cintas azules del aeropuerto hasta los controles, volviéndose de vez en cuando para comprobar que Javi seguía allí mirando cómo se alejaba.

Solo respiró tranquila al entrar en la zona duty free y perderlo de vista.

Días después, en casa, cuando se sintió con fuerzas, buscó el regalo pero no

fue capaz de encontrarlo. No estaba en su maleta ni en su habitación, cajones ni armarios. Dedujo que se lo había dejado en el aeropuerto, al pasar los controles, en la bandeja para los objetos pequeños. Se enfadó de forma exagerada consigo misma y se recriminó la pérdida durante mucho tiempo, pero no quiso confesárselo a Javi, que por otro lado nunca le preguntó nada. No sería tan importante, supuso para consolarse.

Acabó olvidándolo.

Hoy, tantos años después, lee el nombre del grupo y el álbum, Cross Road de Bon Jovi, y la canción seleccionada, la cuarta, se llama Always. A pesar de que no sabe cuál es, le da al play en el reproductor con cierta aprensión. No tiene ni idea de lo que se le viene encima.

Lo que él quería que ella supiera.

Lo que Javi cree que ella escuchó, cree que ella sabe, ha sabido de él desde entonces.

I will love you, baby. Aaaalways...

La reconoce. Es una balada mítica. Pero es algo más. Es su declaración de amor cuando todavía estaban a tiempo de cambiar su destino.

Pero, pequeña, si me dieras solo otra oportunidad... encontraremos un lugar donde el sol todavía brille...

Al principio no quiere dar crédito. Ha de repetir la canción para cerciorarse de que no hay ningún mensaje oculto.

Y te amaré, pequeña. Sieseempre...

No, es así de sencillo. Era un mensaje de amor de último minuto, con un cedé propio y un trozo de periódico. Un intento precipitado de poner remedio a lo que ambos se habían empeñado en estropear durante años.

Descubrirlo es demasiado trágico para aceptarlo fácilmente.

No le tenía que haber dejado irse a Alemania, piensa con rabia. Tenía que haberlo retenido junto a ella... Pero no, eso tampoco era justo. Él quería marcharse, triunfar en su profesión. Ella no podía quitarle eso. «No, pero, tal vez, podríamos haber llevado una relación a distancia...»

Sí, puede ser. Si habían mantenido intactos esos sentimientos separados durante tanto tiempo, quién dice que su unión no hubiese funcionado mientras Javi pasaba unos años en el extranjero. Incluso ella podría haberse ido a estudiar allí. Lo habrían resuelto, de un modo u otro.

Y vuelve a estar en ese parque mirando hormigas mientras Javi, su Javi, le preguntaba si sentía algo por él, y ella, estúpida y boba niña inmadura, le insistía en que solo eran amigos...

Podría estar entre sus brazos ahora. Vivir con él su vida soñada. Todo sería diferente si hubiese escuchado ese estúpido cedé, si hubiese prestado atención a

sus palabras, si se hubiese parado a mirarse, a preguntarse a sí misma qué era lo que de verdad deseaba en lugar de dar por sentado lo que debía hacer.

Se ha sentado en el suelo como una india y permanece así hasta que suenan los últimos acordes. Alarga la mano y la vuelve a poner. La pone tantas veces que se la aprende de memoria.

Dicen que el corazón también tiene neuronas, que es real el síndrome del corazón partido. Que se puede distinguir si alguien ha muerto de un infarto o ha muerto de pena. Así se siente Emma. Siente que va a morir de la pena de haber dejado escapar al que podría haber sido el amor de su vida. Al hombre que debería haber estado siempre a su lado.

Las lágrimas corren por sus mejillas. No emite llantos ni suspiros ni grandes gestos. Solo lágrimas y un dolor tan tan hondo que parece que nunca vaya a tener fin. ¿Cómo pudo ser tan idiota? Estar tan ciega.

Ha oscurecido. No sabe ni qué hora es. Agradece la soledad para poder dar rienda suelta a su pena. Va a necesitar mucho tiempo para sanar tantas heridas.

Anoche logró arrastrarse hasta la cama. Se acostó sin cenar. Ni siquiera bajó las persianas y las primeras luces del alba hacen que se despierte temprano. A su alrededor la habitación está hecha un asco. Hay ropa por todas partes, bolsas con más prendas arrugadas, los armarios abiertos de par en par. Vuelve a cerrar los ojos y se hace una pelota. Le cuesta más de una hora acumular fuerzas para incorporarse.

Desayuna un café con una madalena medio dura y se pone a recoger el desastre del día anterior. Tiene que limpiar y levantar el ánimo antes de que regresen sus hijos. No desea que la vean triste, sabe cuánto les afecta.

Cuando todo está más o menos ordenado, toma una ducha rápida y baja a comprar el pan. A los niños les gusta cenar con pan. Hace buen día. Espera que Tomás o sus abuelos los hayan llevado al parque. Los chiquillos necesitan mucho parque y mucho sol.

Vuelve a casa y nada más entrar por la puerta, sin poderlo evitar, rompe a llorar. Si esto sigue así, se va a deshidratar. Ha dejado en un rincón del dormitorio, a la vista, las cajas donde están los dibujos. Se arrodilla ante ellos y los revisa otra vez, mientras se limpia con el dorso de la mano los lagrimones.

Repasa detalles que se le escaparon el día anterior y le viene a la memoria cómo los fueron construyendo, entre Javi y ella. Quién pintó qué, quién lo corrigió. Se calma su llanto y sonrío con ternura ante los defectos, los arreglos. Trabajos que en su día le parecieron perfectos, pequeñas obras de arte, ahora no son tan buenos. Sorbiendo mocos recuerda la caja de colores. Esa maravillosa caja llena de pinturas que le regaló su amigo en su cumpleaños. ¿Dónde la puso?

Estaba tan ofuscada aquella noche que no sabe lo que hizo con ella. Se pone nerviosa. ¿Y si la ha perdido? ¿Y si la olvidó en el restaurante? No se lo podría perdonar. Da vueltas por la casa hasta encontrarla. ¡Qué alivio! Alguien la guardó en el altillo de un armario en la habitación de Julia. Podría haber sido la chica que ayuda en casa, pero seguro que fue Tomás, que, despechado, decidió que no era un regalo adecuado para una mujer de su edad.

La lleva hasta el comedor y la abre con sumo cuidado, como si fuera tan frágil que se estropeará con solo mirarla. Le vuelve a sorprender su belleza, la calidad de los artículos, la variedad.

Agarra los sobres vacíos de las cartas del banco que abandonó Tomás sobre el recibidor y se lanza a probar. Primero con carboncillo, luego con un Rotring, unos lápices de colores después. El tiempo parece detenerse hasta que se le acaba todo el papel que tiene a mano. Se levanta a por más. Coge los folios que

guardan junto a la impresora y sigue dibujando. Al principio es un desastre. La mano no parece responder a su cerebro. Emma piensa un trazo, pero siempre se le va. Poco a poco el pulso comienza a ser más firme.

Se resiste a parar para comer. Coge algo de fiambre y lo engulle con un trozo del pan que ha comprado mientras sigue dándole a las pinturas.

Despierta de su ensueño con el ruido de la puerta, las voces, los gritos. «¡Mamá, mamá!» Corre a abrazarlos y llenarlos de besos. Tomás viene detrás. Acuerdan hora y día de la próxima cita, coge algunas cosas y se va. No dice nada de las pinturas esparcidas por la mesa, de las hojas pintarrajeadas que sus hijos ya están valorando con criterio artístico.

—Mamá, esto es muy zulo. ¿Esto qué es, mamá?

—Esta eres tú, cariño. He intentado dibujarte, ¿qué te parece?

A Julia le encanta y también a Marcos. Se echan en sus brazos y permanecen todos apretados, oliéndose y tocándose, hasta que Emma nota que se le saltan las jodidas lágrimas. «Ya está bien, delante de ellos no.» Se contiene y les pregunta sobre su fin de semana.

Ambos hablan sin parar. Le explican que han estado en un zoo de peces, que han visto un tiburón. Han desayunado churros y han comido arroz. Emma respira más tranquila, parece que sus amores lo han pasado estupendamente y han estado bien cuidados. Eso es lo único que importa.

Cenan todos juntos y Emma los acuesta un poco más tarde de lo normal. Le pesa separarse de ellos. Cuando se queda a solas en el gran comedor, se acerca a sus pinturas, arruga todas las pruebas que hay sobre la mesa y vuelve a empezar.

Los días corren veloces. Ahora, tras despedir a los niños en el autobús del cole, Emma pasa el tiempo en casa dibujando sin parar. Se ha propuesto hacer una historia para Julia y Marcos. Un cuento donde ambos se vean reflejados y los ayude a comprender qué está ocurriendo en casa.

Buscó algo parecido en las librerías y en Internet, y lo que ha encontrado no ha llegado a satisfacerle. Quiere que vean que papá y mamá los quieren, que nada de lo que ocurre es culpa suya. Solo son dos personas que se han ido alejando sin saber muy bien por qué. Sobre todo, quiere que sea un libro optimista y lleno de color. Nada de cuernos ni prostitutas. No, eso no.

Ha probado en diferentes estilos, con varias técnicas, y no acaba de decidirse. Tampoco tiene muy clara la historia, pero algo va cuajando ya en su cabeza. No en vano pasa el día entero pensando en ello. Es un modo fantástico de evadirse de su propia realidad.

Aunque su propia realidad se le viene encima porque Tomás comienza a hablar de una cena.

—Una cita romántica, como aquella que nos recetó la sicóloga. ¿Te

acuerdas de lo bien que lo pasamos? —le sugiere el viernes cuando se dispone a llevarse a los críos por segunda vez, mientras ayuda a Julia con el abrigo, se agacha y le sube la cremallera con una sonrisa llena de amor.

Desde que le tocaron los niños hace dos semanas, Tomás está esforzándose para salir del trabajo a unas horas decentes y pasarse a ver a sus hijos casi a diario. Emma no hace nada para impedirsele porque cree que es positivo para ellos, que necesitan a su padre en estos momentos de tantos cambios. Además, cada vez que viene a casa se muestra más calmado, más alegre. Le cuenta todo lo que ha ocurrido en la oficina, los cotilleos de los empleados, la marcha de los negocios... Habla más con Emma, ahora que han roto, de lo que lo ha hecho en los últimos años.

Algo ha sucedido con su marido. Está atento, despierto, pregunta y recuerda. Se interesa y apunta las citas médicas y los eventos del cole. Se sienta con Julia a repasar sus lecciones, con Marcos a jugar y los ayuda a preparar la mochila para el día siguiente. El cambio es abismal.

Su divorcio está en suspenso. Él no ha dicho ni mu. Al principio Emma lo prefería, no le apetecía nada tener que volver a pelear, pero ahora teme que no se acabe de creer que de verdad va a pasar, que se van a divorciar. No termina nunca de llevarse sus cosas. Ni siquiera le devuelve las llaves y entra siempre sin llamar. Ella, por su parte, tampoco ha movido ficha. Incluso ha dejado de preocuparse por sus ingresos. Va haciendo uso de la Visa para las compras diarias y, mientras la tarjeta no la deje tirada, no quiere pensar más allá.

Es más fácil dejarse llevar, sobre todo porque comienza a ver en su marido esos hoyuelos que un día le gustaron tanto, a sentir sobre ella esa mirada cargada de interés, la ternura que ahora muestra hacia sus hijos...

Acepta su proposición de cena. Después de todo, su matrimonio se merece otra oportunidad, ¿no? Ella tampoco ha sido perfecta, ¿verdad? Todo ha sido demasiado rápido. Sus pequeños necesitan un padre y él está ahí luchando por ellos. Peleando por ella.

Mañana sábado, por la noche, los peques se quedarán con sus suegros y Emma y Tomás lo volverán a intentar.

Desde que ayer decidió aceptar la invitación de Tomás para salir a cenar, no ha podido dejar de darle vueltas. A ratos le parece bien y a ratos le parece un inmenso error.

«¿No iba a pasar página y comenzar una nueva vida sin él?»

«Ahora no es la misma persona, lo ha entendido, se ha dado cuenta de lo que nos quiere.»

«Ese no era el problema. El tema es: ¿le quieres tú a él?»

«¿Cómo no le voy a querer si decidí formar con él una familia? ¡Es el padre de mis hijos!»

«Y eso ¿qué tiene que ver? Te equivocaste y punto.»

«¡No puedo haberme equivocado tantos años! ¡Tantas veces!»

—Está bien, probaremos esta noche a ver qué pasa —decide ella sola en voz alta, a ver si así descansa su mente y la deja en paz.

Para olvidar sus dudas, se centra en su apariencia personal. Desde que se separó va siempre con los mismos vaqueros antiguos pero prácticamente nuevos. Apenas los ha usado. Son elásticos y se siente cómoda. También con un jersey de algodón, que lava, seca y se vuelve a plantar porque no tiene mucha más ropa de sport.

Cuando se enfrenta al espejo tras la ducha, se asombra de su nueva apariencia. Ha debido adelgazar tres o cuatro kilos. Los huesos de sus caderas, las clavículas, las costillas... se aprecian con claridad bajo la blanca piel.

Juzga entonces su rostro y encuentra a una mujer distinta, con la mirada endurecida, mala cara, el ceño fruncido, los pómulos muy marcados y los pliegues alrededor de la boca más profundos.

Cierra los ojos y agita la cabeza como si con eso fuese a cambiar algo. Los vuelve a abrir y todo sigue igual. Muy flaca y seria, así es la nueva Emma.

Los pantalones de vestir que solía usar le cuelgan y le quedan fatal. De su armario solo parece ponible el vestido ajustado que llevó en su cumpleaños. Repetir ese conjunto no le apetece nada, prefiere no recordar esa noche.

Decide que va a innovar. Se pondrá los vaqueros con una blusa de vestir y un zapato de fiesta. Prueba varias combinaciones hasta que encuentra una de su agrado, con blusa de seda en color crudo.

Pone mucho interés en el maquillaje: hay mucha ojera que tapar. Incluso va, en un arrebato de última hora, a la peluquería de un gran centro comercial para que la peinen al estilo de Tomás. Sabe que a él le gusta el pelo hueco, con las puntas onduladas. Algo que ella, por sí sola, es incapaz de lograr.

De vuelta a casa, se estudia otra vez en el espejo del recibidor. Corregida la mala cara, la camisa y los vaqueros le dan un aspecto juvenil que la hace sentirse bien. Está contenta con el resultado y se siente segura de sí misma. Del uno al diez, se pondría un ocho, que no está nada mal.

Se sienta, nerviosa, a aguardar la llegada de Tomás, que, como en los primeros años de noviazgo, va a buscarla puntualmente a la hora indicada. La espera de pie, apoyado en la puerta de su llamativo cochazo y acude a recibirla en cuanto la ve salir del portal.

No puede evitar lanzarle una mirada aprobatoria que termina a la altura de los pantalones.

—¿Vaqueros para una cena? —le suelta con cierto desagrado tras darle, como saludo, un beso en la mejilla izquierda.

Emma siente el puñetazo en la boca del estómago y las burbujitas por toda su sangre diciéndole: «Lo has hecho mal, Emma, lo has hecho mal».

—Sí —acierta a decir. Su seguridad ha caído unos tres puntos. Ahora ya solo se otorga un aprobado justito, un por los pelos, y no hace ni un minuto que ha salido de casa.

—Cariño, quizás no sea lo más adecuado para el sitio al que vamos.

Pero Emma, con su seguridad en aprobado pelado, decide que no se va a cambiar, que irá con vaqueros a cualquiera que sea el sitio pijo en el que ha reservado Tomás. Lo mira y le sonríe con intención. Él se pone serio y le hace un gesto con la cabeza para que se dirija al coche.

—Está bien, si a ti te gusta... —concluye, dejando patente con el tono que, si por él fuera, la mandaría de vuelta a casa a ponerse algo mejor.

«Mal empezamos.»

Tomás se ha cabreado. Su mujercita no le ha obedecido como él esperaba. Conduce aferrando el volante con fuerza y acelerando exageradamente para frenar con brusquedad en el siguiente semáforo.

Emma no dice nada, pero en su lista mental de cosas buenas y cosas malas empieza a dibujar la cabeza de un señor ahorcado...

—¿Tienes hambre? —le suelta de improviso. Más que una pregunta suena como un insulto, pero parece darse cuenta y cambia el tono en la siguiente frase —: Es que he reservado a las diez. Quizás podríamos dar antes un paseo por la playa...

¡Bueno! Pero esto ¿qué es? Su marido ha planeado dar un paseo por la playa antes de cenar. Le da la vuelta al lápiz mental porque tiene goma en el otro extremo. Desea borrar la cabeza del muñequito ahorcado. Incluso le cambia la mirada, ahora comienza a prestar atención a Tomás.

Se ha puesto uno de sus pantalones chinos en color siena, un naranja

amarronado que le gusta mucho a Emma. La camisa en el mismo azul claro que sus ojos. Va bien afeitado, bien peinado y huele muy bien. Su perfume lo eligió ella hace un par de cumpleaños. Puede que también esté más delgado. Ya no le pesan los carrillos y ha recuperado en el rostro un aspecto más juvenil.

—¿Qué me dices?, ¿te apetece o no? —Ha debido notar la atención de Emma y su voz es mucho más amigable. Para en el semáforo, la mira a los ojos y le sonrío marcando hoyuelos.

Emma se siente algo turbada y asiente con la cabeza. Cuando su marido quiere, puede resultar muy convincente.

Así que aparcan por la playa, salen del coche y, como parece que no puede ser de otra manera, se cogen de la mano para dar ese paseo romántico que hace años que no dan.

Miran en silencio hacia la orilla aunque solo perciben su oscuridad. Las estrellas en el cielo, a lo lejos las luces del puerto. Están solos y no hablan. Escuchan el rumor amortiguado del agua contra la arena.

Esta oscuridad, ese olor salado, este muro frente al mar... le traen unos recuerdos que Emma intenta evitar.

Todo parece tan idílico, tan irreal. Tomás la mira y se para, tira de su brazo para acercarla y con la mano libre le acaricia suavemente la barbilla.

—¿Ves cómo estamos hechos el uno para el otro, nena? ¿Todavía me lo vas a negar?

El sonido de las olas rompiendo en la playa, una mano sujetando su barbilla. La otra mano con un clínex mágico mojado en saliva limpiando el rímel emborronado de sus ojos. Otro rostro frente a ella y el deseo que sintió entre las piernas subiendo por su tripa hasta la garganta...

Emma vuelve a notar las burbujitas en su sangre. Mira a Tomás a los ojos y se da cuenta de que, a pesar de lo bella que es la situación, no le quiere besar. No, eso no. No quiere volver a tener sexo sin deseo, ni siquiera un beso sin deseo.

No quiere tener que inventarse otro amante mientras está con Tomás.

La situación la incomoda sin límite, pero sabe que ha de tener mucho tacto.

—Necesito algo más de tiempo... —le ha sonado demasiado agudo, débil. Como el ruego de una mujer asustada.

A Tomás se le apaga el rostro. Le suelta la barbilla y afloja la mano que sujeta la de Emma.

—Si tú lo dices. —Desvía la vista a la carretera, hacia la zona donde han aparcado el coche—. Vámonos ya, tengo hambre.

Echa a andar hacia el vehículo de lujo sin esperar a Emma y sin volver la vista atrás. Mientras lo rodea y abre su puerta, a ella le da tiempo de llegar a su

altura y abrir la suya a la vez. Lo hace rápidamente, casi temiendo que vaya a dejarla allí porque no le ha gustado lo que le ha dicho.

De nuevo van en un coche que acelera y frena con excesivo vigor y toma las curvas demasiado rápido. Emma se alegra de llegar al restaurante y bajarse. La carrera ha llegado a asustarla y ha empeorado su estado nervioso.

Su confianza ya está por debajo del cinco. Suspendida por completo. Le da un tres, siendo generosa, porque puede que, en realidad, no supere el uno.

El restaurante elegido por Tomás es para rentas que quintupliquen el salario mínimo casi seguro. Las mujeres lucen perlas naturales y abrigos de animales peludos. Los hombres, Rolex de oro. Los muebles oscuros, alfombras por los suelos, las lámparas doradas con destellos de Swarovski. De lo más casposo, que diría Javi. Su Javi.

Desde luego, los vaqueros de Emma están fuera de lugar. Si algo los salva es que son de una marca injustificadamente cara y, por lo visto, esta noche al fin los va a amortizar.

El camarero les ofrece una buena mesa. Un rincón al lado de una pecera multicolor donde no molesta el aire acondicionado y no hace frío ni calor. Además, pueden observar al resto de comensales sin ser demasiado visibles.

Se sientan con gesto serio y Tomás pide de inmediato una botella de vino tinto.

Emma no desea acabar la velada enemistada con él. Intenta razonar.

—Tomás, entiéndeme..., todo esto es muy precipitado. Estoy algo confusa... —De inmediato capta su atención. ¿Cree que ella no sabe si se quiere divorciar? De hecho, ella no sabe si se quiere divorciar. ¿No ha salido esta noche para asegurarse de su decisión? ¿No iba a dar a su marido otra oportunidad? Pues ánimo, adelante, Emma, dile lo que piensas—. Necesito sentirme más independiente.

Toma ya. Ha salido de su boca y no se lo cree ni ella. Más independiente, dice. Si ni siquiera sabe qué peinado le gusta llevar. Su marido debe pensar igual porque no puede evitar echarse a reír con cierto tonillo ¿de burla?

—Jajaja... Venga, Emma, ¿en serio? ¿Y desde cuándo quieres ser independiente? Siempre te ha gustado que te guíe, que te dé mi opinión, que te ayude a hacerlo todo. ¿En qué quieres ser más independiente? ¿Quieres montar un negocio? —Emma lo mira alucinada, ¿montar un negocio? No se le había ocurrido nunca—. Lo he estado pensando. Quizás necesitas salir del despacho. Hacer otra cosa que te guste más. ¿Qué te parecería abrir una boutique por el centro? —Estira el brazo y acaricia la mano de Emma que le queda más cerca—. Una franquicia de algo selecto. Estarías unas horitas por la mañana, después de dejar a los niños en el cole, y por las tardes ponemos una chica mona para que te

ayude y se quede a cenar.

Por lo visto, lo tiene todo pensado, y lo peor es que a Emma no le parece mal. Le resulta atractivo lo que le está proponiendo. Salir de la atmosfera asfixiante de la oficina, trabajar por las animadas calles del centro, ser su propia jefa...

¿Su propia jefa? «Espera, echa el freno, Emma. ¿Vas a tener tu propio dinero? Recuerda todo lo que has estado viviendo estas semanas. No te queda ya nada de efectivo. Has de comprar el pan en el supermercado porque solo puedes pagar con tarjeta y en la panadería no te dejan.»

—¿En qué régimen abriríamos la tienda? —le pregunta con ligereza mientras bebe un sorbo de la copa que el camarero le acaba de llenar.

Tomás parpadea y achina los ojos, parece confundido y sorprendido. Quizás algo irritado.

—No tienes que preocuparte por esas cosas, Emma. Yo me encargo —le ofrece con una gran sonrisa. Acaba de ganar la batalla, ha vuelto a conseguir lo que quería. Toma su copa y la acerca a los labios, pero, antes de que brinde por sí mismo, Emma le corta el rollo.

—Prefiero hacerlo yo. A eso me refiero cuando te digo que necesito más independencia.

Ha sonado más fuerte, más serena que antes, aunque por dentro se tambalea igual que un flan.

—¿De qué te vas a ocupar tú, eh? Jajaja... —Vuelve a reírse, esta vez con más ganas si cabe—. ¿Hablas en serio? No seas boba, pero si no tienes ni idea, jajaja...

—Pues aprenderé —le replica seria y tajante. El flan es puro batido de huevo. Coloca las manos sobre sus rodillas, bajo la mesa, y las cierra lenta pero firmemente, hundiendo las uñas en su piel.

A su marido se le corta la risa y se lleva al fin la copa a la boca, pega un gran trago y la deja en la mesa con un golpe seco. Agarra una de las cartas que descansa a su lado y se centra en su lectura.

—Venga, pidamos ya, que tengo hambre —le ordena con una mueca de desagrado.

Emma lo mira y no se mueve. Tomás levanta la vista sobre los cristales bifocales y clava sus iris desleídos en ella.

—Que mires la carta, he dicho.

Lo dice muy bajito, sin mover apenas los labios, con los dientes entrecerrados.

Emma hunde sus uñas con más fuerza, tanto que duele, duele de verdad. Pero no lo suficiente para aplacar ese otro dolor inmenso, insondable, que siente

por dentro.

Ella no es nada. No es nadie. Pensaba que quizás podría ser..., pero no. Ni el maquillaje ni el pelo a su gusto han sido suficiente. Los vaqueros resultaron un error. Tomás los odia y Emma lo sabe, por eso no se los pone nunca. Lo ha hecho aposta, ahora lo entiende. Quería saber, comprobar. Y ahora ya lo sabe, ya está segura, ella no es nada.

Afloja las manos y las pone sobre el mantel para coger la carta. Pasa las hojas despacio, incapaz de centrar la mirada en las letras que bailotean ante sus ojos.

El camarero la salva acercándose a la mesa y preguntando con educación si ya han decidido lo que van a tomar.

—Dos filetes de buey al punto, por favor, y una ensalada al centro que no lleve tomate —ordena Tomás.

Emma no necesita pensar qué va a tomar. Ya está todo más que hablado.

Se le cae la cara de la vergüenza. Acepta el billete de cincuenta euros con la mirada baja y un «gracias» que suena a rencor. Rencor por no haberle hecho abrir los ojos hace muchos años, por no opinar, ayudar, entrometerse en su vida.

—No me des las gracias. Por lo menos no así, no con esa mala leche, ¿qué culpa tendré yo de que tu marido te haya cerrado el grifo? —Bueeenoooo, ahora empezará de nuevo con la monserga—. Es que no entiendo cómo has podido ser tan ingenua. ¿Qué esperabas, eh?, ¿qué esperabas?

—Déjala en paz, ya ha tenido bastante por hoy —la exonera de culpa su madre.

Emma coge el dinero que le tiende papá y se acerca a la barra a pagar su menú del día. El camarero parece dudar y mira a su jefe, que le hace un gesto negativo con la cabeza.

—En esta ocasión invita la casa, señora. No se preocupe...

A Emma se le saltan las lágrimas. Lleva un bolso a juego con los zapatos que deben costar juntos, más o menos, como el sueldo mensual de este chaval. Sin embargo, no tiene diez euros para pagar su comida y el chaval la invita.

Ha sido testigo de cómo Emma comía en silencio, seria, mirando al vacío. Cómo extendía su mano temblorosa con una tarjeta dorada. La ha visto palidecer cuando el datáfono la ha avisado de que no tenía saldo suficiente, coger el teléfono y quedarse un buen rato mirándolo, dudando, sin saber demasiado bien qué hacer a continuación. Ha debido deducir, por el tono que ha empleado, que hablaba con sus padres, avergonzada y llorosa. Y esa pareja mayor, bien conservada y con aspecto saludable, deben ser ellos, sus progenitores, que han venido a salvarla.

Ahora el chaval presencia cómo el padre alucina con el comportamiento de su hija. Debe pensar que la pobre mujer es un poco idiota.

Tomás tiene razón.

«Soy idiota. Soy boba. Un alma cándida que no hace nada bien.»

Si la noche del sábado no hubiese acabado tan mal, ahora no se vería en esas circunstancias.

No tenía que haber aceptado su invitación, para empezar, y, desde luego, no tenía que haberse levantado en el restaurante, con la excusa de ir al servicio, y haber salido despavorida de vuelta a casa.

¿Qué podía esperar ahora de Tomás? No estaba cabreado. Estaba absolutamente furioso. Dejarlo allí tirado, esperándola durante vete tú a saber cuánto tiempo. Y luego asumir el desplante en ese lugar tan pijo...

No ha sabido nada de él desde entonces, no le ha devuelto los niños el domingo ni el lunes. Emma no se ha atrevido a llamarlo, ha preferido pasar la vergüenza de hablar con el colegio con la vaga excusa de estar de viaje. Por lo visto, los ha llevado su padre. Seguro que con la única finalidad de joder a Emma, de inquietarla.

Sin pensárselo dos veces ha cogido su coche para plantarse en la explanada del colegio, dispuesta a esperar allí a que salieran sus hijos. A mediodía ha tenido que vencer su resistencia a moverse para ir a comer algo en un bar y, ¡tachán!, segunda putada de Tomás. Ya no tiene dinero. Cero. Igual que ella, nada.

«No soy nada. Nadie.»

Se da cuenta de que su padre la abraza y su madre la mira con lágrimas en los ojos. ¿Eso a qué viene? Ah, es ella, está llorando. Ya ni cuenta se da. Lleva así dos días.

Ven a los pequeños salir en fila tras la encargada de su autobús y corren a sus vehículos. Alcanzan la casa de Emma antes de que los chiquillos lleguen a su parada. Allí los esperan mamá y los abuelos como si todo estuviera planeado. Los pilla por sorpresa, pero últimamente ya nada es igual. Tras la alegría inicial, vuelven a sus gestos serios de niños que ya no lo son tanto. La angustia, la tristeza de mamá no les pasa desapercibida.

Paran un rato en el parque y, mientras sus hijos corren, el padre de Emma la vuelve a machacar.

—Pero... ¿no tienes una cuenta propia?, ¿adónde va tu nómina?, ¿cómo no has sacado dinero antes? ¡¿NO TIENES TARJETA PARA SACAR DEL CAJERO?!

Los gritos hacen que los críos miren a su abuelo algo asustados. El hombre recula, parece comprender que se está pasando y que su hija poco puede hacer ya para remediar lo mal que lo ha hecho. Que lo único que consigue con eso es hundir más todavía a Emma.

Ella, su hija, acaba de entender el poder de Tomás. Él manda y puede hacer con ellos lo que se le antoje. De hecho, si decidiera dejar de pagar el agua, la luz o la hipoteca, se podrían llegar a quedar en la calle.

La ansiedad la va invadiendo. La angustia, el malestar. Se golpearía la cabeza, su propia estupidez la sorprende. ¿Cómo ha podido ser tan boba, tan absurdamente crédula? Y sobre todo, ¿cómo ha podido confiar durante tanto tiempo en Tomás?

Su madre intenta ser práctica. Acumula consejos que Emma se ve incapaz de anotar. Que busque un buen abogado, que encuentre un trabajo ya, que venda el pisazo en que viven y con su mitad se compre algo más asequible y...

—No es mío, mamá. El piso no es mío —le suelta mientras observa a sus hijos sonriendo en el tobogán.

Ambas cruzan miradas y Emma lo ve en sus ojos.

«Hasta mi madre piensa que soy imbécil.»

No puede abandonar su piso o jugaría en su contra en el divorcio. Se ha instalado allí como una ocupa y ha enviado a los niños a pasar la primera semana de las fiestas navideñas con sus padres. La segunda semana le toca tenerlos a Tomás.

Esos días en soledad se vuelca en su autocompasión. No se le ocurre ni un solo pensamiento positivo. Lloro, malcome y no se quita de encima el pijama. Se castiga con la misma indolencia con que se ha tratado en el pasado.

«¿No has descuidado tu carrera profesional? Pues ahora no desayunas.»

«¿No has dejado que te tratara como a una mierda? Ahora tendrás que oler como tal.»

«¿Querías una familia por encima de todo y a costa de todo? Ahí la tienes. Un marido que ha pasado por encima de ti, a costa de ti, y te ha dejado sin nada.»

La mañana de Nochebuena, mientras reflexiona si tiene ánimo o no para cenar con sus hijos, sus padres y la familia de su hermano, suena su móvil con un número desconocido en pantalla.

Le sorprende que a su mente lo primero que llegue sea la imagen del Calvito Sexi. Es imposible, no puede ser él, no le ha dado nunca su teléfono. Por supuesto no es él y Emma no puede reprimir cierta decepción. Habría sido emocionante que se hubiese quedado prendado de ella y hubiera removido cielo y tierra para encontrarla. O aterrador, si se mira bien.

Pero no, no es el Tío Sexi. Es Jaime, el socio de más edad del bufete de Tomás. El que aportó la experiencia y el buen nombre para comenzar el negocio. Está medio calvo, sí, pero por lo que le viene a la memoria, de sexi, este hombre de unos sesenta años entrado en carnes, no tiene nada. Tras una charla intrascendente que a Emma le cuesta horrores seguir —«¿Cómo estás?, ¿y los niños?, bien, ¿y tu mujer?, bien también, gracias»—, Jaime le ofrece su apoyo.

—Tomás me ha contado lo de vuestro divorcio. No se lo ha dicho a nadie más. Ha explicado en la oficina que te estás tomando un descanso. Ya sabes, por los nervios, y que por eso no vas a trabajar.

«Pero qué morro, encima me hace parecer una histérica.»

—Emma... —Deja unos segundos de suspense—. Sé que le has querido y todo eso, pero él..., él no es una buena persona. Ten cuidado con lo que te ofrece en el acuerdo. Busca un buen abogado.

Que alguien que le conoce tanto como Jaime avale su opinión sobre Tomás

es una inyección de confianza. La hace recapacitar. Está retrasando lo inevitable, dejando que las circunstancias la superen, esperando que llegue alguien y le resuelva sus problemas. Sigue tropezando con la misma piedra una y otra vez.

—Jaime, sé tú mi abogado. —Las palabras han brotado de su boca sin pasar por el filtro cerebral. El pobre hombre llama para asesorarla y ella va y lo pone en un compromiso—. Pero solo si no es un inconveniente para ti, claro, no quisiera molestarte.

Él mantiene el silencio al otro lado de la línea. Emma duda. ¿Ha colgado? Separa el teléfono para comprobarlo y, cuando ve que no, se lo vuelve a acercar a la oreja.

—¿Sabes qué te digo, Emma? —le responde al fin—. Que lo sé todo. Lo sé todo todo y le tengo ganas a tu marido. Te quiero ayudar.

Emma se sobrepone a su miedo inicial y comienza a escucharle con atención. Es la persona que necesita, sin duda. Conoce todos los asuntos turbios de los clientes oscuros que lleva Tomás, de sus atípicas reuniones. Le habla de una doble facturación, de recibos falsos. Tiene la información y, lo que es más importante, tiene pruebas.

—Pues eso, que yo te ayudo. Es que veía lo que estaba haciendo con el negocio, lo que te hacía a ti, y me hervía la sangre. Y pensar que me separé de su padre porque no me gustaba lo que hacía, el tipo de hombre que era..., y con Tomás es todo mucho peor. Le tengo ganas, Emma, le tengo ganas.

«Pues yo ni te imaginas.»

Emma reconoce que esa es la oportunidad que necesita, que se le hace tal montaña salir de su situación que, quizás, si lo deja estar un tiempcito más se vuelve a conformar. No quiere que eso ocurra ni en sueños. Tomás es el padre de sus hijos y siempre lo será, pero con ella, con ella ya no tiene nada. Solo hay una pega...

—Pero, Jaime, te recuerdo que sois socios. Va a ser una situación muy incómoda.

El buen hombre se echa a reír.

—No te preocupes por mí, me tendría que haber jubilado ya. Mi mujer y mis nietos te lo van a agradecer.

No se puede pedir más. Emma se endereza y se pone en pie. La suerte está echada.

—Adelante, Jaime, tú me guías. Vamos allá.

Emma vuelve a deslizar el pincel con cola sobre el lomo y coloca, con muchísimo cuidado, las tapas que ha preparado.

Inicialmente había pensado poner todas las páginas, unas sobre otras, y coserlas por el centro, pero el volumen de hojas fue creciendo y creciendo. No era posible, se habría descoyuntado. Ponerle anillas era la solución más fácil, pero no le gustaba. Parecería un cuaderno.

Así que ha optado por una fórmula intermedia. Varios cuadernillos de hojas cosidas y todos unidos con unas tapas de cartón pegadas al lomo.

Miedo le da. A ver lo que aguanta el maltrato infantil el pobre libro.

Lo revisa todo con cuidado y deja que se seque un poco mientras busca el papel para envolver. Va a entregárselo como un regalo y leérselo para explicarles que, ahora, mamá es divorciada y papá también. Que los dos los quieren mucho y siempre estarán a su lado para ayudarlos en lo que haga falta.

Ha ido todo más rápido de lo esperado. En apenas unas semanas han conseguido llegar a un acuerdo casi amistoso. En realidad, Tomás ha tenido que tragar con todas las exigencias que se le han ido ocurriendo a su ex socio Jaime. Emma solo esperaba obtener la custodia y una paga con la que cubrir los gastos de los niños. También el piso. Suponía que tendría el uso de la vivienda familiar hasta que ellos se independizaran. Su bienestar estaba asegurado y le parecía suficiente, pero Jaime tenía otros planes: «Emma, tu marido ha ganado dinero a espaldas con el bufete. Tienes derecho a que te devuelva tu sueldo de todos estos años con intereses y, ya que estamos, a una compensación económica por lo mal que lo has pasado. Te voy a conseguir todo eso y más»

Hecho. Todo a su favor. Han salido a la luz un montón de marranadas en las reuniones que han realizado hasta cerrar el trato. Al principio Emma estaba atenta y se alteraba cada vez que descubría algo nuevo. Se iba a casa ofuscada y pasaba un par de días hecha un asco. Decidió que no le compensaba sufrir ese malestar. Al final se entretenía en hacer dibujitos sin querer escuchar nada. Era todo demasiado triste, demasiado sórdido. No quería sentir toda esa rabia por el que seguía siendo el padre de sus hijos y al que tendría que ver, sí o sí, todas las semanas durante catorce o quince años más.

Lo pasado pasado está. Finito. Ahora hay una sentencia muy favorable para ella y tiene mucho que celebrar.

Esta tarde, cuando Tomás se lleve a los críos, va a salir a tomar algo. Le apetece. Tiene el cuerpo rumbero desde hace unas noches. Ha tenido varios sueños fogosos que la han acompañado como sombras durante el día.

Probablemente se junta que está ovulando con el hecho de que lleva casi dos meses sin contacto carnal de ningún tipo. Apetecible o no, con Tomás practicaba sexo casi semanal.

Tiene el modelito ya preparado. Ha arriesgado, se ha comprado un vestido ceñido en atrevido color burdeos, amplio cuello caja enseñando el nacimiento del seno, manga por el codo, lo justo por encima de la rodilla para no ser minifaldero. A Emma le parece una ordinariaez salir de noche con minifalda. Solo es admisible si la parte de arriba es holgadita y sin escote. Manías suyas.

El color burdeos hace resaltar su pálida piel y el pelo anaranjado. Le sienta bien y la dependienta le dio su aprobación con una mirada de párpados entornados, asentimiento de cabeza reflexivo con mano derecha en la barbilla y un «Hmm, perfecto». Ante ese despliegue, Emma no pudo resistirse.

Recoge a los peques del bus escolar, deja que corran un rato en el parque mientras se comen la merienda y los arrastra hasta casa entre quejas y sollozos. Nunca es suficiente parque, nunca.

Una vez en la cocina les entrega el paquete envuelto en un estampado de Mickey Mice.** El primer error es haber hecho solo un libro. Ambos se disputan el regalo y Marcos acaba llorando. Una vez aplacados los ánimos, se sientan juntos a disfrutarlo.

Segundo error, las bonitas tapas forradas y pintadas a mano se sueltan a los tres minutos exactos. No es que haya fallado el pegamento, es que la superficie de cada pliego es demasiado fina. Por otro lado, esto resuelve el primer error: cada niño tiene varios minilibros para él solo.

Qué desastre. Emma está totalmente decepcionada. Ha pasado un montón de horas —¡qué un montón, cientos de horas!— pensando la historia, esquematizándola, haciendo esbozos a lápiz, luego dibujando con cuidado, entintando y pintando con más cuidado aún. Nada de ordenador, todo artesano. Y se ha vuelto loca para hacerlas de modo que pudieran luego encuadernarse. Todo ese trabajo ha durado solo tres minutos.

Julia ve la pena en la cara de su madre e intenta ponerle solución.

—Mamá, es muy bonito. Nos gusta mucho. ¿Por qué no lo haces como los álbumes de los cumpleaños para que no se rompa?

¡Anda! En cada cumpleaños de sus hijos Emma se pega la paliza de recuperar todas las fotos que han hecho durante el último año, elige las mejores y las manda imprimir por Internet. En una semana tiene en casa un álbum sólida y perfectamente encuadernado en gruesas hojas de papel fotográfico. Si escanea los dibujos que ha hecho para su cuento, puede obtener un formato similar.

—Julia, eres un genio.

Le da un fuerte abrazo y Julia se estremece de placer. Es un genio, se lo ha

dicho mamá.

Los niños están preparados y dispuestos incluso antes de que Tomás llegue a recogerlos. Se han acomodado más o menos rápido a los cambios. Su papá ha recuperado un piso en propiedad que tenía alquilado, lo ha arreglado un poco y se ha instalado allí. Les ha montado a cada uno un dormitorio de diseño con literas en forma de castillo medieval para Julia y de barco pirata para Marcos.

Como no sabe qué hacer con ellos, llena de actividades los días que pasan con él. Nunca han visto tantas obras de teatro y títeres, conciertos para chiquillos y parques temáticos. De momento lo están pasando genial, y Tomás también parece que disfruta en su compañía. Quizás sea cierto que el roce hace el cariño y ahora se rozan más que antes. El poco rato que Emma pasa con los tres le parece ver, quiere creer, que están más unidos.

No sabe si es por eso, si es porque ha descubierto que tiene unos hijos fantásticos, y eso le colma de satisfacción, pero Tomás no está tan enfadado como suponía Emma que iba a estar a esas alturas de su divorcio.

Otra teoría que tiene es que Jaime lo ha amenazado con desvelar sus miserias si la molesta. Podría ser, sin embargo le da en la nariz que lo más seguro es que ya tenga a alguien nuevo en su vida y en su cama. A ella le importa un bledo lo que haga su ex, pero ojito con que no afecte a los niños porque eso también lo tiene firmado: como no mantenga un comportamiento responsable cuando está con ellos, se queda sin derecho a visitas.

Ya se han ido y Emma pasa a la acción. Se arregla el pelo como puede, se viste con su flamante vestido nuevo, se maquilla un poquito más de lo normal y se lanza de esa guisa a la calle a las ocho de la tarde. La gente la mira. Va un poquito exagerada para esas horas, la verdad. Ha quedado en una cafetería próxima. Cuando estén todas juntas, no llamará tanto la atención. Eso piensa hasta que comprueba que sus amigas lucen ropa de parque y llevan adheridos a sus retoños. Se le cae el alma al suelo.

—Pero esto ¿qué es? —les pregunta asombrada.

—Lo siento, Emma —le sueltan ambas a la vez. Entre ellas también se han sorprendido, creían que la otra ocuparía su lugar y Emma no se quedaría colgada.

—A mi marido le ha salido un viaje a última hora y no ha podido negarse, es mucho dinero, y tal y como están las cosas... —le explica la Dulce Paula de su marido camionero con tal cara de pena que dan ganas de consolarla.

—Chica, no te preocupes, lo primero es lo primero.

Ahora le toca a la Estirada Inés.

—Jorge tiene un catarro brutal, tiene treinta y nueve de fiebre y subiendo. No me puedo ir por ahí y dejarlo a cargo del niño.

Que su marido esté enfermo también es un buen motivo.

—Qué se le va a hacer, mujer. Otra vez será.

Van al parque de bolas para que al menos uno de los cinco, Mateo, lo pase bien.

Emma, impecable, parece La Sirenita en una escena de Apocalipsis Now, está fuera de lugar por completo. Los otros padres la miran con disimulo y murmuran. Se caga en ellos. Se caga en todos. Se despide de sus amigas un rato después y camina con una cara de amargada que le llega hasta los pies de vuelta a su dulce hogar. Parece una novia despechada. No hay nada peor que quedarte en casa cuando ya te has hecho la idea de salir. Sobre todo si tienes el cuerpo pa jotas.

Se quita el vestido para que no se le arrugue y se pone el pijama, aunque no se resigna todavía a desmaquillarse. Quién sabe, igual sus amigas le han gastado una broma y la llaman en unos minutos para salir. Tic-tac, tic-tac, tic-tac. No, nadie la llama. Mierda, qué aburrido es esto de ser soltera. De acuerdo, se pondrá a dibujar.

Pero, mira tú por dónde, se le ocurre otra idea. Quizás haya otra persona a quien puede llamar.

—¿Esto te lo enseñan en la facultad?

Emma descansa satisfecha al lado del Calvito. Lo dice porque sabe que ha estudiado Psicología en la universidad para ser asesor familiar y se lo monta de fábula en la cama. Es una pequeña broma para halagarlo.

—El sexo forma parte de la relación de pareja. Algo te enseñan, pero no entran en detalles —le responde sonriendo dándole un suave mordisco en el cuello.

Hasta ahí todo bien. Ha sido gracioso, tierno, ya puede callarse. Pero no, en vez de eso comienza con una larga perorata sobre lo fundamental que es cuidar las relaciones sexuales. No para. Con lo sexi que es con la boquita cerrada.

Emma se está agobiando un poco y le apetece volver a su casa, a su soledad y, sobre todo, a su silencio.

Le apetecía un revolcón esta noche y se le ocurrieron varias posibilidades que fue descartando. La primera posición en sus deseos, medio en broma medio en serio, la ocupaba Javi, pero lo eliminó de la lista de inmediato. Aparte del pequeño inconveniente de que él ya tiene su propia familia, con bebé incluido, está el hecho de que vive a miles de kilómetros. No iba a llegar a tiempo de cenar seguro.

El segundo que se le ocurrió fue Jaime. No porque le encontrase atractivo, sino porque era el hombre con el que más había hablado últimamente y le caía bien. En cuanto pasó por su imaginación, lo descartó también. No era hombre para un revolcón. Sin duda, su mujer, hijos y nietos estarían de acuerdo.

Solo le quedaba una opción y su teléfono aguardaba solitario en el primer cajón de su mesilla de noche. Rescató la tarjeta con el nombre impreso y lo llamó sin más. Sabía que, si se lo pensaba mucho, no tendría valor. Total, no tenía nada que perder. Dio señal tres veces y descolgaron. Todo resultaba muy excitante. Un monosilábico «¿Sí?» y Emma se quedó muda. «¿Hola?» Silencio. «¿Emma, eres tú?» Aterrador.

Emma cuelga y lanza el móvil sobre el colchón. «Impresionante, tiene superpoderes y no solo en la cama.» Emma se ríe de su propia ocurrencia, pero sigue pareciéndole inquietante.

Al cabo de un par de minutos suena su móvil. Es el número que ha marcado ella antes, el del Tío Sexi. Duda, se resiste, pero imágenes tórridas vuelan por su mente y siente cosquillas entre las piernas, justo en el lugar en el que, el mismo que la llama, se entretuvo a indagar durante un buen rato la última vez que se vieron.

Solo por eso accede a hablar con él.

—Hola.

—Hola, Emma, ¿cómo estás? —La voz sexi al ataque de nuevo.

«Inquieta, asustada, nerviosa, ansiosa, caliente, dudosa.»

—Bien, ¿y tú?

—Has tardado mucho en llamarme —le suelta el vanidoso. «Pero ¿qué coño te has creído? No he pensado ni una sola vez en llamarte hasta ahora», analiza irritada—. Esperaba que lo hicieras, he pensado mucho en ti —le ronronea mimoso.

Eso está mejor, por ahí sí vas bien. Pero ella no puede contestarle al mismo nivel emocional. Ahora no sabe qué decirle para no herir sus sentimientos.

—¿Te apetece quedar a tomar algo?

Ya está, sencillo y eficiente. Elegante quizás.

—Desde luego. —Percibe la ilusión en su voz—. ¿Quieres ir a cenar?

Por favor, no. Los dos sentados frente a frente sin saber qué decir. No está preparada para algo así. De momento, necesita más el rollo «aquí te pillo, aquí te mato». ¿No pueden ir directos al mismo hotel, que olía bien, estaba muy limpio y el desayuno bufé era una maravilla, y hacer lo que tienen que hacer?

No, qué lástima. Estaría mal visto, hay que disimular.

—Prefiero quedar después de cenar. Podemos ir a tomar algo si quieres...

—«Porque, por mí no lo hagas, con vernos en la habitación verde tengo suficiente», le falta añadir.

—¡De acuerdo! ¿Te recojo? —Alegría sin límites.

—No te preocupes, dime dónde te apetece ir y me acerco yo.

Le parece oír un «ooh» de tristeza, pero no puede ser cierto. Él duda un poco, elige un sitio, luego decide otro y acaba prefiriendo el primero. Quedan allí sobre las doce.

—La hora bruja —le dice picarón.

«Qué poca gracia», piensa Emma.

Tanta ilusión por parte de él la ha desmotivado un poco. No sabe por qué dicen que las mujeres son complicadas. La cosa está bien clara: a las mujeres les gusta conquistar. Que todo sea tan sencillo hace que pierda encanto. De todos modos, quiere mantener la emoción y no se deja abatir por las facilidades.

Cena algo ligero, se come unos bombones que se ha regalado ella misma y termina un libro que tiene a medias. A las once se cae de sueño y no tiene ninguna gana de ir a ningún sitio. Ha sido muy mala idea no salir a cenar. Por un segundo se plantea llamar y anular la cita, pero recuerda su precioso vestido nuevo y se anima. Todo sea por estrenarlo como corresponde a una prenda así.

Se recompone el pelo y el maquillaje, se viste otra vez y llama a un taxi.

Antes de las doce ya está en la puerta del local en el que han quedado. Le parece mal llegar tan pronto, así que primero entra en la cafetería que hay justo al lado. Se sienta en un taburete de la barra y pide un carajillo de Baileys. Es un modo rápido de espantar al sueño e ingerir algo de alcohol que le infunda valor. Mientras remueve el azúcar observa a su alrededor y se da cuenta de que ese es el lugar en que Javi se despidió de ella para poder comprobar, según él, si estaba enamorado.

No puede ser. No podía empezar peor la noche. Los recuerdos de la conversación y las sensaciones de ese encuentro le caen en la tripa como un mazazo. Le viene a la mente el estribillo de su canción, Aaalwayssss..., y se le encoge el corazón.

Pero no se permite recrearse en ello. Lo que pasó pasó. Ya no se puede arreglar. Ahora hay que levantar la cabeza y seguir adelante. Estos últimos meses han sido muy duros y hoy ha salido a celebrar que la cosa ha mejorado. No, no se va a entristecer ahora.

Necesita un buen rato y tomarse el café cargadito para que sus pensamientos giren en redondo.

«Pues vaya con Javi, tanto amor tanto amor y en cuanto dejó de verme ya estaba preñando a otra.»

Se enfada con él y consigo misma por seguir pensando en él. Decide centrarse en el momento que está viviendo. Descubre que el Baileys está muy rico. Se pide otro solo con hielo, sin café, por favor. Lo paladea con placer. Esto no lo había hecho nunca antes, estar a solas en un local degustando una copa.

«Está bien, muy bien. Está bueno el Baileys este.»

Nota una presencia alrededor. El Calvo Sexi está en la puerta, observándola con una sonrisa en los labios. Emma despierta de su ensoñación y mira la hora. Pasan de las doce y media. Él se ha aproximado.

—Hola, te estaba esperando en el pub de al lado. Perdona por la confusión.

«Uf, perdonado.»

—Tranquilo, no pasa nada. Estaba tomando algo.

Está muy bueno este tío. Más que el Baileys. No recordaba que estuviera tan bueno. «Sí, señor, buena elección, Emma. A pesar de la sangría que corría por tus venas esa noche, supiste escoger. O es que la copa que te has tomado te nubla el entendimiento como la primera vez.» Sea lo que sea, el hombre que tiene delante es muuuuy apetecible.

Él parece estar pensando algo parecido de ella. Le habla con los ojos entornados, mostrando mucho los dientes al sonreír, poniendo morritos. Se pasa la mano por la calva, que así dicho queda feo, pero visto no está nada mal. Tiene los brazos musculados y una cabeza bonita. Queda sexi. Por algo se llama el

Calvo Sexi. «Ah, no —recuerda Emma entre brumas—, se llama Vicente. Vicente el asesor familiar, jeje. —Se ríe ella sola. Vaya, parece que está un poquito borracha».

Mientras, él le está contando una historia sobre algo que le ha pasado de camino hacia allí. Emma asiente sin escuchar y sonrío cuando él lo hace. Con eso parece bastar.

—Vamos a una mesita —sugiere él.

Pues vale.

Charlan un poco, pero, más que charlar, el Calvo pregunta y pregunta. Ella le confiesa que se acaba de divorciar y se emociona. «¿Cómo ha sido? ¿Qué tal lo llevas? ¿Habéis terminado bien? ¿Qué tal los niños?» ¡Eh!, frena el carro, que no he salido para esto, le gustaría gritarle. En su lugar le dice discreta, con tono neutro:

—Preferiría no hablar de eso ahora, si no te importa.

—Claro, claro, perdona. —Se revuelve inquieto. Se da cuenta de que ha sido inoportuno. Lo ha captado, menos mal.

Emma no tiene interés en la vida de él. No le ha preguntado nada. No quiere saber dónde vive, si le gusta su trabajo o cuál es su peli favorita. Le da igual. Solo mira sus brazos torneados, el cuello donde se marca la nuez, los labios gruesos.

—¿Te apetece ir a bailar a algún sitio? —propone él cuando el silencio se extiende entre ellos.

«No. A ser posible no. Me ahorraría ese paso.»

—Bien, lo que quieras.

Lo de ser tan cortés con los demás es jodidamente desconsiderado con uno mismo. Emma se ve caminando, con los bonitos tacones nuevos de dos dedos que se ha comprado en perfecta armonía con su vestido burdeos, hasta no sabe qué sitio que se le ha ocurrido al tío este que dice que está bien, y no da crédito. No puede más. Su andar sexual se convierte en una parodia de los mejores tiempos de Lina Morgan.

—¿Estás bien? —le pregunta al ver que Emma se retrasa.

Como esta noche es más como una cita, ya no la lleva en volandas agarrada por la cintura como la otra vez. En vez de eso, camina a su lado tímido, hablando de tonterías que a ella no le interesan demasiado. Lo siente en el alma, pero es que no logra conectar con él.

—Sí, sí, tranquilo. Es que los zapatos son nuevos y me hacen un poco de daño —admite con cierto rubor.

Entonces el Calvito se para ante ella, la abraza y le dice al oído:

—Estás guapísima.

Y luego le asesta un buen morreo, con boca abierta y lengua enroscada. «Ahora sí que conectamos», piensa Emma arrimándose todo lo que puede. Le gustaría entrar por osmosis dentro de sus pantalones y estar en contacto, ya mismo, con su pene y con sus caderas. Hace todo lo posible por conseguirlo, pero sus esfuerzos son en vano. De repente está besando el aire.

—Venga, que ya llegamos —la anima él.

Por lo menos, ahora la lleva abrazadita y va más despacio. Caminan como enamorados y a Emma le empieza a sonar esa calle. Ella ha estado allí antes. En la puerta, el cartel de neón le trae frases de tiempos pasados. También ha estado allí con Javi. Maldita su suerte.

El local sigue igual. La música le gusta, las luces son geniales, la gente amable y cariñosa, la gintonería en su rincón de siempre. Se piden una copa pero de las normales.

«Este hombre no tiene ningún glamur, no como mi Javi.»

¡Qué locura! Se obliga de nuevo a dejar de pensar en él. Se concentra en su calvo, que la coge por la cintura, la menea paquí y pallá, la besa en el cuello, se enrollan por momentos, como quinceañeros, metiéndose mano delante de todo el mundo, bailan un rato más. Cuando la cosa está bien caldeada, el Tío Sexi propone, al fin, dejar el local.

Emma levanta la mano a un taxi verde antes de que él decida volver a caminar. Llegan al hotel y siguen la ruta de la última vez, una habitación similar, misma decoración. Emma no sabe si sugerir que paga ella la noche. ¿Sería apropiado? Quizás a la próxima, decide en un arrebato de lealtad futura.

El sexo vuelve a ser genial. Llevaban una hora manoseándose y ambos estaban muy cachondos. Pero hoy es un poco distinto, él no para de hablar.

—¿Esto te gusta? ¿Quieres que probemos...? ¿Por qué no te pones así? ¿Quieres más?

«Chico, calla y haz lo que tengas que hacer sin preguntar.»

—¿Esto te lo enseñan en la facultad?

Para lo poco que ha hablado Emma durante la noche, él debería estar dando palmas con las orejas por una frase tan larga. Le está dedicando un piropo por lo bien que se lo ha pasado en la cama, con una respuesta sencilla debería bastar. Pero no, el tío no para de hablar.

Por fin ha llegado su cuento. Abren la caja entre todos y admiran la obra de Emma. Ha pedido cuatro copias a la imprenta: una para Julia, otra para Marcos, una para ella y otra para por si acaso. Le salían a cuenta los gastos de envío, así que ya que estaba...

Los críos están encantados y Emma más. Ha quedado mucho mejor de lo esperado. Tenía miedo del resultado. Ha sido muy pesada insistiendo en los detalles de color, en los márgenes, en la calidad de la impresión. No quería que se perdieran las texturas de las pinturas originales.

El resultado es bueno y el papel más duradero. Sus hijos, felices con su trabajo, ¿qué más puede pedir después de tanto esfuerzo?

—Mamá, ¿me lo puedo llevar al cole? —le ruega Julia.

—Yo también, mamá, yo también —le insiste Marcos.

Emma se siente conmovida.

—Está bien, cariños míos, está bien.

A la mañana siguiente Emma carga con dos mochilas, dos niños y dos cuentos en sendas bolsas de plástico para que no se estropeen.

—Por lo que más queráis, no os los olvidéis en el cole —les ruega divertida.

Como tiene el suyo y el de por si acaso, no le preocupa demasiado. Además, en caso de pérdida siempre lo puede volver a imprimir. Toda una ventaja que el anterior, el original despedazado en tan solo tres minutos, no tenía.

Por la tarde, al regresar el autobús escolar, Emma echa en falta algo. Dos niños, dos mochilas..., un libro.

«Hmm, algo va mal.»

—¿Has perdido tu libro, Julia? —le pregunta suspicaz.

—No, mamá, se lo ha quedado la seño para leerlo porque le ha gustado mucho.

«Hmm, vale.»

Hasta ahí todo normal. Los días pasan, los chiquillos van y vuelven en el autobús y el libro no aparece. Esto huele a podrido. Una semana después, cuando Emma ya iba a preguntar, encuentra una nota en la agenda de Julia: le piden permiso para exponer su libro, su historia, en algunas clases.

«¿Cómo?»

—Nos ha encantado, Emma. Lo he llevado al comité y al AMPA de la escuela y les parece una idea ejemplar, un cuento bellísimo. Nos gustaría compartirlo con otros alumnos que están pasando por lo mismo que tus hijos, si

no te parece mal —le explica la nueva tutora de Julia por teléfono.

El orgullo comienza poco a poco a recorrer la superficie de la piel de Emma y al cabo de unos segundos fluye abiertamente por sus poros.

—¿De verdad os parece bonito? —pregunta con un hilillo de voz. Está a punto de llorar de gozo.

—De verdad. Me ha conmovido —le confirma la maestra.

—Está bien. Imagino que no pasa nada porque otros chavales lean el cuento —accede satisfecha con la impresión de estar contribuyendo al bienestar común mundial.

Después de eso también les ha enseñado su obra a sus amigas. Ahora que otro adulto le ha dado el visto bueno, ha ganado valor ante sus propios ojos.

—Emma, esto está muy bien hecho —le dice Inés con asombro.

—Es... precioso —consigue articular Paula, la Dulce, con los ojos acuosos. Emma se crece con cada halago. No esperaba tanto reconocimiento.

Ni siquiera estaba segura de que la historia se entendiera bien. El suyo es un cuento fantástico donde dos hermanos, a imagen de Julia y Marcos, deben rescatar a sus padres de un diabólico cíclope. Los pequeños héroes escuchan palabras mágicas que les envían por el aire papá y mamá como «No te preocupes» y «Te voy a ayudar». Con ellas van descubriendo personajes y superando pruebas, abriéndose camino a través de El País del Amor hasta encontrar el Castillo en el Aire, donde el malvado ser de un solo ojo oculta a sus papás. Para hacerlo más atractivo, lo ha ambientado en una fantasiosa época medieval con unicornios, dragones buenos y bosques frondosos. Lo que más le gusta dibujar.

Cuando al fin están ante el cíclope, resulta que no es tan malo como parecía. Ha hecho que sus padres, que siempre estaban tristes, ahora sonrían de nuevo. La única condición que les pone el ser sobrenatural para recuperar a sus papás es que, a partir de ese momento, deben vivir separados. Así todos volverán a estar felices. Los valientes guerreros, que ya han aprendido que no pasa nada, que todo el mundo está contento y los quieren igual, aceptan el trato.

Se supone, según Emma, que en su viaje han visto que hay mucha gente a su alrededor que les brinda apoyo y los ayuda a proseguir su aventura, como los abuelos, simbolizados por un dragón de cuatro cabezas que representan a los cuatro ascendientes, o los amigos que van haciendo por el camino. También han descubierto que son listos y valientes y que sus papás están siempre a su lado, en las voces que escuchan, aunque no estén presentes a todas horas. La moraleja final, claro está, es que papá y mamá están mejor divorciados.

Bueno, a su familia le gusta y eso es lo que importa. No necesita más.

Aunque no necesita más, no puede evitar mostrárselo al Sexi Vicente. A fin

de cuentas, es asesor familiar, ¿no?

—¿Se entiende? —le pregunta el domingo por la mañana, estirada en la cama, desnuda, mientras ojea el suplemento del periódico.

Mantiene con él una especie de relación a medio camino entre el sexo más brutal y el aburrimiento más supino. Le va al pelo la frase de «calladito está más guapo». Emma no acaba de pillarle las gracias, le parece un poco simple e ingenuo, pero lo achaca a que es más joven que ella y, cada dos semanas, cuando se queda sola, se cita con él. Salen a cenar, dan un paseo, a veces toman algo y siempre acaban en su piso. Un pequeño apartamento vestido de Ikea al que Emma ya ha tomado cierto cariño. Desde luego, una cosa sí es verdad y compensa la carencia en las demás: en la cama se llevan muy bien.

Él se ha sentado sobre la alfombra con la espalda apoyada en la pared. Le ha dado ya tres pasadas al libro que tiene entre las manos. Adelante, atrás, otra vez desde el principio, otra vez desde el final.

Emma se está poniendo nerviosa. No es que su opinión sea relevante, después de todo ella lo ha hecho solo por sus hijos y a ellos le gusta, así que ¿qué más da lo que opine él?

—Es fabuloso, Emma. Es... genial —le dice sin apartar los ojos de las páginas que sigue pasando con admiración—. ¿Cómo se te ha ocurrido todo esto?

Oye, pues su opinión sí que importa después de todo. Es una opinión estupenda. Emma no cabe en sí de vanidad, por fin ha hecho algo bien y lo ha hecho ella sola.

Mantiene esa satisfacción durante unas semanas. Luego todo vuelve a la rutina o, lo que es peor, a la falta de ella. Sin trabajar, ahora que ha terminado su cuento, los días se le hacen eternos sola en casa. Lo de ir al gimnasio, comprar, tener el hogar limpio como la patena y preparar sabrosas comidas y cenas está bien durante un tiempo. Luego se empieza a aburrir.

Podría comenzar a esbozar otra historia, se dice, pero lo que debería hacer es empezar a buscar trabajo. Con la compensación económica que le ha conseguido Jaime y la pensión que le pasa Tomás puede vivir cómodamente, pero Emma sabe que para sentirse bien consigo misma necesita trabajar. No quiere depender de él ni tener que rogarle si se le presenta un gasto extra como podría ser cambiar de coche. La elaboración de su currículum hace que se desvanescan sus expectativas laborales. El prestigio del bufete de Tomás la acredita, sí, pero no tiene la experiencia profesional necesaria para desempeñar un trabajo acorde a su titulación. Vamos, que es un fraude como abogada. Debe reciclarse, ponerse al día.

Retoma los libros de la carrera y se apunta a cursos de informática, de

francés, de finanzas..., todo lo que se le ocurre para añadir más líneas en el apartado de formación y resultar más competitiva. A la par, empieza a crear otra historia, no lo puede evitar. Esta vez va a tratar sobre el problema de Julia, sobre la dislexia, y lo va a ambientar en un mundo futuro con naves espaciales para que sea por completo diferente al cuento anterior. Quiere que su hija sepa lo orgullosísima que está de ella.

Las semanas pasan y se acerca el verano. Acuerda con Tomás el reparto de las vacaciones sabiendo que le corresponde un mes a cada uno. Emma ha pensado que con los niños irá a algún lugar de playa, pero cuando se quede ella sola, ¿qué puede hacer?

Tras darle muchas vueltas lo ha decidido: va a hacerse voluntaria en una ONG. Siempre ha querido colaborar económicamente, pero Tomás se negaba a domiciliar los pagos de «esa pandilla de vagos», como él los llamaba. Ahora es libre de hacerlo y va a aportar su granito de arena, pero, además, desea implicarse, participar sobre el terreno. Lo tiene idealizado desde pequeña y es un modo de mejorar una autoestima bastante vapuleada porque reconforta saber que vas a ser útil a alguien. Además, este es el momento adecuado para vivir la experiencia. Si se pone a trabajar, no va a poder cogerse dos meses en verano.

Después de elegir entre varias organizaciones y recibir la formación adecuada, le han indicado cuál será su destino. Comienza el ciclo de vacunas contra la fiebre amarilla, la hepatitis A y el tétanos. Este mes de agosto viajará a un pueblito de Perú para ayudar en lo que haga falta y hacer talleres de pintura con los niños.

Está recogiendo trastos y al ordenarlos, en la estantería infantil, Emma echa de menos uno de los ejemplares de su libro. No recuerda que se lo quedó la tutora de Julia para enseñárselo a no sabe quién.

—Julia, cariño, ¿tú sabes dónde está el cuento que te pintó mamá?

Emma sabe que falta el suyo porque en un arrebato de protagonismo le puso una dedicatoria a cada uno. Falta el de «A mi amada y valiente hija Julia».

—Lo tiene la seño.

«Jolín con la seño, lo tiene hace ya más de tres meses.»

La llama con la indignación en la garganta. «Vaya modelo de conducta, que extravía un objeto personal y no pide ni disculpas. ¿Esa es la educación que reciben nuestros hijos?» Por supuesto no le habla en esos términos. Solo le pregunta si sabe algo al respecto del libro que se quedó de forma temporal.

Desde luego que tiene el ejemplar, le asegura la maestra con tranquilidad. Es que, por lo visto, la lectura en el aula se convirtió en un trabajo más extenso y llevan trabajando con el libro todo el trimestre.

—¿Perdón?

—A los niños les chifla tu historia y los que han pasado por una separación, tras leerlo, parecen llevarlo mejor —le explica.

Emma la escucha abrumada. Es fantástico lo que le están contando, pero no esperaba suscitar tanto interés y la asusta un poco. Debe ser la falta de costumbre.

—Verás, Emma, nos preguntábamos si habías pensado hacer copias. Hay muchísimos padres interesados.

La propuesta le altera el pulso. Imagina a todo el colegio hablando de su obra, de su divorcio. Todavía está poniendo su vida en orden y no le apetece hacerlo público. De hecho, ya se le ha ido de las manos. ¿Cómo que hay muchos padres interesados?

—Mejor no, prefiero que sea algo íntimo, familiar, pero gracias por el ofrecimiento.

La tutora intenta persuadirla sin éxito y al día siguiente recibe su libro, en perfecto estado, en la misma bolsa en la que se lo dio. Por un lado, Emma se alegra; por otro, se siente algo culpable de haberle negado al colegio lo que le ha pedido. Tampoco pasaba nada por hacer alguna copia y que lo leyera más gente, no era para tanto, se dice arrepentida abrazando el ejemplar.

No debe lamentarse durante mucho tiempo. A los pocos días comienzan a lloverle notitas en la mochila de Julia de padres de compañeros rogándole, si no

es mucho pedir, que les facilite un ejemplar del libro. Emma siente que están traspasando la frontera entre lo escolar y lo personal. No le parece bien y arruga las notas tan pronto las lee.

Los padres con los que coincide en la parada del autobús y que, hasta el momento, no le habían dirigido la palabra más que para saludar comienzan a tratarla con deferencia. Le sonrían, le ceden el sitio en la cola, alaban la belleza de sus hijos y lo bien que se portan. La rondan como lobos hambrientos y, pasados unos días de disimulo, en cuanto uno se atreve a pedirle una copia del cuento, todos se lanzan a atacar a la vez. «Es que tengo una hermana que se acaba de separar... Mi hijo lo está pasando muy mal con nuestro divorcio... Mi primo, los abuelos, mi mejor amiga, mi sobrino, sus tíos...» Todo el mundo parece conocer a alguien que necesita leer su historia.

Emma sigue con sus celos. No se siente cómoda con su nueva popularidad, aunque, si lo piensa bien, le ilusiona que su cuento guste tanto. Es raro que haya llamado la atención entre tanta oferta de libro infantil. Lo hizo con mucho amor en un momento muy delicado de su vida y eso debe hacerlo especial, sin duda. De modo que, no sabe si es por cortesía o por vanidad pero acaba haciendo una lista de pedidos y encarga nuevas copias a la imprenta. A fin de cuentas, su divorcio ya no es un secreto para nadie.

A los pocos días la lista ha crecido y tiene que pedir más. Y vuelve a suceder, a la semana los pedidos aumentan. Ahora, se arrepiente de haber cedido. Le da vergüenza cobrarlos, lo pasa mal, pero tampoco puede regalarlos porque cuestan un dineral. Y resulta muy cansado acarrear con las decenas de copias hasta el bus escolar. Disfruta de la acogida que tiene su historia, pero está cansada de tantas molestias y no sabe cómo escapar de ese compromiso sin ofender a nadie.

Se le ocurre una alternativa por la noche, mientras lee Peter Pan a sus peques. Ella ha comprado ese libro en una librería sin molestar a nadie. Hay editoriales. ¡Eso es! Hay empresas que se dedican a imprimir y distribuir obras gráficas. ¡Genial! Justo lo que necesita. Estudia los cuentos que abarrotan las estanterías de sus hijos y escoge los cinco que más le agradan. Los que tienen mejores acabados, mejor papel, los que encajan más con su estilo. Busca sus editoriales en Internet y apunta los correos electrónicos de contacto.

Envía a cada una de ellas el ejemplar, que escaneó en su día para llevarlo a imprimir, con una breve reseña en la que describe su situación. Les explica que su obra ha tenido bastante éxito en el colegio y hay muchos padres interesados en adquirirla. Les pide ayuda.

Desconoce los entresijos del mundo editorial, pero tiene presente que es difícil que lean su correo, ni hablar de que le contesten. Cuando pasan los días

sin obtener respuesta, Emma suspira decepcionada pero se consuela pensando que ya no queda mucho para finalizar el curso y todos se olvidarán de ella y su libro. Pronto acabará el martirio.

Dos semanas después Emma ya ha asumido el problema: encarga copias, las recibe, las distribuye y las cobra a precio de coste. Qué se le va a hacer. Ahora su preocupación es preparar una maleta adecuada y el visado para su viaje. Es entonces cuando recibe respuesta de dos editoriales. Ambas están interesadas en publicar su cuento.

Puro karma, es evidente. Los dioses la premian por haber sido paciente y considerada con todos los que le han pedido un ejemplar. «Qué suerte, un problema menos», piensa alegre. Tras intercambiar un par de correos con los editores agradeciendo su interés y comentando su estilo, recibe un par de ofertas. Lee atónita las condiciones y no se lo acaba de creer. Le están ofreciendo un adelanto por su trabajo, un porcentaje de las ventas, una edición con acabado profesional, una distribución mundial de su obra y, si todo va bien y planea hacer más libros, un futuro a su lado. ¡Joder, le piden más historias!

Flota en una nube de satisfacción personal. No solo ha hecho algo bien, es que sigue logrando lo que se propone. ¡Y ella solita! Es una mujer con fortaleza, ya lo dice su nombre. «Di que sí, Emma.» Lo comenta con sus padres, en la comida dominical, restándole importancia, y se sorprende de su alegría. La abrazan y pegan grititos de emoción.

—Ya sabíamos nosotros que llegarías lejos. En algún momento hemos dudado..., pero ya lo sabíamos nosotros.

Lo habla con Jaime, con el que mantiene buena relación desde su divorcio, y el hombre se ofrece a asesorarla con el contrato, para eso están los amigos, no faltaba más.

Le encantaría poder contárselo a Javi. No puede evitar acordarse de él cuando sujeta un lápiz entre los dedos. Siente que le falta un cachito de sí misma y le duele un poquito la neurona del corazón. Cada vez que termina un esbozo, que entinta con cuidado un dibujo, que da color a las imágenes que ha creado, gira la cabeza hacia su hombro derecho y le pregunta: «¿Qué te parece?». Puede verlo allí, a su lado, con la carita llena de acné, mirando las hojas y asintiendo muy serio. La vida de ambos está en sus manos en ese momento.

«Hmm, está bien, muy bien..., pero podrías...»

Siempre había alguna mejora.

«Nunca estás contento con nada», le replicaba Emma.

Javi la miraba entonces asustado, temiendo que se hubiese enfadado. Ella le sonreía y él se tranquilizaba de nuevo y le sonreía a su vez, llenando de luz su habitación rosa.

Podría localizarlo. Solo tiene que escribir su nombre en Internet. Alguna vez lo ha hecho y ha leído sus artículos, sus opiniones. Se enorgullece de él. De su forma de pensar, de lo bien que escribe. Pero ha preferido dejarlo estar, mejor no remover algo tan intenso, es más sensato dejarlo atrás.

Volviendo al presente, Emma lo organiza todo para acercarse a la capital y aprovechar el mismo día para conocer a ambos editores. Mejor un viernes, ruega al teléfono cuando concierta las dos citas, así deja a los niños con su exmarido el jueves por la noche y se va más tranquila. Jaime la acompañará a las visitas profesionales y luego regresará a su casa.

Ella planea quedarse el fin de semana en la capital. Así cambia de aires.

Vicente guarda silencio al otro lado del hilo telefónico.

—Entonces, ¿no nos vamos a ver esta semana? —le echa en cara al fin con timidez.

Emma no había pensado en ello. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Lo siente por él.

—Si quieres, puedes venirte el jueves a mi casa —le concede tras recapacitarlo unos segundos.

Tiene ilusión por hacer ese viaje ella sola. Es como un preeludido de su aventura veraniega en Perú. Ya ha elaborado el plan. El sábado aprovechará para visitar alguna tienda y hacer algo de turismo. Por la noche quiere ir a un restaurante que ha visto recomendado en una revista y ya ha comprado una entrada para un musical de renombre. Si al día siguiente hace buen tiempo, se dará una vuelta por el gran mercadillo dominical.

Cuando la noche del jueves el Sexi Vicente le sugiere acompañarla, Emma no sabe qué hacer. Los niños están con su ex y ambos campan en ropa interior por el salón. Hasta el momento el Tío Sexi parecía muy contento. Estar por fin en casa de ella debe antojársele un paso más. Ha repasado las fotos de los críos que siembran las estanterías, los dibujos de Emma desperdigados por aquí y por allá. Hace preguntas, lo toca todo.

Emma se esconde unos segundos en su habitación. Tenerlo allí, en su hogar, la pone nerviosa, no le acaba de gustar. Pasar con él el fin de semana no es algo que le apetezca demasiado. Se pone encima una bata de algodón azul y vuelve a salir al comedor. Vicente escudriña la librería analizando los títulos. Se da la vuelta al oír la entrar.

—Necesito hacer este viaje yo sola —le dice sin más.

Él la mira con ojos lastimeros. Emma se sienta en el sofá, es como su refugio, le da cierta seguridad. El Calvo Sexi se acerca a su ropa y se mete en los pantalones con movimientos bruscos. Se ha enfadado. Con el torso desnudo, se planta ante ella.

—Emma, llevamos viéndonos casi cinco meses... —«¿Tanto?»—. Me gustaría tener de ti algo más. —«Tiene un cuerpo precioso, delicioso. Los vaqueros le sientan fenomenal»—. Quisiera conocer a tus hijos, formar parte de tu vida. —«Uissh..., no lo digas, por favor, no lo digas»—. Emma, me estoy enamorando de ti y no quiero seguir con esto si tú no te quieres implicar.

Mierda, lo ha dicho. No le sorprende demasiado. Lleva cosa de un mes con una mosca aleteando sobre su cabeza. Siempre ha percibido que el interés de él

es superior al suyo. Ella solo quiere lo que tienen. Nunca ha buscado ni pedido otra cosa y hasta ahora él no ha puesto pegas, pero todo lo bueno se acaba. Podría seguir adelante, atarse a este hombre sexi y cariñoso, algo aburrido pero complaciente y sensato. Sería un buen compañero para ella y sus hijos.

Duda unos segundos, pero hay algo que sí tiene claro, no está enamorada de él. Eso segurísimo. No sería justo para ninguno. Ha llegado el momento de encarar la situación.

—Yo... lo siento mucho, Vicente, pero no siento lo mismo.

La escena resulta muy amarga. El rostro dolido de él y la sensación de pérdida, aunque aún no se haya ido. Porque sabe que se irá y no lo volverá a ver. Hasta cierto punto, ha estado muy a gusto a su lado, pero Emma cree que se puede pedir más en una relación y ahora no está dispuesta a conformarse con menos. Ya ha tenido menos durante mucho tiempo.

Vicente asiente con los labios apretados y termina de vestirse despacio. Se iba a quedar a dormir, pero eso ya no va a ocurrir.

—Entonces, será mejor que me vaya —le susurra confirmando los pensamientos de Emma.

Lo acompaña hasta la puerta. Parece increíble que todo vaya a terminar así, tan inesperadamente, en solo unos minutos, con solo unas cuantas frases. Dando muestras de buen gusto, se vuelve hacia ella en el último instante, cuando el ascensor ya ha llegado al rellano. Le da un fuerte abrazo. A Emma le reconfortan sus cálidos brazos, su olor que ya es familiar, el latido de su corazón. Contra su pecho ya no está sola y, de nuevo, vuelve a dudar. Le cuesta desprenderse de él y él no tiene ningunas ganas de alejarse de ella.

—Si quieres, te puedes quedar esta noche —le dice bajito en un último intento de recuperar lo perdido.

—No..., es mejor que me vaya.

Afloja la presión y separándose, solo un poco, apoya la frente en la cabeza de Emma. Le da un beso largo en los labios.

—Que te vaya muy bien, Emma. Con el libro, con los niños... Que tengas mucha suerte.

Se mete en el ascensor sin mirar atrás.

Emma se queda en la puerta de casa con un nudo en la garganta. Sabe que va a echarlo de menos, pero también sabe que, cuando está mucho tiempo con él, lo echa de más. Ese pensamiento le consuela. No podría funcionar.

Emma se ha levantado con el pie izquierdo. La nevera de su cuarto hace un ruido insoportable y no ha podido pegar ojo. Ha estado a punto cien veces de levantarse a protestar, pero la idea de salir de la cama, recoger sus bártulos y cambiar de habitación se le hacía demasiado pesada.

Para colmo le ha bajado la regla y se encuentra fatal. Ha pedido antiinflamatorios al servicio de habitaciones junto al desayuno y espera impaciente a que le hagan efecto. Desde que ha dejado la píldora, sus menstruaciones son muy dolorosas. Tendrá que retomarla, piensa resignada, aunque lleve año y medio sin catar varón, que diría su abuela.

Desde que rompió con el Tío Sexi no ha vuelto a tener suerte. Las ocasiones en las que ha salido dispuesta a una aventura no ha visto a ningún hombre de su gusto. Tampoco ha encontrado a nadie interesante en su día a día, y eso que se mueve mucho y conoce a mucha gente cada vez.

Su primer libro ha sido la bomba. Un fenómeno totalmente inesperado. Un boom desde que fue publicado en septiembre del año anterior, de los más vendidos las pasadas Navidades.

Emma volvió de su viaje solidario veraniego con las pilas puestas y se dispuso a encontrar un trabajo que le gustase. A pesar de tener un buen contrato, firmado con una de las mejores editoriales que pudiera soñar, nunca supuso que un diez por ciento de las ventas fueran a convertirse en las cantidades de dinero que obtiene en la actualidad. Como no tenía ni idea de eso, siguió adelante con su plan y, durante los primeros meses de ese otoño, comenzó a trabajar como traductora de documentación legal en un gabinete jurídico. Por primera vez en su vida le resultaba útil hablar perfectamente inglés y alemán.

Le gustaba lo que hacía pero lo tuvo que dejar. Presentaciones, firmas, viajes, entrevistas, incluso premios. Las ausencias eran continuas y así no podían estar, ni el gabinete ni ella. Además, tenía que terminar su nueva obra y no encontraba tiempo para todo.

Lo cierto es que está encantada con el rumbo que ha tomado su vida. Le ha pillado el punto a eso de viajar y lo que más le gusta en el mundo es dibujar. Lo único que le duele es separarse de sus hijos para asistir a algún evento. Sobre todo, en fechas señaladas como hoy. Es su cumpleaños. Cumple treinta y siete. Tres, siete. «¡Qué fuerte!» Dentro de nada será una cuarentona. ¿Cómo iba a suponer que la vida pasaría tan rápido? Y que diera tantas vueltas.

¿Quién le iba a decir a ella, hace solo dos años, cuando soltó que era una cornuda delante de los pocos amigos que tenía entonces, que todo iba a cambiar

tanto y tan rápido?

Conserva a sus amigas Paula e Inés aunque ya no van a pilates en la guardería. Se quieren mucho e intentan juntarse siempre que pueden, pero los niños han crecido, llevan otra marcha y ellas no siempre están disponibles.

Afortunadamente, eso no es un problema para Emma porque ahora no le faltan conocidos para salir a tomar algo cuando Tomás se lleva a sus hijos. Los padres del cole y los de la asociación de la dislexia, otros escritores y dibujantes a los que ha conocido a través de su editorial, los compañeros de su último trabajo, los socios de la ONG con la que colabora... El caso es que siempre está entretenida.

No es que su vida haya cambiado y ahora ella sea diferente. Siente que es justo al contrario. Ella ha cambiado y eso hace que todo sea diferente, que sus días tengan otro color. Ahora sonríe casi siempre, habla con la gente y se muestra amable. Incluso ha aprendido a escuchar. A lo mejor es solo que se siente feliz.

Por supuesto que también tiene momentos de bajón, en los que la invade la melancolía. A veces le gustaría contar con alguien especial a su lado que la envolviese en un abrazo, que le diese unos besos tiernos, que le preguntara «¿Qué tal el día, cariño?» al llegar a casa. Que se ocupara de los peques cuando ella está cansada y nota que ya no da más de sí.

Cuando se siente así se permite ceder un rato, incluso puede que suelte alguna lágrima, pero no se deja abatir durante mucho tiempo. Si ve que la cosa se pone fea, se refugia en el amor incondicional de sus hijos y, si está sola, llama a alguien para salir un rato o se sienta tranquilamente a dibujar.

Después de todo, nadie mejor que ella sabe que, si la relación no es buena, nada de lo que anhela puede pasar. Todo eso que le gustaría tener tampoco lo tenía con Tomás. Si algún día conoce a alguien que le haga sentirse bien, estupendo, y si no, pues nada. Ya lo dice el refrán: «Mejor sola que mal acompañada».

Lo cierto es que, hasta donde le alcanza la memoria, nunca se ha encontrado tan bien. Incluso las marcas en las palmas de sus manos apenas son visibles ya.

Julia sigue superando sus dificultades día a día, es una luchadora admirable. Y Marcos se ha convertido en un niño encantador. Los dos están felices al cuidado de sus padres. De mamá y de papá y su novia. Tomás ya tiene una novia formal, claro. Se veía venir. Es una chica jovencita y vital. Les cae bien. A Emma también. No siente ningún rencor hacia ella, si acaso un poco de pena por lo que le espera al lado de su ex.

Los dolores menstruales remiten un poco y se atreve a levantarse. Debe

empezar a arreglarse si no quiere llegar tarde. No recuerda lo que lleva en la maleta. Ahora investigará. Espera haber cogido algo de abrigo, en esta ciudad ya empieza a refrescar en esta época del año.

Revuelve entre las posesiones que ha acarreado consigo y encuentra un bikini azul. Muy útil en invierno. Si el hotel tuviera spa... Son los restos de sus últimas vacaciones. Esta vez se ha vuelto a ir tres semanas como voluntaria a Perú, como hizo el año pasado, pero, además, se ha regalado una semana de placer por el país. Ir sola te ofrece la posibilidad de conocer un montón de gente distinta, de relacionarte dondequiera que vayas. De hablar contigo misma y escucharte, que también está muy bien. Antes le aterraba, ahora le parece muy agradable y no cabe duda de que aprendes a conocerte mejor.

Con lo callada y sosa que era antes. Mírala, es una mujer nueva. Una mujer nueva que ha ganado varios kilos. Joder, el bonito vestido burdeos, que le quedaba tan bien hace un año, le tira un poco de sisa. «Un poco» es ser benévola. Tanta comida fuera de casa es lo que tiene. Siempre picas un postre por aquí, dos platos fuertes por allá. «El desayuno bufé, lo que hay que evitar por encima de todas las cosas es el desayuno bufé», se recuerda a sí misma.

Revisa el resto de cosas y escoge un pantalón de vestir negro y una blusa blanca con cuello mao. Bueno, esto ya es otra cosa. En este modelito todavía cabe.

Se arregla el pelo en un pispás. La melena corta por la que ha optado es mucho más fácil de llevar. Maquillaje ligero, corrector de ojeras a tope y labios rojo-anaranjados, casi a juego con su cabello. Que no se diga, que hoy es un día especial.

Hoy tiene una presentación importante. Su nuevo libro se acaba de estrenar y va a firmarlo en la Fnac.

Su agente la espera en el vestíbulo del hotel a la hora indicada. El caso es que el chico no está nada mal. Pena que solo tenga veintiocho años. Un yogurín rubito de ojos castaños y sonrisa brillante. Ay, tanta abstinencia la va a matar.

El taxi los deja en la esquina quince minutos antes del acto. Caminan a paso rápido por la calle peatonal sorteando a los transeúntes que la colapsan a estas horas tan tempranas. A lo mejor hay una manifestación o algún tipo de fiesta regional.

En la librería la reciben con entusiasmo, le presentan a la encargada del evento y le muestran dónde se va a sentar. Emma mira a todas partes y no entiende muy bien lo que le dicen. Hay una mesa sobre un pequeño estrado. Sobre la mesa descansan varias montañas de ejemplares de su nuevo libro. Hay una silla, unos bolígrafos. Hasta ahí, todo normal. Lo que no le cuadra es la fila de personas ante la mesa que continúa por toda la enorme sala, sigue hasta la

entrada del edificio y allí se une con la marea humana que espera fuera para entrar.

Mira a su alrededor. En algún lugar debe estar escondido el personaje principal. Toda esa gente no puede estar esperándola a ella. Analiza las posibilidades y lanza una al azar.

—¿Viene también la escritora de Harry Potter? —le pregunta a la encargada con ingenuidad.

Esta le devuelve una mirada extraña, parece dudar si es muy inexperta o muy creída. Se ve que la expresión pasmada de Emma la ayuda a decidirse. No hay duda, piensa que es algo cándida y le habla como tal:

—No, querida —le dice con una sonrisa compasiva—, te esperan a ti. Solo a ti.

Emma consigue cerrar la boca y mostrar cierta dignidad.

—Vale —musita intimidada.

Se acerca a la mesa, le traen una botellita de agua, pone su mejor sonrisa y comienza a firmar.

Como en ocasiones anteriores, los que esperan suelen ser parejas con hijos, aunque también abundan los monoparentales como ella. Lllaman la atención los solitarios, que avanzan por la cola sin nadie a quien agarrar, a quien sujetar para que no se escape. Probablemente este es el finde que no le tocan los niños y va a adquirir el libro para darles una sorpresa el viernes que viene.

La mayoría lleva encima su nueva obra. Aunque el tema es la dislexia, ha manejado la trama para que permita otras interpretaciones. Le gusta la idea de que cualquier niño con dificultades se vea representado y todos los niños, como los adultos, tienen algún tipo de obstáculo que superar.

En su nuevo cuento, la superheroína tiene problemas para leer con rapidez y teme pronunciar un discurso en el anfiteatro espacial. Sufre un viaje lleno de accidentes en el que va haciendo nuevos amigos y cada uno es especial. Uno tiene miedo a los grillos —ese es Marcos, que cuando oye un cri cri se pone a gritar—, otro a saltar desde muy alto —ese es en honor a Mateo, que, desde que se partió el labio en las bolas, ya no quiere volver a entrar—. Muchos de esos amigos suben a su nave y todos se ayudan entre ellos. Al final, por supuesto, la superheroína pronuncia un discurso espléndido y, aunque se equivoca dos veces, a todos les parece fenomenal.

La moraleja de Emma es que lo importante es tener el valor de intentar las cosas, y si se cometen errores, no pasa nada, ya se mejorará.

—Por favor, ¿se lo puedes dedicar a Carlitos, Miguelito, Lolita, Amparito, Rosita, Raulito...?

La lista de «itos» e «itas» es infinita. Esto no se acaba nunca. Por lo menos, hoy no.

Tiene que ir al baño, y comer algo tampoco estaría mal. Le tiembla la mano y el brazo le da pinchazos, calambres más bien.

En los primeros cien ejemplares ha seguido la rutina de pintar rápidamente la carita del niño y estampar su firma. No puede más. Ahora desliza la mano por la hoja como una autómatas. Ni ella entiende ya su letra.

—¿Quieres que hagamos un descanso? —le pregunta la empática encargada.

—Por favor, ¡sí!

Se levanta sonriendo mucho para que ningún papi se enfade. Los críos la señalan con el dedo y gritan exaltados «¡Que se va, mamá, que se va!». Le toca a la encargada avisar por megafonía que la autora va a tomarse un respiro pero vuelve enseguida.

Emma estira las piernas con disimulo antes de echar a andar. Mueve los dedos de las manos, se masajea el brazo. La encargada va a su lado para mostrarle el camino al baño. Ahí enfrente está su agente, el yogurín, ligando con una empleada, qué mono.

«Madre mía, qué cola hay aún. Lo que me queda... Está bien esta Fnac, es muy grande. Hace un poco de calor, eso sí. Qué hombre más alto.»

Frena en seco. Parpadea varias veces sin poder reaccionar. La encargada la coge del brazo y tira de ella, pero Emma se mantiene clavada en el sitio.

Javi se acerca despacio y se queda a un metro de distancia. Parece que ninguno de los dos puede hablar.

«¿Cuánto tiempo hace?», piensa Emma.

—Dos años, hace dos años que no nos vemos. Cuando celebramos tu cumpleaños... Por cierto, tal día como hoy. Felicidades —responde él a su pensamiento.

Emma da un paso y se lanza a sus brazos. Cierra los ojos y respira su olor. Es el mejor regalo que podían hacerle. Ese olor dulce y almizclado que le trae tantos recuerdos, que la devuelve a su niñez, a su juventud, a él. Javi hunde la cara en su cuello. No sabe cuánto rato permanecen abrazados pero debe ser un tiempo suficientemente incómodo para que la encargada se acerque a ellos y les sugiera ir a tomar algo. Les abre camino y guía sus pasos hasta una pequeña

cafetería, dentro del edificio, con mesas igualmente pequeñas.

Se sientan muy cerca y tienen tanto que decirse que ninguno de ellos se atreve a empezar.

—¿Qué fue? —le pregunta Emma alargando la mano para entrelazar la suya sin ningún pudor. No piensa cortarse ahora que lo tiene tan cerca, quizás tarde años en volverlo a ver.

—Una niña.

Javi, con la mano que le queda libre, saca el móvil del bolsillo y le muestra a Emma un par de fotos. Una pequeña niña morena, por fortuna con el rostro y la nariz de su madre, pero con los mismos ojos rasgados que Javi. Una combinación perfecta. En la segunda foto la familia unida posa contenta. Qué jodidamente guapa es esa mujer. Si hace un esfuerzo, Emma todavía puede recordar su aroma a algodón de azúcar y las ganas que le entraron de comérsela.

Observa las fotos y sonrío a Javi. Se alegra por él, es feliz. «¿Cómo se llamará...?»

—Se llama Emma.

Le ha puesto su nombre a su hija. La ha llamado Emma. Nota cómo las lágrimas acuden a sus ojos y se quedan ahí, reposando en ellos.

—¿Sabías que Emma significa «mujer con fortaleza»? —le dice ella por decir. Porque se ha emocionado y no quiere que se note.

—Sí.

Se miran y se miran, sin hablar. Es un poco ridículo porque en realidad Emma ni lo ve. No sabe la ropa que lleva puesta ni cómo va peinado. Solo puede mantener la vista fija en sus ojos y sonreír como una boba.

La encargada se acerca y simula una breve tos para llamar su atención. Como si se muere aquí mismo de una apoplejía, a Emma que la deje en paz.

—Solo tenemos unos minutos —les susurra metiendo la cabeza entre los dos.

Eso parece activar algo en Javi, que se lanza a hablar a toda velocidad.

—Pues nada, Emma, estaba haciendo unas gestiones en la ciudad y he pasado de casualidad por la puerta y he visto un cartel anunciando tu firma de ejemplares. Al principio, al ver tu imagen en la foto, he pensado que me estaba volviendo loco, que no era posible, pero sí, aquí estás... Había oído lo del éxito de tu libro, pero esto es mayor de lo esperado. Me alegro mucho por ti. Enhorabuena.

Emma sigue sonriendo como si le faltara un poquito de cordura y asiente. No es capaz de añadir nada.

Él le aprieta la mano que tiene cogida.

—Me gustaría llamarte alguna vez, ¿puedo llamarte? —le pregunta ansioso.

—Claro.

Lo ha dicho con la boca pequeña. No sabe si lo llevará bien. Todavía siente algo muy especial por él. Tal vez con el tiempo logre superarlo y puedan volver a ser amigos. No como antes, eso no, pero sí amigos.

—Ahora que vuelvo a casa, podemos quedar alguna tarde para que los niños jueguen.

Le vuelve a apretar la mano y Emma se sorprende. Observa sus ojos. ¿Qué le están diciendo sus ojos?

—¿Os mudáis desde París?

—Sí, bueno, así es más fácil porque mis padres pueden ayudarme a cuidar de Emma. Mila y yo nos estamos dando un tiempo y me voy a quedar yo al cuidado de la niña. Ella viaja mucho, siempre de concierto en concierto. Sus padres son mayores. En París no tenemos a nadie. Así es mejor. Yo puedo escribir en cualquier sitio y ella podrá venir a verla cuando quiera.

Lo ha soltado de un tirón, sin respirar siquiera. El corazón de Emma pega botes al ritmo del merengue y a su alrededor todo son luces de colores. Podría hacerle un corte de mangas a la encargada de la Fnac que le hace gestos señalando su reloj.

—¿Os estáis dando un tiempo? —insiste Emma, a ver si es que ha escuchado mal. Juraría que se le está escapando una sonrisa, ¿está sonriendo? Su amigo tiene un problema de pareja, ella no debe sonreír ahora.

—Sí..., los viajes, las separaciones, con una niña tan pequeña..., es difícil de llevar. No ha resultado como esperábamos.

Sí, seguro, las comisuras de la boca de Emma se están elevando hacia arriba y tiene que hacer un esfuerzo brutal para que no lo consigan. Pero, espera un segundo, Javi también esboza una ligera sonrisa. No parece apenado, ¿está apenado?

Uy, con la emoción casi se le olvida aclarar algo muy importante.

—Yo me he divorciado —le comenta así por encima, como quien no quiere la cosa.

—Lo sé.

Lo sabe, cómo no. Emma ha escrito un libro para hijos de padres divorciados que se ha traducido a una docena de idiomas. Todo el planeta sabe que se ha divorciado.

La encargada está a punto de llorar. Los niños gritan su nombre. Los padres en la cola desesperan. No ha ido al baño, no ha tomado nada, es hora de regresar.

—Tengo que irme —claudica Emma.

—Yo también. He de coger un vuelo.

Ambos se levantan todavía cogidos de la mano. Es la despedida.

—Entonces..., si te llamo, ¿me contestarás? —le pregunta él, serio de nuevo, con miedo en la voz.

Se están mirando como solo ellos dos pueden mirarse, y Emma sabe que, en realidad, le está preguntando otra cosa.

—Sí, Javi, me encantaría recuperar lo que teníamos.

Ahora sí, se sonríen ambos como verdaderos idiotas sin poderse mover del sitio ni cambiar de postura. La encargada no aguanta más y coge a Emma por los hombros forzándola a volver a la mesa de firmas. Liberan con desgana los dedos entrelazados y él alcanza a tocarle la cara con la yema de los dedos antes de que ella se aleje demasiado. Emma levanta la mano y le dice adiós con el mismo gesto de los gatitos dorados de las tiendas chinas. En sus labios vocaliza de forma exagerada la palabra «ha-bla-mos» sin emitir ningún sonido.

Siguen mirándose y sonriéndose, mientras Emma es arrastrada hacia la multitud expectante, aunque para ello tenga que girar la cabeza como si de la niña del exorcista se tratara. Él le devuelve el gesto de adiós y comienza a alejarse, caminando hacia atrás, hasta que choca con una estantería. Emma se ríe de él mientras la empotran en la mesa y le ponen un niño, un padre y un ejemplar de su libro delante. De golpe está rodeada de gente y lo pierde de vista.

No se han despedido como merecía la ocasión, pero da igual. A Emma le da igual porque ahora sí está segura de que volverán a estar juntos y, esta vez, será para siempre.

Baja las escaleras de dos en dos, está demasiado impaciente para esperar el ascensor.

Lleva dos meses soñando con este momento. Desde que se vieron en la librería no han logrado quedar. Primero, aguardar a que Javi organizara su mudanza, la búsqueda de casa nueva mediante una inmobiliaria, el traslado de sus cosas, y luego, cuando por fin llegaba él, Emma tuvo que hacer una gira de promoción de su segundo libro. El contacto entre ambos se ha reducido a llamadas breves y poco más.

A Emma le hierve la sangre, tiene tantas tantas tantas ganas de verlo que se siente como una adolescente embobada con su primer amor de instituto.

Le da rabia porque ella presumía de haberse convertido en una mujer madura e independiente, pero de nada le sirven sus propósitos, está echada a perder. Ha imaginado con pelos y señales cómo va a ser su reencuentro. El gran abrazo, las palabras dulces y, entonces, su primer cálido, largo y tremendo beso.

Y ahí está, mirando a Javi desde el interior del portal. Aprovecha que está de espaldas para observar sin pudor a su amigo. Vaqueros algo cortos —rasgo característico en él—, bonitos zapatos camel con chaqueta de cuero a juego y el pelo quizás más largo de lo que lo solía llevar.

Entonces él se da la vuelta y la descubre espiándolo. Le sonrío y se acerca. Emma se pega al cristal y apoya en él la palma abierta. Javi, desde fuera, reproduce su gesto y posa su mano en el cristal contra la de ella. Permanecen así un largo rato, mirándose, sonriendo, hasta que Emma se decide a abrir la puerta que los separa.

Se encuentran juntos, uno al lado del otro, pero ninguno de los dos supera el espacio que los rodea. No hay gran abrazo.

—Al fin logramos quedar —dice él algo encogido.

—Sí..., al fin —suelta Emma inesperadamente tímida.

—¿Vamos andando? He reservado en un sitio que me han recomendado. No está lejos.

—Bien, vamos.

Pasean juntos pero a cierta distancia. Un poco silenciosos al principio. Luego los temas del piso nuevo y la mudanza les otorgan material banal para hablar.

Llegan al restaurante y se ocultan rápidamente tras sus cartas. Algo ha cambiado entre ellos, eso es evidente, antes no les costaba tanto charlar. Cualquier cosa les valía.

—¿Qué tal la pequeña Emma?, ¿se porta bien? —le pregunta ella.

—Sí, muy bien. Es muy tranquila y muy buena —responde él sin apartar la vista del menú.

Piden al camarero, vierten en sus copas el vino que han solicitado, lo sorben despacio, dejan las copas en la mesa, otean las mesas vecinas... La situación se está volviendo incómoda.

—Te he echado mucho de menos —se lanza Emma.

—¿Sí? —Javi mira una arruga en el mantel. Se entretiene en enderezarla con un dedo.

—Sí, Javi, mucho. ¿Por qué no me miras? —Se empieza a cabrear.

Él se ríe y Emma juraría que ve destellos luminosos en el aire.

—Te estoy mirando. ¿Por qué dices que no te miro? —Sostiene la risa y la mirada unos segundos, y vuelve a su arruga.

Lo salva que la cena llega y entretiene a Emma, aunque el hambre que ella tiene es de otro tipo.

—Venga, cuéntame en qué va a consistir tu nuevo trabajo aquí —le ruega. Sabe que Javi es un apasionado de su trabajo, que le encanta hablar de él.

Ahí ha acertado. Logra que su amigo levante la cabeza y comience a explayarse sobre lo que hizo, ha hecho y va a hacer. Lo cuenta con gracia, sin vanidad, moviendo sus bonitas manos a la vez que trincha, introduce la comida en la boca y mastica con infinita elegancia.

Emma lo mira extasiada y, por más que él intente derivar la conversación hacia ella, se niega a participar. Ya no necesita maldecir a Tomás ni quejarse de su triste existencia, ahora su amigo ya no le hace falta para sobrellevar su vida. Lo que desea es saberlo todo de él. Entenderlo a él. Quizás eso le permita entenderse mejor a sí misma, comprender los pasos que ha dado.

No piden postre. Emma ni siquiera ha podido terminar su plato. Los nervios en las tripas no la dejan comer.

—¿Quieres que tomemos café en otro sitio? —sugiere él.

—Vale.

Vuelven a caminar como colegas, dejando correr el viento entre sus pasos. Emma se muerde los labios. Desea abrazarlo y sentirse rodeada por él, y lo tiene ahí, a medio metro, y no sabe cómo acortar distancias.

—¿Te parece que entremos aquí?

Emma mira la fachada, luego el interior y por último a Javi antes de contestar. No puede creer que no se acuerde.

—Aquí es donde me dijiste que te marchabas.

—Lo sé. Me parece un buen lugar para anunciarte que regreso.

Enfrenta sus ojos un breve segundo y abre la puerta cortésmente para

animarla a entrar.

Caminan como guiados por una fuerza misteriosa hacia la mesa de «aquella vez». Incluso se sientan igual, uno frente al otro y, a la izquierda de Emma, el enorme ventanal.

Javi pide también un gin-tonic y, esta vez, ella no se queda atrás. Observan las bebidas transparentes con cosas flotantes hasta que el hielo comienza a redondearse.

—¿Me vas a decir qué pasa, Javi? ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

—No pasa nada, ¿qué va a pasar? —Vuelve a sonreír con esa capacidad suya de iluminarlo todo y se lleva la copa a los labios.

Es evidente que lo que no va a pasar es lo que Emma espera desde hace dos meses. Su amigo no tiene la más mínima intención de tener nada con ella. De hecho, hasta podría jurar que se siente violento con esta velada. Quizás lo único que buscaba al volver a la ciudad fuera facilitarse la vida con una niña pequeña, tal y como le explicó.

«Está bien, lo superarás», se anima a sí misma.

«Hmm...», recapacita y elige no conformarse.

—La última vez que estuvimos aquí me dijiste que estabas enamorado de mí —le suelta a bocajarro—. ¿Queda algo de eso?

Javi la mira asombrado y luego desvía la vista al gran ventanal con una sonrisa torcida.

—¿Quieres que me avergüence? ¿A qué viene recordarlo ahora? —replica él llevándose la copa a la boca. Bebe. Traga—. Hace ya mucho tiempo, Emma.

—Vale, hace ya mucho tiempo pero yo te vuelvo a preguntar. ¿Queda algo de eso ahora?

—¿Por qué habría de contestarte? —Esta vez sí la mira a los ojos, pero enfadado. No, espera, está indignado.

—¿Y por qué habrías de indignarte? No entiendo nada. Tu actitud de hoy se me escapa...

—Oh, vamos, Emma, nos conocemos. Desde que éramos críos me has usado a tu antojo. Sin embargo, llevas toda la noche pendiente de mí. ¿Qué buscas, eh? ¿Qué pretendes conseguir? ¿Desde cuándo soy yo el importante en esta ecuación?

—¿¿Perdonaaa?! Pero ¿de qué vas? ¿Cómo que yo te he usado siempre?

—¿Qué quieres? ¿Que te diga que sigo loco por ti? ¿Que vuelva a humillarme?

—¿Cómo te atreves? ¿Y dices que me conoces? ¡No tienes ni idea!

Hay poca gente en el local pero la que hay está volviéndose hacia ellos para comprobar quién ha levantado la voz. Consiguen calmarse pero solo para seguir

discutiendo en voz baja. Han de inclinarse sobre la mesa y acercar las caras.

—Te conozco perfectamente, pequeña...

—Ahí te equivocas por completo. No soy pequeña. Eso se acabó. Soy una mujer y lucho por lo que quiero.

Esa declaración frena un poco a Javi, pero reacciona a tiempo para continuar la refriega.

—Ah, ¿sí? Pues yo soy un hombre que no va a dejarse mangonear por nadie nunca más.

—¿Mangonear? ¿Sugieres que yo te he mangoneado?

Como respuesta, chista y niega con la cabeza en plan «Ahora vas de buena» desviando la vista de nuevo hacia el ventanal.

Emma está alucinada. Ni en sus más descabelladas pesadillas habría imaginado nunca esta actitud por parte de su amigo.

—¿Querías quedar conmigo hoy o no? —Tampoco hay que forzar las cosas. Si no le apetece, pues cada uno para su casa y todos tan... ¿descontentos?

—Claro que quería quedar contigo, es solo..., en fin..., no sé, déjalo... — Sigue sin posar la vista en ella.

—Oh, vamos, por favor, continúa. No entiendo nada.

—Pues yo tampoco, Emma. —Ahora se pone a despedazar el posavasos de cartón con la marca de una ginebra. Se toma su tiempo antes de continuar—: He estado pensando mucho en nosotros los últimos meses... —Emma asiente en silencio, una manera de animarlo a hablar—. Y creo que hemos metido la pata muchas veces. —Va soltando las frases con tanta lentitud que Emma tiene que sujetarse a la mesa para no agarrarlo por los hombros y zarandearlo—. Yo podía haber hecho las cosas mejor, pero es que tú, Emma, te llevas la palma en cosas raras.

—¿Cosas raras?! —Ups, se le ha escapado, no quería cortarle pero no ha podido evitarlo.

—Sí, Emma, sí. Cosas raras —le dice mosqueado.

—Venga, empieza por el principio. Dime las cosas raras que he hecho.

Mira tú que esto va a ser divertido. Se reclina en la silla y bebe un trago largo del gin-tonic.

Javi también bebe. Parece que vayan a jugar al póker: ambos preparados, simulando relajación con la baraja/gin-tonic en la mano y cara de no haber ligado una jugada.

—Vaaale... Nunca me dejaste saludarte cuando iba a tu casa a dar clase a tu hermano. Ya me dirás a mí qué problema había.

—Concedido. Fui una cría remirada y boba. Sigamos.

Javi abre la boca. «¿Tan fácil me lo pones?», parece pensar.

—¡No eras remirada y boba! Eso no es una excusa.

—Sí, lo era, y sí, lo es. Continúa.

—Pero no me has dicho la causa. Y tampoco me has explicado por qué no querías que me vieran contigo en el colegio. —Algo debe percibir en su rostro que le hace adivinar—. ¿Era por mi aspecto?, ¿es eso? —La cara de Javi es un poema. Acaba de descubrir la penicilina y eso que Emma no ha dicho ni mu, solo le ha puesto cara de circunstancias—. Siempre pensé que era porque yo era mayor... —Alza las cejas, niega con la cabeza, bebe un sorbo de su copa, mira por la ventana.

Permanecen silenciosos un rato. A ambos les duele ese reconocimiento de la vergüenza de Emma.

—¿Y qué me dices de tu primera vez? ¿A qué chica sensata se le ocurre irse con un tío que acaba de conocer y hacerlo en un portal? Me tuviste semanas dándole vueltas a aquello. Hasta dudé de que fuera cierto. ¿A qué vino eso?

Esta pregunta es una pequeña venganza por lo que acaba de descubrir, Emma está casi segura. Se trata de un episodio muy íntimo y desagradable, pero, qué narices, va a intentar contestar. Lo piensa.

—Creo que estaba celosa de tu relación. Que quería ponerme a tu altura y no sabía cómo.

Se lo ha dicho mirándolo a los ojos y él asiente. «Me lo imaginaba», parece decirle con su gesto.

—¿Celos por mí?, ¿porque querías estar conmigo? —le pregunta con timidez desviando la mirada a sus manos maltratadoras de posavasos.

—No estoy segura... Porque eras muy importante para mí y yo quería ser igual de importante para ti. Que te echaras novia me dejaba en una situación de inferioridad que no me gustaba.

Levanta la vista y la clava en ella. Los ojos llenos de asombro.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—¿Qué querías que te dijera? Yo no tenía dos dedos de frente, era una cría. Tú eras el mayor.

—Pero ¿yo te gustaba o no te gustaba? —Se le ha escapado, se le nota, aunque lo asume y se explica—. Es que no logro entenderte...

Sus manos retuercen el duro cartón e intentan desagarrarlo. Es misión imposible, pero él no se da cuenta. Está concentrado en la respuesta de Emma.

—Sí, Javi, claro que me gustabas.

A Javi se le escapa una sonrisa y sale el sol en el cielo de la cafetería.

—Igual que el día que fuiste a verme actuar. Llegas sin avisar y te escondes en un rincón. Tú y tu brillante pelo color fuego sobresaliendo entre todas las cabezas del local. Y vas y te largas antes de que termine... —Suelta el posavasos

para abrir las manos, los ojos y la boca en el gesto de incompreensión universal —. ¿Para qué fuiste?

Emma se muerde los labios y se sonroja recordando esa noche. Puede conocer, al fin, la respuesta a su gran duda.

—¿La cantaste para mí? La última canción, ¿fue para mí?

—Yo no me había marcado un solo en la vida. Por descontado que fue para ti, para quién iba a ser si no...

La canción era para Emma y su corazón la baila ahora que lo sabe con certeza. Javi ha suavizado su expresión y las comisuras de sus labios muestran una leve sonrisa. Ella también sonríe ahora.

Javi se echa hacia delante y apoya los antebrazos sobre la mesa.

—Ahora dime por qué no pasó nada entre nosotros cuando estuvimos de camping.

—Porque tú tenías infinitas novias y yo no quería ser una más. Pretendía ser especial para ti. ¿Por qué no hiciste nada tú? —le replica ofendida.

—¡Porque no me dabas ninguna señal! Nunca pensé que quisieras algo conmigo. Incluso la noche que hiciste la fiesta en tu casa y te aprovechaste de mí. —Emma cierra los ojos y se tapa la cara con las manos a ver si, como cree su pequeño hijo Marcos, con ese gesto desaparece de su vista—. Luego ni siquiera querías hablar conmigo. ¡Me volviste loco con tu actitud!

Separa los dedos y mira a Javi por los huecos. Inspira hondo. Estira los brazos y pone las manos sobre la mesa.

—No sé qué decirte, Javi. Yo también he recapitado sobre nosotros, recordando cosas, y... lo cierto es que muchas veces actué sin pensar en las consecuencias. En algunos casos puedo entenderlo. En otros... Creo que esa noche pasó lo que pasó porque me apetecía. Simplemente. Quería estar contigo y no supe hacerlo de otra manera.

—No quisiste besarme...

—No, no quise besarte. Yo tenía mis sueños, mis ideales, y tú no te ajustabas a ellos. Deseaba estar contigo pero me empeñé en que tú no eras para mí.

—¿En serio? Pero si nos llevábamos fenomenal. ¿Qué problema había?

—¿Habrías aceptado esas prácticas en Alemania de haber estado conmigo? ¿Serías feliz ahora si las hubieses rechazado? Queríamos cosas muy diferentes, Javi.

Sopesa unos segundos sus palabras antes de contestar.

—Creo que, de haberlo intentado, podríamos haberlo tenido todo, Emma.

Eso también lo ha pensado ella, ha de reconocerlo. Pero ahora parece que la culpa es suya y no es cierto. No del todo, al menos.

—Eras un ligón, Javi. Yo no estaba segura de lo que sentías por mí. No me lo ponías fácil tampoco.

—Bueno..., creo que te lo puse fácil el fin de semana que viniste a Berlín. Te colmé de atenciones, me desviví por satisfacerte y te llevé el cedé de Bon Jovi al aeropuerto. Supongo que con eso te dejé muy claro lo que sentía por ti, aunque nunca me has dicho nada.

—No, Javi, lo siento. No capté nada especial en tu forma de comportarte y escuché ese cedé por primera vez hace dos años. Lo perdí por casa y mi madre debió guardarlo para quitarlo de en medio. Lo recuperé poco antes de divorciarme, esa es la verdad. Si creías que me casé sabiendo tus sentimientos hacia mí, pues... lo lamento, no fue así.

Javi la mira entre sorprendido y dolido. Vuelve a reclinarse en el respaldo, coge su copa y la agita, contemplando ensimismado cómo bailan las semillas en el alcohol aguado.

—No deja de tener su gracia. Cuando al fin me decido a declararme, tú vas y pierdes mi mensaje... Parece una broma del destino.

Emma aprieta los labios, afirma con la cabeza y se pone a jugar con su propia bebida.

—De todos modos, ya era tarde, Javi. ¿Recuerdas? Fui hasta allí a decirte que iba a casarme con otro.

Le duele solo de pensarlo.

Javi inhala profundamente y apoya la copa en la mesa. Estira las manos y toma la derecha de Emma, la más cercana a él, entre las suyas. Emma se apresura a darle la izquierda también. El contacto con su piel la estremece, lleva horas deseando tocarlo.

—Podía haber actuado de otra manera, pero tenía mucho miedo a perderte... Tenía que haberte abrazado y haberte besado en tu casa, justo en aquel momento, en aquel sofá, aquella noche... No te imaginas cuántas veces me he arrepentido de eso.

—Las mismas que yo de no haberme dejado besar...

Javi frunce, más si cabe, sus lindos ojos rasgados. Parece sopesar y tomar conciencia de la conversación. Suelta las manos de Emma como si quemaran para aferrarse otra vez a su posavasos destrozado. Mira por la ventana, mira a Emma, mira por la ventana, la mira de reojo.

—Emma, ¿te estás planteando que tengamos algo ahora? —Por si ella no lo ha entendido, señala a ambos con un dedo y aclara—: ¿Tú y yo?

Por toda respuesta, Emma se echa hacia atrás en su respaldo y asiente muy seria.

Javi sonrío emanando luz y niega ligeramente con la cabeza.

—¿Ahora?, ¿con críos, ausencias por trabajo, tus giras...? —lo dice sonriendo, como si Emma fuera una chiquilla que quiere bajar al parque justo después de ponerse el pijama para irse a dormir. Vaya idea más graciosa e inoportuna.

—Preferiblemente esta misma noche.

Javi se pone serio. Ante el asombro de Emma, se levanta de su silla, por fortuna solo para dejarse caer en la silla que está a su lado. Aparta los vasos y vuelve a tomar entre sus manos las de Emma. La mira fijamente a los ojos.

—Escúchame bien, mujer que sabes lo que quieres. No voy a permitir que me rompas el corazón. Si lo que deseas es una noche de sexo con alguien de confianza, búscate a otro. —Emma parpadea y comienza a mostrar gesto de enfado—. Sssh. —Le pone un dedo en los labios—. Piénsatelo, porque yo no busco eso. Yo quiero despertarme cada mañana junto a ti, quiero envejecer a tu lado.

Emma no aguanta más la tensión, libera sus manos y se abraza a su cuello controlando las lágrimas que intentan escapar a su control. Se baña con su olor, su calor, no quiere salir de allí nunca. ¿Cómo se atreve a insinuar que solo quiere un polvo loco con él? Quiere un millón de polvos locos con él.

Javi le devuelve el abrazo y permanecen así largo rato, pero todo tiene un final y el de este momento llega cuando él la obliga a despegarse y le sujeta el rostro para decirle:

—Hablo en serio, Emma. Piénsatelo bien.

El fin de semana nada salió como Emma había previsto, pero hoy, miércoles, han vuelto a quedar.

Ambos han tenido problemas de agenda, pero al menos esos cuatro días le han parecido a Javi tiempo suficiente para que ella se asegure de lo que desea en realidad.

De nada le valieron sus protestas en la cafetería, sus ruegos para que la creyese, su cabreo final. Él insistió una y otra vez en que llevaban demasiado tiempo separados como para pensar que todo iba a salir bien, que ya no se conocían. Eran mayores, tenían sus costumbres. Habían tenido relaciones fallidas que los habían cambiado a ambos. Los dos tienen hijos de quienes son responsables, con eso sí que no se puede jugar.

—Si quieres algo, Emma, iremos despacio.

Ella asentía a todo y ponía morros de enfado.

—Yo lo tengo claro, Javi, pero si no quieres estar conmigo, dímelo ya y dejémonos de tonterías —le soltó más de una vez. Y luego, el discurso inteligente de él.

—Si tiene que pasar, pasará, Emma. Vamos poco a poco, por favor.

Con eso se quedó. Eso y un buen calentón que no supo cómo apagar. No daba crédito a que su flexible, siempre dulce y asequible amigo, ahora que se prestaba a entregarse a él, le saliera con esas.

Pero tuvo que tragar y de nuevo se arreglaba, de la forma más sugerente posible, para salir a pasear un miércoles, a las diez de la mañana, con el supuesto amor de su vida.

Cuando llega al portal cree tener una visión. Un Javi de catorce años le da la espalda. Con el pelo más corto, sí, pero con las mismas zapatillas de deporte enormes e igual cazadora nevada deslustrada. Por un momento llega a temer que tenga acné.

Sale a la calle con su zapato de salón y su falda de tubo y lo mira como si estuviera bromeando.

—Te has puesto muy elegante, Emma —le suelta con cara de sorpresa cuando se vuelve y la ve. Ella no puede decir lo mismo, sin duda...—. Yo pensaba pasear por la playa. Hablamos de pasear por la playa, ¿no?

—Sí, ¿por? —Se niega, se niega, se niega a que nadie le diga cómo ha de vestirse. Nunca más—. Yo a la playa voy así.

Javi sonrío y todo se ilumina.

Vale, aceptamos esa cazadora espantosa como conjunto sport de playa.

—Está bien, mujer que lucha por lo que quiere. Espero que los zapatos sean cómodos.

Más le vale porque caminan y caminan.

—¿Dónde vamos, Javi?, ¿no vamos a la playa? ¿No pretenderás ir andando?

—No, claro que no. Vamos a coger el autobús.

—¿Perdona? Tengo el coche hasta arriba de gasolina, ¿por qué vamos a coger el autobús? Venga, regresemos.

Emma echa a andar pero Javi no la sigue. Se vuelve sorprendida hacia él.

—Pero ¿qué pasa ahora? ¿Te molesta que usemos mi coche?, ¿es eso?

Javi se acerca a ella con una mueca de chulería en los labios y ojos risueños.

—A ver, ¿tú no dices que me conoces?, ¿que lo sabes todo de mí?

Emma lo mira inquisidora y, zas, ya entiende de qué va con esto. Javi es pro transporte público desde que estuvo viviendo en Alemania. Ella es madre trabajadora y es pro ahorro tiempo por necesidad. Sin embargo, es cierto que su experiencia con la ONG ha cambiado su forma de percibir el mundo. Ha aprendido que el sacrificio personal por el bien común es necesario para que las cosas mejoren.

—Está bien, chico ecológico, al autobús —acepta arrugando la nariz en un mohín burlón.

Les cuesta cerca de hora y media llegar a una playa a la que se puede acceder en coche en unos treinta minutos. Ese sería el lado negativo. El positivo es que no tienen ninguna prisa y pueden viajar de pie, apretujados, muy pegados el uno al otro primero, luego sentarse y compartir recuerdos de carencias por la ciudad. «Nunca vinimos aquí, jamás probamos a ver lo de allá...»

—Esto me recuerda a aquel paseo que dimos por Berlín, ¿te acuerdas? —le dice Javi apoyando un brazo en el respaldo de su asiento, mientras le acaricia levemente los cabellos que flotan sueltos alrededor de su cabeza provocándole escalofríos por la espalda.

—Sí, el día que te di mi horrible tarjetón. —Para ella es un recuerdo doloroso de algo que nunca debió ser.

—Lo horrible no era el tarjetón, era el hecho de que te casaras con ese tipo. No sé qué viste en él.

Emma ha tenido ocasión de pensarlo.

—Vi seguridad. Insistió tanto, fue tan persistente que creí que me amaba con locura, pero... —Niega con la cabeza—. Ahora estoy segura de que no sabe querer. Amar a alguien es compartir, ayudar, animar, desearle lo mejor... Desde el momento en que no dejas a esa persona ser ella misma, la aíslas de todo el

mundo, le anulas su identidad para que sea solo tuya y de nadie más... Eso no es amor.

—Todo eso es cierto, pero... —Parece que teme preguntarlo—. ¿Qué sentías tú por él? ¿Estabas enamorada cuando te casaste?

También ha reflexionado mucho sobre ello en todo este tiempo.

—Me sentía importante, valiosa a su lado. Me hacía creer que era especial y yo supongo que solo buscaba verme con esos ojos. No creo que estuviese enamorada... —Aprovecha la ocasión para lanzar sus flechas y lo mira con intención—. No de él...

Javi sonríe y vuelve la cara hacia la ventana. No se le borra la sonrisa en todo lo que dura el viaje.

Cuando al fin llegan al paseo marítimo necesitan unos minutos para adaptarse a la luz, al olor a salitre y a la inmensidad del mar. Las gaviotas gritan, la arena resplandece.

Emma siente que lo han decorado todo tan increíblemente bonito solo para ellos. Se anima y toma a Javi de la mano con algo de pudor. Él no dice nada, lo asume como normal y comienzan a caminar como una parejita más..., solo que cada uno en una dirección.

—¿Dónde vas? —le pregunta Emma atónita.

—A la playa. Hemos venido a pasear por la playa, ¿no?

—Para mí pasear por la playa es andar sobre este precioso paseo adoquinado mirando el mar..., ¿qué haces?

Javi se ha soltado de su mano y está sentado en el murete del paseo quitándose las zapatillas y atando juntos sus cordones. Ahora se quita los calcetines.

Emma lleva medias. Falda de tubo, zapato de salón y medias.

—¿Pretendes que me meta en la arena contigo? —le pregunta desafiante.

—Bueno..., lo cierto es que sí.

Emma no sabe si es pura ingenuidad o se burla de ella. Se acerca a él un poco cabreada. Nada de lo que está ocurriendo últimamente con su amigo tiene que ver con las ideas preconcebidas que ella se ha hecho. Siempre ha creído que lo conocía bien y ahora mismo no sabe qué pensar.

Javi sigue sentado. Se ha remangado un poco los vaqueros, ha metido los calcetines dentro de las zapatillas y ha doblado su chaqueta. Está listo para adentrarse en la playa.

La brisa agita su cabello irradiando destellos dorados. Ondeas su camiseta azul marino de algodón, sin marca ni dibujo alguno, pegando la tela de las mangas a sus brazos musculosos. Deja a la vista el contorno de la clavícula y acaricia la piel suave de su cuello, la nuez de su garganta...

En el rostro, los morritos de seductor que Emma ya sabe distinguir aunque nunca antes los había visto dirigidos a ella. Los ojos rasgados del mismo color que el sol la miran sonrientes.

Resulta absolutamente deseable.

Ahora Emma está en una encrucijada. Se ha jurado que nunca va a volver a ser infiel a sí misma. Ella no es así, no es de autobús ni de descalzarse en público. ¿Va a hacer lo mismo que con Tomás? ¿Va ahora a convertirse en lo que desee Javi de ella?

Quizás su amigo tenga razón y no se conocen. Quizás no estén hechos el uno para el otro.

Lo mira con gesto huraño aunque él siga acariciado por el aire y el astro sol y luzca totalmente comestible.

—Verás, yo tenía otra idea de paseo y no voy vestida para esto. Date una vuelta por ahí y quedamos en... —Mira alrededor y divisa una cafetería con terraza a unos trescientos metros—. En ese sitio.

A Javi se le nubla la cara. Procede a deshacer su preparación playera. Saca calcetines, desenrolla pantalones...

—¿Qué haces ahora? No hace falta que dejes de hacer lo que te apetece por mí. Ve a dar un paseo por la orilla si quieres, no me importa.

Emma se asusta, no pretendía herir a su amigo. Siente rabia. Pero ¿por qué está saliendo todo tan mal? Sin querer, sin darse cuenta, cierra las manos lentamente hasta que comienza a sentir las uñas raspando su piel y nota cierto alivio en la ansiedad que está creciendo en su pecho por segundos.

—Me apetecía ir contigo. No quiero ir solo. —Cambia el gesto triste y sonrío mientras se calza—. No importa. Vamos a dar ese paseo que planeabas, ya volveremos otro día más preparados..., solo si quieres. —Levanta la vista y la mira con duda y puede que algo de temor. Ahora la observa extrañado.

—¿Estás bien?

Emma necesita un momento para decidir que sí, que está bien. La rabia se esfuma. El miedo también, y relaja sus manos. Su amigo es capaz de ceder en vez de montarle un número o castigarla con su indiferencia y sus palabras soeces, como habría hecho Tomás. Ya no está con Tomás. Está con Javi, y Javi no quiere cambiarla, solo deseaba caminar por la orilla a su lado.

—Sí..., vamos a seguir con el paseo, anda.

Esta vez es Javi el que une sus manos. La mira de hito en hito quizás buscando pruebas de que la crispación que ha visto en el rostro de Emma no ha sido motivada por él, que solo ha sido algo fugaz.

Alcanzan la terraza de un bar sin apenas mediar palabra.

—¿Quieres tomar algo? —sugiere él, probablemente para romper el

silencio.

—Como tú quieras... —Emma ya no sabe lo que desea. Está un poco decepcionada con su propia reacción. Comienza a pensar cosas raras. A lo mejor ya nunca puede estar con nadie. No es capaz de volver a confiar. Todo esto puede ser un gran error. «Mejor dejarlo así», concluye con pesar.

—Estoy acordándome de un sitio que había por aquí donde hacían unas sardinas a la plancha para chuparse los dedos. A ti te encantan las sardinas, ¿verdad? ¿Quieres que vayamos? —propone Javi ajeno por completo al debate interior de ella.

—Sí, ¿por qué no? —Intenta poner ilusión en la voz, pero se le queda en la garganta.

Él aprieta un poco más su mano y la conduce por la red de callejuelas del antiguo barrio de pescadores. Tras equivocarse varias veces, sonrío al encontrar su objetivo: una estrecha fachada de azulejo y una puerta cubierta con una cortina de canutillos espantamoscas. El rótulo superior parece que hace años indicaba algo así como «Pescadería».

—¡Ahí está! —Acelera el paso contento, conduciendo, arrastrando más bien, a una Emma poco entusiasta.

—Javi, ese sitio está cerrado. No puede ser que vendan comida ahí dentro...

Javi sonrío más aún y tira de ella como si no pudiera esperar a llegar a la cortina que hace las veces de puerta.

El agradable olor a sardinas asadas los alcanza a un par de metros de la entrada. Sale una pareja que, amablemente, les sujeta los canutillos de la cortina para que ellos puedan entrar al local.

El lugar es terriblemente antiguo pero está muy limpio y huele que alimenta. Frente a ellos, un mostrador detrás del cual humea la cocina, a la derecha una pared y a la izquierda una estrecha barra en la que apenas cabe un plato llano. No hay más clientes ni taburetes a la vista. Hay que comer de pie.

—Javi, a mí me apetece sentarme —intenta desalentarle Emma. No es por escrúpulos, es que ese sitio no le va.

—No te preocupes, ahora buscamos algún banco.

Lo que le faltaba por oír. Esto ya sí que deja clara la situación. Ella no va a sentarse a comer unas sardinas en un banco como si fuera una menesterosa. En serio, eso sí que no.

—¿Tienes mucha hambre? ¿Media docena para probarlas o quieres más?

«Me tomas el pelo.»

—Media docena está bien.

Con las seis sardinas en un cucurucho de cartón y dos vasos de plástico llenos de vino tinto se dirigen a uno de los pequeños parques que han visto en su

paseo.

—¿Quieres que volvamos a la playa a comérmolas mirando el mar?

—Nooo..., no, aquí está bien.

El lugar es deprimente. Lo único bueno que tiene es que nadie pasa por allí. Es un parque birrioso donde los haya, con un par de bancos de madera gastada y marcada con tantas iniciales que ya no se puede distinguir quién amaba a quién. La vegetación está bastante descuidada.

Javi toma asiento para comprobar que Emma permanece en pie y mira el banco con aspecto desolado.

—¿Qué pasa, Emma? Está viejo pero no está sucio. —Ella sigue sin decidirse—. Vale, espera. —Se levanta, se quita la chaqueta y la extiende cual manta sobre la madera mugrosa—. Listo, ven aquí, anda. —Da unos golpecitos encima para animarla.

Emma abre los ojos como platos.

—No hace falta que hagas eso, Javi, no quiero que te ensucies por mi culpa.

Javi sonríe aguantando la risa.

—¿En serio? Has odiado esta chaqueta desde el minuto uno.

—¿Por qué dices eso? —Está escandalizada. ¿Tanto se le ha notado?

Él se ríe encantado y vuelve a dar palmaditas sobre la chaqueta extendida a su lado. Emma cede y se acerca, sentándose con ciertos escrúpulos. Pega un sorbito a su vaso de vino para aliviar la tensión y tener la excusa de hacer algo con las manos. Le sorprende lo rico que está.

Mira a Javi para decírselo y le encuentra vuelto hacia ella, apoyando el codo en el respaldo del banco, la cabeza recostada sobre su mano. La observa sonriendo.

—¿Te ríes de mí? —Pega otro sorbo, este por pura vergüenza.

—No..., bueno, quizás un poco... —Levanta la mano en son de paz antes de que Emma rechiste—. Venga, dime qué más no te ha gustado hoy.

—No sé a qué te refieres...

—Sí que lo sabes. No te gusta la chaqueta que llevo ni... —Frunce los ojos pensando—. ¿Las zapatillas?

Emma abre los ojos sin querer y él vuelve a sonreír aguantando la risa.

—Está bien, reconozco que no es mi estilo, pero cada uno viste como quiere, no pasa nada —le dice conciliadora. Tampoco se van a pelear por algo así.

—Eso es cierto. A mí no me gusta tu falda ni tus zapatos y tampoco pasa nada.

—¿Qué le pasa a mi falda? —Se ofende. Ella va muy elegante, nadie le puede sacar una falta.

—Tu falda es perfecta, estás muy guapa, pero para venir a la playa habría estado mejor algo más cómodo.

—¿Como tus horribles zapatillas y tu chaqueta de los años ochenta?

Ups, se le ha escapado, no quería ser tan agria. Nota en el pecho un súbito pinchazo de adrenalina. Teme de nuevo que Javi se enfade, pero, en lugar de eso, él parece no aguantar más y se echa a reír con ganas. Emma no entiende nada pero por fortuna no se enoja, eso es de agradecer. Se serena y se contagia un poco de la risa de él.

—¿Me vas a explicar qué resulta tan gracioso? —le dice con media sonrisa.

Mientras se seca con el dorso de una mano la humedad que la risa ha dejado en sus ojos se acerca un poco más a ella y le pasa el otro brazo por los hombros. Le cuesta un poco hacer que Emma se relaje y se abandone para reclinarse sobre él.

—Mira, desde que nos separamos la otra noche estoy imaginando cómo podría ser nuestra siguiente cita. Pensé que sería romántico venir a la playa, pasear por la orilla y tumbarnos sobre la arena. —Emma mira el parque cutre que tienen alrededor y se quiere morir, lo ha estropeado todo—. Como no he abierto todavía todas las cajas de la mudanza, le pedí ropa a mi padre...

—¿Me estás diciendo que la chaqueta que tengo bajo el culo es de tu padre? —Emma está algo sorprendida, pero apoyada en el hombro de Javi se está tan bien que poco le importa de quién sea la prenda.

—Mmm... Mmm.

—Y es de los ochenta, ¿no?

—Por lo menos. —Vuelve a reír un poco de la gracia.

—Me estás poniendo a prueba, ¿verdad? —se le acaba de ocurrir.

—Un poco, sí. Yo no llevo un cochazo, ni ropa de firmas caras. No soy ese tipo de hombre y necesito saber que estás conforme con eso.

—Pues... sí, estoy conforme, viste como quieras —lo dice con la boca pequeña. Si ha de ser honesta, le ha molestado un poco y debería decírselo—. Pero yo me he puesto de punta en blanco para gustarte.

—Y en eso es donde te equivocas conmigo, Emma. No tienes que hacer nada para gustarme. Me gustas tal y como eres. Eres tú la que tienes que gustarte a ti misma y dejar de tener en cuenta lo que opinan los demás.

Emma se incorpora para mirarlo de frente.

—Pero no puedo evitarlo, Javi. Me preocupa lo que piensen los demás de mí, o de mi pareja o de... ¡todo! Tú eres un espíritu libre capaz de comerte unas sardinas en un banco mugroso.

Javi vuelve a sonreír aguantando la carcajada.

—Oh, vamos. En todas partes la gente come en la calle. Ya verás como tú

también puedes ser un espíritu libre. —Coge el cucurucho y lo destapa. De inmediato el olor a brasa les llega a la nariz. Pellizca un trozo de pescado con esos dedos largos y elegantes que tiene y se lo acerca a Emma a la boca—. ¿Te liberas, Emma?

—¿Me libero o estoy haciendo lo que tú me pides? —Esa es su duda, la verdad.

Javi cambia la expresión. Se pone serio.

—Tienes razón. Es algo que debes decidir tú.

—Es que he pasado tanto tiempo sin ser yo que ya no sé lo que me gusta y lo que no. No sé qué películas me gustan, qué música, ¡ni siquiera qué comida!

Él se lleva el pedazo de pescado a la boca y lo saborea.

—Haz como veas. A mí me parece que está muy rico. Si te apetece, Pruébalo, y si no, podemos ir ahora a cualquier sitio a tomar lo que quieras.

Vuelve a pinzar un trocito para llevárselo a la boca. Emma le ve comer y pega breves sorbitos de ese vino tan sabroso con pinta de peleón mientras el olor a mar, sal y leña le hace rugir las tripas. Javi come, la mira, bebe, sonrío.

En un momento dado, Emma decide acercarse a la boca a su mano-tenedor y él capta el gesto y le deja la comida en los labios. El sabor es fantástico. Se ríe de su propio atrevimiento. Qué vergüenza comer así, sin cubiertos, ¡pescado! Y en un parque.

Repite el gesto hasta que no queda ni un solo pececillo en el paquete.

—Qué pena haber acabado en este parque... —dice ella—. En la playa habría sido mejor, sin duda.

—Para mí estar en este banco contigo es suficiente. No necesito sentarme al borde del mar, me da igual.

Lo ha dicho mientras arruga el papel del cucurucho y se chupa los dedos. Saca un clínex milagroso de los suyos y se lo ofrece a Emma, que ni se ha manchado las manos. Ella niega con la cabeza. Él se limpia y la mira.

Siguen en esa rara postura en la que se han quedado antes: él de lado, ella girada para estar frente a él.

—Emma...

—¿Sí?

—¿Crees que serías feliz a mi lado?

Emma no está segura de haber contestado. Solo sabe que él le puso la mano bajo la barbilla muy suavemente, acercó los labios a los suyos y ella cerró los ojos y vio fuegos artificiales.

EPÍLOGO

—O sea, que estás enfadada —le pregunta Javi.

—Mucho. —Emma no tiene nada más que añadir.

—No he cubierto tus expectativas, ¿es eso? —insiste Javi con expresión sombría.

—Así es. Llevo muchos años soñando con lo nuestro y esto no me lo esperaba, la verdad.

Emma compone un gesto de amargura y se lleva una mano a la sien para hacerlo más dramático.

—¿Creías que iba a ser diferente? —Javi entorna los ojos hasta que solo se ven dos finas líneas aceradas en su rostro.

—Pues sí. Imaginaba algo mejor. Me siento profundamente decepcionada contigo.

Emma vuelve la cara y alza la mano para indicarle que no siga, que no acepta ninguna réplica más.

—Ya... —Javi está muy serio pero no puede evitar que su boca le traicione en un gesto risueño—. Y todo eso es porque tras cuatro horas haciendo el amor te he sugerido que paremos a comer algo.

—Hmm, pues sí... —Emma aparta las sábanas arrugadas y se sube a horcajadas sobre Javi, que descansa tumbado boca arriba. Le pasa las manos por el pecho y el vientre con suavidad mientras intenta explicarse—. Ya cenamos algo anoche y yo no he dicho basta aún. Sabes que a mi edad...

—A tu edad las mujeres estáis en pleno apogeo sexual —termina Javi la frase por ella, con una sonrisa, mientras le acaricia las caderas y los muslos, que ahora están sobre él.

—Eso es —Emma asiente conforme.

—Esa excusa está gastada de tanto usarla, pequeña mujer grande que lucha por lo que quiere. Tendrás que buscar una mejor.

Se recuesta sobre su pecho, la barbilla apoyada en las manos.

—¿La de recuperar el tiempo perdido ya la he utilizado este fin de semana?

—Sí..., dos veces, y desde la última vez hemos debido recuperar varios años. —Javi enrosca su cabello alborotado entre sus dedos.

—Está bien, está bien —concede benévola. También ella empieza a sentir una punzada de hambre—. Reconozco que te has esforzado bastante en las últimas horas y te mereces una pequeña recompensa. —Emma se incorpora, quedando de nuevo sentada sobre él, para dar más énfasis a sus palabras—. Te concedo lo que me has pedido. Incluso me ofrezco a hacer un par de tortillas si

quieres, para que veas que soy buena persona.

Javi vuelve a acariciarle la cintura y las caderas mientras valora la oferta y la rechaza.

—Trae algo de fruta, unas galletas, lo que quieras, pero no tardes más de un minuto en volver o tendré que ir a buscarte. Solo nos quedan un par de horas antes de que vuelvan los niños.

Emma sonrío, es justo la respuesta que esperaba. Primero le exige un beso, lo necesita para el camino. Hmm, le encantan sus besos. Se despereza para animarse a salir de la cama. Se levanta con calma y camina desnuda hasta la cocina. Abre la nevera y prepara algo de fiambre y pan de molde en un plato, unos plátanos...

—¡Emma! —le grita Javi desde la habitación.

—¿Qué? —Coge unas servilletas, un cuchillo y listo.

«¿Qué quiere este ahora?» ¡Ja! Ya se imagina lo que quiere.

—¡Emma, trae el helado de chocolate!

Se ríe sola ante la nevera. Sabe perfectamente para qué quiere Javi el helado.

—¡Eres un obseso! —le grita ella a su vez. Abre el congelador, sonriendo todavía, y busca lo que le ha pedido.

Regresa al dormitorio contoneando las caderas mientras piensa que, en ocasiones, la felicidad sigue caminos insospechados y, para verlos, a veces es necesario desconectar el cerebro y dejarse guiar por el corazón.

A fin de cuentas, el corazón está repleto de neuronas.

AGRADECIMIENTOS

Esta historia tiene una pesada carga detrás: la de todas las mujeres que han perdido su camino, que se han dejado influenciar y confundir hasta olvidar quiénes eran. A todas ellas las animo a encontrar sus propias respuestas y les dedico estas páginas.

Escribirlas ha sido una suerte de placer y dolor, un tira y afloja emocional. Quiero agradecer a mi familia su apoyo incondicional para ayudarme y acompañarme en el proceso. A Óscar, mi primer lector y consejero, mi confidente. A Marc, mi niño mágico, al que la escritura roba tiempo de juego y paseos. A mis padres, que hacen piruetas para colaborar en todo todo. A mi familia política, que no pierde ocasión de estar a mi lado. A mi hermana, que me convenció de que lo que yo escribía tenía que ser leído.

También a los amigos cómplices. A Susana, por ser y estar como eres: lo más. A María José, por llamarme «petarda» cuando me lo he merecido. Gracias, Ángela, por darme importancia cuando ambas sabíamos qué era lo realmente importante.

A mis librereros Paco y David, por regalarme un sueño. A Marta y sus ferias del libro, a Loreto y su magia, a la tita Noemí y a todos los amigos que han estado junto a mí, gracias por vuestra confianza y cariño.

Me gustaría ser capaz de expresar lo agradecida que estoy a todas las personas que han aparecido en mi vida y están ahí, cada día, al otro lado de las redes sociales, animándome en cada paso. Imposible nombraros a todos, pero sin vuestras palabras y empuje esta historia nunca habría visto la luz. No os quepa la menor duda de que formáis parte de ella.

Y agradezco hasta el infinito a Lola Gulias, mi editora, que haya creído en mí y haya hecho que esta novela sea una realidad mejor que cualquiera de mis fantasías en toda una vida imaginada.

Notas

- * [Hace referencia a la canción Amores de barra, del grupo español Ella Baila Sola.](#)

** Juego de palabras. Mice es el plural de mouse, «ratón» en inglés. Hace referencia a muchos ratones Mickey del creador Walt Disney.

La vida soñada de Emma

Teresa Guirado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Image Source / Getty Images

© Teresa Guirado, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17666-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!

